



NORA ROBERTS

SAGA LOS MACGREGOR

El comienzo de una saga



Rebelión.

Escocia, 1745. Una mirada bastó para que Brigham Langston quedara cautivado por la arrebatadora belleza de Serena MacGregor. Pero, para Serena, Brigham no era más que otro inglés despreciable. Sin embargo, en los brazos del apuesto y peligroso caballero, el odio de la orgullosa joven escocesa pronto se consumió en el fuego de la pasión.

Miedo al amor.

En esta novela sobre un MacGregor del siglo XVIII, descubrimos que su participación en la insurrección contra los británicos no podía preparar a Ian Macgregor para la batalla que tenía entre manos: la de ganar el corazón de Alanna Flynn, una indomable fierecilla irlandesa.



Nora Roberts

El comienzo de una saga

Saga Los MacGregor 10

ePub r1.0

jdriicky 061013

Título original: *Rebellion & In from the cold*

Nora Roberts, 1988

Traducción: Ana Peralta de Andrés

Editor digital: jdricky

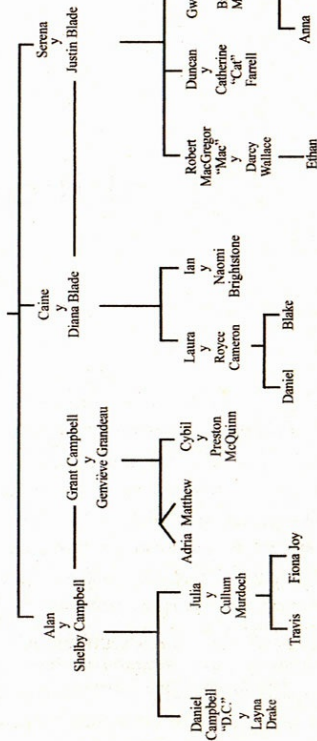
ePub base r1.0



Los MacGREGOR



Daniel Duncan MacGregor
y
Anna Whitfield



Rebelión

Prólogo

Bosque de Glenroe, Escocia, 1735

Se presentaron al atardecer, cuando los aldeanos estaban cenando y el humo de los fuegos de turba de las chimeneas ascendía en espiral al aire frío de noviembre. La semana anterior había nevado; luego el sol había brillado con fuerza y se había retirado, haciendo que el hielo se asentara, duro como una piedra, bajo los árboles desnudos. El ruido de los caballos que se acercaban reverberó con estrépito por el bosque, espantando a los pequeños animales que corrieron a refugiarse en sus madrigueras.

Serena MacGregor acomodó a su hermano pequeño sobre su cadera y se acercó a la ventana. Su padre y los hombres regresaban pronto de su partida de caza, pensó, pero no se oían gritos de saludo ni sonoras carcajadas en las casas más apartadas.

Esperó, con la nariz casi pegada a los cristales, aguzando el oído para oír las primeras señales de su regreso y reprimiendo el resentimiento porque a ella, por ser chica, no le permitieran sumarse a las expediciones de caza.

Coll había ido pese a que apenas tenía catorce años y no era tan diestro con el arco como ella. Y se lo habían permitido desde los siete años. Serena se enfurruñó mientras escudriñaba el exterior iluminado por el sol poniente. Su hermano mayor no hablaría de otra cosa durante días, mientras que ella tendría que contentarse hilando y haciendo las tareas de la casa.

El pequeño Malcolm empezó a inquietarse y Serena le hizo cosquillas inconscientemente mientras observaba el camino escarpado entre los huertos y las casas.

—Calla, papá no quiere oírte chillar cuando entra por la puerta —pero algo le hizo sujetarlo con más fuerza y volver la cabeza nerviosamente hacia su madre.

Las lámparas estaban encendidas y se respiraba el olor al sabroso guiso que cocía a fuego lento en la cocina. La casa estaba limpia como una patena. Serena y su madre, y su hermana pequeña, Gwen, habían trabajado todo el día para dejarla así. Los suelos estaban fregados y las mesas enceradas. No quedaba ni una sola telaraña en los rincones. Serena notó el dolor en los brazos solo de pensarlo. Habían hecho la colada y las pequeñas bolsitas de lavanda que tanto le gustaban a su madre estaban guardadas en las cómodas.

Como su padre era un terrateniente, tenían la mejor casa en kilómetros a la redonda, construida con pizarra azul. Su madre no era de las que dejaban que el polvo se asentara en ella.

Todo parecía normal, pero algo le había acelerado el corazón. Serena tomó un chal, envolvió en él a Malcolm y abrió la puerta para buscar a su padre.

No hacía viento, ni más ruido que los cascos de los caballos resonando con fuerza sobre el hielo del camino. Subirían la cresta de un momento a otro, pensó, y por una razón que no supo describir, se estremeció. Cuando oyó el primer grito, se tambaleó hacia atrás. Ya se había enderezado con intención de avanzar cuando su madre la llamó.

—Serena, vuelve enseguida.

Fiona MacGregor, con su precioso rostro inusualmente tenso y pálido, bajó corriendo los peldaños de la entrada. Su pelo, del mismo tono rojo dorado que su hija, estaba sujeto hacia atrás con horquillas y recogido en una redecilla. No se lo retocó, como era su costumbre siempre que su marido regresaba a casa.

—Pero mamá...

—Corre, hija, por el amor de Dios —Fiona la agarró del brazo y la arrastró al interior de la casa —. Llévate al bebé arriba, con tu hermana. Quedaos allí.

—Pero papá...

—El que viene no es tu padre.

En aquel momento, cuando los caballos llegaron a lo alto de la colina, Serena vio, no el gabán escocés de caza de los MacGregor, sino las casacas rojas de los dragones ingleses. Solo tenía ocho años, pero había oído las historias de saqueo y opresión. Ocho años era edad suficiente para sentirse ultrajada.

—¿Qué quieren? No hemos hecho nada.

—No hace falta hacer, solo existir —Fiona cerró la puerta y echó el cerrojo, más por desafío que por esperanza de contener a los intrusos—. Serena...

La mujer menuda y esbelta que era su madre la asió por los hombros. Había sido la hija preferida de un padre complaciente, y luego la esposa adorada de un amante esposo, pero Fiona no era frágil. Tal vez por eso los hombres de su vida le habían brindado su respeto, así como su afecto.

—Sube al cuarto de los niños. No te separes de Malcolm ni de Gwen, y no bajas hasta que no te lo diga.

El valle reverberó con otro grito y un llanto salvaje. Por la ventana vieron el techo de paja de una casa ardiendo en llamas. Fiona daba gracias a Dios porque su marido y su hijo no hubiesen regresado.

—Quiero quedarme contigo —los grandes ojos verdes de Serena abrumaban su rostro, húmedo en aquellos momentos con unas lágrimas incipientes. Pero apretó los labios, recreando la mueca de obstinación a la que tantas veces aludía su padre—. Papá no quería que te dejara sola.

—Tu padre quería que me obedecieras —Fiona oyó cómo los caballos se detenían delante de su puerta. Se oyó el tintineo de unas espuelas y los gritos de los hombres—. Vete ahora mismo —giró en redondo a su hija y la empujó hacia las escaleras—. Mantén a salvo a los niños.

Malcolm se echó a llorar y Serena subió corriendo los peldaños. Estaba en el rellano cuando oyó cómo tiraban la puerta abajo. Se paró y se volvió a tiempo de ver cómo su madre se enfrentaba a media docena de dragones. Uno dio un paso al frente e hizo una reverencia. Incluso desde donde estaba, Serena se percató de que el gesto era un insulto.

—¿Serena? —la llamó la pequeña Gwen desde lo alto de las escaleras.

—Toma al bebé —Serena dejó a Malcolm en los brazos regordetes de su hermana de cinco años —. Ve al cuarto de los niños y cierra la puerta —bajó la voz hasta apenas un susurro—. Date prisa... Intenta que no haga ruido —del bolsillo de su delantal sacó un confite que había estado guardando—. Llévate esto. Y vete antes de que nos vean.

Luego Serena se agazapó en lo alto de las escaleras y observó.

—¿Fiona MacGregor? —dijo el dragón con vistosos galones.

—Soy lady MacGregor —Fiona mantuvo la espalda recta y la vista al frente. En lo único que pensaba era en proteger a sus hijos y su casa. Como luchar era imposible, empleó la única arma que tenía a mano... su dignidad—. ¿Con qué derecho irrumpes en mi hogar?

—El derecho que me otorga ser oficial del rey.

—¿Y su nombre?

—Capitán Standish, a su servicio —se quitó los guantes, esperando, confiando, en ver miedo en

los ojos de la mujer—. ¿Dónde está su marido... lady MacGregor?

—El terrateniente y sus hombres están cazando.

Standish hizo una seña y tres de sus soldados empezaron a registrar la casa. Uno volcó una mesa a su paso. Aunque tenía la boca tan seca como el polvo, Fiona no se movió. Sabía que el capitán podía ordenar que incendiaran su casa como había hecho con los hogares de sus cultivadores. Tenía pocas esperanzas de que su rango, o el de su marido, los protegiera. Su única elección era defenderse ante el insulto con otro insulto, y con serenidad.

—Como puede ver, solo somos mujeres y niños. Su... visita no es oportuna si lo que desea es hablar con mi marido. O tal vez por eso ha tenido la valentía de adentrarse en Glenroe con sus hombres.

El capitán la abofeteó, haciendo que se tambaleara hacia atrás por la fuerza del golpe.

—Mi padre lo matará por eso —Serena bajó corriendo las escaleras como una bala y se abalanzó sobre el oficial. El capitán maldijo cuando le clavó los dientes en la mano y la empujó a un lado.

—Mocosa del demonio, me has hecho sangre —levantó el puño, pero Fiona se interpuso entre él y su hija.

—¿Acaso los hombres del rey Jorge apalean a los niños? ¿Así es como gobiernan los ingleses?

Standish estaba respirando atropelladamente. Su orgullo estaba en juego. No podía permitir que sus hombres vieran cómo una mujer y una niña lo superaban en ingenio, sobre todo cuando eran inmundicia escocesa. Solo tenía órdenes de registrar e interrogar. Era una pena que el llorón de Argyll hubiese convencido a la reina, en su cargo de regente, para que no se aplicara la ley de penas y perjuicios; de lo contrario, Escocia sí que sería coto de caza. De todas formas, la reina Carolina estaba furiosa con sus súbditos escoceses, y no era probable que un incidente aislado en las Highlands llegara a sus oídos. Hizo una seña a uno de los dragones.

—Llévate arriba a esa mocosa y enciérrela.

Sin decir una palabra, el soldado levantó a Serena con un brazo, haciendo lo posible para evitar sus patadas, sus mordiscos y sus pequeños puñetazos. Mientras forcejeaba, Serena gritó por su madre y maldijo a los soldados.

—Cria gatas salvajes en las Highlands, milady —el oficial se envolvió la mano con un pañuelo limpio.

—No está acostumbrada a ver cómo un hombre golpea a su madre, o a ninguna otra mujer.

La mano le dolía. No recuperaría la estima de sus hombres castigando a una niña enclenque. Pero la madre... sonrió mientras paseaba la mirada por su cuerpo. La madre era otra cuestión.

—Su marido es sospechoso de participar en el asesinato del capitán Porteous.

—¿El capitán Porteous, que fue sentenciado a muerte por la justicia por disparar al gentío?

—Le conmutaron la pena, señora —Standish posó la mano sobre la empuñadura de su espada. Incluso entre los suyos se lo consideraba cruel. El temor y la intimidación mantenían a sus hombres a raya; lo mismo funcionaría con una perra escocesa—. El capitán Porteous disparó a un grupo de alborotadores durante una ejecución pública. Luego unos desconocidos lo sacaron de la cárcel y lo colgaron.

—Me cuesta lamentar su suerte, pero ni yo ni nadie de mi familia conocemos tales hechos.

—Si se demuestra lo contrario, su marido será un asesino y un traidor. Y usted, lady MacGregor, se quedará sin protección.

—No tengo nada que decirle.

—Qué lástima —sonrió y dio un paso adelante—. ¿Quiere que le enseñe lo que les ocurre a las mujeres desamparadas?

En el piso de arriba, Serena golpeó la puerta hasta que las manos le sangraron. A su espalda, Gwen abrazaba a Malcolm y lloraba. No había más luz en el cuarto que la luna y las llamas de las casas incendiadas. Fuera se oían los gritos de los hombres, el llanto de las mujeres, pero Serena solo pensaba en su madre, sola allá abajo, indefensa, con los ingleses.

Cuando la puerta se abrió, Serena se tambaleó hacia atrás. Vio la casaca roja, oyó el ruido metálico de las espuelas. Luego vio a su madre, desnuda, magullada, con su hermoso pelo enredado y suelto alrededor de su rostro y hombros. Fiona cayó de rodillas a los pies de Serena.

—Mamá —Serena se arrodilló a su lado, le tocó el hombro con una mano vacilante. Había visto a su madre llorar antes, pero nunca de aquella manera, con lágrimas calladas de desesperación. Como la piel de Fiona estaba fría, Serena sacó una manta del baúl y la cubrió.

Mientras oía cómo los dragones se alejaban en sus caballos, Serena sostuvo a su madre con un brazo y apretó a Gwen y a Malcolm contra ella con el otro. Solo tenía una vaga comprensión de lo ocurrido, pero bastó para que el odio la embargara y jurara vengarse.

Capítulo 1

Londres, 1745

Brigham Langston, cuarto conde de Ashburn, frunció el ceño al recibir la carta mientras desayunaba en su elegante mansión residencial. Era una misiva que había estado esperando con ansiedad, pero una vez en sus manos, leyó cada palabra con cuidado, con expresión solemne en sus ojos grises y los labios apretados. Un hombre no recibía todos los días una carta que pudiera cambiar su vida.

—Maldita sea, Brig, ¿cuánto tiempo vas a tenerme en ascuas? —Coll MacGregor, el escocés pelirrojo e irascible que había sido compañero de Brigham en varios viajes por Italia y Francia, parecía incapaz de guardar silencio.

Como respuesta, Brigham levantó una estrecha mano de piel pálida, con adornos de encaje en la muñeca. Estaba acostumbrado a los exabruptos de Coll, y por lo general le hacían gracia. Pero en aquella ocasión, en aquel momento crucial, haría esperar a su amigo hasta haber leído la carta por completo.

—¿Es de él, verdad? Maldita sea, es de él. Del príncipe —Coll se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por el pequeño salón. Solo los modales inculcados por su madre lo refrenaron de arrancar la carta de las manos de Brigham. Aunque la certeza de que, a pesar de la diferencia en altura y corpulencia, Brigham sabía defenderse en una pelea, también jugó un papel importante en su decisión —. Tengo tanto derecho como tú.

Brigham levantó la vista al oír aquello y contempló al hombre que estaba dando zancadas con una fuerza capaz de hacer trepidar la vajilla de porcelana. Aunque tenía los músculos contraídos y la mente volaba en una docena de direcciones diferentes, Brigham habló con voz tenue.

—Por supuesto, pero la carta está dirigida a mí.

—Solo porque es más fácil hacer llegar clandestinamente una carta al todopoderoso conde inglés de Ashburn que a un MacGregor. En Escocia todos somos sospechosos de rebeldía —los penetrantes ojos verdes de Coll estaba encendidos con desafío. Cuando Brigham se limitó a proseguir la lectura de la carta, Coll volvió a maldecir y se arrellanó en una silla—. Pones a prueba el alma de un hombre.

—Gracias —dejando la carta junto a su plato, Brigham se sirvió más café. Tenía la mano tan firme como cuando empuñaba una espada o una pistola. Y, de hecho, aquella carta era un arma de guerra—. Tienes razón en todo, amigo mío. La carta es del príncipe Carlos —Brigham tomó un sorbo de café.

—Bueno, ¿y qué dice?

Cuando Brigham le señaló la carta con un movimiento de la mano, Coll se abalanzó sobre ella. La misiva estaba escrita en francés, y aunque no dominaba la lengua tanto como Brigham, concentró todos sus esfuerzos en descifrarla.

Mientras lo hacía, Brigham paseó la mirada por el salón. El papel de la pared había sido elección de su abuela, una mujer a la que recordaba tanto por su suave acento escocés como por su obstinación. Era un azul intenso y brillante que, según había dicho, evocaba los lagos de su patria. Los muebles eran elegantes, casi delicados, con sus formas curvas y bordes dorados. Las delicadas figuras de porcelana de Meissen que tanto había valorado todavía estaban sobre la pequeña mesa

redonda junto a la ventana.

De niño había tenido permiso para miraras pero no para tocarlas, y sus dedos siempre habían anhelado levantar la estatuilla de la pastora de largo pelo de porcelana y rostro frágil.

Había un retrato de Mary MacDonald, la valerosa mujer que se había convertido en lady Ashburn. Estaba colgado sobre la chimenea, donde el fuego crepitaba en aquellos momentos, y en él aparecía con una edad próxima a la de su nieto. Había sido alta para ser mujer y delgada como un junco, con una cabellera gloriosa de pelo de color ébano y un rostro alargado y delicado. La forma en queladeaba la cabeza indicaba que podían persuadirla, pero no forzarla; pedirle, pero no darle órdenes.

Los mismos rasgos, del mismo color, habían pasado a su nieto. No había menos elegancia en su forma masculina: la frente alta, las mejillas hundidas y los labios llenos. Pero Brigham había heredado de Mary algo más que su altura y sus ojos grises. También había heredado su pasión y su sentido de la justicia.

Pensó en la carta, en las decisiones que había de tomar y levantó su taza al retrato.

«Me harías ir», pensó. «Todas las historias que me contabas, tu creencia en la legitimidad de la causa de los Estuardo que grabaste en mi cabeza durante los años que me criaste y cuidaste. Si siguieras viva, irías tú misma. ¿Cómo no voy a ir yo?».

—De modo que ha llegado el momento —Coll plegó la carta. En su voz, en sus ojos, se traslucía entusiasmo y tensión. Tenía veinticuatro años, solo seis meses menos que Brigham, pero aquél era el momento que había estado esperando durante toda su vida.

—Tienes que aprender a leer entre líneas, Coll —en aquella ocasión, fue Brigham quien se puso en pie—. Carlos todavía alberga esperanzas de recibir el apoyo de los franceses, aunque empieza a darse cuenta de que el rey Luis prefiere hablar antes que actuar.

Frunciendo el ceño, levantó a un lado la cortina y contempló sus jardines durmientes. En la primavera estallarían con colores y fragancias, pero no era probable que estuviera allí para verlo.

—Cuando estuvimos en la corte, Luis se mostró más que interesado en nuestra causa. Profesa el mismo afecto a la marioneta de Hanover que ahora mismo ocupa el trono que nosotros —dijo Coll.

—Sí, pero eso no significa que vaya a abrir sus arcas al príncipe y a la causa de los Estuardo. La idea de Carlos de armar una fragata y partir para Escocia parece más realista. Pero estas cosas requieren su tiempo.

—Y ahí entro yo.

Brigham dejó caer las cortinas.

—Conoces los ánimos de los escoceses mejor que yo. ¿Cuánto apoyo recibirá?

—Suficiente —con la confianza del orgullo y la juventud, Coll sonrió—. Los clanes se levantarán por el verdadero rey y pelearán por el hombre que lo respalda —entonces se puso en pie, consciente de lo que su amigo quería saber. Brigham arriesgaría algo más que su vida yendo a Escocia. Podía perder su título, su casa y su reputación—. Brig. podría llevar la carta a mi familia y desde allí correr la voz entre los clanes de las Highlands. No es necesario que vengas tú también.

Brigham elevó una ceja negra y casi sonrió.

—¿Tan inútil soy?

—Vete al diablo —la voz de Coll era brusca, sus gestos amplios, pero eran parte de él, como las sonoras cadencias de su patria y el orgullo que sentía por ella—. ¿Un hombre como tú, que sabe

hablar, luchar, un aristócrata inglés que desea unirse a la rebelión? Nadie mejor que yo sabe de lo que eres capaz. A fin de cuentas, me salvaste la vida en más de una ocasión en Italia y, sí, también en Francia.

—No te pongas empalagoso, Coll —Brigham agitó el encaje de su muñeca—. No es propio de ti. El rostro amplio de Coll se quebró con una sonrisa.

—Sí, y es encomiable la forma en que puedes adoptar la pose de conde de Ashburn en un abrir y cerrar de ojos.

—Querido amigo, soy el conde de Ashburn.

El humor refulgió en los ojos de Coll. Cuando estaban de pie, frente a frente, se acentuaban los contrastes entre los dos hombres. Brigham con su complexión delgada, Coll con su corpulencia. Brigham con sus modales elegantes, casi lánguidos; Coll tosco pero eficaz. Pero nadie sabía mejor que el escocés qué había debajo de aquel exquisito traje y el encaje.

—No fue el conde de Ashburn el que luchó conmigo cuando asaltaron nuestro coche en las afueras de Calais. Tampoco fue el conde de Ashburn el que me ganó bebiendo a mí, a un MacGregor, en aquella casa de juego en Roma.

—Te aseguro que lo fue, porque recuerdo muy bien los dos incidentes.

Coll sabía que no llegaría a ninguna parte bromeando con Brigham.

—Brigham, en serio. Como conde de Ashburn mereces quedarte en Inglaterra, en tus bailes y partidas de cartas. Podrías servir a la causa desde aquí, manteniéndote al corriente de los hechos.

—¿Pero?

—Si voy a luchar, me gustaría tenerte a mi lado. ¿Vendrás?

Brigham estudió a su amigo, luego elevó la vista a su espalda, al retrato de su abuela.

—Por supuesto.

En Londres el tiempo era frío y húmedo. Se mantuvo así tres días más, cuando los dos hombres iniciaron su viaje al norte. Alcanzarían la frontera en la relativa comodidad del coche de Brigham, el resto del camino lo harían a caballo.

Para quienquiera que se quedara en Londres, con aquel tiempo miserable del mes de enero, y sintiera curiosidad, lord Ashburn estaba realizando un viaje sin transcendencia alguna a Escocia para visitar a la familia de su amigo.

Había unos cuantos londinenses que sabían la verdad, un puñado de conservadores leales y jacobitas ingleses en los que Brigham confiaba. A ellos les dejó el cuidado de su mansión familiar, Ashburn Manor, así como su casa de Londres y el servicio de sus criados. Lo que pudo llevarse sin previo aviso se lo llevó. Lo que no, lo dejó atrás con el pleno conocimiento de que pasarían meses, tal vez años, hasta que pudiera regresar a reclamarlo. El retrato de su abuela seguía sobre la repisa, pero llevado por el sentimentalismo, tenía consigo la pastora.

Había oro, mucho más oro del necesario para visitar a la familia de un amigo, en un cofre cerrado con llave bajo el suelo del coche de caballos.

Se vieron obligados a avanzar lentamente, más lentamente de lo que Brigham hubiese deseado, porque las carreteras estaban resbaladizas, y ventiscas de nieve ocasionales hicieron que el cochero llevara a pie a los caballos. Brigham habría preferido estar sobre la grupa de un buen caballo y

disfrutar de la libertad del galope.

Al mirar por la ventana comprendió que el tiempo más al norte solo podría ser peor. Con la paciencia que había aprendido a cultivar, Brigham se recostó, apoyó las botas en el asiento opuesto, donde Coll dormitaba, y dejó que sus pensamientos vagaran hasta París, donde había pasado unos meses rutilantes el año anterior. Así era la Francia de Luis XV, opulenta, deslumbrante, toda luces y música. Había conocido a mujeres hermosas, con el pelo empolvado y escandalosos vestidos. Había sido fácil flirtear con ellas, y más. Un joven lord inglés con la bolsa llena y talento para la burla no tenía dificultades en hacerse un hueco en sociedad.

Había disfrutado de aquella exuberancia y ociosidad. Pero también empezó a inquietarse, anhelando la acción y la iniciativa. A los Langston siempre los había complacido la intriga política tanto como el fulgor de los bailes. Lo mismo que, durante tres generaciones, habían jurado en silencio su lealtad a los Estuardo, los reyes legítimos de Inglaterra.

Así que cuando el príncipe Carlos Eduardo se había presentado en Francia, un hombre magnético, valiente y enérgico, Brigham le había ofrecido su ayuda y su juramento. Muchos lo habrían llamado traidor. Sin duda los liberales anquilosados que defendían al rey Jorge, el alemán gordinflón que ocupaba el trono de Inglaterra, de haberlo sabido habrían deseado su muerte. Pero Brigham no había olvidado las historias que su abuela le había contado sobre la desastrosa rebelión del 1715, ni de las ejecuciones y proscripciones anteriores y posteriores.

A medida que el paisaje se hacía más agreste y Londres quedaba cada vez más atrás, Brigham pensó por enésima vez que la Casa de los Hanover había hecho muy poco por ganarse el afecto de los escoceses. Siempre había estado presente la amenaza de la guerra, desde el norte o desde el otro lado del Canal. Si Inglaterra quería fortalecerse, necesitaría a su legítimo rey.

Había sido algo más que los ojos sinceros y las facciones hermosas del príncipe, el llamado Joven Pretendiente, lo que había incitado a Brigham a ponerse de su lado. Había sido su coraje y su ambición, y tal vez la confianza de un hombre joven de poder reclamar lo que era suyo.

Pararon a pasar la noche en una pequeña posada donde las suaves colinas de las Lowlands empezaban a elevarse y dar paso a las montañas de las Highlands. El oro de Brigham, y su título, les depararon sábanas secas y un salón privado. Con el estómago lleno y al calor de un fuego llameante, jugaron a los dados y bebieron cerveza mientras el viento bajaba de las montañas y azotaba los muros de la vivienda. Durante unas horas solo eran un par de jóvenes acaudalados que compartían una amistad y una aventura.

—Malditos sean tus huesos, Brig, esta noche eres un bastardo con suerte.

—Eso parece —Brigham recogió los dados y las monedas. Sus ojos, centelleantes de humor, se posaron en los de Coll—. ¿Buscamos otro juego?

—Tira los dados —Coll sonrió y plantó más monedas en el centro de la mesa—. Tarde o temprano tu suerte cambiará —cuando el dado cayó, lanzó una risita—. Si no puedo superar eso... —cuando su tirada se quedó corta, movió la cabeza—. Parece que no puedes perder. Como la noche en París en la que te jugaste el afecto de aquella preciosa *mademoiselle*.

Brigham se sirvió más cerveza.

—Con o sin los dados, ya me había ganado el afecto de *mademoiselle*.

Riendo con estrépito, Coll plantó más monedas sobre la mesa.

—Tu suerte no puede brillar todo el tiempo. Aunque espero que dure durante los meses venideros.

Brigham levantó la vista y comprobó que la puerta del salón estaba cerrada.

—Se trata más de la suerte de Carlos que de la mía.

—Sí, él es lo que necesitamos. Su padre nunca ha tenido ambición y siempre ha estado seguro de su propia derrota —levantó su jarra de cerveza—. Por el Joven Pretendiente.

—Necesitará algo más que su hermosura y su lengua ingeniosa.

Coll alzó sus cejas rojas.

—¿Dudas de los MacGregor?

—Eres el único MacGregor que conozco —pero antes de que Coll pudiera pronunciar un discurso sobre su clan, Brigham cambió de tema—. ¿Qué me dices de tu familia, Coll? Te alegrarás de volverlos a ver.

—Ha sido un año muy largo. No es que no haya disfrutado de las vistas de Roma y París, pero cuando un hombre nace en las Highlands, prefiere morir allí. —Coll bebió largamente, pensando en los páramos púrpura y en los lagos de un azul intenso—. Sé que mi familia se encuentra bien por la última carta que me escribió mi madre, pero prefiero comprobarlo por mí mismo. Malcolm tendrá ya nueve o diez años, y está hecho una fiera, según me han dicho —sonrió, henchido de orgullo—. Pero todos somos así.

—Dijiste que tu hermana era un ángel.

—Gwen —la ternura impregnó su voz—. La pequeña Gwen. Sí que lo es, dócil, paciente y bonita como una flor.

—Estoy ansioso por conocerla.

—Todavía es una niña —le dijo Coll—. Me encargaré de que no lo olvides.

Un poco mareado por la cerveza, Brigham se inclinó hacia atrás en la silla.

—Tienes otra hermana.

—Serena —Coll agitó el cubilete en la palma de su mano—. Dios sabe que el nombre es engañoso. Es una gata salvaje, y tengo cicatrices que lo demuestran. Serena MacGregor tiene el genio de un demonio y un puño rápido.

—¿Pero es bonita?

—No cuesta mirarla —dijo Coll—. Mi madre dice que los chicos han empezado a cortejarla este año y que Serena los espanta a patadas.

—Tal vez no hayan encontrado la manera, digamos, apropiada de cortejarla.

—¡Ja! La enfadé una vez y agarró la espada de mi abuelo de la pared y me persiguió por el bosque —el orgullo se reflejó en su voz, si no la ternura—. Compadezco al hombre que ponga sus miras en ella.

—Una amazona —Brigham imaginó a una joven robusta y rubicunda con las facciones anchas de Coll y el pelo rojo y enmarañado. Sana como una lechera, e igual de descarada—. Prefiero las mujeres más plácidas.

—No hay un solo hueso plácido en su cuerpo, pero es leal —la cerveza flotaba en la cabeza de Coll, pero eso no impidió que levantara otra vez la jarra—. Te hablé de la noche en que los dragones vinieron a Glenroe.

—Sí.

Los ojos de Coll se ensombrecieron con aquel recuerdo.

—Cuando los soldados terminaron de avergonzar a mi madre y de incendiar los tejados, Serena la cuidó. No era más que una niña, pero metió a mi madre en la cama y se ocupó de ella y de los pequeños hasta que regresamos. Tenía un moretón en la cara donde aquel bastardo le golpeó, pero no lloró. Se sentó, con los ojos secos, y nos contó toda la historia.

Brigham puso una mano sobre la de su amigo.

—Ya no es tiempo de vengarse sino de hacer justicia.

—Para mí no hay diferencia —murmuró Coll, y volvió a tirar los dados.

A la mañana siguiente salieron temprano. A Brigham le dolía cabeza, pero el aire frío y ventoso pronto se la despejó. Avanzaron a caballo, dejando que el coche siguiera su camino más pausadamente.

Por fin estaban en la tierra de la que le habían hablado de niño. Era salvaje y agreste, con altos riscos y páramos extensos y desolados. Las cimas escarpadas perforaban el gris lechoso del cielo, a veces atravesadas por cascadas impetuosas y ríos helados llenos de peces. En otros puntos, las rocas se desperdigaban por el paisaje como si una mano descuidada hubiera jugado con ellas a los dados. Parecía un lugar arcaico, habitado por dioses y hadas, pero de vez en cuando se avistaba una casa de techo de paja por cuya abertura central se elevaba el humo.

El suelo estaba cubierto de nieve y el viento lo arrastraba como sábanas por el camino. A veces casi los cegaba, mientras Coll dirigía la marcha por las colinas escarpadas. En las rocas se abrían cuevas, y aquí y allá se veían indicios de que se había buscado refugio en ellas. Los lagos, con aguas de un azul oscuro y peligroso, tenían una costra de hielo en las orillas.

Cabalaron con ahínco cuando la tierra lo permitía, luego se abrieron paso entre los altos ventisqueros. Con cautela, pasaron de largo los fuertes que los ingleses habían construido y evitaron la hospitalidad que habrían recibido sin vacilación en cualquier granja. Hospitalidad, que según Coll le había advertido, incluiría preguntas sobre todos los aspectos de su viaje, sus familias y su destino. No era frecuente ver a extraños en las Highlands, y se los apreciaba por sus noticias tanto como por su compañía.

En lugar de arriesgarse a que los detalles de su viaje se difundieran de pueblo en pueblo, se ciñeron a los caminos y colinas escabrosos y optaron por hacer un alto en una taberna para almorzar y dejar descansar a los caballos. El suelo estaba sucio, y la chimenea no era más que un agujero en el tejado que retenía más humo del que dejaba salir. La habitación estaba atestada y olía a sus ocupantes y a pescado del día anterior. No era un establecimiento que el cuarto conde de Ashburn quisiera frecuentar, pero el fuego ardía con fuerza y la carne era casi fresca.

Bajo su abrigo, que en aquellos momentos colgaba cerca del fuego, Brigham llevaba unos pantalones de montar de color pardo, una camisa de linón fino y su chaqueta de montar más sobria. Pero a pesar de su sobriedad, se ceñía sin la más mínima arruga sobre sus hombros anchos. Sus botas se habían resentido por el tiempo, pero se entreveía sin dificultad que eran de cuero bueno. Llevaba su gruesa melena recogida con una cinta, y en sus esbeltas manos lucía el sello de su familia y una esmeralda. Distaba de estar ataviado con sus mejores galas de la corte, pero provocaba miradas

intensas y susurros intrigados.

—No ven a tipos como tú en este tugurio —dijo Coll. Cómodo con su falda y gorra escocesas, con el ramito de pino de su clan sujeto en la banda, atacaba con hambre el pastel de carne.

—Eso parece —Brigham comió pausadamente, pero sus ojos, tras sus párpados entornados, permanecieron alerta—. Tanta admiración halagaría a mi sastre.

—Bueno, no es solo la ropa —Coll levantó su vaso de cerveza para vaciarlo y pensó con deleite en el whisky que tomaría con su padre aquella noche—. Parecerías un conde aunque llevaras harapos —ansioso por irse, arrojó las monedas sobre la mesa—. Los caballos ya deben de estar descansados, pongámonos en marcha. Estamos bordeando la tierra de los Campbell —los modales de Coll eran demasiado pulidos para escupir, pero le habría gustado hacerlo—. Prefiero no entretenerme.

Tres hombres salieron de la taberna antes que ellos, dejando entrar un sople de aire frío y deliciosamente puro.

A Coll empezaba a costarle contener su impaciencia. Una vez de regreso en las Highlands, anhelaba ver su casa, a su familia. El camino ascendía y daba vueltas, bordeando ocasionalmente un puñado de casas o un rebaño que pastaba plácidamente en el paisaje irregular.

Aunque les faltaban horas de camino, ya podía oler su casa... el bosque, con sus ciervos rojos y lechuzas pardas. Aquella noche habría un festín y muchos brindis. Londres, con sus calles bulliciosas y modales refinados, había quedado atrás. El cielo se había despejado, dando paso a un azul brillante. Por encima de sus cabezas, un águila majestuosa y dorada volaba en círculos.

—Brig...

A su lado, Brigham se había puesto repentinamente rígido. El caballo de Coll se encabritó cuando Brigham sacó su espada.

—Protege tu flanco —gritó, luego dio media vuelta para enfrentarse a los dos jinetes que habían salido de detrás de unas rocas.

Montaban caballos recios escoceses y, aunque sus gabanes aparecían deslucidos por los años y la suciedad, las hojas de sus espadas brillaron al sol de media tarde. Las espadas chocaron, y Brigham apenas tuvo tiempo para percatarse de que los hombres que cargaban contra ellos habían estado en la taberna.

A su lado, Coll empuñó su espada contra otros dos. Las altas colinas vibraron con los ruidos de la batalla, el estruendo de los cascos contra el suelo duro. El águila planeaba sobre sus cabezas, esperando.

Los atacantes habían subestimado a su presa al ver a Brigham. Tenía las manos delgadas, el cuerpo esbelto como el de un bailarín, pero sus muñecas eran tanto flexibles como fuertes. Utilizando las rodillas para conducir a su montura, luchó con una espada en la mano y una daga en la otra. Tal vez hubiera joyas en las empuñaduras, pero las hojas estaban diseñadas para matar.

Oyó gritar y maldecir a Coll. En cuanto a él, peleó en silencio letal. El acero chirrió cuando se defendía, retumbó cuando atacaba, asestando un golpe a un enemigo y superando en estrategia al otro. Sus ojos, normalmente de un color gris límpido y claro, se habían ensombrecido y entornado como los de un lobo al olfatear sangre. Frenó la espada de su oponente con un quite brutal y definitivo y hundió la suya con un impulso certero.

El escocés gritó, pero el sonido no duró más que un instante. La sangre salpicó la nieve al tiempo que se desplomaba. Su caballo, asustado por el olor a muerte, huyó despavorido hacia las rocas. El otro hombre, con mirada frenética, renovó su ataque con más ferocidad. Brigham sintió la punta de la espada en el hombro y el flujo cálido de sangre allí donde el acero había rasgado las capas de tela hasta hundirse en la carne. Entonces contraatacó con golpes rápidos y firmes, haciendo retroceder a su presa hacia las rocas. Sus ojos no se desviaron del rostro de su oponente, no parpadearon ni oscilaron. Con fría precisión, hizo un quite, dio una estocada y le perforó el corazón. Antes de que el hombre hubiera tocado tierra, Brigham ya se estaba volviendo hacia Coll.

Eran uno contra uno, porque otro de sus atacantes yacía muerto detrás de Coll, así que Brigham se tomó un momento para inspirar profundamente. Luego vio cómo el caballo de Coll resbalaba, casi tambaleándose. Vio centellear una espada y corrió hacia su amigo. El último hombre de la banda levantó la vista y vio un caballo con jinete cargando hacia él. Muertos sus tres camaradas, hizo girar a su caballo y huyó escalando las rocas.

—¡Coll! ¿Estás herido?

—Sí, voto a Dios. Maldito Campbell —luchó para no desplomarse sobre la silla. Le ardía el costado, donde había recibido la estocada.

Brigham enfundó su espada.

—Déjame que me ocupe de eso.

—No hay tiempo. Ese chacal puede volver con otros más —Coll sacó un pañuelo y lo apretó contra la herida, luego levantó la mano enguantada. Estaba manchada pero firme—. Todavía no estoy acabado —sus ojos, brillantes de la batalla, se posaron en los de Brigham—. Estaremos en casa al atardecer.

Acto seguido, hostigó a su caballo para partir al galope.

Cabalaron arduamente. Brigham vigilaba con un ojo el camino y, con el otro, a Coll. El corpulento escocés estaba pálido, pero su paso no flaqueó. Solo una vez, ante la insistencia de Brigham, pararon para poder vendar la herida de forma más satisfactoria.

A Brigham no le gustó lo que vio. El corte era profundo y Coll había perdido demasiada sangre. Aun así, su amigo estaba febril por llegar a Glenroe y reunirse con su familia, y Brigham no habría sabido dónde pedir ayuda. Coll aceptó el botellín que Brigham le llevó a los labios y bebió largamente. Cuando recobró el color del rostro, Brigham lo ayudó a subir a la silla.

Al atardecer dejaron atrás las colinas y se adentraron en el bosque, donde las sombras eran largas y oscilantes. Olía a pino y a nieve, y al vestigio del humo de una casa todavía lejana. Una liebre atravesó el camino y desapareció en un matorral. Detrás, como un relámpago, la siguió el esmerejón. Bayas de invierno grandes como pulgares colgaban de ramas espinosas.

Brigham sabía que a Coll le estaban fallando las fuerzas e hizo una pausa para darle otra vez de beber.

—De niño corría por este bosque —dijo Coll con voz áspera. Respiraba atropelladamente, pero el coñac le aliviaba el dolor. No estaba dispuesto a morir antes de que hubiera empezado la lucha—. Aquí robé mi primer beso. Te lo juro, no sé por qué lo dejé.

—Para volver convertido en héroe —dijo Brigham mientras ponía el corcho al botellín.

Coll soltó una carcajada, que se transformó en tos.

—Sí. Ha habido un MacGregor en las Highlands desde que Dios nos puso aquí, y aquí

seguiremos —se volvió hacia Brigham con un ápice de vieja arrogancia—. Tal vez tú seas conde, pero mi raza es real.

—Y estás derramando tu sangre real por todo el bosque. Vamos a casa, Coll.

Cabalgaron a medio galope. Cuando pasaron las primeras casas, algunas de madera y piedra, otras de lodo y paja, se oyeron exclamaciones y salió gente. Aunque el dolor le estaba paralizando el costado, Coll saludó. Ascendieron hasta lo alto de una cresta y los dos hombres avistaron la casa de los MacGregor.

Había humo saliendo en volutas por las chimeneas. Detrás de las ventanas resplandecían lámparas recién encendidas. Al oeste, el cielo llameaba con las últimas luces del sol y la pizarra azul resplandecía y parecía transformarse en plata. Las cuatro plantas adornadas con pequeñas torres se erguían preparadas para la guerra tanto como para el descanso. Los techos tenían diversas alturas, engarzándose en un estilo confuso pero encantador.

Había un granero en el claro, junto con otras dependencias, y ganado pastando. A sus oídos llegaban los ladridos roncoss de un perro.

A sus espaldas, más personas habían salido de sus casas. De una de ellas apareció corriendo una mujer, con la cesta vacía. Brigham oyó su grito y se volvió. Y se quedó mirándola.

Estaba envuelta en un mantón escocés como si fuera una capa. Con una mano sostenía una cesta que se movía frenéticamente mientras corría; con la otra sujetaba el borde de la falda, y pudo ver por un instante unas enaguas y unas piernas largas. Estaba riendo mientras corría y unos cabellos del color del crepúsculo ondeaban a su espalda.

Su piel era de alabastro, aunque sonrojada en aquellos momentos por el deleite y el frío. Tenía unos rasgos esculpidos con delicadeza, pero los labios eran llenos y vivos. Brigham no pudo evitar pensar en la pastora que de niño había amado y adorado.

—¡Coll! —su voz era grave, con la melodía de la risa, vibrante con su acento escocés. Ignorando la impaciencia del caballo, asió la brida y levantó un rostro que hizo que Brigham se quedara sin aliento—. Llevo todo el día sin poder parar quieta. Debía haber imaginado que tú eras la causa. No sabíamos que ibas a venir. ¿Se te ha olvidado cómo se escribe o te dio pereza?

—Bonita manera de saludar a tu hermano —Coll se habría inclinado para darle un beso, pero el rostro de su hermana bailaba ante sus ojos—. Al menos haz gala de tus modales con mi amigo. Brigham Langston, lord Ashburn, mi hermana, Serena.

¿Que no costaba mirarla? Por una vez, pensó Brigham, Coll no había exagerado. Al contrario.

—Señorita MacGregor.

Pero Serena no se molestó en mirarlo.

—Coll, ¿qué pasa? Estás herido —Serena extendió el brazo pero Coll ya se estaba cayendo de la silla—. Dios mío, ¿qué es? —apartó a un lado su gabán y encontró la herida vendada con atropello.

—Se ha vuelto a abrir —Brigham se arrodilló a su lado—. Deberíamos meterlo en la casa.

Serena levantó la cabeza y miró a Brigham con ojos verdes afilados como un espadín. No había miedo en ellos, sino furia.

—Quítale tus sucias manos, cerdo inglés —lo empujó a un lado y acunó a su hermano contra su pecho. Con su mantón presionó la herida para detener la hemorragia—. ¿Cómo es que mi hermano llega a casa casi muerto y tú con tu lujosa espada enfundada y sin apenas un rasguño?

Tal vez Coll hubiese subestimado su belleza, pero no su genio, decidió Brigham mientras

apretaba los labios.

—Creo que será mejor explicarlo después de que Coll esté atendido.

—Puedes volver a Londres con tus explicaciones —cuando Brigham tomó a Coll en sus brazos para levantarlo, Serena estuvo a punto de golpearlo—. Maldita sea, déjalo. No permitiré que toques lo que es mío.

Brigham la miró de arriba abajo hasta que sus mejillas llamearon.

—Créame —dijo, educado pero rígido—, no siento deseos de hacerlo. Si se ocupa usted de los caballos, señorita MacGregor, yo llevaré a su hermano a la casa.

Serena empezó a hablar otra vez, pero una mirada al rostro pálido de Coll hizo que se mordiera la lengua. Con el abrigo ondeando a su alrededor y Coll en los brazos, Brigham echó a andar hacia la puerta.

Serena recordó la última vez que un inglés había entrado en su casa. Atrapando las riendas de los dos caballos, corrió tras Brigham, maldiciéndolo.

Capítulo 2

Apenas hubo tiempo para las presentaciones. Brigham fue recibido en la puerta por una criada larguirucha de pelo negro que salió corriendo retorciéndose las manos y llamando a lady MacGregor. Fiona apareció con las mejillas sonrojadas por el fuego de la cocina. Al ver a su hijo inconsciente en los brazos de un extraño, palideció.

—Coll. ¿Está...?

—No, milady, pero la herida es severa.

Con una mano delicada, tocó el rostro de su hijo.

—Por favor, si puede llevarlo arriba —inició el ascenso, dando órdenes para que subieran agua y vendas—. Aquí —después de abrir una puerta miró detrás de Brigham—. Gwen, menos mal. Coll está herido.

Gwen, más pequeña y frágil que su madre y hermana, entró corriendo en la habitación.

—Enciende las lámparas, Molly —le dijo a la criada—. Necesitaré mucha luz —ya estaba poniendo una mano sobre la frente de su hermano—. Tiene fiebre —la sangre le manchaba el gabán y se deslizaba hasta la sábana—. ¿Puede ayudarme a quitarle la ropa?

Brigham asintió y empezó a trabajar con ella. Sin alterarse, la joven mandó traer medicinas y cuencos de agua, y enseguida apilaron telas de hilo a su lado. Gwen no se desmayó al ver la herida de espada, como Brigham había temido, sino que empezó a limpiarla y a tratarla con habilidad. Incluso bajo sus delicadas manos, Coll empezó a murmurar y a removerse.

—Sujete esto, por favor —Gwen le indicó a Brigham que apretara un paño contra la herida mientras vertía sirope de amapolas en un vaso de madera. Fiona sostuvo la cabeza de su hijo mientras Gwen le daba de beber la poción. Luego le habló en un murmullo mientras cosía la herida sin arredrarse—. Ha perdido mucha sangre —le dijo a su madre mientras trabajaba—. Tendremos que cuidar la fiebre —Fiona ya estaba humedeciendo la cabeza de su hijo con un paño fresco.

—Es fuerte. No vamos a perderlo ahora —Fiona se enderezó y se apartó el pelo que había caído alrededor de su rostro—. Gracias por traerlo —le dijo a Brigham—. ¿Puede contarme qué ocurrió?

—Nos atacaron a pocos kilómetros al sur. Coll cree que eran unos Campbell.

—Entiendo —Fiona apretó los labios, pero su voz se mantuvo serena—. Le pido disculpas por no haberle ofrecido una silla o una bebida caliente. Soy la madre de Coll, Fiona MacGregor.

—Soy el amigo de Coll, Brigham Langston.

Fiona consiguió sonreír pero siguió sosteniendo la mano inerte de su hijo.

—El conde de Ashburn, claro. Coll me escribió sobre usted. Por favor, permítame que Molly tome su abrigo y le traiga algo de beber.

—Es inglés —Serena estaba de pie en el umbral. Se había quitado el mantón y lo único que llevaba era un vestido sencillo de lana de color azul oscuro.

—Soy consciente de ello, Serena —de nuevo Fiona dirigió su tensa sonrisa a Brigham—. Su abrigo, lord Ashburn. Ha hecho un largo viaje. Estoy segura de que querrá tomar algo caliente y descansar —cuando se quitó el abrigo, la mirada de Fiona se posó en su hombro—. Dios mío, está herido.

—No es grave.

—Un rasguño —dijo Serena al deslizar la vista por la herida. Habría pasado de largo para

acercarse a su hermano, pero una mirada de Fiona la detuvo.

—Lleva a nuestro invitado a la cocina y ocúpate de su herida.

—Antes prefiero vendar a una rata.

—Harás lo que te digo y brindarás la cortesía apropiada a nuestro invitado —el acero afiló su voz—. En cuanto hayas curado sus heridas, ocúpate de que reciba una comida caliente.

Lady MacGregor, no es necesario.

—Perdóneme, milord, pero sí lo es. Me disculparé por no atenderlo yo misma —volvió a tomar el paño para refrescar la cabeza de Coll—. ¿Serena?

—Muy bien, madre, lo haré por ti —Serena se volvió, haciendo una reverencia pequeña y deliberadamente ofensiva—. Si es tan amable, lord Ashburn.

Brigham la siguió por una casa mucho más pequeña que Ashburn Manor y limpia como una patena. Torcieron por un pasillo y bajaron las escaleras. Aun así, apenas prestó atención, ya que sus ojos estaban puestos en la espalda rígida de Serena. Había olores intensos en la cocina, a especias y carne de la olla colgada de una cadena sobre el fuego, a tartas recién cocinadas. Serena le indicó una silla pequeña de patas altas y delgadas.

—Por favor, siéntese, milord.

Obedeció y solo con un leve fulgor de sus ojos dejó traslucir su dolor cuando la joven le rasgó la manga de la camisa.

—Espero que no se desmaye al ver la sangre, señorita MacGregor.

—Es más probable que lo haga usted a la vista de su camisa hecha jirones, lord Ashburn —se desembarazó de la manga desgarrada y volvió con un cuenco de agua caliente y paños limpios.

Era más que un rasguño. Por inglés que fuese, Serena se sentía un poco avergonzada. Era obvio que se había abierto la herida al trasladar a Coll a la casa. Mientras restañaba la sangre que había empezado a fluir libremente, contempló el corte de unos quince centímetros que recorría un antebrazo bien musculado.

Su piel era cálida y lisa bajo sus manos. Olía, no a perfumes y polvos, como imaginaba que olían todos los ingleses, sino a caballos, sudor y sangre. Extrañamente, algo se agitó en su interior y sus dedos se movieron con más suavidad de la pretendida.

Tenía un rostro angelical, pensó Brigham mientras la joven se inclinaba sobre él. Y el alma de una bruja. Una combinación interesante, decidió mientras percibía un leve aroma a lavanda. La clase de labios hechos para besar, emparejados con unos ojos hostiles destinados a perforar a un hombre. ¿Qué tacto tendría su pelo? Sintió la urgencia de acariciarlo, solo para ver su reacción. Pero una herida, se dijo, bastaba por un día.

Serena trabajó en silencio y con pericia, limpiando la herida y aplicándole una de las combinaciones de hierbas de Gwen. El aroma era agradable y le hizo pensar en el bosque y en las flores. Apenas se dio cuenta de que su sangre inglesa le había manchado los dedos.

Serena fue a tomar las vendas. Brigham cambió de postura. De repente, se encontraron cara a cara, tan cerca como un hombre y una mujer podían estar sin abrazarse. Ella notó cómo su aliento le acariciaba los labios y se sorprendió por la agitación que notó en su corazón. Se percató de que sus ojos eran grises, más intensos que cuando la había escrutado fríamente en el camino. Tenía unos labios hermosos, y en aquellos momentos esbozaba una sonrisa que transformaba su rostro aristocrático de rasgos afilados en algo más abordable.

Creyó sentir los dedos del inglés en sus cabellos pero estaba segura de que se había equivocado. Por un momento, tal vez dos, su mente se vació de todo pensamiento y solo pudo mirarlo y admirarlo.

—¿Viviré? —murmuró Brigham.

Allí estaba aquella voz inglesa, burlona, prepotente. No necesitaba nada más para romper el hechizo de sus ojos. Le sonrió y apretó la venda hasta que Brigham dio un respingo.

—Vaya, lo siento, milord —dijo batiendo las pestañas—. ¿Le he hecho daño?

Brigham la miró apaciblemente y pensó que sería una gran satisfacción estrangularla.

—Por favor, olvídelo. No tiene importancia.

—Eso haré —se levantó para llevarse el cuenco de agua manchada de sangre—. Qué extraño, ¿no le parece?, que la sangre inglesa tenga tan poca consistencia.

—No me había dado cuenta. La sangre escocesa que derramé hoy me pareció bastante pálida.

Serena giró en redondo.

—Si era la sangre de un Campbell, ha librado al mundo de otra inmundicia, pero no espere que le dé las gracias por eso, ni por nada.

—Me deja desolado, milady, cuando vivo para merecer su gratitud.

Serena tomó un cuenco de madera, aunque su madre habría querido que usara la vajilla de cerámica o de porcelana, le sirvió el guiso y lo dejó sobre la mesa con un golpe seco que hizo que se desbordara. Le llenó una jarra de cerveza y le plantó un par de tortas de avena en un plato. Era una lástima que no estuvieran correosas.

—Su cena, milord. Tenga cuidado de no atragantarse.

Entonces el hombre se puso en pie, y por primera vez Serena se dio cuenta de que era tan alto como su hermano, aunque con menos músculo.

—Su hermano me advirtió de que tenía mal genio.

Serena se llevó el puño al costado, mirándolo por debajo de unas pestañas varios tonos más oscuras que su pelo alborotado.

—Qué fortuna la suya, milord, pues ahora sabrá que no debe malhumorarme.

Brigham dio un paso hacia ella. No podía evitarlo, dado su temperamento y su inclinación por luchar cara a cara. Serena ladeó la cabeza como si se preparara, e incluso estuviera ansiosa, para el combate.

—Si se le está pasando por la cabeza perseguirme por el bosque con la espada de su abuelo, y o que usted me lo pensaría.

Sus labios se curvaron pese a que contuvo la sonrisa. El humor volvía sus ojos igual de atractivos que la furia.

—¿Por qué? ¿Es veloz con los pies, Sassenach? —preguntó, empleando el término gaélico para el odiado invasor inglés.

—Lo bastante veloz como para hacerla caer al suelo si tiene la suerte de alcanzarme —tomó su mano, borrando de inmediato la sonrisa de su rostro. Aunque Serena cerró el puño, se lo llevó a los labios—. Mil gracias, señorita MacGregor, por sus suaves cuidados y su hospitalidad.

Brigham se quedó de pie en la cocina, observando cómo Serena salía hecha una furia, restregándose los nudillos con la falda.

Ya era noche cerrada cuando Ian MacGregor regresó con su hijo más joven. Después de su rápida cena, Brigham permaneció en la habitación que le habían asignado, dejando a solas a la familia y concediéndose tiempo para pensar. Coll le había descrito a los MacGregor con bastante precisión. Fiona era encantadora, con la suficiente fuerza en el rostro y en su porte para sumar carácter a su belleza. La joven Gwen era dulce y callada y de ojos tímidos... y de mano firme cuando cosía carne desgarrada.

En cuanto a Serena... Coll no había mencionado que Serena era una loba con un rostro capaz de rivalizar con el de Helen, pero Brigham se contentaba con formar sus propios juicios sobre ella. Tal vez fuera cierto que no tenía motivos para amar a los ingleses, pero Brigham prefería ponderar a un hombre como hombre que era, no por su nacionalidad.

«Mejor sería que enjuiciara a una mujer como mujer y no por su belleza», pensó. Cuando la había visto correr hacia su hermano con el rostro encendido de placer y el pelo ondeando al viento, se había sentido fulminado por un rayo. Por fortuna, no era de los que sucumbían al hechizo de unos ojos hermosos y un tobillo bonito. Había ido a Escocia a luchar por una causa en la que creía, no para preocuparse porque una chiquilla lo detestara.

A causa de su nacimiento, pensó mientras daba vueltas por la habitación. Maldita fuera aquella joven por mirarlo como si fuera una inmundicia que había que restregar del fondo de un puchero.

Al oír un golpe en la puerta se volvió, frunciendo el ceño, desde su puesto junto a la ventana.

—¿Sí?

La criada abrió la puerta con el corazón en la garganta. Al avistar el atractivo rostro moreno de Brigham bajó los ojos e hizo nerviosas reverencias.

—Disculpe, lord Ashburn —y eso fue todo lo que acertó a decir. Brigham esperó, luego suspiró.

—¿Puedo saber por qué pides disculpas?

La criada le lanzó una mirada fugaz y volvió a fijar la vista en el suelo.

—Milord, el señor MacGregor desea verlo en el piso de abajo, si le parece oportuno.

—Por supuesto, bajaré enseguida.

Pero la joven ya había desaparecido. Tendría una historia que contar aquella noche a su madre, sobre cómo Serena MacGregor había insultado al lord inglés a la cara... una cara, añadiría, tan seductora como la del diablo.

Brigham se alisó el encaje de las muñecas. Había viajado con una sola muda, y confiaba en que el coche y el resto de sus pertenencias concluyera su laborioso trayecto a Glenroe al día siguiente.

Bajó las escaleras, esbelto y elegante, vestido de negro y plata. El encaje asomaba sutilmente por su cuello y sus anillos resplandecieron a la luz de la lámpara. En París y en Londres había seguido los dictados de la moda y se había empolvado el pelo. Allí, se alegraba de poder ahorrarse esa molestia, así que lo llevaba cepillado, negro como el ala de un cuervo, retirado de la frente.

El jefe del clan MacGregor esperaba en el comedor, bebiendo oporto, con el fuego llameando a su espalda. Tenía el pelo rojo oscuro y le caía por los hombros. Una barba del mismo color y lustre cubría su rostro. Se había vestido como era pertinente para recibir compañía de alto rango. De hecho, la falda escocesa le sentaba bien, pues era tan alto y ancho como su hijo. Además llevaba un jubón de piel de becerro y un broche de joyas prendido al hombro en el que estaba grabada la cabeza de un león.

—Lord Ashburn. Bienvenido a Glenroe y a la casa de Ian MacGregor.

—Gracias —Brigham aceptó el oporto y la silla que le ofrecía—. Me gustaría saber cómo está Coll.

—Descansa más tranquilo, pero mi hija Gwen me ha dicho que será una larga noche —Ian hizo una pausa, bajando la vista al vaso de estaño que sostenía en su mano enorme de dedos gruesos—. Coll lo ha descrito en sus cartas como a un amigo, pero de no haberlo hecho, lo sería ahora por traernos a casa.

—Es mi amigo, siempre lo ha sido.

Ian lo aceptó con una inclinación de cabeza.

—Entonces, brindo por su salud, milord —y lo hizo, con gusto—. Tengo entendido que su abuela era una MacDonald.

—Lo era. De la isla de Skye.

El rostro de Ian, curtido y enrojecido por el viento y el mal tiempo, se relajó en una sonrisa.

—Entonces, bienvenido por segunda vez —levantó su vaso y mantuvo la vista fija en su invitado—. ¿Por el verdadero rey?

Brigham levantó a su vez el oporto.

—Por el rey que está al otro lado del Canal... —dijo, sosteniendo la fiera mirada azul de Ian—, y la inminente rebelión.

—Sí, por eso sí que beberé —y lo hizo, vaciando el vaso de un solo trago—. Ahora, cuénteme cómo hirieron a mi chico.

Brigham describió la emboscada, dando detalles sobre sus atacantes y su forma de vestir. Mientras hablaba, Ian escuchó, inclinado hacia delante sobre la amplia mesa como si temiera perderse una palabra.

—¡Malditos Campbell asesinos! —rugió, dando un puñetazo en la mesa que hizo saltar los vasos y la loza.

—Eso pensó Coll —dijo Brigham en tono ecuánime—. Tengo ciertos conocimientos sobre los clanes y la enemistad entre ustedes y los Campbell, lord MacGregor. Podría ser un simple intento de robo, o tal vez se haya propagado el rumor de que los jacobitas se están levantando.

—Y eso están haciendo —Ian se quedó pensativo un momento, tamborileando con los dedos—. Bueno, cuatro contra dos, ¿no fue así? No es tanta desventaja teniendo en cuenta que eran Campbell. ¿Usted también resultó herido?

—Sin importancia —Brigham se encogió de hombros. Era un gesto que había adquirido en Francia—. Si la montura de Coll no hubiera resbalado, nunca habría dejado caer la guardia. Es un espadachín de primera.

—Eso dice de usted —los dientes de Ian centellearon. No había nada que más admirara que un buen luchador—. ¿Con motivo de una escaramuza en la carretera hacia Calais?

Brigham sonrió.

—Un pasatiempo.

—Me gustaría conocer los detalles, pero antes, cuénteme lo que pueda sobre el príncipe y sus planes.

Charlaron durante horas, vaciando la botella de oporto seco y destapando otra mientras las velas se derretían. Las formalidades se atenuaron y disiparon hasta que solo eran dos hombres, uno pasada la flor de la vida y el otro acercándose a ella. Los dos eran guerreros de nacimiento y temperamento.

Tal vez lucharán por razones diferentes, uno por conservar una forma de vida y una tierra, el otro por mera justicia. Pero lucharán. Cuando se separaron, Ian para ver cómo se encontraba su hijo y Brigham para tomar el aire y comprobar cómo estaban los caballos, se conocían tan bien como era necesario.

Cuando regresó ya era tarde. La casa estaba en silencio, los fuegos cubiertos. Fuera, el viento ululaba, y Brigham reparó en la soledad circundante, en la distancia que lo separaba de Londres y de todo su entorno familiar.

Cerca de la puerta habían encendido una vela para alumbrar su camino. La tomó y subió las escaleras, aunque todavía se sentía demasiado inquieto para conciliar el sueño. Arrojando sombras alargadas con la lámpara, Brigham dejó atrás su habitación y empujó la puerta de Coll. Las cortinas estaban echadas y pudo ver a su amigo durmiendo, cubierto con mantas. También vio a Serena, sentada en una silla junto a la cama, leyendo un libro a la luz de otra vela.

Era la primera vez que la veía como su nombre la describía. Su rostro aparecía plácido y extraordinariamente bello bajo el suave resplandor de la llama. Su pelo refulgía, derramándose por su espalda. Se había cambiado el vestido por un camisón de un color verde penetrante que ascendía hasta su cuello para enmarcar su rostro. Mientras Brigham la observaba, Serena levantó la vista al oír el murmullo de su hermano y le puso la mano en la muñeca.

—¿Cómo está?

Se sobresaltó al oír la voz de Brigham pero se recompuso enseguida. Con semblante inexpresivo, volvió a recostarse para cerrar el libro que tenía en el regazo.

—Sigue con fiebre. Gwen piensa que le bajará por la mañana.

Brigham se acercó al pie de la cama. A su espalda, el fuego ardía con fuerza. El olor a medicina mezclado con amapolas rivalizaba con el del humo.

—Coll me dijo que podía hacer magia con las hierbas. He visto médicos con una mano menos firme cosiendo una herida.

Dividida entre la irritación y el orgullo por su hermana, Serena se alisó las faldas del camisón.

—Tiene un don, y un buen corazón. Se habría quedado velándolo toda la noche si no la hubiera intimidado para que se fuera a la cama.

—¿Así que intimida a todos, no solo a los extraños? —sonrió y levantó una mano antes de que pudiera replicar—. Ahora no puede arremeter contra mí, querida mía, o despertará a su hermano y al resto de su familia.

—No soy su «querida».

—Por eso iré a la tumba agradecido. Solo es una forma de hablar.

Coll se removió y Brigham se acercó a él para colocarle una mano fría sobre la frente.

—¿Se ha despertado en algún momento?

—En un par de ocasiones, pero no estaba lúcido —como su conciencia se lo exigía, cedió—. Preguntó por usted —se levantó y escurrió un paño para humedecer el rostro de su hermano—. Debería retirarse y venir a verlo por la mañana.

—¿Y usted?

Acariciaba a su hermano con manos suaves, reconfortantes, refrescantes. A pesar suyo, Brigham imaginó cómo sería sentir las sobre su frente.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿No tiene a nadie que la intimide para ir a la cama?

Serena levantó la vista, plenamente consciente del significado de sus palabras.

—Voy dónde y cuándo quiero —se sentó de nuevo y entrelazó los dedos—. Está malgastando su vela, lord Ashburn.

Sin decir palabra, Brigham la apagó. La única vela junto a la cama los sumió en la intimidad.

—Tiene mucha razón —murmuró—. Con una vela basta.

—Confío en que pueda encontrar el camino a su habitación en la oscuridad.

—Da la casualidad de que tengo una excelente visión nocturna. Pero todavía no voy a retirarme —distráidamente levantó el libro que Serena tenía en el regazo—. ¿Macbeth?

—¿Es que las damas refinadas de su entorno no leen?

Brigham esbozó una sonrisa.

—Algunas —abrió el libro y lo hojeó—. Un cuento abominable.

—¿Asesinato y poder? —hizo un pequeño gesto con las manos—. La vida, milord, puede ser abominable, como tan a menudo demuestran los ingleses.

—Macbeth era escocés —le recordó. Brigham se reclinó sobre una mesa, sosteniendo el libro holgadamente. Creía que Serena estaba siendo sincera, y eso le interesaba. La mayoría de las mujeres que conocía podía filosofar sobre la moda, pero nada más—. ¿Macbeth no te parece un villano?

—¿Por qué? —Serena no había pretendido hablar con él, y mucho menos entablar una conversación, pero no podía resistirse—. Tomó lo que creía que era suyo.

—¿Y sus métodos?

—Despiadados. Tal vez los reyes han de ser así. Carlos no se apoderará del trono pidiéndolo.

—No —frunciendo el ceño, Brigham cerró el libro—. Pero la traición difiere de la guerra.

—Una espada es una espada, clavada en la espalda o en el corazón —Serena lo miró, y sus ojos verdes resplandecían en la oscuridad—. Si fuera un hombre lucharía para ganar, y al diablo con los métodos.

—¿Y el honor?

—Hay mucho honor en la victoria —empapó el paño y volvió a escurrirlo. A pesar de sus palabras, tenía una actitud femenina ante la enfermedad, suave, paciente, exhaustiva—. Hubo un tiempo en que perseguían a los MacGregor como si fueran sabandijas, y los Campbell recibían abundante oro británico por cada muerte. Si te persiguen salvajemente, aprendes a luchar salvajemente. Violaban y mataban a las mujeres, asesinaban a bebés aún sin destetar. No olvidamos, lord Ashburn, ni perdonamos.

—Estos son nuevos tiempos, Serena.

—Aun así, la sangre de mi hermano fue derramada hoy.

Llevado por un impulso, le cubrió la mano con la suya.

—Dentro de unos meses se derramará mucha más, pero por justicia, no por venganza.

—Usted puede permitirse el lujo de luchar por la justicia, y no.

Coll gimió y empezó a incorporarse. Serena volvió a dedicarle toda su atención. Automáticamente, Brigham lo sujetó.

—Volverá a abrirse la herida.

—Sujételo —Serena vertió más medicina en un vaso de madera y se lo llevó a Coll a los labios—. Bebe ahora, cariño —le hizo tragar lo que pudo, murmurando, amenazando, persuadiéndolo. Estaba

tiritando, aunque la piel le ardía al tacto.

Serena ya no cuestionaba la presencia de Brigham, y no dijo nada cuando se quitó el abrigo y se remangó el encaje de sus muñecas. Juntos bañaron a Coll con agua fresca, le hicieron ingerir un poco más de la mezcla de Gwen y siguieron velándolo.

Ya no rehuía su ayuda. Inglés o no, era evidente que se preocupaba por su hermano. Sin su ayuda se habría visto obligada a llamar a su hermana o a su madre. Durante unas pocas horas, Serena se afanó por olvidar que lord Ashburn representaba todo aquello que aborrecía.

De vez en cuando, al pasarse el paño o el vaso, sus manos se rozaron. Los dos hicieron lo posible por ignorar incluso aquella mínima intimidación. Brigham tal vez se inquietara por su hermano, pero aun así era un noble inglés. Serena tal vez tuviera más temple que todas las mujeres que Brigham había conocido, pero seguía siendo un terror escocés.

La tregua se prolongó lo que duró la fiebre de Coll. Cuando la luz tiñó de gris el cielo, anunciando el amanecer, la crisis ya había pasado.

—Está frío —Serena contuvo las lágrimas mientras acariciaba la frente de su hermano. Era absurdo llorar en aquellos momentos, cuando lo peor ya había pasado—. Creo que se repondrá, pero será mejor que Gwen le eche un vistazo.

—Seguramente dormirá tranquilo —Brigham se llevó una mano a la nuca, donde se había asentado un dolor sordo. El fuego que habían avivado por turnos seguía crepitando a su espalda, difundiendo luz y calor. Se había desabrochado el cuello de la camisa para respirar, dejando ver un pecho exquisitamente esculpido. Serena se secó la frente y trató de no fijarse.

—Ya casi ha amanecido —se sentía débil, llorosa y exhausta.

—Sí.

La mente de Brigham se desvió bruscamente, por completo, del hombre postrado en la cama a la mujer que estaba de pie junto a la ventana. Las primeras luces del alba se encendían a su espalda y permanecía entre luces y sombras. Su camisón la envolvía como si perteneciera a la realeza. Su rostro estaba pálido de fatiga y sus ojos parecían aún más grandes, más oscuros, más misteriosos, por las leves sombras violáceas que tenían debajo.

Serena sintió un hormigueo en la piel ante el escrutinio de Brigham. Deseó que desviara la mirada. La hacía sentirse... indefensa por alguna razón. De repente, se asustó y despegó los ojos de los suyos para mirar a su hermano.

—Ya no hace falta que se quede.

—No.

Serena se dio la vuelta. Brigham interpretó que lo estaba echando. Hizo una reverencia irónica que Serena no pudo ver, pero se paró en seco al oír que se sorbía las lágrimas. Pasándose una mano por el pelo y maldiciendo, avanzó hacia ella.

—Las lágrimas ya no son necesarias, Serena.

Ella se secó la mejilla con los nudillos atropelladamente.

—Pensé que iba a morir. No me he dado cuenta del miedo que tenía hasta que no ha pasado todo —volvió a deslizar la mano por el rostro—. He perdido mi pañuelo —dijo en tono compungido.

Brigham le puso el suyo en la mano.

—Gracias.

—De nada —consiguió decir cuando se lo devolvió arrugado y húmedo—. ¿Mejor?

—Sí —exhaló un largo suspiro fortalecedor—. Desearía que se fuera.

—¿Adónde? —aunque sabía que era un desatino, la volvió hacia él. Solo quería contemplar sus ojos otra vez—. ¿A la cama o al diablo?

Serena sonrió, sorprendiéndolos a los dos.

—Donde guste, milord.

Deseaba aquellos labios. Aquel discernimiento lo conmocionó tanto como su sonrisa. Los deseaba cálidos y abiertos y totalmente dóciles bajo los suyos. La luz traspasó el cielo y se derramó como polvo de oro por la ventana. Antes de que ninguno de los dos pudiera anticiparlo, Brigham hundió los dedos en su pelo hasta rodearle el cuello.

—No —acertó a decir Serena, atónita por que la negativa fuese vacilante. Cuando levantó una mano en señal de protesta, Brigham la cubrió con la suya. Así los sorprendió el alba.

—Estás temblando —murmuró Brigham. Suavemente deslizó los dedos por su cuello, encendiendo pequeños fuegos de deseo—. Me preguntaba si lo harías.

—No le he dado permiso para tocarme.

—No he pedido permiso —la atrajo hacia él—. Ni lo haré —acercó la mano de Serena a sus labios, deslizándolos suaves besos por sus dedos—. Ni necesito hacerlo.

Serena sintió que la habitación se inclinaba y que su voluntad se derrumbaba cuando Brigham bajó la cabeza hacia ella. Como en un sueño, entrecerró los ojos y entreabrió los labios.

—¿Serena?

Saltó hacia atrás, y sus mejillas llamearon al oír la voz de su hermana. Temblorosa, juntó las manos justo cuando Gwen entraba en la habitación.

—Deberías estar descansando. Solo has dormido unas horas —dijo Serena.

—Suficiente. ¿Y Coll? —preguntó, mirando fijamente hacia la cama.

—Le ha bajado la fiebre.

—Ah, gracias a Dios —su pelo, más dorado que rojo, se deslizó como una cortina sobre su rostro al inclinarse sobre él. Con su camisón de color azul claro se asemejaba vívidamente al ángel que Coll había descrito—. Duerme plácidamente, y seguirá haciéndolo durante horas —levantó la vista para sonreír a su hermana y vio a Brigham junto a la ventana.

—¿Lord Ashburn! ¿Acaso no ha dormido?

—Estaba a punto de retirarse a su cuarto —Serena caminó con paso enérgico hacia su hermana.

—Necesita descansar —el rostro de Gwen se frunció al pensar en su hombro—. Si no su herida no sanará.

—Se desenvuelve bastante bien —dijo Serena con impaciencia.

—Le agradezco su preocupación —Brigham se inclinó intencionadamente ante Gwen—. Como parece que no puedo ser de más utilidad, me retiraré a mi habitación —sus ojos escudraron a Serena de arriba abajo. Junto a su hermana, ella también parecía un ángel. Un ángel vengador—. Quedo a su disposición, señorita.

Gwen sonrió mientras el conde salía de la estancia, y su joven corazón se estremeció un poco al ver su pecho y brazos desnudos.

—Qué apuesto es —suspiró.

Serena chasqueó la lengua con desprecio y se retocó el corpiño de su camisón.

—Para ser inglés.

—Ha sido muy amable al quedarse con Coll.

Serena todavía sentía la presión firme de sus dedos en la nuca.

—No es amable —murmuró—. No creo que sea amable en absoluto.

Capítulo 3

Brigham durmió hasta que el sol alcanzó su cénit. Tenía el hombro rígido, pero no le dolía. Suponía que estaba en deuda con Serena. Sus labios moldearon una sonrisa intrépida mientras se vestía. Tenía intención de recompensarla.

Después de ponerse los pantalones, contempló su chaqueta de montar hecha jirones. Tendría que servir, ya que no podía ponerse tan de mañana el traje de etiqueta. Hasta que no llegaran sus baúles, haría frente a las incomodidades. Se pasó una mano por el mentón después de enfundarse la chaqueta. Estaba áspero a causa de la barba incipiente, y el encaje de su camisa no brillaba por su frescura. Su ayuda de cámara se habría horrorizado.

El querido y solemne Parkins se había enfurecido por tener que quedarse en Londres mientras su señor viajaba a las bárbaras Highlands escocesas. Parkins conocía, como varios más, el verdadero propósito del viaje, por eso había insistido aún más en acompañar a lord Ashburn.

Brigham ladeó el espejo de afeitarse. Parkins era leal, pensó, pero no estaba capacitado para la batalla. No había en todo Londres un caballero de caballeros más exquisito o discreto, pero Brigham no necesitaba, ni quería, un ayuda de cámara durante su estancia en Glenroe.

Con un suspiro, se dispuso a suavizar su navaja. Tal vez no pudiera enmendar la chaqueta rasgada o el encaje alicaído, pero acertaría a afeitarse.

Cuando estuvo presentable, se dirigió al piso de abajo. Fiona estaba allí para saludarlo, con un delantal sobre su vestido sencillo de lana.

—Lord Ashburn, confío en que haya descansado bien.

—Muy bien, lady MacGregor.

—Si se parece a los hombres que conozco, tendrá un apetito voraz —con una sonrisa apoyó una mano en su brazo y empezó a andar—. ¿Le apetece sentarse en el salón? Hace más calor que en el comedor, y cuando como a solas me resulta más acogedor.

—Gracias.

—Molly, dile a la cocinera que lord Ashburn está despierto y hambriento —lo condujo al salón donde ya habían dispuesto una mesa para él—. ¿Quiere desayunar solo o prefiere que le haga compañía?

—Siempre prefiero la compañía de una hermosa mujer, milady.

Con una sonrisa, Fiona aceptó la silla que le ofreció.

—Coll ya me dijo que era un adúlador —con delantal o no, se sentó con la misma elegancia que cualquier señorita de salón que Brigham hubiese conocido—. Anoche no pude darle las gracias debidamente. Me gustaría enmendarlo ahora y expresarle toda mi gratitud por traer a Coll a casa.

—Preferiría haberlo hecho en mejores circunstancias.

—Lo traje —Fiona le ofreció la mano—. Estoy en deuda con usted.

—Es mi amigo.

—Sí —le estrechó la mano brevemente—. Eso me ha dicho. No reduce la deuda, pero no quiero avergonzarlo —Molly apareció con el café y Fiona sirvió, complacida por poder dar uso a su vajilla de porcelana—. Coll ha preguntado por usted esta mañana. Tal vez, después de comer, quiera ir a hablar con él.

—Por supuesto. ¿Cómo está?

—Lo suficientemente bien como para protestar —la sonrisa de Fiona era maternal—. Es como su padre, impaciente, impulsivo y muy, muy entrañable.

Hablaron despreocupadamente mientras le servían el desayuno. Había avena cocida, gruesas láminas de jamón, porciones de pescado fresco con huevos, tortas de avena y numerosas mermeladas y confituras. Pese a optar por el café en lugar del whisky del desayuno, se le ocurrió pensar que, aunque remota, aquella mesa de las Highlands podía rivalizar fácilmente con la de cualquier desayuno londinense. La señora de la casa saboreó una taza de café mientras animaba a Brigham a saciar su apetito.

—Si esta tarde me da su chaqueta, milord, se la coseré.

Brigham contempló la manga destrozada.

—Me temo que no volverá a ser la misma.

Fiona lo miró con ojos sobrios.

—Hacemos lo que podemos con lo que tenemos —se puso en pie, y Brigham también lo hizo—. Si me disculpa, lord Ashburn, tengo muchas tareas de las que ocuparme antes de que regrese mi marido.

—¿Lord MacGregor no está?

—Volverá por la tarde. Todos tenemos mucho trabajo que hacer antes de que el príncipe Carlos entre en acción.

Brigham elevó las cejas mientras se iba. Nunca había conocido a una mujer que se tomara la amenaza de la guerra con tanta complacencia.

Cuando regresó al piso de arriba, encontró a Coll un poco pálido y con ojeras, pero incorporado y discutiendo.

—No pienso tocar esa bazofia.

—Tomarás hasta la última gota —dijo Serena en tono amenazador—. Gwen la ha preparado especialmente para ti.

—Aunque la Virgen bendita hubiera metido el dedo en ella, no me la tragaría.

—Blasfema otra vez y te la llevarás puesta.

—Buenos días, niños —Brigham se aventuró en la habitación.

—Brig, gracias a Dios —dijo Coll con alegría—. Despacha a esta moza y consígueme un poco de carne. Carne —repitió—. Y whisky.

Después de aproximarse a la cama, Brigham elevó una ceja al ver las gachas que Serena sostenía en un cuenco.

—Realmente parece nauseabundo.

—Eso es lo que yo he dicho —Coll se recostó sobre las almohadas, aliviado por tener a un hombre de su lado—. Solo una mentecata esperaría que alguien se tragara eso.

—Yo he desayunado una buena rodaja de jamón.

—¿Jamón?

—Asado en su punto. Felicite de mi parte a su cocinera, señorita MacGregor.

—Gachas es lo que necesita —dijo Serena entre dientes—, y gachas será lo que tome.

Después de encogerse de hombros, Brigham se sentó al borde de la cama.

—He hecho lo que podía, Coll. Es cosa tuya.

—Échala de aquí.

Brigham jugó con su encaje.

—Lamento contrariarte, querido amigo, pero siento pavor por esta mujer.

—¡Ja! —Coll levantó la barbilla y miró a su hermana—. Vete al diablo, Serena, y llévate esa bazofia contigo.

—Muy bien, si quieres herir los sentimientos de Gwen después de que te ha cuidado y se ha tomado el tiempo y la molestia de prepararte estas gachas, allá tú. Bajaré y le diré que has dicho que eran una bazofia y que prefieres no comer nada.

Se volvió, con el cuenco en la mano. No había dado dos pasos cuando Coll cedió.

—¡Mal rayo te parta! Trae aquí.

Brigham sorprendió la sonrisa de triunfo de Serena al apartarse a un lado las faldas y sentarse. Luego metió la cuchara en el cuenco.

—Abre tu boca, Coll.

—No quiero que me des de comer —al hablar, Serena le introdujo el primer bocado de gachas—. Maldita sea, Serena, he dicho que comeré yo solo.

—Para salpicarlo todo sobre tu camisa limpia de dormir. No voy a cambiarte otra vez de ropa, jovencito, así que abre la boca y cállate.

Coll habría maldecido otra vez, pero estaba demasiado ocupado ingiriendo las gachas.

—Dejaré que desayunes solo, Coll —se despidió Brigham.

—Piedad —agarró a Brigham de la muñeca—. No me abandones ahora. Ladrará, chillará, bramará y me sacará de mis casillas. Yo... —la miró con furia cuando Serena le metía más gachas en la boca—. Es una mujer diabólica, Brig. Un hombre no está a salvo con ella.

—¿Es eso cierto? —sonriendo, Brigham estudió el rostro de Serena y fue recompensado con un leve rubor.

—No te he dado las gracias por traerme a casa. Me han dicho que estabas herido —dijo Coll.

—Un rasguño. Tu hermana me lo limpió.

—Gwen es un ángel.

—La pequeña Gwen no daba abasto contigo. Serena fue quien me vendó.

Coll miró a su hermana y sonrió.

—Si es una torpe.

—Vas a tragarte la cuchara de un momento a otro, Coll MacGregor.

—Hace falta algo más que un agujero en el costado para tumbarme, jovencita. Todavía puedo ponerte sobre mis rodillas.

Serena le limpió los labios delicadamente con una servilleta.

—La última vez que lo intentaste cojeaste durante una semana.

Coll sonrió al recordarlo.

—Cierto. Brig. esta chica es una jabata. Me dio una patada en todo... —sorprendió una mirada furiosa de Serena —... mi orgullo, por decirlo así.

—Lo recordaré por si alguna vez tengo ocasión de pelear con la señorita MacGregor.

—Y otra vez me dio con una olla en la cabeza —dijo Coll con expresión abstraída por el recuerdo—. Que me aspen si no vi las estrellas —volvía a estar somnoliento y se le cerraban los párpados—. Eres una fiera —murmuró—. Nunca cazarás un marido.

—Si quisiera cazar un marido, lo haría.

—La joven más bonita de Glenroe —la voz de Coll tembló a la vez que cerraba los ojos—. Pero tiene mal genio, Brig. No como esa bonita francesita de pelo dorado.

«¿Qué bonita francesita?», se preguntó Serena, mirando a Brigham de soslayo. Pero solo estaba sonriendo y jugando con el botón de su chaqueta.

—He tenido el placer de descubrirlo por mí mismo —murmuró Brigham—. Ahora descansa. Volveré.

—Mira que obligarme a comer esas gachas. Qué asco.

—Sí, y todavía quedan más, bruto ingrato.

—Te quiero, Rena.

Serena le apartó el pelo de la frente.

—Lo sé. Ahora calla y duerme —Serena le remitió las sábanas mientras Brigham permanecía de pie por detrás—. Descansará tranquilo durante unas horas. Luego será mi madre la que le dé de comer, y con ella no discutirá.

—Yo diría que la discusión le sentó tan bien como las gachas.

—Esa era la idea —levantó la bandeja con el cuenco vacío e hizo ademán de pasar a su lado. Brigham apenas tuvo que moverse para bloquearle el paso.

—¿Has descansado?

—Bastante bien. Perdona, lord Ashburn, tengo cosas que hacer.

En lugar de apartarse, le sonrió.

—Cuando paso la noche con una mujer, normalmente me llama por mi nombre.

Las luces de guerra se encendieron en sus ojos, justo como había esperado.

—No soy ninguna francesita de pelo dorado ni una de sus mujeres libertinas de Londres, así que guárdese su nombre, lord Ashburn. No lo quiero para nada.

—Yo sí quiero el tuyo para algo... Serena —ella lo deleitó bufando—. Tienes los ojos más hermosos que he visto nunca.

Aquello la agitó. Sabía cómo manejar los halagos, cómo aceptarlos, sortearlos, pasarlos por alto. Pero, por alguna razón, con él no era tan fácil.

—Déjeme pasar —murmuró.

—¿Me habrías besado? —le puso dos dedos bajo la barbilla al preguntarlo. Serena sostenía la bandeja como un escudo—. ¿Esta mañana, cuando en tu rostro se reflejaba el cansancio y los rayos dorados del sol empezaban a entrar por la ventana?

—Apártese —como tenía la voz ronca, lo empujó con la bandeja. Brigham la sostuvo instintivamente para evitar que se cayera. Una vez libre, Serena se dirigió hacia la puerta. El ruido de unos pasos corriendo los paró en seco a los dos.

—Malcolm, ¿tienes que hacer tanto ruido como un elefante? Coll está dormido.

—Ah —un niño de unos diez años patinó y se paró. Tenía el pelo de un rojo profundo que seguramente se oscurecería hasta un tono caoba con el tiempo. Al contrario que los demás hombres de su familia, tenía unos rasgos casi delicados. Y contaba además, Brigham se fijó enseguida, con los ojos verdes intensos de su hermana—. Quería verlo.

—Puedes vigilarlo, si estás callado —con un suspiro, Serena le zarandeó el hombro—. Pero lávate primero. Pareces un mozo de cuadra.

Malcolm sonrió, exhibiendo un diente perdido.

—He estado con la yegua. Va a parir dentro de unos días.

—Hueles como ella —al ver el barro del pasillo supo que no se había limpiado las botas muy exhaustivamente. Lo barrería antes de que su madre lo viera. Empezó a regañarle, pero Malcolm ya no le prestaba atención.

Brigham se sorprendió ante aquel escrutinio de hombre a hombre. El chico era delgado como un lebre, estaba manchado de barro y sus ojos reflejaban intensa curiosidad.

—¿Es usted el cerdo inglés?

—¡Malcolm!

Los dos la ignoraron mientras Brigham daba un paso al frente. Con calma le devolvió la bandeja a Serena.

—Soy inglés, desde luego, pero mi abuela era una MacDonald.

Mortificada, Serena clavó la vista al frente.

—Me disculparé por mi hermano, milord.

Brigham le lanzó una mirada cargada de ironía. Los dos sabían de dónde había sacado el chico aquella descripción.

—No es necesario. Tal vez puedas presentarnos.

Serena hundió los dedos en la bandeja.

—Lord Ashburn, mi hermano Malcolm.

—A su disposición, señor MacGregor.

Malcolm sonrió ante aquel saludo y la reverencia formal de Brigham.

—A mi padre le gustas —le confió—. A mi madre también, y a Gwen, creo, pero es demasiado tímida para decirlo.

Brigham esbozó una sonrisa.

—Es un honor.

—Coll escribió diciendo que tenías los mejores establos de Londres, así que a mí también me gustas.

Como era irresistible, Brigham revolvió el pelo del chico... y sonrió a Serena con picardía.

—Otra conquista.

Serena levantó la barbilla.

—Ve a lavarte, Malcolm —le ordenó antes de alejarse, enfurruñada.

—Siempre quieren que te laves —declaró Malcolm con un suspiro—. Me alegro de que haya más hombres en casa.

Prácticamente dos horas después, llegó el coche de Brigham, causando no poco revuelo en el pueblo. Lord Ashburn tenía por principio adquirir lo mejor, y su equipamiento de viaje no era una excepción. El coche estaba bien dotado, pintado de un negro regio y realzado con plata. El cochero también iba de negro. El caballerizo, que viajaba a su lado en el pescante, disfrutaba viendo cómo la gente se asomaba por puertas y ventanas a su llegada. Aunque llevaba día y medio protestando por el tiempo deplorable, las carreteras deplorables y la velocidad deplorable, se sentía mejor sabiendo que el viaje había tocado a su fin y que podría ocuparse de sus caballos.

—Chico, ven aquí —el cochero tiró de las riendas de los caballos e hizo una seña a un niño que

estaba de pie junto al camino, contemplando el coche con asombro y chupándose el dedo—. ¿Dónde puedo encontrar la casa de los MacGregor?

—Siga por esta carretera hasta subir la cresta. ¿Busca al lord inglés? ¿Es ese su carruaje?

—Efectivamente.

Complacido consigo mismo, el chico hizo una seña.

—Está allí.

El cochero hostigó a los caballos y continuaron al trote. Brigham los estaba esperando. Protegiéndose del frío, salió de la casa cuando el coche se paró en la puerta.

—Os habéis tomado vuestro tiempo.

—Le pido disculpas, milord. El mal tiempo nos retuvo.

Brigham hizo una seña hacia los baúles.

—Mételos dentro. Los establos están en la parte de atrás, Jem. Instala allí a los caballos. ¿Habéis comido?

Jem, cuya familia había trabajado para los Langston durante tres generaciones, saltó ágilmente al suelo.

—Apenas hemos probado bocado, milord. Wiggings conduce con desenfreno.

Apreciando la sinceridad, Brigham sonrió al cochero.

—Estoy seguro de que habrá algo caliente en la cocina. Si queréis... —se interrumpió cuando la puerta del coche se abrió y de él bajó un personaje más majestuoso que cualquier duque—. Parkins.

Parkins hizo una reverencia.

—Milord —luego estudió el atuendo de Brigham y su rostro solemne se alteró. Su voz, llena de mortificación, tembló—. Oh, milord.

Brigham miró con pesar a su manga rasgada. Sin duda Parkins estaba más preocupado por la tela que por la herida que había debajo.

—Como puedes ver, necesito mis baúles. ¿Pero qué diantres estás haciendo aquí?

—También me necesita a mí, milord —Parkins se enderezó—. Sabía que hacía bien al venir, y no cabe ninguna duda. Ocupaos de trasladar el equipaje a la habitación de lord Ashburn inmediatamente.

Aunque el frío le traspasaba la chaqueta de montar, Brigham se plantó.

—¿Cómo has venido?

—Alcancé el coche ayer, señor, después de que usted y el señor MacGregor continuaran la marcha a caballo —con un palmo menos de estatura que Brigham, y terriblemente delgado, Parkins se cuadró de hombros—. No consentiré que me envíe de regreso a Londres, milord, cuando mi deber está aquí.

—No necesito un ayuda de cámara, Parkins. No voy a asistir a ningún baile.

—He servido al padre de milord durante quince años y a milord durante cinco. No pienso volver.

Brigham abrió la boca, luego la cerró. Era imposible discutir con la lealtad.

—Pasa, maldita sea. Hace un frío infernal.

Con semblante digno, Parkins subió los peldaños.

—Me ocuparé de deshacer el equipaje de milord enseguida —se estremeció al observar nuevamente el atuendo de su señor—. Enseguida. Si pudiera persuadir a milord para que me acompañe, podría vestirlo adecuadamente en un abrir y cerrar de ojos.

—Después —Brigham se echó encima el abrigo—. Quiero echar un vistazo a los caballos —bajó

las escaleras, se paró y se volvió—. Por cierto, Parkins, bienvenido a Escocia.

El más leve asomo de sonrisa curvó sus delgados labios.

—Gracias, milord.

Jem, el caballerizo, estaba instalando a los caballos y ya casi parecía sentirse como en su casa. Brigham oyó su risa aguda al empujar la puerta de madera.

—Es usted muy avisado, ¿verdad, señor MacGregor? Claro que lord Ashburn tiene los mejores establos de Londres. De toda Inglaterra, en realidad. Y yo soy el que se ocupa de ellos.

—Entonces te pediré que eches un vistazo a mi yegua, Jem. No tardará en parir.

—Me encantará, en cuando termine con mis amores.

—Jem.

—Eh... —se volvió y vio a Brigham de pie en un haz de luz pálida de invierno—. Sí, lord Ashburn. Todo estará listo en un abrir y cerrar de ojos.

Brigham sabía que Jem era intachable con los caballos, pero también se le iba la mano con la botella y con un lenguaje que los MacGregor no considerarían apropiado para su hijo pequeño. Así que se quedó supervisando cómo almohazaba a sus caballos.

—Son buenos ejemplares, lord Ashburn —Malcom estaba ayudando a su caballerizo—. Conduzco muy bien, ¿sabe?

—No lo dudo —Brigham se había quitado el abrigo y como su chaqueta estaba hecha jirones, se sumó a la tarea—. Tal vez una tarde puedas enseñarme cómo lo haces.

—¿De veras? —no había camino más rápido para ganarse el corazón del chico—. No creo que pueda manejar su coche, pero tenemos una biga —sonrió con desprecio viril—. Aunque mi madre solo me deja conducir el carrito del poni.

—Estarás conmigo, ¿no? —Brigham dio una palmada al flanco de uno de los caballos—. Están en buena forma, Jem. Ve a echar un vistazo a la yegua del amo MacGregor.

—Por favor, señor, ¿podría venir a verla usted también? Es una belleza.

Brigham puso una mano sobre el hombro de Malcolm.

—Será un placer conocerla.

Satisfecho por haber encontrado un alma gemela, Malcolm tomó la mano de Brigham y lo condujo por los establos.

—Se llama Betsy.

Al oír su nombre, la yegua asomó la cabeza por la puerta del establo y esperó a que la acariciaran.

—Una dama encantadora —era un ruano, no especialmente distinguido, pero digno y con garbo suficiente.

Dentro del establo, Jem examinó a la yegua con una serenidad y eficiencia que impresionó al joven Malcolm. Betsy esperó con tolerancia, resoplando de una forma que hacía estremecer su abultado vientre.

—Alumbrará muy pronto —decretó Jem—. Dentro de un día o dos, calculo yo.

—¿Podría pedirte que acompañaras a Jem a la cocina, Malcolm? —preguntó Brigham—. No ha comido nada.

Bruscamente formal, Malcolm se cuadró de hombros.

—Me encargaré de que la cocinera te prepare algo enseguida. Buenas tardes, milord.

—Brig

Malcolm le sonrió a él y a la mano que le ofrecía. La estrechó formalmente y luego se alejó corriendo, gritando a Jem que lo siguiera.

—Un granuja encantador, si me permite decirlo, milord.

—Te lo permito. Jem, intenta recordar que es joven e impresionable —al ver la expresión vacía de su rostro, Brigham suspiró—. Si empieza a maldecir como mi caballerizo inglés, me cortarán la cabeza. Tiene una hermana que disfrutaría empuñando el hacha.

—Sí, milord. Seré el decoro en persona, se lo prometo.

Sonriendo de oreja a oreja, Jem salió detrás de Malcolm.

Brigham se quedó rezagado sin saber por qué. Tal vez porque había silencio y los caballos eran buena compañía. Había pasado parte de su juventud como Malcolm, en los establos, y en un momento dado había soñado con dedicarse a criar caballos.

Pero no era en caballos ni en sueños perdidos en lo que estaba pensando en aquellos instantes. Tal vez porque estaba en su mente, no le sorprendió verla entrar en los establos.

Serena también había estado pensando en él, aunque no del todo favorablemente. No había podido concentrarse en sus tareas cotidianas y evocaba, de forma involuntaria y constante, el momento en que había estado de pie, con él, junto a la ventana del cuarto de su hermano, sintiendo su mirada.

Y cómo la había mirado. Incluso en aquellos momentos, algo se agitó en su interior al recordarlo. Sus ojos se habían ensombrecido... los dos estaban tan cerca. Sabía lo que era que un hombre la mirara con interés, e incluso que intentaran apartarla a las sombras para robarle un beso. Con uno o dos, lo había consentido. Solo para ver si podría gustarle. A decir verdad, los besos le habían parecido placenteros, aunque no excitantes. Pero nunca se había sentido así.

Las piernas le habían flaqueado, como si alguien hubiese sustituido la sangre por agua. La cabeza le había dado vueltas como la primera vez que había probado el oporto de su padre, a los doce años. Y, Señor, su piel había ardido allí donde Brigham la había tocado. Como una enfermedad, pensó.

¿Qué otra cosa podía ser? Se desembarazó de aquella sensación y enderezó los hombros. Había sido fatiga, pura y simple. Eso y preocupación por su hermano, y debilidad por falta de comida. Pero ya se había recobrado, y si por casualidad se cruzaba con el presuntuoso conde de Ashburn, sabría cómo manejarlo.

Apartó a un lado aquellos pensamientos y escudriñó los establos en penumbra.

—Malcolm, pequeño bribón, voy a tirarte de las orejas. Es tu obligación rellenar la leñera y es la última vez que lo hago por ti.

—Me temo que tendrás que tirarle a Malcolm de las orejas más tarde —Brigham salió de las sombras y se deleitó sobresaltándola—. No está aquí. Acabo de enviarlo a la cocina con mi caballerizo.

Serena levantó la barbilla.

—¿Enviarlo? No es su criado.

—Mi querida señorita MacGregor —Brigham dio unos pasos hacia ella, decidiendo que los colores tenues de su mantón realzaban a la perfección el color vibrante de su pelo—. Malcolm se ha encariñado con Jem, que, como tu hermano, es un gran amante de los caballos.

Serena estaba frunciendo el ceño ante su explicación mientras Brigham seguía acercándose. Olía a la lavanda que siempre parecía flotar en torno a ella.

—Necesitas descansar, Serena. Tienes ojeras.

Casi había dado un paso atrás cuando fue capaz de resistir la extraña urgencia por retroceder.

—Soy tan fuerte como cualquiera de sus caballos, gracias. Y se toma muchas libertades con mi nombre.

—Me complace pronunciarlo. ¿Cómo te llamó Coll antes de quedarse dormido? ¿Rena? Es bonito.

Sonaba distinto cuando él lo pronunciaba. Serena se volvió a contemplar sus caballos.

—Estoy segura de que a Malcolm le habrán impresionado.

—Es más fácil de impresionar que su hermana.

Serena volvió la cabeza.

—No tiene nada que pueda impresionarme, milord.

—¿No te resulta cansino despreciar todo lo inglés?

—No, lo encuentro gratificante —como volvía a sentirse débil y necesitada, Serena cargó contra él, dejando que el enojo sustituyera a un anhelo que todavía no comprendía—. ¿Qué es usted para mí salvo otro noble inglés que quiere salirse siempre con la suya? Se sienta en su elegante casa de Londres o en su mansión campestre y sueña junto al fuego con valores y un gran cambio social. Nosotros vivimos la lucha todos los días, simplemente para conservar lo que es nuestro. ¿Qué sabe usted del terror de esperar de noche a que regresen los hombres, o la frustración de no ser capaz de hacer otra cosa más que esperar?

—¿También me culpas a mí por haber nacido mujer? —Brigham la asió del brazo antes de que ella pudiera escabullirse. El mantón cayó sobre sus hombros haciendo que la luz del atardecer que se colaba por la puerta y las rendijas de las paredes brillara en su pelo—. Tal vez me maldiga por preferirte de esa manera. Dime la verdad, Serena, ¿me aborreces?

—Sí —lo dijo sin pasión, deseando que fuera cierto.

—¿Porque soy inglés?

—Es razón suficiente para odiar.

—No, no lo es, pero creo que te daré una.

Para darse el gusto, pensó mientras la arrastraba hacia él. Para deshacer el nudo que sentía en el estómago, calmar la tensión de su cuerpo. Serena se resistió y tal vez lo hubiese golpeado, pero Brigham actuó con anticipación y rapidez.

En el instante en que la besó, Serena se quedó inmóvil. Brigham oyó cómo contenía el aliento, y luego únicamente el zumbido de su propia cabeza. Tenía unos labios como pétalos de rosa, suaves, fragantes, mullidos. Maldiciendo, le rodeó la cintura con el brazo y la inmovilizó contra él. Sintió cómo sus senos cedían y su cuerpo temblaba. El suyo estaba rígido por el choque de sensaciones que lo recorrían.

Detrás de ellos, los caballos resoplaban y se removían. Las motas de polvo bailaban en un haz de sol errante.

Serena no podía moverse. Pensó que ya nunca se movería, porque todos los huesos de su cuerpo se habían disuelto. Si aquello era un beso, entonces nunca la habían besado, porque era todo calor y luz, y movimiento en aquel roce de labios.

Oyó un gemido increíblemente dulce y suave y no lo reconoció como suyo. ¿Estaba respirando? Seguramente, porque todavía vivía. Podía oler a Brigham y el aroma era muy parecido al del primer día. Sudor, caballos, hombre. Y sabía... Serena entreabrió los labios, sedienta de más. Sabía a miel fundida con whisky. ¿No estaba ya embriagada de él?

Su corazón empezó a tronar, palpitando ritmos que no sabía que existían. Si había más, Serena quería buscarlo. Si aquello era todo, bastaría para toda una vida. Lentamente deslizó las manos por sus brazos hasta hundirlas en su pelo. De la conmoción y la rendición su beso pasó a la exigencia.

Brigham sintió cómo le mordisqueaba el labio y el fuego se centró en su entrepierna. Repentinamente desesperado, la apoyó contra un poste y arrasó su boca aunque se abría y lo invitaba a entrar. En aquel instante, fue él el prisionero.

Emergió como un hombre medio ahogado, jadeando y moviendo la cabeza para despejarla.

—Dios mío, ¿dónde has aprendido a hacer eso?

«Aquí, ahora». Pero la vergüenza y la confusión teñían sus mejillas. Sin saber cómo, le había permitido besarla y, que Dios la ayudara, había disfrutado.

—Suélteme.

—No sé si puedo —Brigham levantó una mano para acariciarle la mejilla, pero ella echó atrás la cabeza. Conteniendo su impaciencia, Brigham se quedó donde estaba y trató de recobrar el aliento. Un segundo antes, Serena lo había besado de una manera capaz de rivalizar con la más exquisita cortesana francesa. Pero, en aquellos momentos, era dolorosamente obvio que era inocente.

Merecía morir... si Coll no lo mataba antes a golpes. Brigham contrajo la mandíbula. Seducir a la hermana de su amigo, a la hija de su anfitrión, en los establos, como si fuera una fulana de taberna. Carraspeó y dio un paso atrás. Cuando habló, lo hizo con voz tensa.

—Le presento mis más sinceras disculpas, señorita MacGregor. Ha sido imperdonable por mi parte.

Sus pestañas se elevaron. Sus ojos no estaban empañados de lágrimas sino centelleantes de furia.

—Si fuera hombre, lo mataría.

—Si fuera hombre —dijo Brigham con la misma rigidez—, mis disculpas no habrían sido necesarias.

Se inclinó y salió de los establos, confiando en que el aire frío le despejara la cabeza.

Capítulo 4

Habría disfrutado matándolo, pensó Serena. Con una espada. No, una espada era demasiado limpio, demasiado civilizado para aquel gusano inglés. A no ser, claro, que la utilizara para despedazarlo lentamente en lugar de poner fin a su miserable vida con una sola estocada certera en el corazón.

Tal vez sus pensamientos fueran cruentos, pero nadie lo habría imaginado al verla. Era el retrato del callado quehacer femenino sentada como estaba en la cocina, haciendo mantequilla. No tenía derecho a besarla de esa manera, forzándola. Y menos aún a conseguir que le agradara. Con las manos alrededor de la maza de madera, Serena empezó a batir la leche. Miserable perro inglés. Si le contara a su padre lo que Brigham se había atrevido a hacer...

Hizo una pausa mientras contemplaba esa posibilidad. Su padre se enfurecería y vociferaría y azotaría al gusano inglés hasta dejarlo moribundo. Imaginar al flamante conde de Ashburn revolcándose en el polvo, con sus arrogantes ojos grises nublados de terror, la hizo sonreír. Empezó a batir más deprisa y su sonrisa se convirtió en una mueca de desprecio. La imagen le agradaba, pero preferiría ser ella la que empuñara el látigo. Le haría lloriquear mientras se arrastraba a sus pies.

Con un suspiro, continuó la monótona labor de subir y bajar la maza. Quería parecerse más a su madre... serena, firme, paciente. El Señor sabía que lo intentaba, pero era superior a ella. A veces pensaba que Dios había cometido un pequeñísimo error con ella, olvidándose de echar azúcar y añadiendo una pizca en exceso de vinagre. Pero si Dios tenía derecho a equivocarse, ¿no tenía ella derecho a tener mal genio?

Su madre habría sabido cómo manejar a lord Ashburn y sus insinuaciones, pero Serena no tenía tacto con los hombres. Cuando la fastidiaban, se lo hacía saber, dándoles un tirón de orejas o replicándoles con fiera. ¿Y por qué no?, pensó, frunciendo el ceño. Solo por ser mujer no tenía que hacerse la tímida y fingir sentirse halagada cuando un hombre la empalagaba con sus atenciones.

—La mantequilla se pondrá rancia si trabajas con esa cara, niña.

Bufando, Serena reanudó la faena con ahínco.

—Estaba pensando en los hombres, señora Drummond.

La cocinera, una mujer corpulenta con pelo negro entrecano y centelleantes ojos azules, lanzó una aguda carcajada. Hacía diez años que era viuda y tenía las manos de una granjera, de dedos gruesos, palmas anchas y ásperas como la corteza de un árbol. Aun así, nadie en el distrito tenía más maña con un asado o con una delicada tarta de fruta.

—Una mujer debería sonreír cuando piensa en los hombres. Los ceños fruncidos los espantan, pero una sonrisa los atrae como la miel a las abejas.

—No quiero atraerlos —Serena enseñó los dientes e ignoró sus hombros doloridos—. Los odio.

La señora Drummond removió la masa para su tarta de manzana.

—¿Es que el joven Rob MacGregor te ha estado rondando otra vez?

—No, si tiene su vida en alguna estima —en aquella ocasión sonrió al recordar cómo había despachado al enamorado Rob.

—Un joven agradable —reflexionó la señora Drummond—, pero no lo bastante bueno para ninguna de mis niñas. Cuando te cortejen, te esposen y te desfloren, será alguien de categoría quien lo haga.

Serena empezó a mover el pie al ritmo de la maza.

—No quiero que me cortejen, ni me esposen ni me desfloren.

—Ahora, no, por supuesto. Tiempo al tiempo —le brindó una rápida sonrisa mientras con la cuchara marcaba un soniquete uniforme. Los músculos de sus brazos eran tan sólidos como una roca de montaña—. Tiene su valor. Sobre todo lo último.

—No quiero verme atada a un hombre solo por lo que ocurra en el lecho matrimonial.

La señora Drummond lanzó una rápida mirada al umbral para asegurarse de que Fiona no andaba cerca. La señora era amable, pero su rostro se endurecería si oía a su cocinera y a su hija hablando de cuestiones delicadas.

—Es difícil encontrar una razón mejor... con el hombre apropiado. Mi Duncan era un hombre que sabía cómo cumplir con su deber, y había noches que me quedaba dormida dando las gracias por ello. Que en paz descansa.

—¿Alguna vez te hizo sentir... —Serena hizo una pausa, afanándose por encontrar las palabras adecuadas—... bueno, como si hubieras estado cabalgando por las rocas y no pudieras recobrar el aliento?

La señora Drummond entornó los ojos.

—¿Estás segura de que Rob no te ha estado rondando?

Serena movió la cabeza.

—Estar con Rob es como montar un poni domesticado ladera arriba. Piensas que nunca vas a llegar —tenía los ojos brillantes de risa al levantar la vista para mirar a la cocinera.

Así fue como Brigham la vio al entrar en la cocina. Con sus largos dedos sostenía la maza, tenía las faldas recogidas y el rostro animado de alegría.

¡Maldita fuera! No podía evitar mirarla intensamente, ni desearla nada más verla.

Apenas hizo ruido, pero Serena volvió la cabeza. Sus miradas se cruzaron fugazmente, casi con violencia, antes de que Serena levantara la barbilla y retomara su tarea.

Aquel intercambio solo duró un instante, pero bastó para que la señora Drummond supiera qué había malhumorado a Serena. Mejor dicho, quién. De modo que eso era, pensó, y no pudo reprimir una sonrisa. Claro que era una manera tan buena como otra para empezar a cortejarla. Tendría que meditarlo, pero el conde de Ashburn era ciertamente una persona de categoría, además de tener un rostro y una figura que hacían palpitir incluso el corazón de una viuda.

—¿Puedo servirlo en algo, milord?

—¿Cómo? —Brigham se volvió hacia la señora Drummond pero tardó unos momentos en percibirla con claridad—. Perdone. Vengo de la habitación de Coll. Está pidiendo comida. La señorita Gwen dice que un poco de su caldo le haría bien.

La señora Drummond claqueó y se dirigió a la olla que estaba junto al fuego.

—Dudo que Coll piense así, pero se lo serviré y mandaré que se lo suban. ¿Me permite que le pregunte cómo se encuentra, milord?

—Hoy parece sentirse mejor. La señorita Gwen asegura que tiene mejor color, aunque quiere que siga en cama algún tiempo.

—Conseguiré retenerlo. Dios sabe que nadie puede persuadirlo tanto como esa niña —la señora Drummond suspiró por el hombre que consideraba el mayor de sus protegidos. Miró a Serena de soslayo y vio que estaba observando a Brigham con ojos entornados—. ¿Le apetece un poco de caldo, milord? ¿O un trozo de pastel de carne?

—No, gracias. Me dirigía a los establos.

Aquello hizo que las mejillas de Serena se encendieran mientras golpeaba madera con madera. Brigham levantó una ceja. Aunque su rostro se enfurruñó de una manera que le encogió el estómago, la joven no dijo palabra. Y Brigham tampoco cuando se despidió con un gesto de cabeza y salió de la cocina.

—¡Ese es un hombre! —exclamó la señora Drummond.

—Es inglés —replicó Serena, como si eso lo explicara todo.

—Bueno, es cierto, pero un hombre es un hombre, lleve falda escocesa o pantalones. Y sus pantalones le sientan de maravilla.

A pesar suyo, Serena lanzó una risita.

—Una mujer no debe fijarse en esas cosas.

—Una mujer ciega, querrás decir —la señora Drummond dejó el cuenco de caldo en una bandeja y luego, como tenía el corazón tierno, añadió una tartaleta de moras—. ¡Molly! ¡Molly! Holgazana, ve a llevarle esta bandeja al amo —dejó la bandeja a un lado y siguió removiendo la masa—. El hombre que lord Ashburn ha traído consigo de Londres, niña, el que tiene aspecto de caballero...

—Parkins —Serena flexionó sus manos entumecidas y sonrió con desprecio. Le resultaba extraño que su corazón se hubiera apaciguado en cuanto Brigham se había ido—. Su ayuda de cámara. Imagínese, traer aquí a un criado para que se preocupe por el corte de su chaqueta y el brillo de sus botas.

—Los hombres de categoría están acostumbrados a hacer las cosas de cierta manera —dijo la señora Drummond con sabiduría—. Tengo entendido que el señor Parkins está soltero.

Serena movió los hombros.

—Seguramente está demasiado ocupado almidonando los puños de encaje de lord Ashburn para tener su propia vida.

O no había encontrado una mujer con vida suficiente para los dos, pensó la señora Drummond.

—A mí me parece que no le vendría mal engordar un poco —sonrió y dejó a un lado el cuenco para volver a llamar a Molly.

Categoría, pensó Serena con un bufido horas más tarde. Solo porque un hombre tuviera un rastro de sangre azul en sus venas no significaba que tuviese categoría. Tampoco lo convertía en un caballero. En lo único que lo convertía era en un aristócrata.

En cualquier caso, no iba a perder el tiempo pensando en el conde de Ashburn. Durante casi dos días había estado relegada a las tareas de la casa, que se habían incrementado con las cuidados de Coll. Por fin tenía unas horas libres.

Seguramente su madre no aprobaría que diera un paseo a caballo por el bosque cuando faltaba tan poco para la cena. Serena se desembarazó de aquel pensamiento mientras ensillaba su yegua. Su madre también censuraría los viejos pantalones de trabajo que se había puesto. Al diablo, no tenía paciencia para montar a «mujeriegas», pensó mientras guiaba a la yegua al exterior. Tendría cuidado de que su madre no la viera para que no tuviera que sentirse decepcionada por su comportamiento. Con suerte, nadie la vería.

Serena montó a horcajadas, dio la vuelta a los establos y ascendió por una colina baja salpicada de

zarzas espinosas y liquen. Con paso firme, la yegua se abrió paso por el suelo escabroso. En cuanto el bosque la devoró, hostigó a su yegua para que se lanzara al galope.

Cielos, había anhelado aquello más que la comida, más que el agua. Un paseo desenfadado entre los árboles desnudos, sintiendo el viento en la cara sobre los lomos de un caballo. Tal vez no fuera decoroso, pero sabía tan bien como conocía su propio nombre que era lo que su alma le pedía. Allí no tenía que ser una dama, ni una hija, ni una hermana. Solo tenía que ser Serena. Con una carcajada, hincó los talones en su montura.

Tuvo un deseo fugaz, casi al instante rechazado por la culpa, de continuar cabalgando y cabalgando y cabalgando y no tener que volver a ordeñar otra vaca, ni lavar otra camisa, ni restregar otra olla. Seguramente era un pensamiento perverso, decidió. Había gente en el pueblo que trabajaba de sol a sol, que nunca disponía de una hora libre para soñar. Ella, como hija de los MacGregor, vivía en una casa sólida, disfrutaba de comida abundante y dormía sobre una cama de plumas. Era una ingrata, y sin duda tendría que confesarse ante el cura... como cuando había aborrecido, primero en secreto, luego abiertamente, aquel colegio de monjas de Inverness.

Seis meses de su vida desperdiciados, recordó Serena, antes de que su padre se percatara de que estaba resuelta a no seguir allí. Seis meses lejos del hogar que amaba para vivir con aquellas bobas de sonrisa afectada cuyas familias querían que aprendieran a comportarse como unas damas. ¡Bah!

Podría aprender cómo llevar una casa de su propia madre. En cuanto a ser una dama, no la había más elegante que Fiona MacGregor. Después de todo, ella también había sido la hija de un terrateniente y había pasado algún tiempo en París y, sí, también en Inglaterra, hacía muchos años. Según Serena, si tenían que pulir sus modales, tendrían que hacerlo en su propia casa, donde se hablaba más que de miriñaques y de los últimos peinados.

Aquellas jóvenes de rostro deslavazado y risa tonta serían la clase de damas que lord Ashburn prefería. Las que se cubrían la cara con los abanicos y batían las pestañas. Bebían ponche de frutas y llevaban frascos de sales y pañuelos de encaje en sus bolsillos. Mentecatas sin cabeza. Esas eran las mujeres cuyas manos besaba Brigham en sus sofisticados bailes de Londres.

Al acercarse al río tiró de las riendas para avanzar al paso. Sería agradable sentarse junto al agua durante un rato. Si hubiera tenido tiempo, habría cabalgado hasta el lago. Era su refugio cuando se sentía turbada o necesitaba tiempo para pensar.

Aquel día no estaba turbada, se dijo Serena mientras bajaba de la silla. Solo había querido inspirar aire puro ella sola. Dejó caer las riendas sobre una rama y luego apoyó la mejilla sobre la de la yegua.

Rutilantes bailes londinenses, pensó otra vez, y suspiró sin darse cuenta de que el sonido era melancólico. Su madre les había hablado de ellos. Los espejos, los suelos pulidos, cientos y cientos de velas. Hermosos vestidos centelleantes. Hombres con pelucas blancas de rizos. Y música.

Cerró los ojos e intentó imaginarlo. Siempre había sentido debilidad por la música. Con el susurro del agua como fondo, imaginó los acordes de un minué. Empezó a moverse al son de la música que vibraba en su cabeza, con los ojos todavía cerrados, la mano en torno a una pareja de baile invisible.

Lord Ashburn estaría allí, en aquel baile imaginario, vestido de negro y plata, como la noche que había entrado en el cuarto de Coll, tan alto y apuesto. Pero en aquellos momentos la luz sería cegadora, se reflejaría en los espejos, centellearía en los botones y galones de plata. Mientras la música subía de tono, los dos se mirarían. Él sonreiría, admirando su vestido de satén verde oscuro, y sus cabellos recogidos y empolvados de blanco para que los diamantes que luciera brillaran como

hielo sobre nieve. Luego le tendería la mano. Serena le ofrecería la suya, apoyando palma sobre palma. Una inclinación de él, una reverencia de ella. Luego...

Mareada, Serena abrió los ojos.

Tomaron su mano con suavidad. Todavía tenía los ojos nublados de ensoñación cuando vio a Brigham. Estaba a contraluz y al estudiarlo, aturdida, parecía que hubiese un halo en torno a su rostro. Iba vestido de negro, como había imaginado, pero era una chaqueta sencilla de montar, sin los adornos intrincados de plata ni el brillo de joyas.

Lentamente, la ayudó a enderezarse.

—Señorita —sonriendo, llevó la mano a sus labios antes de que ella pudiera recobrarse—. Creo que no tiene pareja.

—Estaba... —perpleja, contempló sus manos unidas. La luz se reflejaba en su sello y le recordó el lugar y el momento y las diferencias. Serena retiró la mano bruscamente y la entrelazó con la otra a su espalda—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Pescando —se volvió y señaló la caña que había apoyada contra un árbol. Más allá su caballo pastaba lánguidamente junto a la orilla—. Con Malcolm, hasta hace un rato. Quería volver y comprobar cómo estaba Betsy —como no pudo resistirse, Brigham dio un paso atrás para escrutarla larga y exhaustivamente—. ¿Puedo preguntarte si siempre bailas sola en el bosque... en pantalones?

Sus ojos llamearon al elegir la furia antes que la vergüenza.

—No tenía derecho alguno a espiarme.

—Me tomaste por sorpresa, te lo prometo —se sentó sobre una roca, cruzó los talones y le sonrió—. Aquí estaba yo, soñando con cuántas truchas más iba a pescar, cuando un jinete atraviesa al galope el bosque causando un estruendo suficiente para espantar a todos los peces —no añadió que su súbita y desenfundada aparición le había hecho desenfundar la espada. En cambio, se restregó las uñas contra la chaqueta para darles brillo.

—De haber sabido que estaba aquí —dijo Serena con rigidez—, habría cabalgado en otra dirección.

—Sin duda. Pero entonces yo me habría perdido la agradable sorpresa de verte en pantalones.

Con un sonido de disgusto, Serena giró en redondo hacia la casa.

—Qué retirada tan rápida, Serena. Cualquiera diría que tienes... miedo.

Volvió a girar hacia él, con ojos centelleantes, y plantó los pies en el suelo.

—No tengo miedo de usted.

Magnífica. No había otra forma de describirla allí de pie, preparada como si empuñara una espada en la mano, con los ojos como lava líquida, el pelo ondeando en llamas por la espalda. Había cabalgado por el bosque a velocidad demasiado alta para su seguridad y una destreza que pocos hombres habrían igualado. Por mucho que lo irritara, Brigham no podía negar ni su valor ni su estilo.

Tampoco negaba la forma en que lo inquietaba verla con pantalones. Por mal que le quedaran, revelaban sus piernas largas y delgadas y la curva suave de su cintura y cadera. Con la camisa tejida a mano remetida y ceñida, distinguía claramente el contorno de sus senos, que en aquellos momentos se elevaban y bajaban por la agitación.

—Tal vez deberías tener miedo —murmuró, tanto para sí como para ella—. Porque me invaden toda clase de intenciones deshonorosas.

—No se preocupe, lord Ashburn. He despachado a hombres mejores que usted.

—Lo imagino —se puso en pie y vio lo que quería ver... el fulgor rápidamente controlado de deseo en sus ojos—. Sin embargo, todavía no te has enfrentado conmigo, Serena. Dudo que consigas darme un cachete en las orejas.

Serena habría dado un paso atrás si su orgullo no la hubiese paralizado donde estaba.

—Haré algo peor si me vuelve a tocar.

—¿Ah, sí? —¿por qué cuanto más lo menospreciaba aquella mujer más la deseaba?—. Ya me disculpé por lo ocurrido en los establos.

—¿Los establos? —arqueó una ceja, decidida a no ceder ni un centímetro—. Me temo que debió de ser algo insignificante, milord, porque ya lo he olvidado.

—Gata salvaje —dijo en voz tenue, aunque impregnada de admiración—. Si sigues afilándote las garras conmigo, se te acabarán rompiendo.

—Me arriesgaré.

—Entonces, permíteme que te refresque la memoria —dijo un paso hacia ella—. Estabas tan ardiente como yo, tan complacida como yo. No tenía en mis brazos a una chiquilla a punto de desmayarse sino a una mujer dispuesta para el amor, ansiosa por aprender.

—¿Cómo se atreve? —balbució Serena—. Ningún caballero me hablaría de esa manera.

—Tal vez no. Pero ninguna dama lleva pantalones.

Aquello le llegó al alma. Era cierto, no era una dama, nunca lo sería, aunque deseaba constantemente moldearse para complacer a su madre.

—Me ponga lo que me ponga, no consentiré que me insulte.

—¿Ah, no? Válgame Dios, qué interesante. No has hecho nada más que insultarme desde que clavaste tus ojos en mí —provocado más allá de la cautela, Brigham la asió del brazo—. ¿Crees que porque eres mujer voy a tolerar tus escarnios sobre mí, mi linaje, mi nacionalidad? No vas a salirte siempre con la tuya, Serena. Te vistes como un hombre, hablas como un hombre y luego te escondes detrás de las enaguas cuando te conviene.

—No me escondo detrás de nada —echó la cabeza hacia atrás y lo traspasó con la mirada. El sol se derramó a través de las ramas desnudas de los fresnos, convirtiendo su pelo en oro líquido—. Si lo insulto es porque se lo merece. Tal vez haya deslumbrado a mi familia, pero a mí no.

—Deslumbrarte —dijo entre dientes— es lo último que me preocupa.

—Sí, de lo único que se preocupa es de la caída de sus puños de encaje y del brillo de sus botas.

—Piensa como te plazca, pero pagarás por tus palabras.

Serena no lo había visto nunca realmente enfadado. No sabía que sus ojos podían llamear ni que sus labios podían endurecerse hasta que su rostro parecía esculpido en granito. Casi gritó cuando sus dedos se clavaron con más fuerza en la carne tierna de su brazo.

—¿Qué va a hacer? —consiguió decir con suficiente frialdad—. ¿Atravesarme con su espada?

—Como estás desarmada, se me niega ese placer. Pero no me importaría estrangularte —tanto si el gesto fue sincero como si solo pretendía asustarla, Serena no podía saberlo. Brigham levantó la mano libre y le rodeó el cuello. Los dedos la presionaron, sin suavidad pero sin cortar le la respiración, y clavó los ojos en ella, sombríos y severos—. Tienes un cuello muy esbelto, Serena —dijo con voz sedosa—. Muy blanco, muy fácil de romper.

Por un momento se quedó helada, como una presa cuando un halcón se abalanza sobre ella. Como su reacción era la que había querido provocar, Brigham sonrió. Aquella mujerzuela necesitaba que le

enseñaran buenos modales, y le complacía enormemente ser su instructor. Luego fue él quien contuvo el aliento, al sentir el puntapié de Serena en la espinita.

La soltó y se tambaleó hacia atrás, maldiciendo. Optando por no evaluar los daños, Serena giró sobre sus talones y corrió hacia su caballo. Todavía maldiciendo, Brigham la alcanzó en tres zancadas.

La levantó del suelo, sujetándola firmemente con los brazos alrededor de la cintura, mientras ella pateaba y maldecía. No luchaba como una mujer, con chillidos y arañazos, sino con los puños cerrados y susurrando palabrotas. Brigham descubrió que era ligera como una pluma y escurridiza como una serpiente.

—Para quieta, maldita sea. Pagarás por esto.

—¡Suélteme! —forcejeó y se echó hacia atrás, tratando de hacerle perder el equilibrio—. Lo mataré si se me presenta la oportunidad.

—Te creo —dijo con amargura, y en aquel momento el talón de Serena entró en contacto con su espinita todavía dolorida y los tiró a los dos al suelo.

Rodaron sobre un lecho de agujas de pino y hojas secas mientras Serena luchaba como una gata salvaje, golpeándolo con los puños y escupiendo maldiciones en gaélico. Cegado por su pelo, Brigham intentó asirla y se sorprendió rodeando su piel desnuda allí donde su camisa se había abierto.

—Dios todopoderoso —murmuró al sentir la sangre agitarse en su entrepierna. Serena se retorció y uno de sus senos llenó su mano. Era suave como el agua, ardiente como el fuego—. Diablos —aunque le costó, Brigham retiró la mano y la agarró frenéticamente de los brazos.

Su respiración era débil. El pulso había empezado a latir en su garganta cuando la había tocado. Su seno todavía sentía el contacto de sus dedos. Más que sus amenazas, más que su furia, era la reacción inaudita de su cuerpo lo que la asustaba. Estaba furiosa, lo odiaba, pero si la volvía a tocar de la misma manera, se derretiría como la mantequilla en pleno verano.

Brigham abrió las piernas para atrapar las suyas. íntimamente, sin la protección de las enaguas, Serena sintió con asombro el deseo de un hombre sobre su feminidad vulnerable. Notó calor, que luego se extendió por su estómago. Los músculos de sus muslos se relajaron. Por un instante, su vista se nubló, cediéndole a él la ventaja.

Brigham aprisionó sus muñecas con una mano y las levantó por encima de su cabeza. Era un movimiento destinado a darle un momento para pensar y protegerse. La piel de Serena resplandecía al tiempo que la sangre latía con fuerza bajo su piel. Enredado con hojas, sus cabellos se desparramaban como lenguas de fuego y oro líquido.

Con la boca seca, Brigham tragó saliva e intentó hablar, pero Serena se estaba arqueando bajo su cuerpo. Sus forcejeos para liberarse avivaban fuegos en los dos que amenazaban con propagarse sin control.

—Rena, por el amor de Dios, soy un hombre de carne y hueso. No te muevas.

Sus propios movimientos hacían que a Serena le zumbaran los oídos y sus miembros se debilitaran. Había una excitación que por alguna razón se había fundido con el pánico, y se sentía aún más desesperada por liberarse. Se retorció de costado a costado y arrancó un gemido de Brigham.

—No sabes lo que haces —consiguió decir—, pero si continuas, lo averiguarás enseguida.

—Suéltame —Serena habló en voz firme y sugestivamente ronca. Mientras lo observaba, sus

senos se alzaban y descendían con cada movimiento brusco.

—Todavía no, me temo. Me e atacarías.

—Si tuviera un puñal...

—Ahórrate los detalles. Me lo imagino —había contenido el aliento y lo exhaló entonces, lentamente, con cautela—. Dios mío, eres hermosa. Me siento tentado a mantenerte al borde de la ira —con su mano libre deslizó un dedo por sus labios—. Me siento tentado...

Cuando Brigham empezó a inclinar la cabeza, sus labios se suavizaron y entreabrieron. Atónita por su propia reacción, Serena volvió la cabeza enseguida para esquivar el beso. Brigham se contentó con la carne tierna de debajo de su oreja, y la línea esbelta de su garganta.

Aquello era diferente de un beso, pensó Serena con aturdimiento mientras emitía un gemido. Menos y más. Como si su piel estuviera viva y anhelante mientras él la acariciaba, lamía, mordisqueaba.

Su pelo olía a bosque, descubrió Brigham al enterrar su rostro en él. Terrenal, seductor. Su cuerpo estaba tenso como un arco en un momento y dócil como sebo caliente un momento después. Con avidez le mordisqueó la oreja, la mandíbula y luego, lentamente, casi victoriosamente, sus labios expectantes. Se suavizaron al fundirse con los suyos y se entreabrieron con la más mínima presión. Siguiendo el ritmo más antiguo que el tiempo, su cuerpo se movía osadamente bajo el suyo.

Serena no imaginaba que hubiera tantas sensaciones en la unión de dos bocas, de dos cuerpos. Estaba el olor de la piel de un hombre y, descubrió al deslizarse la lengua por la columna de su cuello, su sabor. Estaba el sonido de su propio nombre murmurado con voz ronca junto a sus labios. Estaba la caricia de unos dedos fuertes en su pecho, cubriendo su corazón y derritiendo sus músculos.

—Brigham.

Creyó que podría flotar, ingravida, sin dolor, si seguía tocándola.

Su seno llenó su mano. Incapaz de resistirse, Brigham le acarició el pezón con el pulgar y sintió cómo se contraía. Ansiaba introducir la cresta en su boca, experimentar el calor y el sabor, pero en cambio apresó sus labios, casi brutalmente, dejando por un momento que el frenesí lo dominara.

Al oír su gemido ahogado, levantó la cabeza. En sus ojos se reflejaban el miedo, la confusión y el deseo. La combinación casi lo desarmó. Vio que todavía estaba apretando sus muñecas en puntos donde sin duda se formarían después moretones. Maldiciéndose, hizo un esfuerzo sobrehumano para separarse de ella y se volvió hasta recuperar un ápice de control.

—No tengo excusa —consiguió decir después de un momento—. Salvo que te deseo —dio media vuelta y vio cómo Serena se ponía a duras penas en pie—. Dios sabe por qué.

Serena quería llorar. De repente, quería que Brigham la volviese a abrazar, a besar suave y pacientemente como al principio. Se desenredó una hoja del pelo y, después de aplastarla entre los dedos, la arrojó a un lado. Tal vez no le quedara dignidad, pero sí orgullo.

—Las vacas y las cabras se aparean, milord —su voz era fría, como sus ojos, como quería que estuviera su corazón—. No tienen por qué gustarse.

—Bien dicho —murmuró Brigham—. Confiemos en estar un poco por encima del ganado. Tienes algo, Serena, que desata mis emociones más primitivas, pero te aseguro que soy capaz de reprimirlas en la mayoría de las circunstancias.

Su actitud rígida hizo que Serena deseara arremeter otra vez contra él. Con admirable control, inclinó la cabeza.

—Eso habrá que verlo —dio media vuelta y caminó hacia su caballo. Al tomar las riendas, se quedó inmóvil al sentir la mano de Brigham en sus cabellos.

—Tienes hojas en el pelo —murmuró, y contuvo la urgencia de volverla a abrazar.

—Me lo peinaré —al notar su mano en el brazo, se preparó para encararse a él.

—¿Te he hecho daño?

Aquello casi la desarmó, el pesar en su mirada, la amabilidad de su voz. Se vio obligada a tragar saliva para poder contestar con voz firme y clara.

—No me rompo fácilmente, milord.

Despreció la ayuda que le ofreció y subió a la silla. Brigham dio un paso atrás mientras ella daba la vuelta a su montura. Luego se alejó al galope.

Capítulo 5

—Si crees que voy a quedarme en la cama como un viejo mientras mi padre y tú os vais a hacer el trabajo del príncipe, es que estás demente.

Ante la mirada vigilante de Brigham, Coll se incorporó de la cama y se puso precariamente en pie. La cabeza le daba vueltas, pero se aferró a uno de los postes de la cama y se despojó de la camisa de dormir.

—¿Dónde diablos está mi ropa?

—Mi querido Coll —dijo Brigham con ironía—, ¿cómo voy a saberlo?

—Debes de haber visto lo que han hecho con ella.

—Lamento no poder ayudarte en esta cuestión —Brigham se sacudió una pelusa de la manga y continuó hablando en el mismo tono suave—. Y tampoco pienso traerte otra vez a la cama cuando te desmayes y te caigas del caballo.

—El día en que un MacGregor se caiga de su caballo...

—Me apresuro a recordarte que ya lo has hecho una vez —cuando Coll se limitó a maldecir y caminó tambaleándose hacia una cómoda para buscar su ropa, Brigham entrelazó las manos a su espalda—. Coll —empezó a decir, moviéndose con cautela por terreno resbaladizo—. Te comprendo, créeme. Estoy seguro de que es penoso estar postrado en cama día y noche, pero la realidad es que no te encuentras en condiciones para realizar este viaje.

—Yo digo que sí.

—Gwen dice que no.

Frustrado al no encontrar nada más que sábanas y mantas, Coll cerró el cajón con ímpetu.

—¿Desde cuándo esa chiquilla decide lo que hago con mi vida?

—Desde que la ha salvado.

Aquello silenció a Coll, que permaneció de pie, desnudo como un recién nacido, bajo la luz de primera hora de la mañana. Se había dejado crecer la barba desde que partieran de Londres, y la aspereza que confería a su rostro le sentaba bien.

—No tengo ninguna duda de que lo hizo —añadió Brigham—. Y no quisiera que todo su arduo trabajo se viniera abajo solo porque eres demasiado orgulloso para descansar hasta volver a ser de algún provecho.

—Negro es el día en que un Campbell me impide cabalgar junto a mi padre para reunir el respaldo de los clanes para la causa de los Estuardo.

—Ya habrá otra ocasión, Coll. Esto es solo el principio —Brigham sonrió, consciente de que Coll se estaba apaciguando y empezaba a entrar en razón. Era igual que su hermana en que su mal genio se encendía con la misma rapidez que leña seca. La pena era que el de Serena no se enfriaba tan fácilmente—. Y te recuerdo que se trata de una inocente partida de caza. No serviría de nada si se rumoreara la verdad.

—Creo que puedo hablar sin miedo en mi propia casa —murmuró Coll, pero más aplacado. Era un mal trago, pero sabía que aún no estaba preparado para aquel viaje hacia el oeste. Peor aún, si insistía en ir, retrasaría al resto de la partida—. ¿Os reuniréis con los MacDonald y los Cameron?

—Eso tengo entendido. Los Drummond y los Ferguson estarán representados.

—Será necesario que hables con Lochiel, el jefe de los Cameron. Siempre ha sido un gran defensor

de los Estuardo, y su opinión es muy respetada —Coll se pasó una mano por su melena de pelo rojo —. Mal rayo me parta. Debería estar allí, junto a mi padre, demostrando que respaldo al príncipe.

—Nadie lo pondrá en duda —empezó a decir Brigham, pero se calló cuando Gwen entró con la bandeja del desayuno. Lanzó una mirada a su hermano, de pie, desnudo y furioso, y chasqueó la lengua.

—Espero que no te hayas abierto ningún punto.

—Maldita sea, Gwen —Coll agarró una manta y se cubrió—. Ten algo de respeto.

Con una suave sonrisa dejó la bandeja e hizo una pequeña reverencia a Brigham.

—Buenos días, Brig

Brigham se llevó el pañuelo a los labios en un vano intento de ocultar una sonrisa.

—Buenos días.

—¿Brig, verdad? —balbució Coll. Sabía que si intentaba seguir en pie cinco minutos más se avergonzaría a sí mismo—. ¿A qué vienen tantas libertades con mi hermana?

Brigham casi hizo una mueca, pensando en las libertades que se había tomado con la otra hermana de Coll.

—Dejamos a un lado las formalidades poco después de recoger tu charco de sangre —levantó su abrigo—. Me temo que hoy tendrás roces con tu paciente, Gwen. Está de un humor de perros.

Gwen volvió a sonreír y se dispuso a estirar las sábanas de la cama de Coll.

—Coll nunca me da problemas —sacudió las almohadas—. Te sentirás mejor después del desayuno, Coll. Si te apetece dar un paseo corto, te acompañaré. Pero creo que primero deberías vestirme.

Ahogando una risita, Brigham esbozó una inclinación. Tal vez no tuviera la lengua mordaz de su hermana, pero el pequeño ángel de Coll sabía cómo salirse con la suya.

—Ahora que estás en buenas manos, me despido.

—Brig...

Brigham se limitó a ponerle la mano sobre el hombro.

—Estaremos de vuelta en menos de una semana.

Demasiado débil para discutir, Coll dejó que lo condujeran otra vez a la cama.

—Que Dios te acompañe.

Brigham los dejó cuando Gwen le estaba poniendo una camisa de dormir limpia sobre los hombros. Echó a andar hacia la escalera, pero se paró en seco al ver a Parkins esperándolo, con la espalda rígida, los labios apretados y una maleta en la mano.

—¿Has decidido regresar a Inglaterra, Parkins?

—Al contrario, milord, pretendo acompañarlo en su expedición de caza.

Brigham le lanzó una mirada fugaz e incrédula.

—Que me cuelguen si lo haces.

Parkins levantó su barbilla afilada, el único indicio de su agitación.

—Acompañaré a milord.

—No seas absurdo, Parkins. Si quisiera llevar a alguien conmigo, escogería a Jem. Al menos sería de alguna utilidad con los caballos.

Aunque se estremeció por dentro por ser comparado con un humilde caballerizo, Parkins no se arredró.

—Estoy convencido de que lord Ashburn necesitará de mis servicios.

—Yo estoy convencido de lo contrario —respondió Brigham, y se dispuso a pasar de largo.

—Aun así, lo acompañaré, milord.

Lentamente, casi seguro de que había oído mal, Brigham se volvió y vio a Parkins de pie, en lo alto de la escalera, la personificación de la rectitud.

—Te ordeno que te quedes —dijo en una voz muy suave, muy peligrosa. Parkins sintió cómo se tensaba su estómago, pero se mantuvo impassible.

—Lamento que sus órdenes no consigan persuadirme de que puedo cumplir mis obligaciones lejos de usted, milord. Lo acompañaré.

Con los ojos entornados, Brigham subió un peldaño.

—Vas a conseguir que te despidas, Parkins.

La barbilla afilada se estremeció.

—Esa es la prerrogativa de milord. Siendo ese el caso, lo acompañaré de todas formas.

—Maldito seas, Parkins —exasperado, Brigham bajó las escaleras hecho una furia—. Haz lo que te plazca, pero no te agradaará ni el paso de la marcha ni los alojamientos.

—Sí, milord —plenamente satisfecho, Parkins sonrió de espaldas a Brigham.

Malhumorado, Brigham se dirigió a grandes zancadas a los establos para hablar con su caballerizo. Apenas había amanecido, pensó, y ya se había visto implicado en dos discusiones. Dios, sería agradable subir a la silla y cabalgar. Lejos de allí, pensó, volviendo la cabeza y clavando la mirada directamente en la ventana de Serena. Lejos de ella, se corrigió, casi salvajemente.

Había conseguido eludirlo durante toda la tarde del día anterior. Y cuando no podía, recordó Brigham con cierta furia, le había hablado con una voz tan fría como el suelo helado que estaba pisando en aquellos momentos.

No podía culparla, después de cómo la había tratado.

La culpaba por entero.

Era ella la que había bramado y echado pestes hasta hacerle perder los estribos. Era ella la que había peleado como una arpía hasta que sus pasiones se habían desbocado. Nunca en su vida había tratado a una mujer con ningún tipo de violencia física. En el amor tenía fama de ser apasionado pero nunca brusco, concienzudo pero nunca agresivo.

Con Serena había estado a punto de rasgarle las ropas y hundirse en ella como un demente.

Ella tenía la culpa. Maldita fuera. Dio un puntapié a una piedra, pese a que la señal en la bota lustrosa angustiaría a Parkins inmensamente, y deseó poder despachar a Serena con la misma facilidad que a la piedra.

Pasaría casi una semana lejos de ella. Cuando regresara, aquella locura que se había apoderado de él ya se habría disipado. Entonces la trataría con respeto cordial y desinterés, como correspondía a la hermana de su mejor amigo.

Con un humor tempestuoso, alcanzó los establos. Pero antes de que pudiera abrir la puerta la empujaron hacia fuera. Serena, casi tambaleándose, salió fuera. Tenía la tez pálida, los ojos exhaustos y el corpiño de su vestido estaba manchado de sangre.

—Rena, Dios mío —la asió por los hombros con suficiente fuerza para hacerle gritar. Luego la apretó contra él—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás herida? ¿Quién te ha hecho esto?

—¿Cómo? —Serena se sorprendió con el rostro entre los pliegues de su abrigo. La mano que le

acariciaba el pelo estaba temblando—. Brig... lord Ashburn...

—¿Dónde está ese villano? —inquirió, alejándola de la puerta con una mano alrededor de su cintura mientras desenfundaba la espada con la otra—. Voto a Dios que no vivirá más que el tiempo que tarde en matarlo. ¿Estas malherida, mi amor?

Serena se quedó boquiabierta. La estaba sosteniendo con suavidad, como si se pudiera romper, aunque la venganza estaba escrita en sus ojos.

—¿Se ha vuelto loco? —consiguió decir—. ¿A quién quiere matar, por qué?

—¿Que por qué? ¿Estás cubierta de sangre y me preguntas por qué?

Confundida, Serena se miró el vestido.

—Claro que hay sangre. Siempre hay sangre en un parto. Jem y yo llevamos trabajando gran parte de la noche con Betsy. Ha tenido gemelos, y el segundo no ha venido tan fácilmente como el primero. Malcolm esta casi fuera de sí de alegría.

—Un parto —dijo Brigham con expresión vacía mientras Serena lo miraba fijamente. Habló con voz rígida mientras daba un paso hacia atrás y envainaba la espada—. Disculpa. Creía que la sangre era tuya.

—Oh —Serena volvió a mirarse tontamente el vestido, halagada y confundida por su explicación. Nunca nadie había empuñado una espada en su nombre. No sabía qué decir. Había acudido en su defensa como si fuera capaz de enfrentarse a todo un ejército por ella. Y la había llamado su amor. Serena apretó los labios para humedecerlos, sin saber qué hacer. Extrañamente, sentía deseos de reír. Tenía gracia ver a Brigham sacando su espada como un ángel vengador—. Debo ir a lavarme —consiguió decir, pero se le escapó una risita.

Brigham carraspeó y se sintió diez veces estúpido.

—¿Te resulta gracioso? —su voz era fría, quebrada como el hielo en un lago.

—No. Sí —con un suspiro, se restregó los ojos—. Siento mucho haberme reído. Estoy cansada.

—Entonces te dejaré para que vayas a acostarte.

No podía dejarlo ir así, pensó Serena mientras Brigham ponía la mano en el pomo de la puerta. Si su despedida hubiese sido un grito, se habría sentido satisfecha, pero haberse burlado cuando había intentado protegerla la mantendría en vela todas las noches.

—Milord.

Brigham se volvió. Sus ojos volvían a estar serenos y muy fríos.

—¿Sí?

—Eh... va a cabalgar con mi padre y sus hombres.

—Sí —la respuesta fue breve y sus dedos jugaron con la empuñadura de su espada.

—Le deseo suerte... con la caza.

Brigham levantó una ceja. De modo que lo sabía, pensó. Por supuesto, se dijo a continuación, y siendo una MacGregor, se llevaría el secreto a la tumba si hubiere necesidad.

—Gracias. No te retendré más tiempo.

Serena empezó a alejarse, luego giró sobre sus talones y Brigham vio la pasión en sus ojos.

—Daría cualquier cosa por poder acompañarlo —recogiéndose las faldas, echó a correr hacia la casa.

Brigham se quedó inmóvil, sintiendo cómo la brisa fresca matutina le agitaba el pelo. Tenía que ser una locura, el juicio más erróneo, la más cruda ironía.

Estaba enamorado de ella.

Exhalando un largo suspiro, se quedó mirándola hasta que la perdió de vista. Estaba enamorado de Serena, y ella prefería hundirle una daga en el pecho que entregarle su corazón.

Fue un viaje largo y arduo por tierra aún más agreste que la que Coll y él habían atravesado. Había colinas con ecos y rocas desnudas que brotaban del suelo como dientes arrancados de raíz. Cimas y riscos grises centelleaban con nieve y hielo. Se parecía mucho a la Escocia de la que le había hablado su abuela, áspera, a menudo estéril, pero inexorablemente hospitalaria.

Ian cabalgaba como un hombre de la mitad de su edad, erguido sobre la silla, con manos flexibles, incansable. Brigham miró a su alrededor mientras cabalgaban. La tierra rocosa y abrupta era un campo de batalla perfecto para los escoceses. Los hombres que cabalgaban tras ellos, los hombres que habitaban aquellas tierras, conocerían sus ventajas y contratiempos.

—Si traemos aquí la batalla —le dijo a Ian—, ganaremos. Gran Bretaña se unirá.

—Es mi deseo ver a un Estuardo en el trono —reflexionó Ian—. Pero te advierto que ya he visto antes otras guerras. En el quince, en el diecinueve. He presenciado cómo las esperanzas crecían para luego ser aplastadas. No soy tan viejo que mi sangre no se encienda ante la perspectiva de la batalla, ante la posibilidad de enderezar viejos entuertos. Pero esta será la última.

—Vivirás para ver otras, Ian.

—Esta será la última —repitió—. No solo para mí, hijo, sino para todos nosotros.

Brigham reflexionó en aquellas palabras mientras se aproximaban a Glenfinnan.

Las aguas del lago Nan Uamh eran de un azul oscuro y violento. Cuando se pararon ante la enorme fortaleza de piedra, estaba empezando a nevar. El cielo había adquirido el tono gris del acero y el viento agitaba las aguas del lago.

El sonido de las gaitas había anunciado su llegada y la música aguda y misteriosa flotaba en el aire. Era una música destinada a celebrar, a lamentar y a conducir a los soldados a la batalla. Mientras permanecía de pie con la nieve moviéndose en círculo en torno a sus pies, Brigham comprendió cómo un hombre podía llorar, o luchar, con el sonido de aquellas notas.

Una vez en el interior, despacharon a los criados con el equipaje que habían llevado en su viaje al oeste, se avivaron los fuegos y el whisky corrió entre los presentes.

—Bienvenidos a Glenfinnan —Donald MacDonald levantó su copa de whisky—. A tu salud, Ian MacGregor.

Ian bebió y sus ojos aprobaron el calibre del whisky de los MacDonald.

—Y a la tuya.

—Lord Ashburn —MacDonald hizo una seña para que sirvieran más whisky—. Confío en que mi viejo amigo haya hecho gala de su hospitalidad.

—Sobradamente, gracias.

—Por el éxito de vuestra estancia en Glenfinnan —brindó MacDonald, y volvió a beber. No por primera vez, Brigham agradeció tener buen saque para el whisky. Cuando notó la facilidad con que vaciaban las copas sus acompañantes, decidió que lo había heredado de su abuela—. De modo que es usted nieto de Mary MacDonald, del clan de Sleat, en Skye.

—Soy su nieto.

MacDonald se sintió obligado a continuación a brindar por ella.

—La recuerdo. Era una joven bonita, aunque yo todavía era un mocoso cuando visitaba a su familia. ¿Fue ella quien lo crio?

—Desde que murieron mis padres. Yo apenas tenía diez años.

—Por su presencia aquí deduzco que hizo un buen trabajo. Estarán deseando comer, caballeros. Les hemos preparado un gran festín.

—¿Y los demás? —preguntó Ian.

—No tardarán en llegar —MacDonald lanzó una mirada al umbral y su rostro más bien pastoso se quebró con una sonrisa—. Ah, mi hija. Ian, ¿te acuerdas de mi Margaret?

Brigham se volvió y vio a una mujer menuda de pelo oscuro de unos dieciocho años. Llevaba un vestido con miriñaque de color azul oscuro que hacía juego con sus ojos. La joven hizo una reverencia y luego avanzó hacia ellos, con las manos extendidas hacia Ian y una sonrisa que marcó hoyuelos en sus mejillas.

—Caramba, jovencita —con una carcajada, Ian la besó en las mejillas—. Has crecido, Maggie.

—Han pasado dos años —su voz era suave, melodiosa.

—Es el vivo retrato de su madre, Donald. Gracias a Dios que no ha salido a ti.

—Ten cuidado de no insultarme en mi propia casa —pero había un deje de orgullo en la advertencia de MacDonald—. Lord Ashburn, permítame que le presente a mi hija Margaret.

Maggie hizo otra reverencia y extendió la mano a Brigham.

—Milord.

—Señorita MacDonald. Es un placer ver una flor en una noche tan desapacible.

La joven soltó una risita, echando a perder la elegante reverencia.

—Gracias, milord. No suelo oír halagos a menudo. Es usted un gran amigo de Coll, ¿verdad?

—Sí.

—Pensé... —miró alternativamente a Brigham y a Ian—. ¿No los ha acompañado Coll, lord MacGregor?

—No por falta de ganas, Maggie. Y no hace tantos años yo era el tío Ian.

Maggie mostró sus hoyuelos y lo besó en su mejilla barbuda.

—Todavía lo eres.

Ian le dio unas palmaditas en la mano al tiempo que se volvía a MacDonald.

—Coll y Brigham tuvieron un altercado durante su viaje a Glenroe. Los Campbell.

—¿Coll? —Maggie habló deprisa, revelando más de lo que era su intención—. ¿Lo han herido?

—Está casi recuperado, hija, pero Gwen se puso firme y le dijo que no estaba en condiciones de viajar.

—Por favor, cuéntame qué pasó. ¿Fue herido de gravedad? ¿Acaso...?

—Maggie —con una pequeña carcajada, MacDonald cortó la retahíla de preguntas de su hija—. Estoy seguro de que Ian y lord Ashburn te contarán toda la historia. Pero imagino que primero querrán refrescarse antes de la cena.

Aunque obviamente impaciente, Maggie se contuvo.

—Por supuesto. Disculpenme. Los conduciré a sus habitaciones.

Con donaire se recogió las faldas y condujo a los invitados de su padre hacia la escalera y hasta sus aposentos. Después de informarlos de que la cena se serviría al cabo de una hora, dejó a los

hombres a solas.

Cuando bajaron, la casa era un hervidero de hombres. MacDonald de las islas orientales, Cameron, Drummond, más MacGregor de los distritos circundantes. Se convirtió en una celebración con música de gaitas y whisky para beber. Los modales bruscos se disculparon y las risas reverberaron por la fortaleza de piedra.

A la cabecera de la mesa había venado asado en su punto y fino clarete. En el centro, cerveza y oporto con sustanciosas fuentes de cordero y conejo. En el otro extremo, se ofrecieron asados de vaca, calabaza y cerveza. Pero a todos los niveles la comida era abundante. Ningún hombre pareció insultado por la disposición y todos comieron con ferocidad.

Se ofrecieron brindis por el verdadero rey, por el príncipe, por cada clan, por las esposas e hijos de los jefes, hasta que las botellas se vaciaron y se abrieron otras. Todos elevaron sus copas como un solo hombre por el rey que estaba al otro lado del Canal. No había duda de que sus corazones estaban con él. Pero Brigham descubrió, cuando la conversación empezó a girar en torno a los Estuardo y la posibilidad de una guerra, que las opiniones estaban divididas.

Lochiel, el jefe en funciones del clan Cameron mientras su padre permanecía en el exilio, entregaba su devoción al príncipe, pero con reservas.

—Si luchamos sin el apoyo de las tropas francesas, los ingleses arrasarán nuestras tierras y nos recluirán en las colinas y las cuevas. El clan Cameron es leal al verdadero rey, ¿pero pueden los clanes solos luchar contra las fuerzas adiestradas de Inglaterra? Y una pérdida ahora será la ruina para Escocia.

—¿Entonces qué hacemos? —James MacGregor, heredero de Rob Roy, dio una palmada en la mesa—. ¿Nos quedamos sentados con las espadas envainadas? ¿Junto al fuego, haciéndonos viejos, esperando el justo castigo? Yo estoy harto del elector y de su reina alemana.

—Cuando una espada está enfundada, no puede romperse —repuso Lochiel serenamente.

—Sí —el jefe de los MacLeod asintió al tiempo que volcaba su oporto—. Aunque es contrario a nuestra naturaleza no hacer nada, es una locura luchar si no habrá victoria. Ya hemos perdido antes, y pagado un amargo precio por ello.

—Los MacGregor respaldamos al príncipe sin excepción —dijo James con un peligroso brillo de batalla en los ojos—. Como lo respaldaremos cuando ocupe el trono.

—Sí, hijo —manteniendo la voz conciliadora, Ian intervino. Sabía que James había heredado la fidelidad de su padre, y buena parte de su astucia y amor por la intriga, pero no su control y sus dotes de mando—. Defenderemos al príncipe, pero hay que tener en cuenta algo más que tronos e injusticias. Lochiel tiene razón. No es una guerra que debamos librar precipitadamente.

—¿Entonces, luchamos como mujeres? —inquirió James—. ¿Limitándonos a hablar?

Había corrido bastante whisky para calentar los ánimos de todos. Las palabras de James ya habían arrancado murmullos de enojo. Antes de que pudiera decirse nada más, Ian volvió a hablar.

—Luchamos como miembros de los clanes, como nuestros padres y antecesores. He luchado junto a tu padre, James —dijo en voz baja—, y junto al tuyo cuando los dos éramos jóvenes —añadió mirando a Lochiel—. Estoy orgulloso de poner mi espada y la de mi hijo en defensa de los Estuardo. Cuando luchemos, deberemos hacerlo con astucia y la cabeza fría.

—¿Pero estamos seguros de que el príncipe quiere luchar? —preguntó alguien en la mesa—. Ya nos hemos reunido antes, respaldando a su padre, pero todo quedó en agua de borrajas.

Ian hizo una seña para que rellenaran su copa.

—Brigham, pasaste un tiempo con el príncipe en Francia. Cuéntanos sus intenciones.

En la mesa reinó el silencio, así que Brigham habló en tono moderado.

—Pretende luchar por sus derechos y los de su casa. De eso no hay ninguna duda —hizo una pausa para examinar los rostros que lo rodeaban. Todos escuchaban, pero no todos se alegraron al oír sus palabras—. Confía en que los jacobitas de Escocia e Inglaterra luchen con él y espera convencer al rey Luis para que respalde su causa. Con el apoyo de los franceses, creo que no hay duda de que podría dividir a sus enemigos y subir al trono —levantó su copa, tomándose su tiempo—. Sin él, hará falta un ataque osado y un frente unido.

—Los escoceses de las Lowlands lucharán con el ejército del gobierno —reflexionó Lochiel. Pensó tristemente en la muerte y la destrucción que se sucederían—. Y el príncipe es joven, no está adiestrado en la lucha.

—Sí —corroboró Brigham—. Necesitará hombres expertos, consejeros además de guerreros. No pongo en duda su ambición, ni su resolución. Vendrá a Escocia y elevará su estandarte. Necesitará el respaldo de los clanes, sus corazones y sus espadas.

—Ya tiene los míos —declaró James, levantando su copa como un reto.

—Si el príncipe está decidido —dijo Lochiel lentamente—, entonces los Cameron lucharán con él.

Las conversaciones continuaron hasta altas horas de la noche, y a lo largo del día siguiente, y el siguiente. Algunos estaban convencidos, con las espadas y los hombres dispuestos. Otros distaban de estar alentados.

Cuando se despidieron de los MacDonald, el cielo estaba tan sombrío como el ánimo de Brigham. La ambición rutilante de Carlos podía fácilmente perder su brillo.

Capítulo 6

Serena estaba sentada frente al fuego llameante del dormitorio, envuelta en su camisón mientras su madre le cepillaba y secaba el pelo. A Fiona le evocaba recuerdos, tanto dulces como amargos, de la niñez de su hija mayor. Tantas veces había estado con ella acurrucada delante del fuego, con su piel resplandeciente después del baño. Pero normalmente, Serena estaba llena de charla, preguntas, historias, risa. En aquellos momentos se mostraba extrañamente reservada, con los ojos fijos en las llamas, las manos inmóviles en su regazo. Por la puerta abierta podían oír a Gwen y a Malcolm distrayendo a Coll con un juego. Las risas y los aullidos de triunfo se colaban en la estancia.

De todos sus hijos, era Serena la que más la preocupaba. De los cuatro, ella era la que había heredado el temperamento MacGregor junto con un corazón vulnerable. Era Serena la que odiaba con la misma pasión con la que amaba, la que hacía preguntas que no tenían respuesta, la que recordaba demasiado bien lo que debía olvidarse.

Aquello era lo que más preocupaba a Fiona. Aquel incidente abominable que había marcado a su hija tanto como a ella. Fiona todavía conservaba las cicatrices del abuso del oficial inglés. No en su cuerpo, sino en su corazón. Y tenía miedo de que aquellas cicatrices nunca desaparecieran del corazón de Serena. Pero mientras que Fiona soportaba su vergüenza en secreto, a menudo el odio de Serena llameaba en sus ojos y envenenaba sus palabras sin discreción.

En aquellos momentos, era el silencio tan poco característico de Serena lo que la consternaba. Fiona se preguntó, no por primera vez, cómo hacer de madre de una hija ya mayor.

—Estás tan callada, mi amor. ¿Ves sueños en el fuego?

Serena sonrió un poco.

—Siempre decías que podíamos, si mirábamos con la suficiente atención —pero ella había mirado aquella noche y solo había visto leña ardiendo. Se quedó otra vez callada, contemplando el fuego—. ¿Cuándo crees que volverá papá?

—Mañana. Tal vez pasado —Fiona cepillaba incansablemente los cabellos de Serena. El humor pensativo de su hija había comenzado el día en que Ian había partido con sus hombres—. ¿Estás preocupada por él?

—No —suspiró, y sus manos se movieron nerviosamente en su regazo—. A veces me preocupa en qué acabará todo esto, pero papá no —bruscamente entrelazó las manos—. Cuando lo conociste, ¿cómo supiste que estabas enamorada de él?

—No lo sabía con certeza —Fiona estudió el fuego y sucumbió a la ensoñación—. La primera vez que lo vi fue en un baile. Alice MacDonald, Mary MacLeod y yo éramos muy amigas. Los padres de Alice habían organizado un baile para celebrar su cumpleaños. Donald, el amigo de tu padre, es el hermano de Alice, ya lo sabes. Alice llevaba un vestido verde, Mary uno azul y yo uno blanco con las perlas de mi abuela. Nos habíamos empolvado el pelo y nos teníamos por muy hermosas y elegantes.

—Sé que lo eras.

Con un pequeño suspiro, Fiona dejó de cepillar a su hija y le puso las manos en los hombros.

—La música era muy alegre, y los hombres tan apuestos. Tu padre le pidió a Donald que lo presentara, y me pidió un baile. Yo acepté, por supuesto, pero no hacía más que pensar: ¿qué estoy haciendo con este oso de hombre? Seguramente me pisará y echará a perder mis zapatillas.

—Mamá, no me digas que pensaste que papá no podía bailar.

—Lo hice, y él me demostró lo contrario, como tú misma has comprobado a lo largo de los años. Nadie bailaba con más gracia y ligereza que Ian MacGregor. Durante las siguientes semanas, se interpuso en mi camino más veces de las que pude contar. No era el más apuesto, ni el más elegante o rico de los hombres que me cortejaron, pero al final fue a él a quien quise.

—¿Pero cómo lo supiste? —insistió Serena—. ¿Cómo pudiste estar segura?

—Cuando mi corazón habló con más fuerza que mi cabeza —murmuró Fiona, estudiando a su hija.

De modo que aquel era el problema, se dijo, y se preguntó cómo no se había percatado de las señales. Su pequeña se había enamorado. Rápidamente, repasó los nombres y rostros de los jóvenes que la habían pretendido. No podía recordar que Serena les dedicara la más mínima atención. De hecho, pensó Fiona frunciendo el ceño, los había despachado a todos.

—Tiene que haber algo más —tan confusa como insatisfecha, Serena tiró de los pliegues de sus faldas—. Algo que te indique que es acertado, que tiene sentido. Si papá hubiera sido diferente, tu corazón nunca habría hablado.

—El amor no tiene en cuenta las diferencias, Rena —dijo Fiona lentamente. En su mente había irrumpido un pensamiento repentino y no sabía si llorar o reír. ¿Acaso la fiera y testaruda de su hija se había enamorado del lord inglés?

—Cielo —Fiona le puso la mano en la mejilla—. Cuando surge el amor a menudo es acertado, pero raras veces tiene sentido.

—Prefiero estar sola —dijo Serena apasionadamente. Sus ojos brillaban a la luz del fuego, revelando tanta confusión como determinación—. Prefiero hacer de tía para los niños de Coll, Gwen y Malcolm que suspirar por un hombre que sin duda me haría desgraciada.

—Es tu cabeza la que habla, y tu temperamento —la mano de Fiona fue tan suave como su voz—. Enamorarse da miedo, sobre todo cuando una mujer trata de combatirlo.

—No lo sé —volvió la cabeza, llenando con su mejilla la mano de Fiona—. Mamá, ¿por qué no sé lo que quiero?

—Cuando llegue el momento, lo sabrás. Y tú, la más valiente de mis hijas, lo aceptarás.

Sus dedos se tensaron de repente en la mejilla de Serena. Las dos oyeron el fragor de unos caballos acercándose. Por un momento, a la luz del fuego, las dos recordaron otra época, otra noche.

—Papá ha vuelto antes de tiempo —Serena se puso en pie para tomar la mano de su madre.

—Sí —poco a poco, Fiona hizo un esfuerzo por relajarse—. Querrá tomar algo caliente.

Los hombres habían cabalgado deprisa impulsados por su deseo de dormir en sus casas. Habían cazado, y se presentaron cargados de ciervos, conejos y patos silvestres recién sacrificados. El silencio reinante se quebró con los gritos y las órdenes de Ian. Envuelta en su camisón, Serena bajó a ver a su padre, que con el rostro enrojecido por el viento, le estaba dando un beso rotundo a Gwen. Coll estaba sentado junto al fuego con una manta sobre las rodillas y Malcolm estaba apoyado, riéndose sobre el brazo de su sillón.

Con una copa en la mano y la otra metida en el bolsillo de sus pantalones, Brigham estaba de pie delante de la chimenea. Tenía el pelo revuelto por la cabalgada y las botas salpicadas de barro. A pesar de su resolución de no mirarlo, sus ojos se cruzaron con los suyos. Por el espacio de tres segundos, no había nada ni nadie más.

Como tampoco para él. La vio entrar, con su camión verde oscuro ondeando en torno a ella, el pelo refulgiendo como una llama. Brigham tensó los dedos tan rápida y violentamente alrededor de la copa de estaño que temió haber grabado sus huellas. Haciendo un esfuerzo por relajarlos, esbozó una inclinación. Serena elevó la barbilla, haciendo que Brigham deseara más que nada en el mundo estrecharla contra él.

—Aquí está mi pequeña gata salvaje de las Highlands —Ian abrió los brazos de par en par—. ¿Vas a darle un beso a tu padre?

Serena le brindó una pícara sonrisa.

—Tal vez —acercándose a él, le dio un beso recatado en la mejilla. Luego, con una carcajada, le rodeó el cuello con los brazos y le dio otro sonoro y fuerte. Ian respondió levantándola del suelo y dando dos vueltas con ella.

—He aquí una muchacha prometedora —anunció a los presentes en general—. Si un hombre sobrevive a sus garras, habrá ganado un premio que querrá conservar.

—No seré el premio de ningún hombre —Serena tiró de su barba irrespetuosamente y se ganó una palmada en el trasero y una sonrisa.

—Ya ves que digo la verdad, Brig. Es una rebelde. Tengo intención de entregarte a Duncan MacKinnon, como me pide todas las noches.

—Adelante, padre —dijo Serena en tono dulce—. Será menos molestia cuando lo rebane en dos.

Ian volvió a reír. Aunque todos sus hijos le alegraban el alma, Serena era la que más peso tenía en su corazón.

—Lléname la copa, mocosa, y la de los demás. El joven Duncan no es enlace suficientemente bueno para ti.

Serena obedeció, pasándole la copa antes de acercarse a rellenar la de Brigham. Le resultó imposible resistirse a elevar la mirada y a permitir que el reto brillara en sus ojos.

—Ni, tal vez, ningún hombre —respondió.

Arrojado el guante, el honor de Brigham lo obligaba a recogerlo.

—Puede ser, milady, que nadie la haya enseñado a no sacar las garras.

—A decir verdad, milord, ninguno de los que lo han intentado ha sobrevivido.

—Yo diría que necesitáis un hombre de mejor pasta.

Serena elevó una ceja, como si lo estuviera analizando.

—Creedme, no necesito a ningún hombre.

Sus ojos le advirtieron que podía demostrarle lo contrario, pero se limitó a sonreír.

—Perdonadme, señorita, pero una yegua fogosa raras veces comprende la necesidad de tener un jinete.

—No, por favor —Coll se atragantó con sus propias carcajadas y levantó una mano—. No lo alientes, Rena. Brig puede replicarte durante horas y nunca ganarás. Ten piedad y trae aquí esa jarra. Mi copa está vacía.

—Igual que tu cabeza —murmuró Serena, y le sirvió más whisky.

—Hijos, si me prestáis atención... —Ian esperó hasta que todos los ojos se posaron en él—. Los MacDonald siguen bien. El hermano de Donald, Daniel, ha sido abuelo otra vez. La tercera, lo cual me avergüenza —lanzó una mirada a sus dos hijos mayores, que olvidaron su irritación para brindarle idénticas sonrisas—. Bien podéis reír como un par de bobalicones mientras descuidáis vuestro deber

hacia el clan. Otro padre os habría casado hace tiempo, quisierais o no.

—No podríamos tener un padre mejor —dijo Serena, y observó cómo se suavizaba.

—Pasaremos eso por alto. He invitado a Maggie MacDonald a que nos visite.

—Santo Dios —gimió Coll—. Qué fastidio.

El comentario le mereció un cachete de su hermana en la oreja.

—Te recuerdo que es una gran amiga mía. ¿Cuándo llegará?

—La próxima semana —Ian miró a Coll con severidad—. Y yo te recuerdo, hijo, que ningún invitado de esta casa es un fastidio.

—Lo son cuando se ponen siempre en tu camino, de modo que no puedes andar sin tropezarte con ellos —luego cedió, consciente de que la hospitalidad era una cuestión de honor y tradición—. Seguramente ya lo habrá superado y será feliz en compañía de Rena y de Gwen.

Los días siguientes fueron un torbellino de actividad con los preparativos para la esperada visita. Como Fiona tenía por costumbre, se sacó brillo a la plata, se enceró la madera, se prepararon viandas, se restregaron los suelos. Serena recibió con agrado la distracción y estaba demasiado acostumbrada al trabajo para notar las tareas de más. Esperaba con ilusión la compañía de la joven de su edad que había sido su amiga desde niña.

En la cocina, al calor del fuego, Serena hacía la colada. Le gustaba remover la ropa con los pies en el barreño grande más que mancharse los dedos con cera de abejas. Con las faldas levantadas y el agua hasta las pantorrillas, disfrutaba de la energía que requería la tarea, igual que de la soledad de la cocina. La señora Drummond había ido a visitar a una amiga para intercambiarse recetas y rumores. Malcolm estaba estudiando y su madre supervisando la preparación de la habitación de invitados.

Se preguntó si a Brigham le habría parecido bonita Maggie MacDonald y si le habría besado la mano como una vez besó la suya.

¿Por qué debería importarle?, se preguntó, y empezó a pisar la colada con más fuerza. Apenas la había mirado desde su regreso, y así era como ella lo prefería. Deseaba que se fuera a Londres con su voz serena y sus ojos ardientes... o, para el caso, al infierno. Deseaba que se cayera en el río y atrapara un resfriado, y luego se consumiera lenta y dolorosamente. Mejor aún, deseaba que entrara y cayera de rodillas, suplicándole una sonrisa.

Cómo no, ella reiría con desprecio.

Deseaba...

Dejó de desear, de lavar, de pensar, cuando el hombre en cuestión entró en la cocina. Brigham se paró en seco, igual que ella. Creía que estaba ocupada en el piso de arriba, con su madre, o en el comedor con su hermana. Durante días rehuirla se había convertido en una ciencia.

Y de repente, allí estaba ella, sola en una cocina caliente, con el rostro sonrojado por el ejercicio, el pelo soltándose de sus horquillas, y las faldas... Santo Dios.

Tenía las piernas pálidas y húmedas y tan moldeadas como cualquier hombre podría soñar. Antes de controlarse, observó cómo una gota se deslizaba por su rodilla, a lo largo de una pantorrilla lisa, hasta el barreño. Exhaló el aire suavemente entre los dientes y se acercó a ella. Olía a jabón y, al inspirar, su estómago se estremeció.

—Señorita MacGregor, le aseguro que nunca volveré a dormir igual sabiendo cómo se lavan mis

sábanas.

Serena reprimió una carcajada y empezó a pisotear otra vez la colada.

—Al menos se lavan, Sassenach, y se lavan bien —inspirada tal vez por el demonio, Serena pisó con fuerza y el agua le salpicó los pantalones—. Oh, disculpe, milord —incapaz de contenerse, soltó una risita.

Brigham se miró los pantalones y movió la cabeza con sarcasmo.

—Tal vez pienses que también hace falta lavarlos.

—Échelos al barreño —lo invitó sin pensar—. Ya se me había ocurrido pisarle los pantalones en alguna otra ocasión.

—¿Ah, sí? —Brigham bajó las manos al cierre y obtuvo la satisfacción de ver cómo Serena abría desmesuradamente los ojos. Sonrojándose hasta la raíz del pelo, dio un paso atrás y se tambaleó en el agua.

—Brigham...

La sujetó antes de que inundara la cocina.

—¿Ves? Sabía que lo volverías a decir.

Tenía un brazo alrededor de su cintura, el otro en su pelo. Las horquillas que le quedaban cayeron al agua y se hundieron. Serena permaneció de pie, agitada, con los brazos atrapados entre sus cuerpos.

—¿El qué?

—Mi nombre —murmuró—. Dilo otra vez.

—No tengo necesidad —se humedeció los labios, haciendo bullir la sangre de Brigham de forma inconsciente—. Y usted no tiene por qué sujetarme. Ya he recuperado el equilibrio.

—Pero sí que tengo una necesidad, Rena. Llevo tres días seguidos diciéndome que no puedo, que no debo, que no voy a tocarte —mientras hablaba deslizó la mano por su espalda, por su pelo—. Pero sí que la tengo. La misma que ahora veo en tus ojos.

Serena se aborreció por bajarlos.

—No ve nada.

—Todo —se corrigió, besándole el pelo—. Cielos, no he podido borrar tu fragancia de mi mente, ni tu sabor de mis labios.

—Basta —si hubiera podido disponer de sus manos, Serena se habría tapado los oídos—. No pienso escuchar.

—¿Por qué? —la mano en su pelo se contrajo y se vio obligada a levantar la cabeza—. ¿Porque soy inglés?

—No. Sí. No lo sé —elevó la voz, y su pulso acelerado confirió aspereza a sus palabras—. Solo sé que no quiero sentirme como tú me haces sentir.

Experimentó un momento de triunfo mientras la apretaba contra él.

—¿Cómo te hago sentir, Rena?

—Débil, temerosa, enfadada. No —susurró al ver que su boca se cernía sobre la suya—. No me beses.

—Entonces, bésame tú —Brigham rozó sus labios con suavidad.

—No lo haré.

Brigham sonrió cuando los labios de Serena se unieron a los suyos.

—Ya lo haces.

Con un gemido, Serena se aferró a él, tomando lo que su corazón deseaba y bloqueando la advertencia en su cabeza. Brigham no era para ella, nunca lo sería, y aun así, cuando la abrazaba sentía lo contrario.

Con sus labios la atormentó, retirándose, seduciéndola, hasta que Serena se vio obligada a tomar posesión. ¿Le había dicho que la hacía sentirse débil? Era una mentira, pensó vagamente. Se sentía fuerte, increíblemente fuerte, la energía la recorría de arriba abajo y bombeaba su sangre hasta hacerla hervir. Una mujer podía temer la debilidad, pero no el poder.

Lo envolvió con sus brazos, dejó que su cabeza cayera hacia atrás y sus labios se entreabrieran mientras lo retaba a dejarla sin fuerzas.

Era como sostener un rayo, pensó Brigham. Lleno de fuego y de luz y de peligroso poder. Un momento atrás la estaba persuadiendo, y al momento siguiente se sentía bombardeado por el calor que irradiaba de ella. Murmurando su nombre, la levantó del agua. La mantuvo en alto por un momento, y luego la dejó deslizarse contra su cuerpo hasta que sus pies tocaron el suelo.

Luego los labios de Serena estaban cubriendo todo su rostro. Deslizó las manos debajo de la chaqueta de Brigham para moverlas con impaciencia sobre su camisa de hilo. Su cuerpo se arqueaba contra él, suplicándole que la tocara. Sus senos cedían sugestivamente sobre su pecho.

—Serena, he terminado con... —Gwen abrió la puerta y se paró en seco, quedándose boquiabierta al sorprender a su hermana abrazada a su invitado. Serena estaba de puntillas, agarrada a la hermosa chaqueta de Brigham. Y él... la joven imaginación de Gwen hizo que su rubor se intensificara—. Perdón —consiguió decir, y siguió de pie, mirándolos alternativamente sin saber qué hacer.

—Gwen —con más fuerza que dignidad, Serena se soltó de los brazos de Brigham—. Lord Ashburn solo estaba...

—Besando a tu hermana —terminó con serenidad. Salió a paso lento de la cocina, haciendo una ligera mueca cuando un cuenco cayó al suelo.

Capítulo 7

—El rey Luis no va a intervenir —Brigham estaba de pie delante del fuego, con las manos entrelazadas a la espalda. Aunque tenía la mirada serena y la pose relajada, su voz era sombría—. A medida que pasa el tiempo se reducen las posibilidades de que apoye al príncipe con oro o con hombres.

Coll arrojó sobre la mesa la carta que un mensajero les había entregado minutos antes y empezó a dar vueltas por la estancia. Al contrario que Brigham, su impaciencia necesitaba espacio y movimiento.

—Hace un año, Luis estaba más que dispuesto a brindar su apoyo. Maldita sea, estaba ansioso por ayudarnos.

—Hace un año —señaló Brigham—, Luis pensó que Carlos podía resultarle útil. Como en marzo renunciaron a invadir Inglaterra, la corte francesa ignora ampliamente al príncipe.

—Entonces nos las arreglaremos sin los franceses —Coll se volvió para lanzar una mirada furibunda primero a Brigham, luego a su padre—. Los escoceses de las Highlands lucharán por los Estuardo.

—Sí —corroboró Ian—. ¿Pero cuántos? —levantó una mano para impedir que su hijo prorrumiera en un discurso apasionado—. Mi mente y mi corazón no han cambiado. Cuando llegue el momento, los MacGregor combatirán por el legítimo rey. Pero además de cantidad, necesitamos unidad. Para ganar, los clanes deben pelear como si fueran uno.

—Como hemos peleado antes —dijo Coll, golpeándose la mano con el puño—. Y volveremos a pelear.

—Ojalá eso fuera cierto —Ian hablaba en voz serena, razonable y pesarosa. Con la voz de un anciano, pensó con un suspiro secreto. Hacerse viejo era una maldición—. No podemos engañarnos pensando que todos los jefes de Escocia defienden al verdadero rey y que levantarán en armas a sus clanes por el príncipe. ¿Cuántos, Brig, lucharán contra nosotros con el ejército del gobierno?

Brigham tomó la carta de la mesa y, después de mirarla por última vez, la arrojó al fuego.

—Espero recibir pronto noticias de mis contactos en Londres.

—¿Cuánto tiempo tenemos que seguir esperando? —Coll volvió a sentarse y fijó la vista en las llamas—. ¿Cuántos meses y años debemos quedarnos sentados, hablando, mientras el elector engorda en el trono?

—Creo que se avecina el momento de la rebelión —murmuró Brigham—. Tal vez ni siquiera estemos preparados cuando llegue. El príncipe se está impacientando.

—Los jefes de las Highlands volverán a reunirse —Ian tamborileó con los dedos en el brazo de su sillón. Como cualquier sabio general, prefería planear la guerra antes de desenfundar la espada—. Debemos tener cuidado de no levantar las sospechas de la Vigilancia Negra.

Coll maldijo sonoramente a la mención de los hombres de las Highlands reclutados por los ingleses para mantener el orden en Escocia.

—¿Otra partida de caza? —preguntó Brigham.

—Estaba pensando en algo muy distinto —al oír el ruido de las ruedas de un carruaje, Ian sonrió y vació su pipa—. Un baile, hijos míos. Es hora de que nos divirtamos un poco. Y creo que la jovencita que viene a visitarnos es una bonita razón para desempolvar este lugar.

Brigham levantó las cortinas a un lado justo cuando Serena bajaba corriendo los peldaños de la entrada hacia el carruaje, que se había detenido ante la casa. Una joven morena descendió y se arrojó a los brazos de Serena.

—Maggie MacDonald.

—Sí. Está en edad casadera, igual que mi hija mayor —Ian posó los ojos por un momento en la espalda de Brigham. Un hombre tendría que estar ciego, pensó, para no ver el hechizo que había entre su joven invitado y su hija—. Nada puede ser más razonable que organizar un baile para presentarlas a posibles pretendientes.

Conteniendo su enojo, Brigham dejó caer la cortina. No quería contemplar a Serena en aquellos momentos, con el sol en el rostro y los ojos centelleantes de risa.

—Supongo que servirá.

Coll se limitó a mirar la punta de su bota con el ceño fruncido.

—No me gusta. Mira que traer a otra niña de risa tonta a la casa. Que me aspen si voy a tener que dar paseos lentos a caballo con ella o a escuchar cuáles son los últimos dictados de la moda en tocas cuando deberíamos estar afilando nuestras espadas.

Ian se limitó a ponerse en pie y a abrir las puertas del salón.

—No dudo que Rena y Gwen sabrán distraerla sin tu ayuda —en cuanto las puertas se abrieron, risas y voces de mujeres se adueñaron de la estancia. Coll gruñó y permaneció obstinadamente en su asiento—. He aquí la muchacha —la voz de Ian retumbó hasta el techo—. Ven a darle un beso a tu tío Ian.

Sonriendo, Maggie cruzó el vestíbulo como una bailarina. Se rio cuando Ian la alzó en el aire, pero Fiona lo regañó.

—Ya ha sufrido bastante traqueteo durante el viaje. Entra y caliéntate junto al fuego, Maggie.

Todavía del brazo de Ian, Maggie entró en el salón.

Los buenos modales disuadieron a Coll de fruncir el ceño y empezó a incorporarse con desgana. Luego, con modales o sin ellos, se quedó boquiabierto. Maggie parecía igual de menuda que una muñeca junto a su padre, pero la mocosa escuálida de cara sucia que recordaba se había transformado milagrosamente en una figura esbelta en terciopelo azul. Su pelo, negro como la noche, caía en rizos bajo un sombrero que enmarcaba su rostro. ¿Siempre había tenido unos ojos tan hermosos, como el lago al atardecer?, se preguntó mientras acertaba a cerrar la boca. ¿Su piel siempre había tenido el aspecto de la nata fresca?

Maggie le sonrió. Luego, como había planeado minuciosamente sus movimientos durante el viaje, se volvió para hacerle una reverencia a Brigham.

—Lord Ashburn.

—Es un placer volverla a ver, señorita MacDonald —Brigham tomó la mano que le ofrecía y le rozó los dedos con los labios. Detrás de Ian, Serena exhaló el aire con los dientes apretados—. Confío en que su jornada no haya sido demasiado agotadora.

—En absoluto.

Como Brigham seguía sosteniendo la mano de Maggie, Serena no pudo refrenarse de dar un paso al frente.

—Te acuerdas de Coll, ¿verdad, Maggie? —con un poco más de impulso que el necesario, la separó de Brigham para conducirla hacia su hermano.

—Por supuesto —Maggie había practicado una sonrisa amistosa, casi impersonal, delante del espejo, noche tras noche, soñando con aquel primer encuentro. Aunque el corazón le latía con frenesí, hizo uso de aquella sonrisa. Coll era incluso más apuesto de lo que recordaba, más alto, más ancho, más excitante. Ella había tardado tanto en crecer, pero en aquel momento, pareció merecer la pena—. Me alegro de volver a verte, Coll. Espero que te hayas recuperado del todo de tu herida.

—¿Herida? —Coll tomó su mano, sintiéndose insoportablemente torpe.

—Tu padre explicó que te hirieron en tu viaje desde Londres —su voz era templada como una mañana de primavera. Maggie se preguntó si Coll no estaría oyendo el estruendo de su corazón.

—No fue nada.

—Tengo entendido que sí, pero me alegro de verte tan restablecido —como tenía miedo de desmayarse de alborozo si seguía sosteniendo su mano un segundo más, Maggie se retiró y giró en redondo. Sus mejillas estaban encendidas de rubor, pero confiaba en que todos lo achacaran a la emoción del viaje—. Es maravilloso estar aquí otra vez. Mil gracias tío Ian, tía Fiona, por invitarme a venir.

Se sirvieron refrescos y dulces y todos se sentaron. En lugar de recurrir a las excusas que había preparado, Coll se sorprendió maniobrando para sentarse en la silla más próxima a la de Maggie. Brigham también aprovechó la situación, y se inclinó hacia Serena al pasarle una fuente de pasteles.

—¿Quiere probar uno, señorita MacGregor? —preguntó, para luego comentar en un susurro que nadie podía oír—. Me has estado rehuyendo, Rena.

—Eso es ridículo —Serena tomó un pastelillo y se preguntó cómo había logrado sentarse con ella a cierta distancia de la reunión.

—Estoy completamente de acuerdo. Rehuirme es ridículo.

La taza de Serena chocó con el plato.

—Qué vanidoso es, Sassenach.

—Resulta gratificante ver que te pongo nerviosa —dijo en voz baja, luego se volvió y continuó hablando en tono normal—. Gwen, debo decirte que estás preciosa con ese vestido rosa.

«A mí nunca me dice que estoy preciosa», pensó Serena mientras mordía, casi con rabia, el pastelillo. «Nunca se inclina con galantería ni me dedica bonitos cumplidos como ha hecho con Maggie. Conmigo solo son pullas y burlas. Y besos», recordó con un estremecimiento. «Besos profundos e intensos».

No quería pensar en ello... ni en él. Cuando un hombre trataba a una mujer con tanta osadía, solo quería una cosa. Tal vez se hubiera criado en las Highlands, pero no se hacía ilusiones sobre los hábitos de la aristocracia inglesa.

No sería la amante de ningún hombre. Y menos de un inglés. A pesar de la magia que Brigham le hiciera sentir, de las maravillas en las que le hacía soñar, no avergonzaría a su familia. Si lo rehuía, no era porque tuviese miedo, sino porque era sensata.

—Sueñas despierta, mi amor —murmuró Brigham, sobresaltándola—. Espero que sea conmigo.

—Sueño en vacas que hay que ordeñar —repuso Serena entre dientes. Cuando Brigham rio, alzó la barbilla y se dispuso a hablar con Maggie. Su amiga, en aquellos momentos, reía cantarínamente y miraba a Coll con una hermosa sonrisa. Serena se percató de que su hermano estaba ruborizado y con la mirada brillante.

—Al parecer, a Coll no le resulta tan fastidiosa la señorita MacDonald —comentó Brigham.

—Parece que le hubiesen dado en la cabeza con una piedra.
—O traspasado el corazón con una flecha de Cupido.
—¿Coll? ¿Coll y Maggie? Hace un par de años solo pensaba en perderla de vista.
—Y ahora es una hermosa mujer.
Una punzada de celos peleó con la amistad.
—Sí —murmuró Serena, y se preguntó fugazmente cómo sería ser diminuta y frágil—. Es evidente que esa es su opinión.
Brigham elevó una ceja y sus labios se curvaron con una sonrisa incipiente.
—En cuanto a mí, prefiero unos ojos verdes y una lengua afilada.
Serena lo miró y se sonrojó a pesar suyo.
—No se me dan bien los flirteos de salón, milord.
—Otra cosa que habré de enseñarte, entonces.
Optando por retirarse en lugar de luchar con una espada embotada, Serena se puso en pie.
—Maggie, permíteme que te acompañe arriba y te enseñe tu habitación.

La compañía de Maggie era precisamente la distracción que Serena necesitaba. Charlaban hasta altas horas de la noche, cabalgaban juntas por el bosque, paseaban por las colinas. Como siempre, Maggie expresaba lo que sentía, mientras que Serena guardaba con celo sus pensamientos más íntimos. El hecho de que su amiga siguiera enamorada de Coll no la sorprendía. El hecho de que Coll estuviera embelesado con ella, sí.

Le agradaba. Aunque Serena nunca lo había creído posible, no podía negar lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. Coll inventaba docenas de excusas para unirse a ellas y escuchaba la conversación alegre e inconexa de Maggie como si fuera la persona más fascinante sobre la faz de la tierra. Y con el ojo certero y crítico de una hermana, Serena se percataba de que Coll se estaba esmerando sobremanera con su aspecto.

Hasta le había oído decir a la señora Drummond que Coll le estaba pidiendo consejo a Parkins sobre su ropero.

Se habría reído de no sentir constantemente punzadas de celos. En más de una ocasión se había enfurruñado al pensar en lo soñadora y candorosa que estaba su amiga enamorada. Aquella debilidad la enfurecía y la incitaba a cerciorarse de que Coll y Maggie vieran cumplidos sus deseos.

Coll las acompañaba en algunos de sus paseos a caballo, lo que significaba que a menudo Brigham también se sumaba al grupo. Aquella nueva situación incomodaba a Serena tanto como le agradaba.

Hacía fresco, pero el invierno estaba perdiendo su crudeza. En un mes, pensó Serena, brotarían las hojas de los árboles y las primeras flores salvajes se abrirían camino hacia el sol. Todavía no habían empezado los deshielos, y el suelo retumbaba con dureza bajo los cascos de los caballos, pero se oían cantos de pájaros y se percibía algún que otro aleteo cuando los espantaba el ruido de los caballos.

Cabalgaban a paso lento, y Serena tenía que refrenar su impaciencia tanto como a su caballo. Sabía que Maggie podía cabalgar tan bien como cualquiera, pero su amiga prefería recorrer el camino a paso remilgado.

—¿Preferirías ir al galope? —le preguntó Brigham, colocándose a su lado.

—Sí —dijo con sinceridad.

—Ya nos alcanzarán —Brigham volvió la cabeza para mirarlos.

Aunque se sentía tentada, Serena movió la cabeza. Su madre nunca aprobaría que fueran en parejas y no en grupo.

—No estaría bien.

—¿Tienes miedo de no poder seguirme? —Brigham fue recompensado con un fulgor de furia en su mirada.

—No hay inglés que pueda ganar a un MacGregor montando a caballo.

—Eso es fácil decirlo, Rena —repuso con suavidad—. El lago está a menos de kilómetro y medio.

Serena vaciló, consciente de que el decoro dictaba que permaneciera con su invitada. Pero un reto era un reto. Antes de poder contenerse, hundió los talones en los flancos de su montura y se lanzó hacia delante.

Conocía el camino tan bien como los pasillos de su propia casa. Con mano ligera condujo al caballo por curvas y recodos, agachándose al pasar por debajo de ramas bajas y saltando o esquivando raíces salientes. La senda apenas era suficientemente ancha para los dos, pero ninguno cedió, así que cabalgaron prácticamente hombro con hombro.

Montaba como una diosa, pensó Brigham. Con brillantez y despreocupación por la vida. Con otra mujer se habría refrenado, reduciendo el paso por preocupación por su seguridad, y tal vez su orgullo. Pero con Serena hostigaba a su montura hacia delante por el mero placer de verla galopando medio cuerpo por delante por la senda, con el mantón escocés ondeando sobre su traje de montar gris claro. No tan fácil, murmuró para sí al divisar los reflejos del sol sobre el lago. Hundiendo los talones en su caballo, se pusieron otra vez a la misma altura, bajando con estruendo la última loma.

Llegaron juntos a la orilla, y su corazón se estremeció mientras Serena esperaba hasta el último instante posible para tirar de las riendas. Su yegua se levantó sobre las patas traseras con un relincho sonoro. Serena estaba riendo en el momento en que quedó suspendida entre cielo y tierra con mirada intensa e intrépida, el cuerpo fluido. De no estar ya enamorado, Brigham le habría entregado su corazón en aquel mismo momento, tan rápida y peligrosamente como un hombre se despenaba por un risco.

—Gané, Sassenach.

—De eso nada —jadeando, dio unas palmadas al cuello de su caballo y le sonrió—. Te sacaba una cabeza.

—Qué cabeza ni qué ocho cuartos —exclamó, perdiendo el control—. He ganado, y no eres lo bastante hombre para reconocerlo —inspiró ansiosamente el aire con fragancia de pinos y agua—. De no haber montado como las mujeres, te habría envuelto en mi nube de polvo —luego se estaba riendo de él, con ojos más verdes que los prados de Inglaterra, y su coqueto sombrero ladeado por la carrera—. No tienes nada de qué avergonzarte. Eres tan buen jinete como pueda serlo un inglés, y casi tan bueno como un escocés cojo y tuerto.

—Tus cumplidos me sonrojan. Aun así, la victoria ha sido mía, pero eres demasiado vanidosa... u obstinada, para reconocerlo.

—He ganado yo. Un caballero tendría la delicadeza de reconocerlo.

—Yo soy el que ha ganado —repuso Brigham, y le soltó los lazos de su sombrero para quitárselo. Los cabellos de Maggie cayeron en una masa de rizos por sus hombros—. Una dama ni

siquiera habría aceptado correr.

—Ah —de ser posible, Serena habría dado un pisotón en el suelo. En cambio, giró su caballo hasta que estuvieron cara a cara. No le importaba que la llamara vanidosa u obstinada, pero que le echara en cara que no se comportaba como una dama era demasiado—. ¡Qué propio de un hombre! La carrera ha sido idea tuya. De haberme negado, habría sido una cobarde. Pero acepté y gané, así que no soy una dama.

—Aceptaste y perdiste —la corrigió Brigham, disfrutando de cómo el mal genio encendía sus mejillas—. No hace falta que seas una dama para mí, Rena. Te prefiero como eres.

—¿Y cómo soy?

—Una gata salvaje y deliciosa que se pone pantalones y pelea como un hombre.

Serena apretó los dientes, echó hacia atrás la cabeza y miró al cielo. Era un día glorioso, tal vez el más hermoso que vería nunca. Su irritación hacia él se disipó.

—Hagamos una tregua —decidió—. Coll y Maggie vendrán enseguida. Si sigo enfadada contigo, no tendré a nadie con quien hablar mientras se miran como tortolitos.

—Así que tengo mi utilidad —Brigham bajó de su caballo—. Me conmueves, Serena.

—La carrera, y la victoria, me han puesto de buen humor —Serena levantó la rodilla de la silla y le puso las manos en los hombros, permitiéndole que la ayudara a desmontar. Antes de que pudiera sospechar sus intenciones, Brigham la echó sobre su hombro.

—Me alegra oírlo. Pero te recuerdo que el que ha ganado he sido yo. Y si no lo reconoces te dejaré caer en el lago.

—¿Estás loco? —Brigham había empezado a caminar hacia la orilla cuando Serena le dio un puntapié cerca de una zona sensible. Brigham hizo una mueca, dio un paso atrás y tropezó con una raíz. Cayeron al suelo en un revuelo de enaguas y maldiciones. Por el bien del decoro, y de su salud mental, Brigham retiró la mano de la curva firme de su trasero.

—No —Serena se incorporó rápidamente en un intento de protegerse, pero solo sirvió para acercarlos aún más. Brigham extendió el brazo para deslizar los dedos por la curva de su mandíbula.

—Podría dejarte ir, Rena, pero eso no cambiaría lo que hay entre nosotros.

—No puede haber nada entre nosotros.

—Obstinada —Brigham mordisqueó su labio inferior—. Decidida —luego borró el dolor con su lengua—. Hermosa.

—No soy nada de eso —Serena levantó una mano, pensando en empujarlo, pero sin saber cómo se aferró a su chaqueta.

—Lo eres —le mordisqueó suavemente la mandíbula, haciendo que abriera los ojos con deseo confuso. Brigham sonrió por su reacción. Sería una delicia en la cama. Lenta, casi placenteramente, se movió para lamerle la oreja.

—No.

—Llevo días esperando para estar cinco minutos a solas contigo y hacer precisamente esto —hundió la lengua en su oído, desencadenando oleadas de placer y calor por su cuerpo—. No hay nada que desee más que hacerte el amor, Serena. Hacerte el amor por entero.

—No puedo. Y tú tampoco.

—Puedes —murmuró—. Y lo haremos —entreabrió sus labios con los suyos.

Por un momento, Serena se deleitó con el roce de aquel beso. Parecía tan legítimo. Pero no lo era.

Nunca lo sería.

—Por favor, para. No está bien que me hables así. No está bien... No puedo pensar.

—No pienses —de repente la asió por los hombros de modo que volvieron a estar cara a cara—. Siente. Limitate a sentir. Y demuéstreme lo que sientes.

La cabeza le daba vueltas, con anhelos, con advertencias. Con un gemido, arrastró sus labios hacia los suyos. Era una locura. Estaba mal. Pero no podía resistirse. Cuando Brigham la tocaba quería que siguiera tocándola. Cuando la besaba, creía que iba a morir de puro placer. Ser deseada de aquella manera era una especie de tortura. Podía percibir su anhelo en la forma en que la asía con fuerza con los dedos, en cómo la devoraba con su boca. Con cada segundo que pasaba notaba cómo su fuerza de voluntad se debilitaba hasta que supo que llegaría el momento en que le daría todo.

—Dios mío, Serena, cuánto te deseo —con la respiración entrecortada, Brigham la apartó para contemplar su rostro sonrojado—. ¿Me comprendes?

—Sí —la mano le temblaba al llevársela a la garganta—. Necesito tiempo para pensar.

—Necesitamos tiempo para hablar —con mucho cuidado, Brigham la soltó, percatándose en aquel instante de cómo le había clavado los dedos en los brazos. Oyó el sonido de cascos de caballos aproximándose y maldijo—. Siempre que estoy a solas contigo acabo besándote. No conseguiremos hablar si seguimos así. Necesito que comprendas lo que siento y lo que quiero para nosotros.

Serena creía que lo comprendía. Y para vergüenza y excitación suya, sabía que estaba a punto de aceptar. Brigham la deseaba y ella sería su amante. Sería el momento más preciado de su vida. Y luego le ofrecería cuidar de ella, de su alojamiento, de sus vestidos, de sus necesidades. Pero ella sería desgraciada. Si reunía la fortaleza para rechazarlo, conservaría su orgullo y sería aún más desgraciada.

—No hace falta que hablemos. Te comprendo —se puso en pie y se sacudió las faldas—. Pero necesito tiempo para pensar.

Brigham le tomó la mano, consciente de que solo disponía de unos momentos más a solas con ella.

—¿Me amas?

Serena cerró los ojos, deseando poder odiarlo por preguntar lo que ya debía saber.

—Eso no es lo único que cuenta.

Brigham soltó su mano y dio un paso atrás con ojos fríos.

—¿Volvemos a lo mismo, no? Soy inglés, y no importa lo que sientas por mí, lo que podamos aportarnos el uno al otro, no lo olvidarás.

—No puedo olvidarlo —corrigió Serena, y quiso llorar—. No, no puedo olvidar quién eres, qué eres, y más aún, quién y qué soy yo. Necesito tiempo para ver si puedo vivir con lo que deseas de mí.

—Muy bien —inclinó la cabeza—. Tendrás tiempo. Pero recuerda, Serena, que no voy a suplicarte.

Capítulo 8

—Va a ser un baile precioso —Maggie mantenía el equilibrio sobre una escalera y sacaba brillo a la esquina superior de un espejo. Los criados, bajo la mirada de lince de Fiona, estaban limpiando toda la casa. La familia no debía ser menos—. Todo será perfecto, Rena, ya lo verás. La música, las luces...

—Y Coll —añadió Serena, frotando el brazo de una silla con un trapo.

—Sobre todo Coll —sonriendo, Maggie bajó la vista hacia ella—. Ya me ha pedido el primer baile.

—No me sorprende.

—Fue tan dulce cuando me lo pidió —murmuró Maggie, acercándose al espejo para estudiar su rostro con detenimiento. La aterrorizaba que los largos paseos al sol pudieran salpicarle el rostro con unas pecas que Coll aborrecería—. Quise decirle que no quería bailar con ningún otro hombre, pero sabía que se sonrojaría y empezaría a balbucir.

—No recuerdo haber oído a Coll balbucir antes de que vinieras.

—Lo sé —Maggie se mordió el labio con deleite—. ¿No es maravilloso?

Cuando Serena vio el rostro resplandeciente de Maggie, la respuesta sarcástica que había en su mente se desvaneció.

—Sí. Se ha enamorado de ti, y no tengo duda de que es lo mejor que le ha pasado en la vida.

—¿No solo porque eres mi amiga? —preguntó Maggie con ansiedad.

—No, porque parece más feliz cuando está contigo.

Maggie sintió lágrimas aflorando a sus ojos, pero parpadeó para reprimirlas. No quería que Coll la viera sonrojada y con los párpados hinchados si por casualidad entraba en la estancia.

—¿Te acuerdas cuando hace años prometimos que seríamos hermanas algún día?

—Por supuesto. Tú te casarías con Coll y yo con cualquiera de tus primos... —con el trapo colgando de los dedos, Serena levantó la cabeza—. Maggie, ¿no me digas que te ha pedido que seas su esposa?

—Todavía no. Pero lo hará. Rena, no pueden ser solo ilusiones. Lo amo tanto...

—¿Te ha besado? —preguntó Serena.

—No —Maggie hizo una mueca, consciente de que no estaba bien desear que se hubiese sobrepasado con ella—. Creo que estuvo a punto una vez, pero Malcolm entró en la habitación —Maggie agitó las manos en el aire—. ¿Crees que está mal desear que me bese?

—No —la respuesta de Serena fue rotunda y sincera, pero Maggie estaba perdida en su ensoñación y no se dio cuenta.

—Echo más de menos a mi madre ahora que cuando murió. Me gustaría poder hablar con ella de esto, preguntarle si estar con mi padre alguna vez la hizo sentir como si el corazón se le hubiera vuelto del revés. Dime la verdad, Serena, ¿de verdad crees que me ama?

—Nunca lo he visto comportarse de forma tan estúpida con ninguna otra persona. Tartamudeando, vagando de un lado a otro con mirada perdida y la boca entreabierta. Cuando te mira o se ruboriza o se queda blanco.

—¿En serio? —Maggie juntó las manos con deleite—. Cielos, pero qué lento es. Me volveré loca si no deja de mirar y empieza a actuar.

—¡Maggie! —aunque se rio escandalizada, Serena estudió a su amiga con atención—. ¿No serías capaz de, bueno, de acceder a algo más que a un beso?

—No lo sé —bajó un peldaño con el rostro encendido—. Lo único que sé es que si no se declara pronto, tomaré cartas en el asunto.

Fascinada, Serenaladeó la cabeza.

—¿Cómo?

—Pues... —Maggie se calló al oír pasos. Su corazón se agitó, indicándole que era Coll antes incluso de que traspasara el umbral. Siguiendo un impulso, dejó que su pie resbalara del peldaño y lanzó una exclamación de alarma mientras caía atropelladamente hacia el suelo.

Serena extendió el brazo, pero Coll salvó la distancia en un abrir y cerrar de ojos y levantó a Maggie por la cintura. Tuvo una sensación fugaz de lo diminuta que era antes de que se sintiera abrumado por la preocupación.

—Pequeña, ¿te has herido?

—Qué torpe soy —acertó a decir mientras contemplaba su rostro amplio y recio. Si Serena le hubiese preguntado en aquel momento si accedería a algo más que un beso, habría dicho que sí, cien veces sí.

—Tonterías —lleno de ternura, la sostuvo con suavidad—. Una chiquilla como tú no debería subir a ninguna escalera.

Temeroso súbitamente de poder lastimarla con sus manos grandes y torpes, empezó a dejarla en el suelo. «A grandes males, grandes remedios», pensó Maggie, y lanzó un grito ahogado cuando su pie tocó el suelo. Al instante, Coll volvió a levantarla en brazos. Casi se mareó de verdad al sentir los latidos rápidos de su corazón contra los de Coll.

—¿Te has herido? ¿Quieres que llame a Gwen?

—¡No! Si pudiera sentarme por un momento... —batió las pestañas y, en respuesta, Coll la llevó en brazos hasta una silla. Solo tuvo que dar seis pasos, pero nunca se había sentido más hombre.

—Estás un poco pálida, Maggie. Un poco de agua te vendrá bien —se levantó y salió de la estancia antes de que Maggie pudiera pensar en una excusa para retenerlo.

—¿Te duele mucho? —Serena ya se había arrodillado junto a ella—. Maggie, sería tan injusto que no pudieras bailar mañana.

—Bailaré. Y bailaré con Coll.

—Pero si te has torcido el tobillo...

—A mi tobillo no le pasa nada. No seas tonta —para demostrarlo, se puso en pie y, riendo, dio un paso de baile.

—Vaya, Margaret MacDonald. Le has mentido.

—De eso nada —volvió a sentarse, con cuidado de colocar sus faldas del modo más favorecedor—. Él ha dado por hecho que me había lastimado, yo no lo he dicho. Rena, ¿cómo tengo el pelo? Debo de haberme despeinado.

—Te caíste a propósito.

—Sí —el rostro de Maggie resplandecía de triunfo—. Y ha funcionado.

Serena se puso en cuclillas con disgusto.

—Es una treta, y bastante rastrera.

—No es ninguna treta, o al menos una muy pequeña, y no tiene nada de rastrera —se llevó la

mano a la mejilla, donde la barba de Coll le había hecho cosquillas—. Solo ha sido una forma de hacerle sentir como si necesitara cuidados. Un hombre no se enamora de una mula de carga, ¿sabes? Si le agrada pensar en mí como una joven frágil e indefensa, ¿qué daño puede haber?

Serena reflexionó por unos momentos, recordando la ocasión en que Brigham había levantado su espada por ella pensando que la habían atacado. Si se hubiese comportado con un poco más de... fragilidad... Moviendo la cabeza, Serena se dijo que eso no era para ella.

—Ninguno, supongo.

—Cuando un hombre es tímido, necesita que lo empujen. Cuidado, ahí vuelve —tomó las manos de Serena y las apretó—. Si pudieras dejarnos solos durante unos minutos...

—Lo haré, pero... Casi parece como si Coll no tuviese otra salida.

—Espero que no —repuso Maggie con una sonrisa.

—Toma —Coll se arrodilló a su lado y le entregó un vaso—. Bebe un poco.

—Tal vez vaya a buscar a Gwen —dijo Serena al levantarse. Ni Maggie ni Coll se molestaron en mirarla—. O tal vez no —murmuró, y los dejó a solas.

Coll tomó la mano de Maggie. Parecía tan suave, tan diminuta. Se sentía como un oso acariciando a una paloma.

—¿Te duele mucho?

—No, no es nada —lo miró con ojos entornados, perpleja al sentirse tan abrumada por la timidez como él. Obedeciendo un impulso, cubrió su mano con la suya—. ¿Recuerdas, hace años, cuando me caí en el bosque y me rasgué el vestido?

—Sí —Coll tuvo que tragar saliva—. Me reí de ti. Debiste odiarme.

—No, nunca te odiaría —sus dedos se curvaron sobre los suyos—. Debía de ser un fastidio para ti —reunió todo su valor y lo miró—. ¿Sigo siéndolo?

—No —Coll tenía la garganta seca como el polvo—. Eres la mujer más hermosa de Escocia y yo... —en aquellos momentos no solo tenía la garganta seca sino que parecía haberse inflamado de forma que el cuello de su camisa iba a estrangularlo.

—¿Y tú? —lo urgió Maggie.

—Voy a buscar a Gwen.

Casi gritó de frustración.

—No necesito a Gwen, Coll. ¿Es que no lo ves? —Lo hizo, en el momento en que se perdió en las profundidades de aquellos ojos azules como el lago al anochecer. Se quedó conmovido, aterrorizado, pero luego la levantó en brazos de la silla.

—¿Te casarás conmigo, Maggie?

—Llevo esperando toda la vida a que me lo pidas —elevó el rostro para recibir un beso.

—¡Coll! —Fiona entró en la habitación. Su voz vibraba con advertencia y desaprobación—. ¿Así es como tratas a nuestra invitada?

—Sí —Coll rio y avanzó con Maggie en brazos—. Cuando ha accedido a ser mi esposa.

—Entiendo —los miró alternativamente—. No voy a fingir que me sorprende, pero... creo que no deberías llevar en brazos a Maggie hasta después de la boda.

—Madre...

—Deja a la muchacha en el suelo. —Rígido de irritación, Coll cedió. Maggie entrelazó las manos con fuerza, pero las relajo al ver que Fiona abría los brazos.

—Bienvenida a la familia, Maggie. Doy gracias por que mi hijo demuestre por fin tener sentido común.

Todavía no podía creerlo. Mientras terminaba de ordeñar las vacas, Serena pensó en el anuncio excitado de Maggie. Coll iba a casarse.

—¿Qué te parece? —preguntó a la plácida vaca mientras la leche caía en chorros en el cubo.

Nadie debía saberlo todavía, claro. Fiona había insistido en que Coll hablara con MacDonald primero, como era lo correcto, pero Maggie no había podido guardarse el secreto. De hecho, Serena tenía los ojos vidriosos aquella mañana porque Maggie no la había dejado dormir hasta que había despertado el día.

No había duda de que cuando MacDonald se presentara en la casa horas más tarde con los demás invitados, accedería al enlace. Maggie casi deliraba ante la perspectiva de anunciar el compromiso durante el baile de aquella noche. Moviendo la cabeza, Serena apartó a un lado la banqueta y levantó los dos cubos.

En cuanto a ella, había reafirmado su decisión de no casarse nunca. ¿Cómo iba hacerlo, pensó mientras salía del cobertizo de las vacas, cuando se había enamorado de Brigham? ¿Cómo iba a entregarse a un hombre cuando siempre iba a preguntarse cómo habría sido con otro? Saber que nunca formaría parte de la vida de Brigham, ni él de la suya, no alteraba lo que sentía en el corazón. Hasta que pudiera convencerse de que su amor por él había muerto, seguiría sola.

Aun así, no podía evitar maravillarse por la forma en que Maggie había hecho realidad sus sueños más profundos... simplemente cayéndose de una escalera.

¡Y cómo la había mirado Coll! Como si fuera una pieza de preciado cristal que pudiera resquebrajarse al mero contacto. Serena movió la cabeza. Claro que no era lo que ella quería, se dijo. Pero, por una vez, quizás fuera agradable.

Oyó el ruido de unas botas sobre la roca y vio a Brigham caminando hacia los establos. Sin concederse tiempo para pensar, cambió su itinerario para cruzarse con él. Ofreciendo una disculpa callada por la leche derramada, Serena lanzó una exclamación de alarma que esperaba resultase convincente y resbaló al suelo.

Brigham apareció a su lado al instante, con las manos en las caderas, el rostro ensombrecido de mal humor.

—¿Te has hecho daño?

Era más una acusación que una pregunta. Serena se irritó, pero trató de representar su papel. No sabía exactamente cómo se hacía, pero Maggie había batido las pestañas.

—No estoy segura. Tal vez me haya torcido el tobillo.

—¿Qué diablos haces cargando leche? —disgustado, se inclinó para examinarle el tobillo. La misiva que había recibido a última hora de la noche pesaba en su mente. De no ser por eso, habría visto la rabia en los ojos de Serena—. ¿Dónde está Malcolm o esa inepta de Molly o cualquiera de los otros?

—Ordeñar no es tarea de Malcolm, y Molly y los otros están ocupados preparándolo todo para los invitados —todas las intenciones de parecer frágil y femenina se disiparon—. No tiene nada de vergonzoso ordeñar vacas, lord Ashburn. Tal vez sus delicadas damas inglesas no sepan distinguir la

tetilla de una vaca de la de...

—Esto no tiene nada que ver con mis damas inglesas, como tú las llamas. Los caminos están resbaladizos y los cubos son pesados. No debes hacer más de lo que puedes.

—¿Más de lo que puedo? —apartó la mano de su tobillo—. Soy lo bastante fuerte para trabajar tanto como tú y más. Y nunca en la vida me he resbalado en este camino.

Brigham se puso en cuclillas y la miró de arriba abajo.

—Tercera como una mula, ¿verdad, Rena?

Era el colmo. Toda mujer tenía un límite. Serena se puso en pie de un brinco y vació el contenido de un cubo sobre su cabeza. Lo hizo antes de que ninguno de los dos pudiera impedirlo. Se quedó de pie, balanceando el cubo vacío, mientras Brigham tragaba leche recién ordeñada.

—Aquí tiene su baño de leche caliente para su suave piel inglesa, milord.

—¡Serena!

El brillo de desafío en sus ojos se transformó en desolación al oír a su padre llamándola por su nombre. Se preparó para lo peor mientras Ian MacGregor daba los últimos pasos hacia ella.

—Padre —no podía hacer otra cosa más que bajar la cabeza ante su mirada furibunda.

—¿Te has vuelto loca?

Suspiró. Como estaba con la vista fija en el suelo, no se dio cuenta de que Brigham se había interpuesto entre ella y la ira de su padre.

—Mi mal genio, padre.

—Ha habido un pequeño accidente, Ian —empezó a decir Brigham. Sacando su pañuelo se limpió la leche de la cara—. Serena se resbaló mientras llevaba la leche.

—No ha sido un accidente —a Serena no se le habría ocurrido mentir para salvarse—. Vertí el cubo de leche sobre lord Ashburn deliberadamente.

—Lo he visto con mis propios ojos —Ian se plantó delante de ella. En aquel momento, con el sol elevándose a su espalda, el gabán echado sobre los hombros y el rostro duro como el granito, parecía fiero e invencible—. Te pido disculpas por el comportamiento inexcusable de esta mocosa, Brigham, y te prometo que recibirá su castigo. A la casa, jovencita.

—Sí, padre.

—Por favor —Brigham le puso una mano en el hombro antes de que Serena pudiera iniciar su humillante retirada—. Mi conciencia no me permite cargar toda la culpa a Serena. Yo la provoqué, también deliberadamente. Te llamé mula, ¿verdad, Serena?

Sus ojos llamearon al levantar la cabeza. Tuvo cuidado de volverla a bajar antes de que su padre viera que no estaba arrepentida.

—Sí.

—Eso fue —Brigham escurrió su pañuelo. No podía imaginar lo que Parkins diría al verlo—. El incidente fue tan desafortunado como el insulto, e igual de lamentable. Ian, lo tomaría como un favor que pasaras por alto este asunto.

Ian se quedó callado por un momento, luego movió la mano con impaciencia en dirección a Serena.

—Llévate el resto de la leche a la casa, y rápido.

—Sí, padre —Serena miró a Brigham con una mezcla de gratitud y frustración y salió corriendo, zarandeando el cubo.

—Se merece unos azotes —comentó Ian, aunque sabía que más tarde se reiría al recordar cómo su pequeña había empapado de leche al joven caballero inglés.

—Eso fue lo primero que pensé —Brigham contempló distraídamente la manga arruinada de su chaqueta—. Por desgracia, debo reconocer que me lo merecía. Me parece que tu hija y yo no somos capaces de mantener las formas cuando estamos juntos.

—Ya lo veo.

—Es obstinada, mordaz y tiene un genio fácilmente inflamable.

Ian se atusó la barba para ocultar una sonrisa.

—Para mí es una maldición, Brigham.

—Para cualquier hombre —murmuró—. A veces me pregunto si está aquí para complicar mi vida o para iluminarla.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

Solo entonces Brigham se dio cuenta de que había dado voz a sus pensamientos. Volvió la cabeza y vio a Serena entrando en la cocina.

—Pienso casarme con ella, con tu permiso.

Ian exhaló un largo suspiro.

—¿Y sin él?

—También —contestó Brigham, mirándolo a los ojos.

Era la respuesta que Ian quería, pero optó por no comprometerse. Primero quería saber la opinión de su hija.

—Lo pensaré, Brigham. ¿Cuándo vas a irte a Londres?

—Al final de la semana —su mente volvió a centrarse en la carta y en su deber—. Lord George Murray cree que mi presencia allí servirá para reunir más apoyo de los ingleses jacobitas.

—Tendrás mi respuesta cuando regreses. No negaré que me satisfaría entregarte la mano de mi hija, pero ella debe estar de acuerdo. Y eso, hijo, no puedo prometértelo.

Una sombra empañó la mirada de Brigham mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Porque soy inglés.

—Sí. Hay heridas muy profundas —como tenía un corazón generoso, le dio una palmada a Brigham en el hombro—. Conque la llamaste mula, ¿eh?

—Sí. Y debería haberme movido más deprisa.

Con una sonora carcajada, Ian volvió a darle otra palmada en el hombro.

—Si tienes intención de casarte con ella, será mejor que aprendas rápido.

Cuando Brigham escapó de las manos perfeccionistas de Parkins, estaba exhausto e impaciente. Con los rumores y la agitación reinante tanto en Escocia como en Inglaterra, no le apetecía dar conversación a un puñado de jovencitas de sonrisa afectada y a matronas rechonchas en un baile campestre. El apoyo que el Joven Pretendiente esperaba de sus seguidores ingleses no era tan pronto como había imaginado. Había alguna posibilidad de que al sumar su voz, Brigham pudiera disuadir a los indecisos, pero sería una misión peligrosa. No podía saber cuánto tiempo estaría fuera, ni cuál sería el destino de sus tierras y título si su empresa fracasaba.

Habría docenas de jefes de clanes bajo el mismo techo aquella noche. Se pondrían a prueba las

lealtades, se harían juramentos. Con lo que averiguara allí durante la velada confiaba en poder despertar la sed de lucha entre los ingleses que eran leales a los Estuardo. Era una guerra que todavía requería más habla que espada. Como Coll, empezaba a cansarse.

Al descender los peldaños del salón de baile, era el retrato del aristócrata elegante. Su encaje era imaculado, tanto en el cuello como en las muñecas. Las hebillas de sus zapatos brillaban, lo mismo que la esmeralda de su mano. Otra igual asomaba entre la chorrera de su camisola. Su chaleco negro tenía hebras de plata y llevaba una chaqueta de botones plateados que caía sin la más mínima arruga de sus hombros.

—Lord Ashburn —Fiona hizo una reverencia al verlo entrar. Había estado preocupada desde que su marido le revelara los sentimientos de Brigham hacia su hija mayor. Más que Ian, Fiona comprendía las emociones divididas que Serena debía de estar experimentando.

—Lady MacGregor. Está resplandeciente.

Fiona sonrió al darse cuenta de que Brigham ya estaba paseando la mirada por el salón. Y pensó, tranquilizándose, que el amor que reflejaban sus ojos era inconfundible.

—Gracias, milord. Espero que disfrute de la velada.

—Lo haré, si me promete un baile.

—Será un placer. Pero las jóvenes se enfadarán si monopolizo su tiempo. Por favor, permítame que lo presente.

Su anfitriona recitó los nombres de las más bellas y las menos favorecidas. Cuando empezara la música, Brigham cumpliría con su deber. De momento, doblegó su impaciencia mientras seguía escudriñando la estancia en busca del único rostro que deseaba ver. Lo quisiera o no, estaba decidido a ser el primero en sacarla a bailar.

—La pequeña Macintosh tiene la gracia de un asno —le confió Coll al oído—. Si te emparejan con ella, será mejor que te ofrezcas a buscarle una bebida y esperar a que termine la pieza.

—Gracias por la advertencia —Brigham se volvió para estudiar a su amigo—. Pareces bastante satisfecho. ¿Debo deducir que tu entrevista con MacDonald transcurrió como deseabas?

El pecho de Coll se hinchó de satisfacción.

—Maggie y yo nos casaremos el uno de mayo.

—Felicidades —dijo Brigham con una inclinación. Luego sonrió—. Tendré que buscarme a otro amigo con quien apostar a ver quién bebe más.

Coll bufó y reprimió un rubor.

—No lo creo. Ojalá pudiera irme contigo a Londres.

—Ahora tu lugar está aquí. Volveré en unas pocas semanas.

—Con buenas noticias. Seguiremos trabajando aquí, pero esta noche no. Esta noche hay que celebrarlo —le puso la mano a Brigham en el hombro—. Ahí está mi Maggie.

Brigham solo pudo asentir mientras Coll se alejaba en busca de su prometida. Junto a la recatada Maggie MacDonald, Serena surgía como una llama, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza, la seda de color verde intenso de su vestido aderezada con oro y un escote cuadrado que revelaba la suave curva de sus senos. Llevaba perlas en torno al cuello que brillaban suavemente y no eran ni más blancas ni más cremosas que su piel. Sus faldas sobresalían por los costados, haciendo que su cintura esbelta pareciera increíblemente pequeña.

Otras mujeres estaban vestidas con más opulencia, con los cabellos empolvados, con joyas

resplandecientes. Para Brigham podían ser brujas vestidas de arpillera. Cuando sonaron los primeros acordes del baile, varias jóvenes le lanzaron miradas esperanzadas, pero Brigham atravesó la estancia en dirección a Serena.

—Señorita MacGregor —se inclinó ante ella con elegancia—. ¿Me concede el honor de este baile?

Serena había tomado la resolución de negarse si se lo pedía, pero se sorprendió ofreciéndole la mano sin decir palabra. Los acordes de un minué flotaron por el aire. Las faldas crujieron y las damas salieron a bailar con sus parejas.

Era como si sus pies no tocaran el suelo, y sus ojos se negaban a apartarse de los suyos. La mano de Brigham sostenía la suya con ligereza, sus yemas en contacto. El corazón le palpitaba con fuerza, como si estuvieran envueltos en un abrazo íntimo. Cuando la música remitió y Serena se inclinó en la última reverencia, Brigham sonrió. Los labios de Serena se encendieron como si los hubiera besado.

—Gracias —Brigham no le soltó la mano, como los dos sabían que era correcto, sino que se llevó sus dedos a los labios—. He deseado este baile desde que te encontré sola junto al río. Pero ahora que lo pienso, no sé si estás más encantadora con tu vestido verde o con pantalones.

—El vestido... es de mi madre —dijo enseguida, y se maldijo por balbucir. Cuando la condujo fuera de la pista, se sintió como una reina—. Quiero disculparme por lo de esta mañana.

—No, no quieres —osadamente, volvió a besarle la mano. Más de un rumor se originó al hacerlo—. Solo crees que debes.

—Sí —le brindó una mirada rápida de regocijo—. Es lo menos que puedo hacer después de que me salvaras de la amenaza de una paliza.

—¿Solo la amenaza?

—Mi padre solo tiene corazón para amenazar. Nunca me ha dado un solo azote, y por eso soy tan incorregible.

—Esta noche, querida, solo eres hermosa.

Serena se sonrojó y bajó los ojos.

—No sé qué decir cuando me hablas así.

—Bien, Rena...

—Señorita MacGregor —tanto Brigham como Serena miraron con impaciencia al intruso, el hijo de uno de los terratenientes vecinos—. ¿Me concede el honor de este baile?

Habría preferido concederle el honor de un puntapié en la espinilla, pero conocía sus obligaciones. Le puso una mano en el brazo, preguntándose cuándo sería apropiado volver a bailar con Brigham.

La música siguió sonando, piezas lentas y rápidas. Serena bailó con caballeros ancianos, hijos, primos, hombres corpulentos y jóvenes apuestos. Su pasión por el baile y su destreza hacían que siempre estuviera solicitada.

Brigham no podía apartar los ojos de ella. Maldición, no lo irritaba que bailara con otros hombres, ¿pero tenía que sonreírles a todos? ¿Y tenía que coquetear con aquel joven escuálido del chaleco horrible? Acarició la empuñadura de su espada y reprimió la tentación.

¿En qué había estado pensando su madre para permitirle ponerse un vestido tan... seductor? ¿Acaso su padre no veía que aquel joven calavera estaba babeando sobre el escote de su hija? Sobre su piel desnuda. La piel blanca y suave de la curva incipiente de sus senos.

Brigham maldijo entre dientes y se ganó una mirada atónita de Gwen.

—¿Cómo dices, Brig?

—¿Perdón? —apartó los ojos de Serena por un momento para mirar a su hermana—. Nada, no es nada —aunque el chaleco de brocado amarillo del acompañante de Serena le pareciera especialmente abominable, la posesividad con la que sostenía su mano lo irritaba aún más—. ¿Con quién está hablando Serena?

Gwen siguió la mirada borrasca de Brigham.

—Ah, es Rob, uno de sus pretendientes.

—¿Pretendientes? —masculló—. ¿Has dicho pretendientes? —antes de que Gwen pudiera dar más explicaciones, cruzó la estancia a grandes zancadas—. Señorita MacGregor, ¿puedo hablar un momento con usted?

Serena elevó una ceja al oír su beligerante tono de voz.

—Lord Ashburn, permítame que le presente a Rob MacGregor, mi pariente.

—A su disposición —dijo con rigidez. Luego, asiendo a Serena del codo, la arrastró al rincón más próximo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Has perdido el juicio? Todo el mundo nos está mirando.

—Al diablo con ellos —contempló su rostro enfurruñado—. ¿Qué hacía ese petimetre asiéndote de la mano?

Aunque en el fondo Serena estaba de acuerdo con él, se negaba a aceptar que nadie calumniara a ninguno de sus parientes, y menos él.

—Da la casualidad de que Rob MacGregor es un joven de buena familia.

—Al infierno con su familia —apenas tenía control suficiente para hablar en voz baja—. ¿Por qué te estaba sosteniendo la mano?

—Porque yo quería.

—Dámela a mí.

—No.

—He dicho que me la des —se la tomó por la fuerza—. No tiene derecho, ¿entiendes?

—No. Entiendo que soy libre de dar mi mano a quien escoja.

El brillo frío de guerra surgió en los ojos de Brigham. Lo prefería al fuego abrasador de los celos.

—Si quieres que tu joven de buena familia siga vivo, yo que tú no volvería a escogerlo a él.

—¿Ah, sí? —tiró de su mano pero no consiguió nada—. Suéltame ahora mismo.

—¿Para que vuelvas a su lado?

Serena se preguntó por un momento si Brigham estaría borracho, pero apartó a un lado aquella idea. Su mirada era demasiado límpida y penetrante.

—Si así lo deseo.

—Si así lo deseas, te prometo que lo lamentarás. Este baile es mío.

Momentos antes, había anhelado bailar con él. En aquellos momentos, se mantenía firme, decidida a no hacerlo.

—No quiero bailar contigo.

—Lo que quieras y lo que hagas tal vez sean cuestiones diferentes, querida.

—Te recuerdo que solo mi padre puede darme órdenes.

—Eso cambiará —sus dedos se tensaron alrededor de los suyos—. Cuando regrese de Londres...

—¿Vas a irte a Londres? —su furia fue de inmediato eclipsada por la desolación—. ¿Cuándo?

¿Por qué?

—Dentro de dos días. Tengo asuntos que atender.

—Entiendo —su mano quedó sin vida en la suya—. Tal vez pensabas decírmelo al ensillar tu caballo.

—Acabo de recibir noticia de que me necesitan allí —sus ojos perdieron su fuego, su voz su aspereza—. ¿Te importa que me vaya?

—No —volvió la cabeza y fijó la vista en la pista de baile—. ¿Por qué iba a importarme?

—Sí que te importa —con su mano libre le tocó la mejilla.

—Vete o quédate —dijo en un susurro desesperado—. Me da igual.

—Me voy en nombre del príncipe.

—Entonces, buena suerte.

—Rena, volveré.

—¿Ah, sí, milord? —retiró la mano de la suya—. Lo dudo.

Antes de que pudiera detenerla, corrió hacia la pista de baile.

Capítulo 9

Tal vez se había sentido más desgraciada antes en la vida. Pero no podía recordar cuándo había estado más al borde de las lágrimas. Tal vez hubiera estado más furiosa, pero no podía recordar cuándo la furia había sido tan intensa y devastadora.

Y la furia y la tristeza eran solo por ella, pensó Serena mientras hostigaba a su yegua a entrar en galope. Por soñar, aunque solo fuera por un momento, que podría haber algo real y maravilloso entre Brigham y ella.

Iba a volver a Londres. Sí, y Londres era el lugar al que pertenecía. Allí era un hombre de riqueza, medios y linaje. Tenía fiestas a las que asistir, damas a las que visitar, un linaje que continuar. Maldiciendo, hincó con más fuerza los talones en los flancos de su yegua.

Tal vez Brigham estuviera de parte del Joven Pretendiente, y cuando llegara el momento, lucharía. Pero lucharía por Inglaterra, en Inglaterra. No volvería a Escocia, a por ella. Un hombre no dejaba su mansión y su país por una amante. Tal vez la deseaba, pero ya sabía que el deseo de un hombre se encendía con la misma facilidad con que se apagaba.

Para ella era amor. Su primer y único amor. Sin tan siquiera arrebatarse su inocencia, la había hecho una desgraciada. Ya no habría otro hombre para ella. El único que quería se estaba preparando en aquellos momentos para irse de su vida.

Y si se quedaba, ¿qué diferencia habría?, se preguntó. Siempre habría demasiados contrastes entre ellos. De haberla amado... No, ni siquiera eso cambiaría las cosas. Brigham siempre estaría vinculado a Inglaterra, y ella a Escocia.

Así que era mejor que se fuera. Le deseaba buena suerte. Deseaba que se fuera al infierno.

—¿Serena?

Volvió la cabeza y vio a Brigham galopando hacia ella. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos. Llevada por la vergüenza y la necesidad de ocultárselas, hostigó a su montura para que cabalgara más deprisa. Maldiciendo por la dificultad de montar como las damas, se abalanzó hacia el lago con un ímpetu frenético con el que esperaba dejar atrás a Brigham. Una vez allí cabalgaría colinas arriba, hacia la tierra agreste donde no podría encontrarla. Pero maldijo cuando Brigham la alcanzó y le arrebató las riendas de las manos.

—Alto, mujer. ¿Qué diablos te pasa?

—Déjame —hostigó a su yegua, y casi tiró a Brigham, que intentaba sujetar las dos monturas—. Maldito seas. Te odio.

—Lo harás cuando te haya dado unos azotes —dijo en tono lúgubre—. ¿Quieres matarnos a los dos?

—Solo a ti —Serena se sorbió las lágrimas y se desprecio por ello.

—¿Por qué lloras? —acercó su montura a la suya para estudiar su rostro—. ¿Te han hecho daño?

—No —su risa histérica la sorprendió tanto que se contuvo—. No —repitió—. No estoy llorando. Es el viento en los ojos. Vete. He venido aquí para estar sola.

—Entonces habrás de llevarte una decepción —estaba llorando, por mucho que lo negara. Quería abrazarla y consolarla, pero sabía que su reacción sería darle un mordisco en la mano. En cambio, comprendiendo que podría ser igual de inútil, intentó razonar con ella—. Me voy mañana al amanecer, Serena. Hay algo que quiero decirte.

—Dilo pues —empezó a meterse las manos en los bolsillos para sacar un pañuelo—. Y vete a Londres, o al infierno, me da igual.

Después de poner los ojos en blanco, Brigham le ofreció su pañuelo.

—Preferiría desmontar.

—Haz lo que quieras —repuso secándose las lágrimas—. No me importa —luego se sonó con fuerza la nariz.

Brigham desmontó, cuidando de no soltar las riendas. Cuando ató los caballos a una rama, extendió los brazos para ayudarla a bajar. Después de sonarse por última vez la nariz con actitud desafiante, Serena se metió el pañuelo en el bolsillo.

—No necesito tu ayuda.

—Tendrás más que eso antes de que acabe contigo —acto seguido, la levantó con más velocidad que estilo de la silla. Ya no quería razonar más—. Siéntate.

—No.

—Siéntate —repitió, en un tono lo bastante peligroso para hacer que Serena elevara la barbilla—. O te juro por Dios que desearás haberme obedecido.

—Muy bien —como su mirada le advertía que no era una mera amenaza, escogió una roca y se tomó deliberadamente su tiempo para alisarse las faldas y entrelazar recatadamente las manos en el regazo. Dado que Brigham estaba rugiendo, Serena estaba resuelta a guardar las formas—. ¿Deseaba conversar conmigo, milord?

—Deseo estrangularla, milady, pero confío en tener suficiente control para resistirme.

—Qué miedo —repuso con sorna—. Permítame decirle, Lord Ashburn, que su estancia en mi casa ha ampliado mi percepción de los modales ingleses.

—Ya he tenido bastante —se movió tan deprisa que Serena no pudo hacer nada para impedirlo. Agarrándola del frente de su traje de montar, la puso en pie—. Soy inglés, y no me avergüenzo de ello. Los Langston son una familia antigua y respetada —tal y como la sujetaba, Serena se veía obligada a mantenerse de puntillas, mirándolo cara a cara. Sus ojos eran negros como el ónix, y contenían una furia callada que pocos habían visto y vivido—. No hay nada en mi linaje que me haga ruborizarme, y mucho para que me sienta orgulloso de mi apellido. Ya estoy harto de tus pullas e insultos, ¿me comprendes?

—Sí —Serena creía que sabía lo que era estar realmente asustada, pero hasta aquel momento no lo supo de verdad—. Por favor —dijo en voz muy suave—. Me estás haciendo daño.

Brigham la soltó y cerró los puños a los costados. Raras veces, muy raras veces, estaba tan a punto de perder el control de sus palabras y acciones. Por eso habló en voz gélida.

—Te presento mis disculpas.

—No —extendió la mano con vacilación para tocarle el brazo—. Soy yo la que debe disculparse. Tienes razón. No está bien que te culpe por cosas que ocurrieron antes de que ninguno de los dos naciera —ya no tenía miedo, sino vergüenza, y muy profunda. Habría hecho algo más que gritar si alguien hubiera insultado a su familia como ella había hecho con la de Brigham—. No tienes la culpa de que los dragones ingleses violaran a mi madre. Ni porque metieran a mi padre en prisión durante más de un año para que incluso aquella deshonra no pudiera ser vengada. Y no está bien —continuó después de un largo suspiro tranquilizador— que quiera culparte porque tengo miedo de no hacerlo.

—¿Por qué, Rena? ¿Por qué tienes miedo?

Levantando la cabeza, lo miró con ojos húmedos y desesperados.

—Porque si no te culpo, tal vez olvide quién eres y lo que eres.

—¿Y eso importa? —inquirió, zarandeándola un poco.

—Sí —Serena descubrió que tenía miedo otra vez, pero por una razón muy distinta. Algo en sus ojos le indicó que hiciera lo que hiciera, su destino ya estaba escrito. Brigham la estrechó contra él.

—¿Importa cuando estamos así? —antes de que pudiera contestar, había sellado sus labios con un beso.

Serena no se resistió. En cuanto sus labios rozaron los suyos sabía que ya no iba a luchar contra él, ni consigo misma. Si Brigham iba a ser su primer y único amor, tendría que tomar todo lo que pudiera darle. La besaba con ardor y desesperación, con el cuerpo tenso como un alambre contra el suyo. En parte todavía era furia, sí, Serena lo sabía. Pero había más. Si alguna vez había tenido elección, Serena la tomó en aquellos momentos y se olvidó de la cautela.

—¿Importa? —volvió a decir Brigham mientras rociaba de besos su rostro.

—No, ahora no importa. Hoy no —arrojó los brazos en torno a él y lo abrazó.

—Entonces, hablaremos.

—No —besó sus dos manos y dio un paso atrás—. No vamos a hablar —lentamente empezó a desabrocharse los botones de su chaqueta de montar.

—¿Qué haces?

Brigham hizo ademán de detenerla, pero Serena dejó caer la chaqueta ceñida de sus hombros. Llevaba un justillo sencillo que dejaba ver unos senos altos y pequeños.

—Lo que los dos queremos.

—Rena —consiguió pronunciar su nombre, aunque el pulso que le latía en la garganta hizo que su voz sonara grave y áspera—. Así no. Esto no está bien para ti.

—¿Qué podría ser mejor? —pero los dedos le temblaban mientras se soltaba la falda—. Aquí, contigo.

—Antes debemos hablar —empezó a decir.

—Te deseo —murmuró, frenando las palabras y los pensamientos de Brigham—. Quiero que me toques como me has tocado antes. Quiero... quiero que me acaricies como me has hecho soñar que lo harías —se acercó a él—. ¿Es que ya no me deseas?

Brigham cerró los ojos y se pasó una mano vacilante por el pelo.

—No hay nada ni nadie que desee más que a ti en este momento. Que Dios me ayude, tal vez no lo vuelva a haber.

—Entonces, tóname aquí —tiró de las cintas de su justillo y observó con asombro y aturdimiento cómo Brigham bajaba la vista—. Y dame algo de ti antes de irte —tomando su mano, se la llevó a los labios—. Enséñame cómo es el amor, Brigham.

—Rena...

—Mañana te irás —dijo con repentina desesperación—. ¿Vas a dejarme con las manos vacías?

Brigham le acarició la mejilla con los dedos.

—Si dependiera de mí, no me iría.

—Pero te irás, y quiero ser tuya antes de que lo hagas.

Brigham sintió sus hombros fríos bajo sus manos.

—¿Estás segura?

—Sí —con una sonrisa se llevó la mano al corazón—. ¿Notas lo fuerte que late? Siempre que estoy contigo.

—Estás helada —dijo Brigham con voz vacilante, y la apretó contra él.

—Hay un mantón sobre la yegua —con los ojos cerrados, Serena inspiró su aroma y lo grabó en su memoria—. Si lo extendemos al sol, no pasaremos frío.

—No voy a hacerte daño —Serena levantó el rostro y vio que sus ojos brillaban de nuevo con intensidad—. Lo juro.

Serena sabía que tendría cuidado. Lo vio en sus ojos mientras extendían el mantón a la orilla del lago y se arrodillaban sobre él. En sus labios cuando los posó sobre su hombro desnudo. En sus manos al entrelazarlas con las suyas, transmitiendo preocupación tanto como necesidad.

Sabía lo que iba a hacer, lo que iba a darle... la inocencia que una mujer solo podía dar a un hombre una vez en la vida. Al arrodillarse frente a él bajo los rayos cálidos del sol y junto al agua fresca, supo que no le había ofrecido aquel regalo impulsivamente o llevada por la pasión, sino casi calladamente, con una confianza que sería aceptada con ternura. Y recordada.

Nunca había estado tan hermosa, pensó Brigham. Tenía los ojos brillantes, firmes. Las manos no temblaron al entrelazarse con las suyas, pero casi creyó sentir los latidos nerviosos de su corazón en las yemas de los dedos. Tenía las mejillas pálidas, tan lisas y blancas como la porcelana.

Pensó en la pastora, en cómo había deseado tocarla de niño aunque lo asustaba su propia torpeza. Se llevó sus manos a los labios. No sería torpe con Serena.

La besó y se llenó solo con su sabor. Aunque el tiempo que les quedaba era breve, trató el momento como si durara horas. Con presiones lentas y tortuosas, le aceleró la respiración. Su lengua húmeda se deslizaba en su interior atrayendo la suya en un duelo lánguido que hizo palpar el corazón de Serena con estrépito. Con vacilación al principio, movió las manos por su chaqueta, como para asegurarse de que su cuerpo masculino era cálido y real. Murmurando algo junto a sus labios, Brigham empezó a desembarazarse de ella. Serena se sorprendió de su propia timidez. La reprimió y lo ayudó a quitársela y a desabrocharle el chaleco.

A Brigham le pareció increíblemente seductor que sus manos inexpertas lo desvistieran. Con los ojos cerrados deslizó besos por su frente, las sienes, la mandíbula, mientras su cuerpo se ponía tenso y se endurecía con los movimientos vacilantes de sus dedos. Era la tortura más exquisita.

Serena le quitó la camisa y su mirada se paseó por su piel desnuda con la misma delicadeza que las yemas de sus dedos. Tenía la piel suave, pero los músculos que había debajo eran firmes. Sintió admiración mezclada con excitación. ¿Quién habría dicho que un hombre podría parecerle tan hermoso?

El sol calentaba su piel al caer sobre la pequeña franja de hierba que habían escogido. Los pájaros trinaban en los árboles a sus espaldas. En la orilla opuesta del lago, los ciervos se acercaban en silencio a beber.

Cuando Brigham le acarició el cuello con los labios, se sintió débil. Creía que sabía lo que vendría después, pero el placer era más intenso de lo que había soñado.

Brigham rodeó sus senos con manos firmes, arrancando de ella un gemido con el roce de la tela áspera de su justillo. En señal de sumisión, de aceptación, de exigencia, arqueó la espalda y dejó caer la cabeza hacia atrás. Sintió sus labios en su pecho, lamiendo, mordisqueando a través de la tela. El hormigueo se inició en su estómago y se extendió hasta que su cuerpo empezó a vibrar. Luego su

cuerpo se vació de todo pensamiento cuando Brigham le abrió del todo el justillo y tomó su piel.

Serena gimíó de sorpresa y placer, aferrándose a sus hombros para no perder el equilibrio. Se estremeció contra él, anhelando más. Cuando cayó de espaldas sobre la manta, se quedó sin defensas, abierta a cualquier orden que pudiera darle.

Brigham tuvo que contener la primera necesidad imperiosa de tomarla. Era como un cuchillo que se retorciera lentamente en su vientre. Serena lo rodeaba con sus brazos, y sus senos, pequeños y blancos, se estremecían con cada roce. Vio que tenía la mirada turbia, no de miedo ni de confusión, sino de las pasiones recién descubiertas. De haber querido poseerla en aquel momento, como su cuerpo le suplicaba, Serena se habría abierto para él.

—He soñado con esto, Serena —dijo en voz baja mientras inclinaba la cabeza para besarla otra vez—. He soñado con desnudarte de esta forma —la despojó del justillo. En aquellos momentos, solo Brigham y la brisa la acariciaban—. Con tocar lo que ningún hombre ha tocado —deslizó un dedo hacia arriba de su muslo y observó cómo sus labios temblaban con un placer inenarrable.

—Brigham, te deseo.

—Y me tendrás, mi amor —deslizó la lengua por la cresta de su seno, luego lo tomó lenta, casi dolorosamente, en su boca—. Pero antes, todavía hay más, mucho más.

Si Serena hubiese podido hablar otra vez, habría dicho que era imposible. Su cuerpo ya parecía saciado tras oleadas y oleadas de sensaciones. Pero entonces Brigham empezó a encender chispas por todo su cuerpo. El zumbido en sus oídos le impedía oír cómo pronunciaba su nombre una y otra vez. Pero Brigham la oía. Nada le había parecido nunca tan dulce. Serena se movía bajo su cuerpo, retorciéndose, agitándose, temblando mientras él encontraba y explotaba nuevos secretos. El sabor oscuro de la pasión llenó su boca, impulsándolo a buscar más, a dar más.

Serena quería suplicarle que parara... que nunca parara. Sus ojos se llenaban de lágrimas, no de pesar sino del dolor de una belleza tan grande que sabía que nunca podría describirla. Su fuerza menguaba y fluía, recorriéndola como un fuego incontrolado, derramándose como una cascada. Pero débil o fuerte, nunca había conocido un placer tan intenso.

Cuando Brigham volvió a besarla, saboreó la desesperación en sus labios. Queriendo aliviarlo, contestó con su corazón, acercándolo hacia ella.

Brigham se deslizó en su interior, conteniéndose con todas las fibras de su ser para tomarla con suavidad y no hundirse en ella por su propia satisfacción. El sudor se concentró en la base de su espalda. Los músculos de sus brazos temblaron mientras se sostenía sobre ella y observaba su rostro, como había soñado que lo haría, al penetrarla.

Serena exclamó, pero no de dolor. Tal vez fuera dolor, pero tan ahogado por el placer que no pudo sentirlo. Solo podía sentirlo a él mientras entraba en ella, se fundía con ella. Con los ojos abiertos, fijos en los suyos, se adaptó a su ritmo. Lento... gloriosa y deliciosamente lento. El momento en que se unieran sería saboreado como el mejor de los vinos añejos, la más pura de las promesas.

Brigham se inclinó para volver a tomar sus labios y frenó su suspiro. Podía sentir su pulso con la misma claridad con la que sentía sus manos deslizándose por su espalda. Cuando se hundió por completo en su interior, Serena se arqueó y el suspiro se convirtió en gemido. Entonces fue ella quien cambió el ritmo y él el que la siguió. Ya no importaba quién llevaba a quién, simplemente corrían juntos. El último pensamiento de Brigham cuando su placer estalló en el interior de Serena fue que

había encontrado su hogar.

Serena no sabía si podría moverse otra vez, o si querría hacerlo. Su piel se estaba enfriando después de que el ardor de la pasión diera paso al contento sereno. Estaban tumbados, entrelazados, sobre la manta, y las sombras se alargaban en torno a ellos. Brigham tenía el rostro enterrado en su pelo y la mano dulcemente apoyada sobre su pecho.

Serena no sabía cuánto tiempo había pasado. Sabía que el sol ya no estaba en lo alto pero había una sensación de eternidad a la que necesitaba aferrarse unos momentos más. Casi era posible, si mantenía los ojos cerrados y se negaba a pensar, creer que siempre sería así. Al calor trémulo de la tarde, en el silencio reinante, le costaba creer que la política y la guerra pudieran separarlos.

Amaba de una forma como nunca había creído amar, como no creía posible amar. Ojalá todo pudiera ser tan sencillo como una manta extendida junto al agua.

—Te amo, Rena.

Abrió los ojos y lo sorprendió mirándola.

—Sí, lo sé. Yo también te amo —deslizó los dedos por su rostro como para memorizarlo—. Ojalá pudiéramos seguir así.

—Volveremos a estar así. Pronto.

Serena se apartó para tomar su jostillo.

—No crees que vaya a volver —no era una pregunta, sino una afirmación. Recuperó su camisa y se preguntó cómo una sola mujer podía arrancar tantas emociones de su corazón.

Serena le tocó la mano. No se lamentaba de nada y necesitaba que lo comprendiera.

—Creo que si vuelves, lo harás por el príncipe. Está bien que lo hagas.

—Entiendo —empezó a vestirse metódicamente—. De modo que crees que olvidaré lo que ha pasado aquí entre nosotros cuando llegue a Londres.

—No —dejó de forcejear con sus botones y se acercó a él—. No, creo que siempre recordaremos lo que ha pasado aquí. Cuando sea muy anciana y empiece a brotar la primavera, pensaré en este día y en ti.

La furia sobrevino deprisa, instándolo a hundir los dedos en sus brazos.

—¿Crees que eso me basta? Si es así, o eres muy estúpida o estás loca.

—Es todo lo que puede ser... —empezó a decir, pero se tragó las palabras cuando Brigham la zarandó.

—Cuando vuelva a Escocia, vendré a buscarte. No te equivoques, Serena. Y cuando termine esta guerra, te llevaré conmigo.

—Si solo tuviera que pensar en mí, iría —se aferró a su chaqueta, deseando que la entendiera—. ¿No comprendes que moriría lentamente si avergonzara a mi familia?

—Voto a Dios, no comprendo por qué ser mi esposa podría avergonzar a tu familia.

—¿Tu esposa? —apenas pudo susurrar las palabras, luego saltó hacia atrás como si la hubiese abofeteado—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Por supuesto que quiero casarme contigo. ¿Qué pensabas...? —entonces Brigham comprendió con claridad qué creía Serena que le estaba pidiendo. Su enfado se concentró en su interior como un calor tenue en la boca del estómago—. ¿Eso pensabas que te pedía la última vez que estuvimos aquí?

¿Era esto en lo que tenías que pensar? —su carcajada fue breve y sin humor—. Tienes una opinión muy favorable de mí, Serena.

—Yo creía... —Serena sintió que le fallaban las rodillas; se acercó a su yegua y puso la mano sobre la silla—. Creía que los nombres tomaban amantes y...

—Y eso hacen —dijo con aspereza—. Y eso he hecho. Pero solo una mujer sin cerebro pensaría que te estaba ofreciendo otra cosa que no fuera mi apellido y mi corazón. ¿Crees que tengo por costumbre seducir a mujeres vírgenes para luego convertirlas en mis amantes?

—No sé cuáles son tus costumbres.

—Pues escúchame bien. Pretendo hacerte mi esposa.

—Pretendes. Tú pretendes —lo empujó—. Tal vez en Inglaterra puedas intimidar, pero aquí soy yo quien decido sobre mi vida. Y decido que no voy a casarme contigo.

—¿Me has mentido al decirme que me amabas? —le preguntó.

—No. No, pero... —Brigham la silenció con un beso posesivo.

—Entonces mientes cuando dices que no te casarás conmigo.

—No puedo —dijo con desesperación, y sus ojos se inundaron de lágrimas—. ¿Cómo voy a irme de aquí y acompañarte a Inglaterra? Aborrecería vivir en Londres cuando lo que me gusta es cabalgar por las laderas. Tú me has dicho en más de una ocasión que no soy una dama. Nunca lo seré. Sería una pésima esposa para el conde de Ashburn.

—Pésima o no, serás mi esposa. Ya le he pedido tu mano a Ian.

—No, no lo seré —se secó las mejillas con los nudillos.

—No tendrás elección, Rena, cuando le diga a tu padre que te he comprometido.

Serena dejó de llorar y la conmoción y luego la furia reemplazaron a las lágrimas.

—No te atreverás.

—Sí —dijo Brigham en tono lúgubre.

—Te matará.

Brigham se limitó a levantar una ceja. Sus ojos eran sombríos y cada vez más fríos. Los hombres con los que había luchado habrían reconocido aquella mirada.

—Creo que el padre no está tan ávido de sangre como la hija —antes de que Serena pudiera decir nada más, la levantó para colocarla sobre su silla—. Si te niegas a casarte conmigo porque me amas, entonces lo harás porque se te ordena.

—Preferiría casarme con un sapo de dos cabezas.

Brigham montó sobre su caballo, junto a ella.

—Pero te casarás conmigo, querida, sonrías o llores. Mi viaje a Londres te dará tiempo para reflexionar. Hablaré con tu padre y lo dispondré todo a mi regreso.

Después de lanzarle una mirada furibunda, Serena hincó los talones en los flancos de su yegua. Ojalá se rompiera el cuello en su viaje a Londres.

Pero cuando partió a la mañana siguiente, lloró hasta la desesperación sobre su almohada.

Capítulo 10

Había echado de menos Londres, su bullicio, sus calles, su olor. Había pasado la mayor parte de su vida allí o en la elegante mansión solariega de sus ancestros en el campo. Se movía fácilmente en la alta sociedad y no tenía problemas para encontrar compañía para una partida de cartas en uno de los clubes de moda o conversación interesante durante la cena. Las madres de hijas casaderas se aseguraban de incluir al acaudalado conde de Ashburn en su lista de invitados.

Llevaba seis semanas en la ciudad, y la primavera estaba en todo su apogeo. Su propio jardín, uno de los más llamativos de la ciudad, irradiaba con su césped abundante y sus flores de diversos colores. La lluvia casi incesante de primeros de abril había empezado a desplegar su magia y en aquellos momentos los días dorados y cálidos sacaban a las mujeres bonitas con sus vestidos de seda y sombreros de plumas a los parques y a las tiendas.

Realmente había echado de menos Londres. Era su hogar. Pero había tardado menos de seis semanas en descubrir que su corazón ya no estaba allí, sino en Escocia. No pasaba un día sin que pensara en el crudo invierno de las Highlands o en cómo Serena lo había suavizado con su presencia. Al contemplar las calles bulliciosas y los transeúntes con sus chaquetas de paseo y sombreros de última moda, se preguntaba cómo sería la primavera en Glenroe. Y si Serena se sentaba alguna vez junto al lago y pensaba en él.

Habría vuelto semanas antes, pero su trabajo para el Joven Pretendiente se había prolongado más de lo esperado y los resultados distaban de ser satisfactorios. Los jacobitas de Inglaterra eran cuantiosos en número, pero pocos demostraban disposición de levantar su espada por el príncipe. Siguiendo el consejo de lord George, Brigham había hablado con muchos grupos, resumiéndoles las posturas de los clanes y transmitiéndoles los mensajes que había recibido del propio Carlos. Había cabalgado hasta una ciudad tan lejana como Manchester, y había mantenido una reunión en un lugar tan próximo como su propio salón.

Ambas acciones eran igual de arriesgadas, y para Brigham empezaba a resultar peligroso permanecer en Londres. El gobierno tenía por costumbre desenmascarar a los rebeldes y tratarlos con desagradable eficiencia. De momento, el nombre de Brigham había permanecido libre de toda sospecha, pero sabía que los rumores volaban con los detalles de un nuevo levantamiento jacobita.

Horas más tarde, mientras Brigham se preparaba para pasar una velada tranquila en su club, su mayordomo de rostro sobrio lo interceptó.

—¿Sí, Beeton?

—Disculpe, milord —Beeton era tan anciano que casi se podía oír cómo le crujían los huesos al inclinarse—. El conde de Whitesmouth solicita hablar con usted. Parece un asunto de cierta urgencia.

—Entonces, acompáñalo hasta aquí —Brigham hizo una mueca mientras Parkins danzaba a su alrededor, buscando algún rastro de pelusa en su chaqueta—. Déjalo ya, hombre. Vas a ponerte de los nervios.

—Solo deseo que milord se presente en toda su elegancia.

—Algunas mujeres te dirían que para eso tendría que desnudarme —cuando Parkins permaneció impasible, Brigham se limitó a suspirar—. Eres una persona especialmente seria, Parkins. Dios sabe por qué te tengo a mi servicio.

—Brig —el conde de Whitesmouth, un hombre menudo de rostro liso apenas unos años mayor

que Brigham, entró en la habitación, pero se paró en seco al ver al ayuda de cámara. Su aspecto indicaba que estaba muy alterado.

—Puedes retirarte, Parkins —como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, Brigham se acercó a la mesa que estaba junto al fuego y llenó dos copas de vino. Esperó hasta oír cómo se cerraba la puerta adyacente—. ¿Qué ocurre, Johnny?

—Tenemos problemas, Brig —aceptó la copa y vació el contenido de un solo trago.

—Eso ya lo suponía. ¿De qué clase?

Más sereno después de la bebida, Whitesmouth continuó.

—Ese cabeza de chorlito de Miltway se emborrachó con su amante esta tarde y abrió la boca con demasiada ligereza para nuestra tranquilidad.

Después de inspirar profundamente, Brigham tomó un sorbo de vino y le señaló una silla.

—¿Dio algún nombre?

—No estamos seguros, pero parece probable que se le escaparan algunos. El tuyo el más evidente.

—Y su amante... ¿Es esa bailarina pelirroja?

—Sí, el pelo de la cabeza es rojo —declaró Whitesmouth con crudeza—. Es una mujer astuta, Brigham, un poco mayor y más experta que un mozalbete como Miltway. El problema es que ese idiota tiene más dinero que cerebro.

Los enlaces románticos de Miltway eran lo que menos le preocupaba a Brigham.

—¿Mantendrá la boca cerrada por un precio?

—Demasiado tarde. Por eso he venido. Ya ha filtrado alguna información, al menos la suficiente para arrestar a Miltway.

Brigham maldijo con fiereza.

—Mocoso estúpido.

—Hay muchas probabilidades de que te interroguen, Brigham. Si encuentran algo que te incrimine...

—No soy tan joven —lo interrumpió Brigham mientras su mente discurría con celeridad—. Ni tan tonto —hizo una pausa, queriendo cerciorarse de que su decisión era lógica y no impulsiva—. ¿Y tú, Johnny? ¿Podrás cubrirte?

—Tengo asuntos urgentes que atender en mi condado —sonrió—. De hecho, hace varias horas que estoy de viaje.

—Carlos reinará con acierto con hombres como tú.

Whitesmouth se sirvió una segunda copa y la levantó hacia su amigo.

—¿Y tú?

—Me marcho a Escocia. Esta noche.

—Si huyes ahora te descubrirás, Brig. ¿Estás dispuesto?

—Estoy cansado de fingir. Respaldo al Joven Pretendiente.

—Entonces te deseo un feliz viaje y espero recibir noticias tuyas.

—Si Dios quiere, te las enviaré pronto —volvió a tomar sus guantes—. Sé que has corrido un riesgo al venir a decírmelo cuando podrías estar ya de camino. No lo olvidaré.

—Yo también soy fiel a Carlos —le recordó Whitesmouth—. Confío en que no te entretengas demasiado.

—Solo lo suficiente. ¿Le has comentado a alguien más la indiscreción de Miltway?

—Pensé que era mejor contártelo a ti directamente.

Brigham asintió.

—Pasaré algunas horas en el club, como había planeado, y me cercioraré de que se corre la voz. Será mejor que salgas de Londres antes de que alguien se percate de que en realidad no estás camino de tu condado.

—Ya me voy —Whitesmouth tomó su sombrero—. Una advertencia, Brig. El hijo del elector, Cumberland. No lo tomes a la ligera. Es cierto que es joven, pero sus ojos son fríos y su ambición intensa.

En el club había muchos rostros familiares. Se jugaban partidas, se vaciaban botellas. Lo saludaron animosamente y lo invitaron a sumarse a las partidas de cartas o de dados. Excusándose, se acercó al fuego para compartir una botella de borgoña con el vizconde de Leighton.

—¿No tienes prisa por probar tu suerte esta noche, Ashburn?

—A las cartas, no —a sus espaldas, alguien protestó amargamente por el resultado de una jugada—. Hace una noche agradable —dijo Brigham en voz tenue—. Apropiada para viajar.

Leighton tomó un sorbo de vino y, aunque miró a los ojos a Brigham, no reveló nada.

—Y tanto. Siempre hablan de tormentas en el norte.

—Tengo la impresión de que se avecina una —la partida de dados se volvió más ruidosa. Brigham aprovechó la oportunidad para inclinarse hacia delante y verter más vino en las copas—. Miltway confió sus inclinaciones políticas a su amante y lo han arrestado.

Leighton masculló algo nada halagador sobre Miltway y se recostó en su asiento.

—¿Ha abierto mucho la boca?

—No estoy seguro, pero habría que poner en guardia a unos cuantos.

Leighton jugó con el diamante prendido a su chorrera. Sentía debilidad por aquellos caprichos, y a menudo lo tomaban por un hombre vano. Como Brigham, había tomado su decisión de respaldar al Joven Pretendiente fríamente y sin reservas.

—Dalo por hecho, amigo mío. ¿Deseas compañía en tu viaje?

Brigham se sintió tentado. El vizconde de Leighton, con sus chalecos de color rosa y manos perfumadas, podía parecer un dandi acicalado, pero Brigham sabía que, como compañero de lucha, era inmejorable.

—De momento, no.

—Entonces, brindemos por el buen tiempo —Leighton levantó su copa y luego lanzó una mirada de leve disgusto por encima del hombro de Brigham—. Creo que deberíamos frecuentar otro club, mi querido Ashburn. Este establecimiento ha empezado a abrir sus puertas a cualquiera.

Brigham miró distraídamente hacia la mesa de los dados. Reconoció al hombre que tenía la banca, y a la mayoría de los participantes. Pero había un hombre delgado apoyado sobre la mesa con expresión malhumorada. No estaba aceptando las pérdidas de una forma socialmente aceptable.

—No lo conozco.

—Yo he tenido ese dudoso placer —Leighton sacó una caja de rapé—. Un oficial. Su uniforme debería hacer suspirar a las damas, pero tengo entendido que ya no goza de su favor.

Con una carcajada, Brigham se dispuso a marcharse.

—Tal vez tenga algo que ver con su falta de modales.

—Tal vez tenga algo que ver con cómo trató a Alice Beesley cuando tuvo la desgracia de ser su amante.

Brigham arqueó una ceja, pero solo sentía una vaga curiosidad. La partida cada vez era más ruidosa, la hora más tardía, y todavía necesitaba que Parkins le preparara la maleta.

—La encantadora señora Beesley es un poco atolondrada, pero por lo que tengo entendido, bastante complaciente.

—Al parecer, Standish pensó que no era lo bastante complaciente y la azotó con una fusta.

La mirada de Brigham reflejó desagrado al volver de nuevo la cabeza.

—Hay algo especialmente detestable en un hombre que... —se quedó callado y agarró con fuerza la copa—. ¿Has dicho Standish?

—Sí. Un coronel, según tengo entendido. Se ganó una reputación deplorable durante el escándalo Porteous del año treinta y cinco —Leighton se sacudió un rastro de rapé de la manga—. Al parecer disfrutó arrasando y quemando y saqueando. Por eso lo ascendieron.

—Entonces en el treinta y cinco habría sido capitán.

—Posiblemente —el interés brilló en los ojos de Leighton—. ¿Entonces, lo conoces?

—Sí —Brigham recordaba vívidamente el relato de Coll sobre el capitán Standish y la violación de su madre, las casas quemadas, los cultivadores huyendo en desbandada. Y Serena. Se puso en pie y, aunque su mirada era fría, su voz no reflejó su ira—. Creo que deberíamos conocerlo mejor. Al final sí que me apetece jugar, Leighton.

—Se hace tarde, Ashburn.

Brigham sonrió.

—Y tanto.

Nada fue más fácil que sumarse al juego. En menos de veinte minutos, Brigham había comprado la banca. Su suerte perduró y, bien por obra de la justicia o del destino, lo mismo le pasó a Standish con su mala racha. El coronel seguía perdiendo y, espoleado por el leve desdén de Brigham, elevaba las apuestas. A medianoche, solo quedaban tres personas en el juego. Brigham pidió que sirvieran más vino mientras se arrellanaba cómodamente en su silla. Había optado por beber lo mismo que Standish. No tenía intención de matar a un hombre con facultades más mermadas que las suyas.

—Parece que los dados no están a gusto esta noche en sus manos, coronel.

—O demasiado bien en las de otros.

Las palabras de Standish estaban impregnadas de alcohol y amargura. Era un hombre que necesitaba sumas de dinero más cuantiosas que su paga de soldado para respaldar su debilidad por el juego y su codicia por ocupar un puesto en sociedad. Aquella noche su amargura se originaba en un doble fracaso. La joven bien dotada, tanto física como económicamente, a la que se había declarado había rechazado su proposición de matrimonio. Standish estaba seguro de que la perra de Beesley había gimoteado a los cuatro vientos. Era una zorra, pensó mientras vaciaba su copa a grandes tragos. Un hombre tenía derecho a tratar a una zorra como más le agradara.

—Adelante —ordenó, y luego contó la jugada de Brigham. Levantando con ímpetu el cubilete, tiró los dados y se quedó corto.

—Lástima —Brigham sonrió y bebió.

—No me gusta que cambie la banca cuando el juego está tan avanzado. Da mala suerte.

—No ha tenido mucha durante toda la noche, coronel —Brigham seguía sonriendo, pero su mirada había disuadido a más de uno de continuar la partida—. Tal vez no le parezca patriótico que desplume a un dragón real, pero solo somos hombres, después de todo.

—¿Hemos venido a jugar o a hablar? —inquirió Standish, haciendo una seña con impaciencia para que le sirvieran más vino.

—En un club de caballeros —contestó Brigham, impregnando las palabras de desprecio—, hacemos las dos cosas. Pero claro, coronel, tal vez no esté acostumbrado a estar en tan distinguida compañía.

El tercer jugador decidió que la partida era un poco incómoda para su gusto y se retiró. Otros clientes se habían acercado a mirar y escuchar. Standish se sonrojó. No estaba seguro, pero creía que lo habían insultado.

—Paso la mayor parte del tiempo luchando por el rey, no perdiendo el tiempo en los clubes.

—Por supuesto —Brigham volvió a tirar y de nuevo ganó al coronel—. Eso explica por qué es usted un inepto en los juegos refinados de azar.

—Usted parece excesivamente hábil, milord. Los dados han rodado a su favor desde que se sentó a la mesa.

—¿Ah, sí? —Brigham arqueó una ceja hacia Leighton, que estaba bebiendo distraidamente de su copa—. ¿Es eso cierto?

—Sabe perfectamente que sí. A mí me parece que es algo más que suerte.

Brigham jugó con el encaje de su chorrera. Detrás de él, el club se sumió en un silencio incómodo. Alguien se inclinó para tirar a Brigham de la manga.

—Está borracho, Ashburn, no merece la pena.

Todavía sonriendo, Brigham se inclinó hacia delante.

—¿Es cierto que está borracho, Standish?

—No lo estoy —estaba más que borracho. Sentado a la mesa, notó todas las miradas puestas en él. Mirándolo fijamente, pensó. Petimetres y dandis con sus títulos y modales refinados. Lo consideraban inferior porque había dado una paliza a una furcia. Le gustaría darles una paliza a todos, pensó, vaciando su copa—. Estoy lo suficientemente sobrio como para saber que unos dados no favorecen siempre al mismo hombre a no ser que estén trucados.

Brigham movió la mano con despreocupación, pero su mirada era afilada como el acero.

—Que rompan los dados.

Se oyó un murmullo de protestas, un ligero bullicio. Brigham lo ignoró y mantuvo los ojos fijos en los de Standish. Le agradaba sobremanera comprobar que el sudor empezaba a salpicar la frente del coronel.

—Milord, le suplico que no actúe impulsivamente. Esto no es necesario —el propietario había llevado el martillo, como se lo habían pedido, y permaneció de pie mirando alternativamente a Brigham y a Standish.

—Le aseguro que es más que necesario —cuando el propietario vaciló, Brigham le clavó su mirada afilada como un cuchillo—. Rómpalos.

Con mano vacilante, el hombre hizo lo que le ordenaba. Reinó de nuevo el silencio cuando el martillo hizo añicos los dados demostrando que estaban limpios. Standish se quedó mirando los

trozos sobre el tapete verde. Lo habían engañado, pensó. De alguna forma, aquellos bastardos lo habían engañado. Deseó su muerte, la de todos aquellos bastardos de cara pálida y voz suave.

—Parece haberse quedado sin vino, coronel —Brigham vació el contenido de su copa en el rostro de Standish.

El coronel se puso en pie de un respingo, y el vino se derramó por sus mejillas como sangre. La bebida y la humillación habían surtido efecto. Habría desenvainado la espada si los demás no lo hubiesen sujetado. Brigham no se movió de donde estaba repantigado en su silla.

—Se enfrentará conmigo, señor.

Brigham se examinó los puños para asegurarse de que no se habían manchado de vino.

—Por supuesto. Leighton, querido amigo, ¿serás mi testigo?

Leighton tomó una pizca de rapé.

—Cómo no.

Poco antes del amanecer estaban de pie en un prado a unos cuantos minutos a caballo de la ciudad. La niebla casi les llegaba a los tobillos y el cielo estaba púrpura y sin estrellas a su paso entre la noche y el día. Leighton exhaló un suspiro cansino mientras observaba cómo Brigham doblaba hacia atrás sus puños de ejército.

—Supongo que tienes tus razones, amigo.

—Las tengo.

Leighton frunció el ceño hacia el amanecer.

—Confío en que sean lo bastante buenas para retrasar tu viaje.

Brigham pensó en Serena, en sus ojos al hablar de la violación de su madre. Pensó en Fiona, con sus manos pequeñas y delgadas.

—Lo son.

—El hombre es un villano, desde luego —Leighton volvió a fruncir el ceño, en aquella ocasión por la humedad que el rocío había transferido a su bota—. Aun así, no me parece razón suficiente para estar en este prado mojado a esta hora. Pero si debes hacerlo, no hay más que hablar. ¿Piensas matarlo?

Brigham flexionó los dedos.

—Sí.

—Entonces, date prisa, Ashburn. Este asunto ha pospuesto mi desayuno.

Acto seguido se alejó para deliberar con el testigo de Standish, un joven oficial que estaba demasiado pálido de miedo y emoción ante la idea de un duelo. Las espadas se consideraron aceptables. Brigham tomó una, dejando que su mano se amoldara a la empuñadura, sopesándola como si pensara comprarla en lugar de hacer sangre.

Standish permaneció dispuesto, incluso ansioso. La espada era su arma. Ashburn no sería el primero al que habría matado con ella, ni el último. Aunque tal vez, pensó al recordar las miradas y los murmullos de la noche, fuera el más placentero. No tenía dudas de que rajaría al joven mojigato enseguida y volvería triunfante a su casa.

Se saludaron y se miraron a los ojos. Una espada rozó a la otra a modo de saludo. Luego el prado en calma reverberó con el estruendo metálico de acero contra acero.

Brigham midió a su oponente desde el primer quite. Standish no era un inepto con la espada, era obvio que estaba bien adiestrado y que se había mantenido en forma. Pero su estilo era un tanto agresivo. Brigham golpeó la hoja del coronel al tiempo que borraba a Serena de su mente. Prefería combatir sin emociones, lo cual constituía un arma tan afilada como su espada.

—No le falta destreza, coronel —dijo Brigham cuando se separaron para moverse en círculo—. Enhorabuena.

—Soy lo bastante diestro como para perforarle el corazón, Ashburn.

—Eso ya se verá —las hojas volvieron a rozarse, una, dos, tres veces—. Pero no creo que necesitara una espada cuando violó a lady MacGregor.

La perplejidad quebró la concentración de Standish, pero consiguió bloquear la estocada de Brigham antes de que la espada se clavara en su cuerpo. Su frente se ensombreció al comprender que lo habían llevado a aquel duelo como a un chucho con una correa.

—No se viola a una zorra —atacó, avivado por una furia incontenible—. ¿Quién es para usted esa perra escocesa?

—Morirás sin saberlo.

Continuaron luchando en silencio, Brigham tan frío como el hielo de Escocia, Standish encendido de rabia y confusión. Las hojas resbalaban y chocaban, rivalizando con las respiraciones entrecortadas de los espadachines. Standish actuó con atrevimiento, haciendo un amago para luego hincar la punta de la espada en el hombro de Brigham. Una mancha roja floreció en su camisa.

Una cabeza más fría habría aprovechado aquella ventaja, pero Standish solo vio sangre y con ella el olor de la victoria. Se abalanzó con fuerza, creyéndose a apenas momentos del triunfo. Brigham paró todos sus golpes, ganando tiempo mientras la sangre se derramaba por su brazo hasta caer a la hierba húmeda. Bajó una fracción la guardia, por un instante, dejando su pecho desnudo. La luz de la victoria brilló en los ojos de Standish al lanzarse hacia delante para abrirle el corazón.

Con un giro de muñeca, Brigham apartó la espada antes de que se hundiera en su cuerpo. Con una velocidad que hizo que la hoja pareciera un borrón, se movió y hundió la punta en el pecho del coronel. Standish murió antes de que Brigham pudiera recuperar el arma.

Junto al soldado de cara pálida, Leighton examinó el cuerpo.

—Bueno, lo has matado, Ashburn. Será mejor que te pongas en camino mientras yo me ocupo de esto.

—Gracias —Brigham le entregó a Leighton la espada, la empuñadura hacia él.

—¿Quieres que te vende la herida?

Con leve regocijo, Brigham desvió la mirada a su caballo. Junto a él, el estimable Parkins estaba montado en otro.

—Mi ayuda de cámara se encargará de hacerlo.

Serena se despertó justo antes del amanecer. Al instante, el dolor con el que había vivido desde la marcha de Brigham volvió a embargarla. Era su compañero durante todas las horas de vigilia.

Durante un tiempo había creído que volvería, como había prometido. Luego habían transcurrido las semanas y Serena había dejado de mirar hacia el camino al oír el ruido de caballos. Coll y Maggie llevaban casados más de una semana. Durante la ceremonia, Serena había permitido finalmente que su

esperanza se extinguiera. Si no había vuelto para la boda de Coll, ya no iba a volver.

Siempre lo había sabido, se recordó Serena mientras se lavaba y vestía. Cuando se había entregado a él a orillas del lago, lo supo y juró que no se lamentaría. Lo había sabido, se dijo mientras se recogía el pelo hacia atrás, y había recibido todo lo que podría haber deseado.

Excepto en que la tarde que había pasado en los brazos de Brigham no se había quedado encinta. Había albergado la esperanza, aunque sabía que era una locura, de llevar al hijo de Brigham en su seno.

No iba a ocurrir. Lo único que le quedaba eran los recuerdos.

Las tareas de la mañana ocuparon su mente y la ayudaron a no recordar. Trabajaba sola, o con las mujeres de su familia. Por ellas, y por su propio orgullo, se mantenía de buen ánimo. No habría llanto ni suspiros para Serena MacGregor. Siempre que se sentía tentada a caer en la depresión, se decía que había pasado una tarde dorada.

Faltaban pocas horas para el anochecer cuando salió a hurtadillas de la casa. Vestida con pantalones, esquivó a todos menos a Malcolm, a quien sobornó con un confite.

Cabalgó hacia el lago. La primavera reinaba en todo su esplendor. Las flores se mecían con la suave brisa, los árboles estaban tupidos de hojas verdes, la luz del sol se derramaba por las rendijas, creando bonitos dibujos sobre el camino. Unos ciervos jóvenes atravesaron el bosque.

Junto al lago la tierra era cálida y estaba cubierta de hierba mullida, aunque el agua seguiría helada durante semanas y en el verano se mantendría fría. Satisfecha del paseo a caballo, Serena se sentó en la loma de hierba para leer un poco, y soñar. Era soledad lo que quería, y serenidad lo que encontraba.

Ojalá Brigham pudiera ver aquel lugar tan especial en aquellos momentos, cuando el viento era suave y el agua tan azul que los ojos escocían solo de mirarlo. Apoyando la cabeza en el brazo cerró los ojos y soñó con él.

Fue como si una mariposa hubiera aterrizado en sus labios. Sonrió un poco, pensando qué dulce era, cómo la hacía sentir. Su cuerpo se estiró contra los dedos suaves de la brisa. Como las manos de un amante, pensó. Como las manos de Brigham. Su suspiro fue somnoliento pero vibrante. Sintió un hormigueo en los senos, y parecieron llenarse. Por todo su cuerpo, la sangre parecía correr hacia la superficie. Como respuesta, entreabrió los labios.

—Mírame, Serena. Mírame cuando te beso.

Ella obedeció automáticamente, con la mente todavía atrapada en el sueño, su cuerpo reaccionando a él. Aturdida, vio los ojos de Brigham justo antes de que atrapara sus labios en un beso que era demasiado urgente, demasiado intenso, para ser un sueño.

—Dios mío, cómo te he echado de menos —la apretó contra él—. Todos los días, lo juro, todas las horas.

¿Podía ser real? La cabeza le dio vueltas mientras lo rodeaba con fuerza con los brazos.

—¿Brigham? —se aferró a él por miedo a que se desvaneciera en cualquier momento—. ¿De verdad eres tú? Bésame otra vez —le pidió antes de que pudiera hablar—. Y otra, y otra.

Brigham obedeció, hundiendo las manos en su pelo, recorriendo su cuerpo hasta que los dos se estremecieron. La boca de Serena era ávida al fundirse con la suya. Cuando la había amado por primera vez se mostró frágil y un poco asustada, pero en aquellos momentos era toda pasión, toda necesidad. Sus dedos tiraban y apartaban sus prendas como si no soportara que hubiera nada entre ellos. Incapaz de resistirse, Brigham la despojó de las ropas de hombre y halló a su mujer.

Era como recordaba, pensó Serena. Y más, mucho más. Las manos y los labios de Brigham estaban por todas partes, torturándola, embriagándola de placer. La timidez que había sentido al entregarse a él la primera vez fue eclipsada por una necesidad tan grande, tan desesperada, que Serena lo tocó y saboreó lugares que le hicieron jadear de sorpresa y pasión. Se tumbó de espaldas, atrayéndolo sobre él, y se maravilló de su olor, el mismo que en su primer encuentro. Sudor, caballos, sangre. Se le subió a la cabeza, desatando urgencias primitivas, los deseos más intensos.

—¡Válgame Dios, Rena! —apenas podía hablar. Lo estaba llevando a lugares donde nunca había estado, cuya existencia desconocía. Ninguna mujer lo había enardecido de aquella forma, ni la cortesana francesa más experimentada, ni la flor británica más mundana. La sangre le martilleaba el cerebro. Había dolor, exquisito y aterrador. El control con el que vivía su vida, con el que levantaba una espada o disparaba un arma, se desvaneció como si nunca hubiera existido.

—Ahora, por piedad.

Se hundió en ella, hasta el fondo. Serena le clavó las uñas en la espalda y gritó, pero se estaba moviendo con él, elevando las caderas al encuentro de cada penetración. Con la cabeza hacia atrás, tomó aire con desesperación. En alguna parte de su cerebro supo que aquello era como morir. Luego no hubo pensamiento alguno. Aunque abrió de golpe los ojos, no vio nada salvo una luz blanca cuando su cuerpo se quedó rígido.

Los estremecimientos posteriores de placer sacudieron su cuerpo a pesar de que sus manos cayeron sin vida al suelo. Brigham estaba echado, cálido y sólido, sobre ella. Y estaba... estaba temblando, comprendió con una especie de asombro. No solo ella se había quedado débil y vulnerable, él también.

—Has vuelto —murmuró, y halló la fuerza para elevar la mano hacia su pelo.

—Dije que volvería —se movió para volverla a besar, pero con suavidad—. Te amo, Serena. Nada habría impedido que volviera a ti.

Serena le rodeó el rostro con las manos para estudiarlo. Lo decía en serio, comprendió. Ver la verdad solo le aportaba más inseguridad sobre lo que debía hacer.

—Llevas fuera tanto tiempo, y sin escribir nada.

—Si hubiera escrito habría puesto en peligro a muchas personas. Se acerca la tormenta, Rena.

—Sí, y tú... —se interrumpió al notar sangre en sus dedos—. Brig, estás herido —se incorporó y se alarmó al ver la venda manchada de su hombro—. ¿Qué ha pasado? ¿Te han atacado? ¡Los Campbell!

—No —tuvo que reír por el desprecio con que pronunció el nombre de su clan rival—. Un pequeño asunto en Londres previo a mi regreso. No es nada, Serena —tenía algunas flores prendidas en el pelo y sus cabellos eran lo único que cubrían sus senos. Parecía una bruja o una reina, o una diosa. Brigham supo que era todo lo que necesitaba. Tomó sus manos. La intensidad volvió a sus ojos, fiera, vibrante—. Háblame, Serena.

—Te amo, Brigham —elevó una mano a su mejilla—. Más de lo que puedo expresar.

—Y te casarás conmigo —cuando Serena bajó los ojos, Brigham estalló—. Maldita sea, mujer. Dices que me amas, casi me matas de pasión y luego te vuelves asustadiza cuando hablo de convertirte en mi esposa.

—Te he dicho que no puedo.

—Y yo que sí. Hablaré con tu padre.

—No —Serena levantó la cabeza al instante. Tratando de pensar, se retiró el pelo de la cara. ¿Cómo podían haber llegado tan lejos y estar de nuevo en el principio?—. Te suplico que no lo hagas.

—¿Qué elección me dejas? Te amo, Rena, y no tengo intención de vivir mi vida sin ti.

—Entonces, te pido tiempo —Serena lo miró y supo que tenía que resolver el conflicto entre su cabeza y su corazón—. Hay tantas cosas que hacer, Brigham. Todo está cambiando a nuestro alrededor. Cuando empiece la guerra te irás, y yo solo podré esperar. Dame tiempo. Danos tiempo a los dos para asumir lo que ha de ser.

—Te lo daré, Serena, pero solo porque al final no tendrás elección.

Capítulo 11

Serena tenía razón. En torno suyo estaban sucediendo cosas que moldearían, no solo el destino de dos amantes, sino el de toda Escocia.

Carlos seguía sin contar con el apoyo del rey Luis, pero decidió actuar. Brigham era tanto confidente como informador, y tuvo noticia del día en que Carlos, con el dinero de empeñar los rubíes de su madre, armó la fragata Doutelle y un barco de línea, el Elizabeth. Aprovechando el creciente apoyo en las Highlands, y en Inglaterra, Carlos Eduardo, el Joven Pretendiente, partió de Nantes a Escocia, rumbo a su futuro.

Ya se había adentrado el verano cuando tuvieron noticias de que el príncipe estaba de camino. El Elizabeth, con su carga de hombres y armas, tuvo que regresar a puerto por la persecución de los británicos, pero la Doutelle, con Carlos a bordo, siguió navegando hacia la costa escocesa, donde todo estaba a punto para recibirlo.

—Mi padre dice que no puedo ir —Malcolm, enfurruñado en los establos, miró a Brigham—. Dice que soy demasiado joven, pero no es cierto.

El chico acababa de cumplir once años, pensó Brigham, pero se refrenó con prudencia de mencionarlo.

—Coll va, y yo también.

—Lo sé —Malcolm fijó la vista en su bota sucia y pensó que era la mayor de las injusticias—. Como soy el más pequeño, me tratan como a un bebé.

—¿Confiaría tu padre su hogar y su familia a un bebé? —preguntó Brigham con suavidad—. Cuando parta con sus hombres, no quedará ningún MacGregor en la casa de los MacGregor excepto tú. ¿Quién protegerá a las mujeres si te unes a nosotros?

—Serena —dijo enseguida, fiel a la verdad.

—¿Dejarías sola a tu hermana para que protegiera el apellido y el honor de la familia?

El chico movió un hombro, pero reflexionó en ello.

—Serena tiene mejor puntería que yo con la pistola, y que Coll, en realidad, aunque a él no le agradaría reconocerlo —aquella noticia hizo que Brigham levantara las cejas—. Pero yo soy mejor con el arco.

—Te necesitará —bajó una mano al pelo revuelto de Malcolm—. Todos te necesitaremos. Contigo aquí, no tendremos que preocuparnos por que las mujeres estén a salvo —como todavía era lo bastante joven para saber cómo era ser un niño, Brigham se sentó en el montón de heno junto a Malcolm—. Créeme, Malcolm, un hombre nunca va fácilmente a la guerra, pero lo hace con el corazón más tranquilo si sabe que sus mujeres están protegidas.

—No permitiré que les hagan daño —distráidamente, Malcolm se llevó la mano a la daga que llevaba a la cintura. Por un momento, Brigham pensó que parecía demasiado hombre.

—Lo sé, y tu padre también. Si Glenroe deja de ser un lugar seguro, las llevarás a las montañas.

—Sí —la idea hizo que Malcolm se animara un poco—. Me encargaré de que tengan comida y cobijo. Sobre todo Maggie.

—¿Por qué Maggie sobre todo?

—Por el bebé —los dedos se apartaron de su daga—. Va a tener uno, ¿sabes?

Por un momento, Brigham se quedó pasmado. Luego, con una carcajada, movió la cabeza.

—No, no lo sabía, ¿y tú?

—Se lo oí decir a la señora Drummond. Dijo que Maggie no estaba segura, pero la señora Drummond sí, y que habría un recién nacido la próxima primavera.

—¿Te mantienes alerta, eh, hijo? —Malcolm asintió—. Ahora, si sigues pensando en dar un paseo, será mejor que nos pongamos en marcha.

Siempre dispuesto a montar a caballo, Malcolm se puso en pie al instante.

—¿Sabías que Parkins está cortejando a la señora Drummond?

—Válgame Dios —Brigham se paró en seco mientras sacaba a su caballo del establo. ¿Parkins cortejando a la señora Drummond? No podía haber una pareja más dispar. Pero se sorprendió pensando en él y en Serena y suspiró. Luego se volvió al chico—. Alguien debería taponarte esos oídos —Malcolm se limitó a reír, y Brigham, incapaz de hacer otra cosa, le puso la mano en el hombro—. ¿Es eso cierto?

—Ayer le traje flores.

—Dios todopoderoso.

Desde la ventana del salón que debía estar limpiando, Serena contempló cómo se alejaban a caballo. Qué apuesto estaba Brigham, tan alto, tan derecho. Se apoyó en el alféizar para poder verlo hasta que desapareciera en la lejanía.

Brigham no iba a darle mucho más tiempo. Aquellas habían sido sus palabras el último día que habían robado una hora juntos a la orilla del lago. Quería convertirla en su esposa, en lady Ashburn de Ashburn Manor, lady Ashburn de la alta sociedad londinense. La idea le resultaba aterradora.

Bajó la vista y contempló su vestido de color azul claro tejido a mano y el delantal polvoriento que lo cubría. Estaba descalza, una costumbre que hacía suspirar a Fiona. Lady Ashburn nunca correría por los páramos o por el bosque con los pies desnudos. Seguramente, nunca correría.

¿Cómo iba a casarse con un hombre que se merecía a la más elegante de las mujeres? Incluso su madre había desistido de enseñarla a tocar la espineta. No podía hacer primores con la aguja, solo los puntos más básicos. Podía llevar una casa, por supuesto, pero sabía por Coll que la mansión de Brigham en Londres y en el campo no se parecía en nada a lo que ella estaba acostumbrada. Pero lo que más la asustaba era recordar el fracaso de su primer roce con la alta sociedad... los pocos meses que pasó en el colegio de monjas.

«No podemos cambiar lo que somos», pensó. Brigham no podía quedarse a vivir en las Highlands lo mismo que ella no podía ir a Inglaterra a vivir con él. Y sin embargo... había empezado a darse cuenta de que vivir sin él no sería vida en realidad.

—Serena.

Se volvió rápidamente y vio a su madre en el umbral.

—Ya casi he terminado —dijo, volviendo a agitar el trapo de polvo—. Me había quedado ensimismada. Fiona cerró las puertas a su espalda.

—Siéntate, Serena.

Fiona empleaba aquel tono tenue pero consternado raras veces. Normalmente significaba que estaba o preocupada o disgustada. Mientras tomaba asiento, Serena trató de recordar alguna infracción. Ciertamente había montado en pantalones con demasiada libertad, pero su madre solía pasarlo por alto. Se había rasgado la falda de su nuevo vestido gris, pero Gwen la había cosido y casi no se notaba.

—¿Te he contrariado en algo, madre?

—Estás taciturna— empezó a decir Fiona—. Al principio pensé que era porque Brigham se había ido y lo echabas de menos, pero hace varias semanas que ha vuelto y sigues igual, ¿Qué te preocupa? Serena metió sus pies desnudos bajo la falda, moviendo los dedos detrás del dobladillo.

—No es nada. Solo que pienso en lo que pasará cuando venga el príncipe.

Eso era cierto, pensó Fiona, pero no era todo.

—Antes confiabas en mí Serena.

—No sé qué decir.

Con suavidad, Fiona le cubrió la mano con la suya.

—Lo que haya en tu corazón.

—Lo amo —Serena se deslizó al suelo para apoyar la cabeza en el regazo de su madre—. Mamá, lo amo y me duele horrores.

—Lo sé, cariño —acarició el pelo de Serena y sintió la punzada en el corazón que solo una madre comprendía—. Amar a un hombre aporta dolor y felicidad.

—¿Por qué? —había pasión en los ojos y la voz de Serena al levantar su rostro—. ¿Por qué dolor?

—Porque una vez que abrimos el corazón, sentimos todo.

—No quería amarlo —murmuró Serena—. Ahora ya no tiene remedio.

—¿Y él te ama?

—Sí —cerró los ojos, reconfortada por el olor familiar a lavanda en los pliegues de la falda de su madre—. No creo que él quisiera, tampoco.

—¿Sabes que le ha pedido tu mano a tu padre?

—Sí.

—¿Y que tu padre, después de mucho cavilar, le ha dado su consentimiento?

Aquello no lo sabía. Serena levantó la cabeza y sus mejillas palidieron.

—Pero no puedo casarme con él. ¿Es que no lo ves? No puedo.

Frunciendo el ceño, Fiona tomó el rostro de Serena en sus manos. ¿Cuál era el origen de aquel miedo tan claramente plasmado en el semblante de su hija?

—No, no lo veo, Rena. Sabes bien que tu padre nunca te obligaría a casarte con un hombre al que no quisieras. ¿Pero no acabas de decirme que amas a Brigham y que él te corresponde?

—Mamá, lo amo tanto, pero no quiero ser lady Ashburn.

Fiona parpadeó, sorprendida por la vehemencia de las palabras de su hija.

—¿Porque es inglés?

—Sí... No. Porque no quiero ser una condesa.

—Es una buena familia. De buen linaje.

—Es el título, mamá. Hasta el mero nombre me asusta. Lady Ashburn viviría en Inglaterra, lujosamente. Sabría cómo vestirse a la moda, cómo comportarse con dignidad, cómo servir deliciosas cenas y reír ante las gracias más ingeniosas.

—Bueno. Nunca creí que vería el día en que la gata salvaje de Ian MacGregor se refugiara en un rincón y gemiría.

Las mejillas de Serena se tiñeron de rubor.

—Tengo miedo, lo reconozco —se puso en pie, entrelazando con fuerza los dedos—. Pero no

solo por mí. Iría, lo intentaría, y estaría resuelta a ser la clase de esposa que Brigham necesita, la mejor lady Ashburn que hubiese conocido Ashburn Manor. Y lo odiaría. No poder ser libre, no tener nunca momento ni espacio para respirar —hizo una pausa, deseando poder escoger las palabras para que Fiona comprendiera—. Prefiero perderlo a avergonzarlo.

Fiona permaneció en silencio durante un largo momento. Su hija se había convertido en una mujer, con la mente, el corazón y los miedos de una mujer.

—Puedo asegurarte que no harás ni una cosa ni la otra —dijo, levantándose cansinamente del sillón—. Pero eso debes averiguarlo tú misma —en aquella ocasión fue Fiona la que entrelazó las manos con fuerza—. También he venido a decirte otra cosa. Ha habido chismorreos en la cocina —esbozó una sonrisa al ver la expresión de Serena—. Sí, Parkins y la señora Drummond. Los oí por casualidad mientras trabajaba en el jardín.

—¿Sí, madre? —consiguió decir Serena, casi incapaz de contener una risita. La idea de que su madre espíara al ayuda de cámara y a la cocinera era casi absurda.

—Al parecer, el día en que inició su viaje de regreso, Brigham se batió en duelo con un oficial del ejército del gobierno. Un oficial llamado Standish.

Al oír aquello, todo rastro de humor se disipó del semblante de Serena.

—Brigham —recordó la herida en su hombro, de la que se había negado en redondo a hablar—. Standish —dijo en un susurro. Lo vio, como lo había visto casi diez años antes, levantando la mano contra su madre—. Santo Dios. ¿Cómo pasó? ¿Por qué?

—Solo sé que se batieron en duelo y que Standish ha muerto. Que Dios me ayude, pero me alegro. El hombre que amas ha vengado mi honor y nunca lo olvidaré.

—Ni yo —murmuró Serena.

Serena fue a verlo aquella noche. La hora era tardía y la casa estaba en silencio. Empujó su puerta y lo vio envuelto por la luz de la luna y de la vela mientras escribía una carta junto a la ventana. El aire que entraba era cálido y suave, de modo que se había quitado la camisa, que colgaba del respaldo de la silla.

Solo transcurrió un instante antes de que Brigham levantara la vista y la viera, solo un instante en que pudo observarlo y pasar desapercibida, pero la imagen se grabó en su memoria como un recuerdo igual de preciado que un beso.

La luz caía sobre su piel, y Serena pensó en las estatuas de mármol que Coll había descrito de su viaje a Italia. Estatuas de dioses y guerreros. Su pelo, grueso y moreno, estaba recogido en una coleta y un poco revuelto, como si se hubiese pasado la mano con intranquilidad. Tenía los ojos sombríos y reflejaban también una mezcla de concentración y preocupación.

El corazón empezó a agitarse en su pecho mientras permanecía de pie en el umbral. Aquél era el hombre al que amaba, un hombre de acción y lealtad. Un hombre intrépido y resuelto, arrogante y compasivo. Un hombre de honor.

Brigham levantó la vista y la vio. En los bosques ululó una lechuza. Dejó la pluma en la mesa y se puso en pie al tiempo que Serena cerraba la puerta a su espalda. El movimiento agitó el aire e hizo que la llama y su sombra vacilaran.

—¿Serena?

—Necesitaba verte a solas.

Brigham exhaló el aire con dificultad. Tuvo que contenerse para no acercarse a ella y abrazarla. Solo llevaba un camisón fino de hilo blanco, y el pelo caía en una masa de rizos salvajes sobre sus hombros y espalda.

—No deberías haber venido así.

—Lo sé —se humedeció los labios—. Intenté dormir, pero no pude. Mañana te irás.

—Sí —la intensidad de su mirada se suavizó, igual que su voz—. Mi amor, ¿tengo que volver a decirte que volveré?

Las lágrimas amenazaron con inundar sus ojos, pero Serena las contuvo. No lo dejaría con la imagen de una mujer débil y llorosa.

—No, pero yo he de decirte que te esperaré. Y me sentiré orgullosa de ser tu esposa cuando vuelvas por mí.

Por un momento no dijo nada, solo la miró, como si tratara de confirmar con su expresión que había oído bien. Estaba de pie, las manos entrelazadas, pero no con actitud dócil. Sus ojos tenían fuego y elevaba la barbilla en señal de desafío. Brigham salvó la distancia para tomar su mano.

—¿Te lo ha ordenado tu padre?

—No, la decisión es mía, solo mía.

Era la respuesta que quería, la que había esperado. Con suavidad le acarició los nudillos con los labios.

—Te haré feliz, Rena. Por mi honor.

—Seré la esposa que necesitas —de algún modo, pensó para sí—. Lo juro.

Brigham le dio un beso en la frente.

—Ya eres la esposa que necesito, mi amor. Y la mujer —dando un paso atrás, se quitó la esmeralda del dedo—. Este anillo lleva más de cien años en la mano de un Langston. Te pido que lo conserves hasta mi regreso —se lo puso en el dedo. Serena cerró automáticamente la mano para retenerlo—. Te daré otro anillo en cuanto Dios lo permita, y mi nombre, también.

—Brigham, por favor, ten cuidado —se arrojó a sus brazos—. Si te perdiera ahora, la vida no tendría sentido.

—¿Qué es esto? —con una pequeña carcajada, le acarició el pelo, pero era difícil ignorar la presión de su cuerpo apenas cubierto contra el suyo—. No me digas que te preocupas por mí, Rena.

—Lo diré —murmuró junto a su hombro—. Si permites que te maten, te odiaré para siempre.

—Entonces tendré mucho cuidado de seguir vivo. Ahora ve, antes de que hagas que me sienta demasiado vivo.

Serena profirió una débil carcajada.

—Me temo que ya lo he hecho, milord —se movió provocativamente para demostrar que no había secretos entre ellos. Solo tenía que ponerse de puntillas para unir su centro al suyo. Deseo contra deseo.

Brigham volvió a reír.

—Has florecido ante mis ojos, Rena. Bajo mis manos —la besó, con suavidad, aunque sus labios lo tentaban—. Me pregunto si hay un regalo más preciado que un hombre pueda dar a una mujer.

—Te daré otro esta noche —acercó su cabeza a la suya y lo besó con avidez. Serena sintió cómo el cuerpo de Brigham se ponía tenso—. Compartiré tu cama, Brig, tu amor y tu sueño. No —

murmuró sobre sus labios antes de que pudiera hablar—. No me digas por qué no debería ser, solo por qué debe serlo —deslizó las manos por su espalda para enredar los dedos en sus cabellos—. Ámame, Brigham. Ámame para que pueda vivir con ello durante los días vacíos que vendrán.

No podía negárselo. Serena se estremeció contra él, no de miedo ni dudas, sino de necesidad. Maldiciendo entre dientes, Brigham la levantó en brazos para llevarla hasta su lecho. Partiría al amanecer. Hasta entonces, podían concederse unas cuantas horas de perfección.

Y la amó, con ternura, con ardor, con contención y desesperación. Cada una de las emociones que habían compartido tomó parte de aquella noche interminable de amor. Había nuevas formas. Brigham la guio, deleitándose con la ansiedad con la que aprendía, la pasión con la que daba y recibía. Solo eran conscientes el uno del otro, del mundo que creaban sobre el suave colchón.

Serena se colocó sobre él, el pelo plateado por la luna, la piel brillante de humedad, la cara pálida por un agotamiento que todavía no sentía. Lo introdujo en su interior, arqueando la espalda mientras el placer la conducía al borde del delirio. Febril, movió las caderas con la rapidez de un rayo, gimiendo su nombre mientras los transportaba cada vez más y más alto. Finalmente, se dejó caer, jadeante, ligera, entre sus brazos.

—Me pregunto —dijo cuando se sintió con fuerzas para volver a hablar—, si siempre es así. Ahora entiendo por qué se puede matar por amor.

—Por amor —Brigham se movió para abrazarla mejor—, no siempre es así. Para mí solo lo ha sido contigo.

Volvió la cabeza para poder mirarle la cara. La luz de la luna ya casi había desaparecido en la hora previa al amanecer.

—¿De verdad?

Brigham se llevó su mano a los labios.

—De verdad.

Serena sonrió un poco, complacida, y se relajó junto a él. Después del amor, llegaba la hora de la verdad.

—Brigham, tengo que preguntarte una cosa.

—Lo que quieras.

—¿Por qué te batiste con el soldado inglés, el tal Standish?

Primero le sobrevino la sorpresa, luego comprendió que Parkins y la señora Drummond chismorreaban lo mismo que se cortejaban.

—Era una cuestión de honor... Me acusó de usar dados cargados.

Serena se quedó callada por un momento, luego se apoyó en el codo para observar su rostro.

—¿Por qué me mientes?

—No te miento. Perdió, siguió perdiendo, y decidió que se debía a algo más que a una mala racha.

—¿Quieres decirme que no sabías quién era? ¿Qué significaba... para mí?

—Sabía quién era —había tenido la esperanza de guardar el secreto. Como ya no era posible, decidió zanjar el asunto lo antes posible—. Se puede decir que lo incité a que me acusara para batirme en duelo con él.

—¿Por qué? —Serena lo miraba con intensidad.

—También era una cuestión de honor.

Serena cerró los ojos. Luego, tomando la mano con la que blandía su espada la besó, casi con

reverencia.

—Gracias.

—No tienes que dárme las por matar a ese canalla vicioso —le dijo, pero se puso tenso—. Lo sabías. ¿Por eso has venido a mí esta noche, por eso has accedido a ser mi esposa?

—Sí —cuando Brigham empezó a apartarse, lo retuvo con fuerza—. No, déjame decirlo todo. No he venido por gratitud, aunque estoy agradecida. Ni por obligación, aunque siempre estaré en deuda contigo.

—No lo maté para ganarme tu gratitud o tu favor —dijo Brigham con voz rígida—. Quiero que seas mi esposa, Serena, quiero tenerte, pero no porque creas que estás en deuda conmigo.

—Lo sé —se arrodilló junto a él y lo rodeó con los brazos, enterrando el rostro en su cuello—. ¿No te he dicho ya que he venido voluntariamente? ¿Lo dudas después de lo que hemos compartido? —rozó su piel con los labios y luego los deslizó buscando los suyos—. Cuando supe que te habías batido en duelo con él, que lo habías matado, sentí alegría, miedo, confusión. Esta noche, en mi cama, lo vi todo con claridad. No era tu lucha, mi amor, ni tu familia, ni tu madre, pero peleaste como si lo fueran. Standish podría haberte matado.

—Tienes una opinión muy pobre de mi habilidad con la espada.

Moviendo la cabeza, Serena se apartó un poco.

—Sangraste por mi familia, Brigham. Tu sangre estaba en mi mano, igual que la de mi madre aquella noche hace tantos años —la extendió, con la palma hacia fuera—. Lo recordaré hasta el día en que muera. Te amaba, Brigham, ya había aceptado que no amaría a nadie más. Pero esta noche me di cuenta de que habías honrado a mi familia como un hombre honra a la suya. Honraré a la tuya, si me dejas.

Brigham tomó su mano y le dio la vuelta, de modo que la esmeralda aparecía como una sombra sobre su dedo.

—Te dejo con mi corazón, Serena. Cuando regrese, también te daré mi apellido.

Serena abrió los brazos.

—Por esta noche, dame tu amor una vez más.

Capítulo 12

El príncipe Carlos puso su real pie en tierra escocesa a mitad del verano, pero no, como él y muchos otros habían esperado, con un recibimiento triunfante. Cuando se presentó en la isla de Eriskay, MacDonald de Boisdale le aconsejó que se fuera a su casa. Su respuesta fue áspera y reveladora.

—Ya estoy en casa.

Desde Eriskay, él y siete hombres que habían navegado en la Doutelle viajaron a tierra firme. Allí también los jacobitas estaban más preocupados que entusiasmados. El apoyo llegaba con lentitud, pero Carlos envió cartas a los jefes de las Highlands. Lochiel, jefe de los Cameron, era uno de ellos, y aunque se mostró reacio y apesadumbrado, también le brindó su apoyo.

Así ocurrió que el diecinueve de agosto del año 1745, en Glenfinnan, ante unos novecientos hombres leales, se elevó el estandarte de los Estuardo. El padre de Carlos fue proclamado Jaime VIII de Escocia y III de Inglaterra, y el joven príncipe, su regente.

La pequeña fuerza avanzó hacia el este, reuniendo apoyo a su paso. Los ánimos se elevaron, y los hombres se mostraron tan recios y dispuestos como su tierra. Solo había hecho falta, como Brigham siempre había imaginado, la energía y la personalidad del Joven Pretendiente para unirlos para la lucha. Cuando los hombres pensaban en las batallas venideras, no los preocupaba la mortalidad, sino la victoria, y la justicia que durante tanto tiempo les había sido negada. Veían al príncipe, con su sangre fresca de los Estuardo, como el pegamento que mantendría unidos a los clanes.

Brigham recibió noticias de que el gobierno había mandado un ejército hacia el norte, encabezado por el general Sir John Cope. Brigham transmitió el mensaje directamente al príncipe mientras levantaban campamento y se preparaban para la marcha del día. Observó cómo los labios llenos, casi de mujer, formaban una sonrisa del todo viril.

—Entonces, finalmente combatiremos.

—Eso parece, Alteza.

La mañana era cálida, y la luz suave y desleída de Escocia empezaba a cobrar fuerza. El campamento propagaba el aroma a caballos, soldados y humo. Las colinas agrestes se habían suavizado con una amplia manta de brezo. Un águila dorada, en busca de una caza temprana, planeaba sobre sus cabezas.

—Parece un buen día para luchar —murmuró Carlos mientras estudiaba el rostro de Brigham—. Preferirías que tuviéramos a lord George con nosotros.

—Lord George es un comandante de campaña excelente, Alteza.

—Y tanto. Pero tenemos a O'Sullivan —Charles hizo una seña hacia el soldado de fortuna irlandés que estaba organizando a los hombres para la jornada del día. Brigham tenía algunas dudas en ese respecto. No cuestionaba la lealtad del irlandés por el príncipe, pero creía que tenía más ímpetu que cautela—. Debo decir que estoy ansioso por entrar en batalla.

Carlos movió los dedos sobre la empuñadura de su espada mientras paseaba la vista a su alrededor. Sentía algo por aquella tierra, algo profundo y sincero. Cuando fuera rey, se encargaría de que Escocia y sus gentes fueran recompensadas.

—Ha sido un largo viaje, Brigham, lejos de la corte de Luis y todos esos rostros bonitos.

—Muy largo, Alteza —corroboró Brigham—. Pero ha merecido la pena.

—Debo decir que había lágrimas en algunos de esos rostros cuando te fuiste. ¿Te has tomado tiempo para romper corazones aquí también?

—Ahora solo hay un rostro, y un corazón que tendré sumo cuidado de no romper.

Los ojos oscuros del príncipe brillaron con regocijo.

—Vaya, vaya, parece que el apuesto lord Ashburn se ha enamorado de una muchacha de las Highlands. Dime, *mon ami*, ¿es tan bonita como la seductora Anne Marie?

Brigham sonrió con ironía.

—Alteza, le ruego que no haga comparaciones, sobre todo delante de la muchacha. Tiene mucho genio.

—¿Ah, sí? —con una carcajada de deleite, Carlos hizo una seña para que le acercaran su montura

—. Estoy ansioso por conocerla y ver qué mujer ha cautivado al hombre más perseguido de la corte francesa.

Las gaitas sonaron a lo largo del camino, pero las tropas de Cope no aparecieron por ninguna parte. Tuvieron noticias de que se había desviado hacia Inverness. La carretera a Edimburgo estaba abierta a los rebeldes. Con tres mil hombres, tomaron Perth después de una batalla breve pero intensa. Victoriosos, continuaron su marcha al sur.

La lucha pareció encender los ánimos de los rebeldes. Por fin había hechos y no palabras, victorias y no planes. Con espadas y gaitas, escudos y hachas, eran como un torbellino. Los supervivientes propagaban historias sobre su destreza infernal y osadía, que eran en sí mismas también un arma.

Después de que lord George Murray se uniera a ellos en Perth, entraron en Edimburgo y la tomaron.

En la ciudad reinaba el pánico. Las noticias de la invasión habían precedido a las fuerzas del príncipe y corrían rumores sobre bárbaros, canibales y carniceros. La guardia de la ciudad había huido y, mientras la ciudad dormía, una partida de Cameron asaltó los puestos de centinela, cosa que les permitió ganar el control.

Bajo las órdenes del príncipe, no hubo saqueos ni pillajes. Los habitantes de Edimburgo fueron tratados con justicia y compasión, como correspondía a los súbditos de un verdadero rey.

Solo había pasado un mes desde que se elevara el estandarte en Glenfinnan y Jaime fuera proclamado rey, cuando su hijo y regente se disponía a constituir una corte real en Holyrood House, el palacio donde había nacido su tatarabuelo.

El gentío se agolpó para ver cómo el príncipe cabalgaba sobre su rucio hacia Holyrood House. Gritos y vivas lo seguían, ya que el joven de gorra azul y traje escocés alegraba los corazones de sus súbditos. Tal vez todavía no fuera el príncipe de Inglaterra, pero era su príncipe.

—¿Por qué permanecemos cómodamente instalados en Edimburgo cuando deberíamos iniciar la campaña a Londres? —preguntó Coll al salir al patio de Holyrood con su gabán sobre los hombros para protegerse del frío del atardecer.

Por una vez, Brigham estaba igual de impaciente que Coll. Llevaban casi tres semanas en la corte recién fundada de Carlos. Se celebraban elegantes recepciones y consejos, pero el príncipe no había olvidado a sus hombres y dividía su tiempo entre Holyrood y el campamento en Duddingston. La

moral seguía alta, aunque había más de un hombre que se uniría a la opinión de Coll. Los bailes y las recepciones podían esperar.

—Con la victoria en Prestonpans hemos reunido aún más apoyo —Brigham se envolvió en la capa, agradeciendo el aire húmedo del anochecer—. Dudo que esta situación se prolongue mucho más tiempo.

—Consejos —gruñó Coll—. Todos los días tenemos otro consejo. Si hay algún problema, amigo mío, es entre lord George y O'Sullivan. Si uno dice negro, el otro jurará por Dios que es blanco.

—Lo sé —era una cuestión que a Brigham lo inquietaba sobremanera—. Para serte sincero, Coll, O'Sullivan me preocupa. Prefiero un comandante más estable, que esté menos interesado en una derrota aislada y más en una victoria general.

—No tendremos ni una ni otra si seguimos aquí de brazos cruzados.

Brigham sonrió.

—Echas de menos las Highlands, Coll, y a tu esposa.

—Sí. Apenas han pasado dos meses desde que nos fuimos de Glenroe, pero estuvimos tan poco tiempo juntos. Con el bebé en camino, me preocupo —pero como no tenía deseos de apesadumbrarse, le dio una palmada a Brigham en el hombro—. Al menos, tú aquí puedes solazarte. Las mujeres son hermosas. Me sorprende que no hayas seducido a ninguna todavía. Yo diría que has roto una docena de corazones con tu indiferencia en estas últimas semanas.

—Podría decirse que tengo algo en mente —alguien, pensó Brigham. La única—. ¿Qué te parece si destapamos una botella y buscamos una partida de dados? —se volvió al ver que Coll asentía y juntos empezaron a cruzar el patio.

Brigham se percató de la mujer que apareció en la arcada en sombras, pero sus ojos se posaron en ella y siguieron sin interés. Solo había dado tres pasos cuando se paró, volviéndose lenta y deliberadamente para mirarla. La luz se estaba disipando con rapidez y solo pudo ver que era alta y esbelta. Llevaba un mantón escocés sobre la cabeza y los hombros. Tal vez fuera una criada, o una dama de la corte que había salido a tomar el aire. Se preguntó por qué una extraña le recordaba tan vivamente a su pastora de porcelana, la estatuilla que, guardada en un estuche junto con su cofre de oro, le había confiado a Parkins antes de su marcha.

Y aunque no podía ver su rostro, estaba seguro de que lo estaba mirando con la misma intensidad que él.

La punzada de atracción fue inesperada. Disgustado consigo mismo, Brigham se volvió y siguió andando. Inexplicablemente, se sintió impelido de nuevo a detenerse y a dar media vuelta. Allí seguía, de pie a la luz menguante, con las manos entrelazadas y la cabeza muy alta.

—¿Qué diablos te pasa? —Coll se paró y se volvió. Al divisar la figura en la arcada, sonrió—. Bueno, si se trata de eso. Supongo que ya no querrás jugar.

—No, yo... —Brigham se quedó sin voz al ver cómo la mujer elevaba las manos para descubrirse el rostro. Los últimos haces de luz iluminaron sus cabellos, que refulgieron como el ocaso—. ¿Serena?

La mujer dio un paso hacia él y entonces vio su rostro, sonriente. Las botas de Brigham resonaron en el patio al dirigirse hacia la arcada. Antes de que Serena pudiera decir su nombre, la levantó en brazos y dio vueltas y más vueltas.

—Así que de eso se trata —murmuró Coll mientras observaba cómo su amigo abrazaba a su hermana para darle un beso largo y ávido—. Hazme sitio —Coll arrebató a Serena de los brazos de

Brigham y la besó con fuerza. Luego la dejó en el suelo—. ¿Qué estás haciendo en Edimburgo? ¿Dónde está Maggie?

—Está aquí —sin aliento, Serena volvió a ceñirse al costado de Brigham—. Y madre, y Gwen y Malcolm, también —extendió el brazo para dar un tirón de hermana a la barba de Coll—. El príncipe nos ha invitado a venir a la corte. Llegamos hace casi una hora, pero no sabíamos dónde encontrarlos.

—¿Maggie está aquí? ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está? —con su impaciencia acostumbrada, Coll giró sobre sus talones y se alejó para averiguarlo por sí mismo.

—Brigham...

—No digas nada —le pasó la mano por el pelo, deleitándose con su suavidad, con su olor—. Mi hermosa Serena. Un hombre podría morir echándote de menos —dijo, y bajó la cabeza.

Permanecieron así, boca con boca, cuerpo contra cuerpo, mientras las sombras se alargaban. Las semanas de separación se disiparon. Con desasosiego, Brigham deslizó las manos por su espalda, por sus caderas, por su rostro, mientras sus labios, ardientes de deseo, la hacían gemir y ceñirse contra él.

—He pensado en ti todos los días, y rezado. Rezaba para que estuvieras a salvo. Y también para que no buscaras consuelo en otra mujer.

Brigham rio y besó sus cabellos.

—No te preguntaré por qué deseo rezaste con más fervor. Mi amor, no hay nadie más, es imposible. Esta noche hallaré más que consuelo en tus brazos.

Serena sonrió y acercó los labios a su mejilla.

—Me han asignado una habitación con Gwen. Sería tan indecoroso, milord, que vinieras a mi lecho como que yo vagara por los pasillos buscando el tuyo.

—Esta noche compartirás mi aposento como mi esposa.

Serena se quedó boquiabierta y escapó de sus brazos.

—Eso es imposible.

—Es muy posible —la corrigió—. Y así será.

Sin darle oportunidad de hablar, la arrastró con él por la arcada.

El príncipe estaba en sus aposentos, preparándose para la diversión de aquella noche. Aunque le sorprendió que Brigham pidiera audiencia a aquella hora tan tardía, no dudó en concedérsela.

—Alteza —Brigham se inclinó al entrar en el salón privado de Carlos.

—Buenas noches, Brigham. Señorita —saludó a Serena cuando ella hizo una reverencia. Mataría a Brigham, pensó Serena, por llevarla ante el príncipe sin ni siquiera poder quitarse el polvo del camino o pasarse el peine por el pelo—. Usted debe de ser la señorita MacGregor —Carlos besó la mano de Serena—. Ahora entiendo por qué lord Ashburn ya no se fija en las damas de la corte.

—Alteza. Ha sido muy amable al permitirme venir con mi familia.

—Debo mucho a los MacGregor. Respaldaron a mi padre, y ahora a mí. Tanta lealtad es de un valor inestimable. ¿Quiere sentarse? —la condujo él mismo hacia una silla.

Serena nunca había estado en una habitación tan suntuosa. El techo alto estaba festoneado con grecas y adornos de flores y frutas, y del centro pendía una lámpara de araña. Los murales de las paredes representaban victorias de los Estuardo en distintas batallas a lo largo de los siglos. El fuego crepitaba en la chimenea, a su lado.

—Alteza, querría pedirle un favor.

Carlos se sentó y le indicó a Brigham que hiciera lo mismo.

—Estoy seguro de que te debo más de uno.

—No hay deuda por la lealtad, Alteza.

La mirada de Carlos se suavizó. Serena comprendió entonces por qué lo amaban tanto sus súbditos. No por su buen porte y hermosura, sino por su corazón.

—No, pero puede haber gratitud. ¿Qué quieres pedirme?

—Querría casarme con la señorita MacGregor.

La sonrisa de Carlos se amplió.

—Ya lo había imaginado. Permitame que le diga, señorita MacGregor, que en París, lord Ashburn era muy generoso con las damas de la corte. En Holyrood House se ha mostrado decididamente egoísta.

Serena mantuvo las manos entrelazadas recatadamente en el regazo.

—Creo que lord Ashburn es un guerrero sabio, señor. Y ya tiene conocimiento del temperamento fiero y terrible de los MacGregor.

Claramente regocijado, Carlos rio.

—Entonces, os deseo todo lo mejor. Tal vez queráis casaros aquí, en la corte.

—Sí, señor, y esta noche —dijo Brigham.

Carlos elevó las cejas.

—¿Esta noche, Brigham? Tanta urgencia es... —hizo una pausa al volver a mirar a Serena. La luz del fuego jugaba de forma seductora con sus cabellos—... comprensible —decidió—. ¿Tienes el permiso de su padre?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Los dos sois católicos? —al ver que asentían zanjó la cuestión—. La abadía será el lugar oportuno. Está el problema de las amonestaciones, pero si un hombre no puede solucionar esos detalles, creo que no puede aspirar a ocupar un trono —se puso en pie, haciendo que tanto Serena como Brigham se levantaran—. Esta noche, seréis marido y mujer.

Pálida, sin saber si estaba soñando, Serena encontró a sus padres en su habitación.

—Serena —Fiona suspiró al ver que su hija todavía llevaba el traje de viaje—. Debes cambiarte. La corte del príncipe no es lugar para botas manchadas de barro y faldas polvorientas.

—Mamá, voy a casarme.

—Diablos, hija —Ian besó sus cabellos—. Somos conscientes de ello.

—Esta noche.

—¿Esta noche? —Fiona se levantó de la silla—. ¿Pero cómo...?

—Brigham pidió audiencia con el príncipe. Me llevó así —Serena desplegó sus faldas, consciente de que su madre comprendería cómo se sentía.

—Entiendo —murmuró Fiona.

—Y él, ellos... —miró alternativamente a sus padres—. Mamá.

—¿Es tu deseo casarte con él?

Serena vaciló, notando cómo emergían las viejas dudas. Instintivamente se llevó la mano al pecho. Colgada de una gruesa cadena bajo su corpiño estaba la esmeralda que Brigham le había dado.

—Sí —acertó a decir—. Pero todo ha ocurrido tan deprisa —Brigham volvería a dejarla, pensó. Partiría para la batalla en apenas unas semanas, tal vez días. Supo entonces que quería compartir su amor y su lecho hasta el último momento posible—. Sí —dijo en tono más fuerte—. Es lo que más

deseo en este mundo.

Fiona deslizó un brazo por los hombros de Serena.

—Entonces tenemos muchas cosas que hacer. Déjanos, Ian, por favor, y haz llamar a Maggie y a Gwen.

—¿Me estás echando, milady?

Fiona levantó una mano.

—Temo que sentirás un enorme desagrado por los preparativos femeninos que se llevarán a cabo en las próximas horas.

—Sí, me iré de buena gana —Ian hizo una pausa para abrazar a Serena—. Siempre has hecho que me sienta orgulloso de ti. Esta noche te entregaré a otro hombre, y tomarás su apellido, pero siempre serás una MacGregor —la besó—. Real es tu raza, Serena, y legítima.

Le dejaron el pelo suelto para que refulgiera como la luz de una vela por su espalda. El corpiño del vestido era ceñido y elevaba sus senos suavemente para lucir en su amplio escote un collar de perlas. Las mangas eran acampanadas y descendían hasta sus muñecas. Había un brillo de perlas en su falda, allí donde la tela sobresalía por encima del miriñaque y las enaguas. En la cintura llevaba una banda con adornos de rosas bordadas de color pálido. Con el corazón desbocado, Serena entró en la abadía.

Brigham la estaba esperando. A la luz oscilante de las lámparas y los candelabros, caminó hacia él. Siempre había creído que estaba muy elegante vestido de negro, pero nunca lo había visto tan apuesto. Los botones de plata centellearon, aportando vida al corte severo de la chaqueta que llevaba. Por primera vez desde que lo conocía, llevaba puesta una peluca.

El color blanco confería romanticismo a su rostro, contrastando de forma regia con sus ojos de color gris oscuro.

No vio al príncipe, ni los bancos llenos de aristócratas que habían acudido a presenciar la ceremonia. Solo vio a Brigham. Cuando sus manos entraron en contacto, dejó de temblar. Juntos, se volvieron hacia el ministro y se juraron fidelidad.

El reloj dio las doce de la noche.

El príncipe había decidido que una boda, por precipitada que fuera, merecía una celebración. Pocos minutos después de convertirse en lady Ashburn, Serena fue conducida a la galería de retratos del palacio, donde Carlos había celebrado su primer baile la noche en que tomara la ciudad.

En la habitación rectangular ya vibraba la música. Serena recibió besos y enhorabuenas de extraños, fue la envidia de las damas y el centro de atención de los caballeros. La cabeza le daba vueltas cuando le entregaron la primera copa de champán. Tomó un sorbo y sintió cómo las burbujas le abrasaban la lengua.

Haciendo uso de su privilegio, Carlos reclamó el primer baile.

—Esta encantadora, lady Ashburn.

«Lady Ashburn».

—Gracias, Alteza. ¿Cómo puedo darle las gracias por hacer realidad mi sueño?

—Su marido es muy preciado para mí, milady, como soldado y como amigo.

«Su marido».

—Cuente con su lealtad, señor, y con la mía.

Brigham la reclamó cuando la pieza terminó, ignorando las quejas de otros que habrían deseado bailar con la recién casada.

—¿Te diviertes, mi amor?

—Sí —era ridículo sentir timidez, pensó, pero se ruborizó al sonreírle. Parecía diferente con la peluca y las joyas. Nada parecido al hombre con quien había peleado cuerpo a cuerpo junto al río. Estaba tan elegante como el príncipe y lo sentía igual de extraño—. Es una hermosa habitación.

—¿Has visto los retratos? —preguntó, conduciéndola suavemente para mirarlos de cerca—. Son ochenta y nueve, y todos de reyes escoceses.

Serena conocía la historia de su país, pensó con irritación, pero intentó mostrar interés.

—Sí, claro, los mandó pintar el rey Carlos II, aunque nunca puso el pie en Holyrood House. De hecho, ni siquiera regresó a Escocia después de la Restauración.

—Debí imaginar que una mujer tan instruida como tú conocería su historia y su política —se inclinó junto a su oído—. ¿Qué sabes de estrategia militar?

—¿Estrategia militar?

—De modo que todavía puedo enseñarte algo —antes de que Serena pudiera replicar, la empujó bruscamente a través de un umbral. Solo tuvo tiempo de emitir un chillido ahogado antes de que Brigham la levantara en brazos y empezara a correr por el pasillo.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—Huyo —cuando la música dejó de oírse, aminoró el paso—. Me volví loco cuando pusiste el pie en la abadía. Déjalos que bailen y beban. Voy a llevar a mi esposa al lecho nupcial.

Subió una escalera sin molestarse en mirar a un criado que, con los ojos abiertos como platos, hizo una reverencia y se apartó. Con Serena todavía en los brazos, empujó la puerta de su habitación con el pie y la volvió a cerrar de igual modo al entrar. Sin detenerse en preámbulos, la dejó con cuidado sobre la cama. Luego la sorprendió arrodillándose junto a ella.

—No he tenido oportunidad de decirte lo resplandeciente que estabas de pie a mi lado a la luz de la abadía. Ni cómo, cuando te vi entrar, todos mis sueños se hicieron realidad.

—Yo pensé que parecías un príncipe —murmuró, luego se estremeció cuando Brigham deslizó los dedos por su empeine.

—Esta noche solo soy un hombre enamorado de su esposa —le rozó el tobillo con los labios e inspiró las fragancias seductoras de su perfume de baño—. Embrujado con tus encantos... —lentamente deslizó los labios por su pantorrilla— esclavizado por tu amor.

—Tenía miedo —extendió los brazos, abrazándolo con fuerza—. Desde que entré en la abadía —luego suspiró al sentir sus besos en el escote, humedeciendo y abrasando su piel.

—¿Todavía lo tienes? —con dedos firmes le soltó el vestido, luego observó cómo caía en silencio hasta su cintura.

—No. Dejé de tener miedo cuando me levantaste en brazos y corríste conmigo por los pasillos —sonrió, y con manos tan seguras como las suyas le desabrochó el chaleco—. Entonces supe que volvías a ser mi Brigham.

—Siempre soy tuyo, Rena.

Brigham se inclinó hacia ella y le demostró cuan ciertas eran sus palabras.

Capítulo 13

Era uno de noviembre cuando iniciaron la marcha a Londres. Carlos contaba con un ejército de ocho mil hombres, con trescientos caballos. Sabía que debía actuar con decisión y que la victoria o la derrota no tardaría en producirse. Como antes, decidió que la mejor estrategia era la más osada.

En su ruta hacia Lancaster, el ejército Estuardo, bajo las órdenes de lord George Murray, encontró escasa resistencia. Pero la celebración que hubiera tenido lugar allí se frustró ante el escaso número de jacobitas ingleses que se habían sumado a las fuerzas del príncipe.

Junto a una hoguera en una fría noche, Brigham estaba sentado con Whitesmouth, que había cabalgado desde Manchester para unirse a la causa. Los hombres se calentaban con whisky y se protegían del viento con sus gabanes.

—Deberíamos haber atacado las fuerzas de Wade —Whitesmouth bebió de su botellín—. Ahora han llamado a toda prisa al hijo del elector, Cumberland, y está avanzando a nuestro encuentro.

Brigham aceptó la botella pero se limitó a contemplar el fuego.

—El príncipe se enfrenta a la división de opiniones entre Murray y O'Sullivan. Cada decisión que se toma es tras horas de arduo debate. Si quieres que te diga la verdad, Johnny, perdimos nuestro empuje en Edimburgo. Tal vez no lo recuperemos.

—¿Pero seguirás a su lado?

—Tiene mi palabra.

Permanecieron otro momento en silencio, escuchando cómo el viento ululaba entre las colinas.

—Ya sabes que algunos escoceses están desertando, y regresan calladamente a sus cañadas.

—Sí.

Aquel mismo día, Ian y otros jefes se habían reunido para intentar retener a sus hombres. Brigham se preguntaba si alguno de ellos comprendía que las brillantes victorias de su ejército escaso y mal equipado se debían a que habían luchado con el corazón y no obedeciendo órdenes. En cuanto su corazón no estuviera en la batalla, perderían la causa.

Moviendo la cabeza, desvió los pensamientos a cuestiones más prácticas.

—Mañana llegamos a Derby. Si atacamos Londres rápida y exhaustivamente, tal vez todavía podamos ver al rey en el trono —tomó un sorbo del botellín justo cuando alguien empezó a arrancar unas notas lúgubres de una gaita—. Todavía tienen que vencernos. Por las noticias que traes, hay pánico en la ciudad y el elector se dispone a partir hacia Hanover.

—Ojalá se quedara allí —balbució Whitesmouth—. Dios mío, qué frío hace.

—En el norte el viento es igual de afilado y dulce que una hoja.

—Si la suerte está de nuestra parte, volverás a las Highlands a reunirte con tu esposa antes del nuevo año.

Brigham volvió a beber, pero en el fondo de su corazón sabía que necesitaría algo más que suerte.

En Derby, a solo doscientos kilómetros de Londres, Carlos celebró un consejo de guerra.

La nieve caía pesadamente en el exterior mientras los hombres se sentaban en torno a la mesa. Había un ambiente lúgubre en la estancia, tanto por la luz plomiza como por los semblantes de los hombres.

—Caballeros —Carlos desplegó sus finas manos ante él—. Requiero vuestro consejo. Es osadía lo que necesitamos, y unidad —sus ojos oscuros se posaron uno a uno en todos los presentes.

Murray estaba allí, y el hombre a quien Murray consideraba una espina clavada en el costado, O'Sullivan. Brigham observó, manteniéndose en silencio, mientras el príncipe seguía hablando—. Sabemos que tres tropas del gobierno amenazan con caer sobre nosotros, y la moral entre los hombres está decayendo. Un asalto rápido y rotundo a la capital, ahora que todavía recordamos nuestras victorias, sería lo más indicado.

—Alteza —Murray esperó hasta que recibió permiso para hablar—. El consejo que le ofrezco es cautela. Estamos mal equipados y nos superan en número. Si retrocedemos a las Highlands y aprovechamos el invierno para planear una nueva campaña en primavera, tal vez recuperemos a los hombres que ya hemos perdido y reunamos más armas y provisiones.

—Ese consejo es el consejo de la desesperación —dijo Carlos—. Si nos retiramos será nuestra ruina y destrucción.

—Si retrocedemos —corrigió Murray, y otros consejeros asintieron con él—. Nuestra rebelión es joven, pero no debe ser impulsiva.

Carlos escuchó, cerrando los ojos por un momento mientras uno tras otro de los hombres que lo respaldaban se hacían eco de la opinión de Murray. Prudencia, paciencia, cautela. Solo O'Sullivan predicó la batalla, recurriendo a los halagos y a promesas intrépidas en sus intentos por ganarse al príncipe.

De repente, Carlos se levantó de su silla, desperdigando los mapas y documentos desplegados ante él.

—¿Tú qué dices? —le preguntó a Brigham.

Brigham sabía que, desde una perspectiva militar, el consejo de Murray era sólido, pero recordó sus propios pensamientos mientras charlaba con Whitesmouth junto al fuego. Si retrocedían, perderían el impulso de la rebelión. Por una vez, tal vez la única, su opinión coincidió con la de O'Sullivan.

—Con todo respeto, Alteza, si la decisión fuera mía, mañana al amanecer iniciaría la campaña a Londres y aprovecharía el empuje que todavía tenemos.

—El corazón nos insta a luchar, Alteza —intervino uno de los consejeros—. Pero en la guerra, también hay que pensar con la cabeza. Si cabalgamos a Londres en nuestra situación actual, las pérdidas podrían ser incommensurables.

El debate continuó, pero mucho antes de que terminara, Brigham supo lo que pasaría. El príncipe, que carecía de resolución cuando se enfrentaba a la disensión entre sus consejeros, se vio obligado a escuchar las palabras de cautela de Murray. El seis de diciembre se tomó la decisión de retroceder a las Highlands.

El camino de regreso a Escocia era largo, y los hombres estaban desanimados. Era como Brigham había temido. Los hombres seguían hablando de una invasión al año siguiente, pero todos creían en el fondo que nunca volverían a iniciar una marcha hacia el sur.

Atravesaron la frontera escocesa y tomaron Glasgow aunque la ciudad era claramente hostil. Los hombres, frustrados y desilusionados, quizás hubieran caído en la tentación de saquear las casas, pero Lochiel los disuadió con su cabeza fría y compasión.

Volvieron a luchar al sur de Stirling, al atardecer púrpura de aquel día de invierno, escocés contra escocés y también contra inglés. De nuevo saborearon la victoria, pero con ella sobrevino el dolor: Ian MacGregor cayó bajo una espada enemiga.

Se debatió con la muerte durante la noche, pero a los expertos guerreros no hacía falta que les dijeran cuándo las heridas eran mortales. Brigham lo sabía, y permaneció sentado junto a Ian mientras el viento de la noche agitaba la lona de la tienda.

Pensó en Serena y en cómo había reído cuando su corpulento padre la había abrazado y dado vueltas con ella en el salón. Recordó cuando había cabalgado con Ian en el crudo invierno y había compartido con él una botella de Oporto junto al fuego. A las puertas de la muerte, MacGregor parecía haber perdido su fuerza y su tamaño y tenía el aspecto de un hombre anciano y frágil. Aun así, el pelo brillaba con intensidad a la luz pálida de la lámpara.

—Tu madre... —empezó a decir Ian, tomando la mano de Coll.

—Cuidaré de ella —eran hombres que se querían demasiado para fingir que habría un mañana.

—Sí —la respiración de Ian era como viento por una cascara vacía de trigo—. El bebé... lo único que lamento es no poder verlo.

—Llevará tu nombre —prometió Coll—. Conocerá al hombre que fue jefe de su clan.

Ian esbozó una sonrisa, aunque sus labios tenían un color ceniciento.

—Brigham.

—Aquí estoy, señor.

Como estaba perdiendo la vista, Ian se concentró en la voz.

—No domes a mi gata salvaje. Morirá si lo hicieras. Coll y tú cuidaréis de la pequeña Gwen y de Malcolm. Mantenédlos a salvo.

—Te doy mi palabra.

—Mi espada... —Ian hizo un esfuerzo por respirar—. Mi espada para Malcolm. Coll, tú ya tienes la tuya.

—La tendrá —Coll se inclinó sobre la mano de Ian—. Papá.

—Hicimos bien en luchar. No será en balde —abrió los ojos por última vez—. Nuestra raza es real, hijo —consiguió sonreír con fiereza—. Somos MacGregor aunque les duela.

Se ordenó a varios hombres que transportaran el cuerpo a Glenroe, pero Coll se negó a ir con ellos.

—Habría querido que me quedara con el príncipe —le dijo a Brigham mientras permanecían de pie bajo el aguanieve—. Que muriera aquí, de espaldas a Londres...

—La lucha no ha terminado, Coll.

Coll volvió la cabeza. Había dolor en sus ojos, y también furia intensa.

—No, voto a Dios que no.

Los hombres de los clanes se desalentaron a medida que se hacía evidente que la invasión de Inglaterra se estaba reduciendo a una maniobra defensiva. Las desertiones eran cada vez más frecuentes y se tomó la decisión de consolidar las fuerzas al norte de Escocia. Durante siete semanas aquel invierno, Carlos fijó su base en Inverness. La inactividad empezó a hacerse sentir, menguando el número de las tropas recién reunidas. Se produjeron batallas breves, esporádicas y a menudo amargas; durante aquellas semanas. Mientras tanto, Cumberland congregó a sus fuerzas. Parecía que el invierno nunca acabaría.

Estaba nevando cuando Serena se acercó a la tumba de su padre. El cuerpo había llegado un mes

antes, y todo Glenroe había llorado. Sus propias lágrimas se deslizaban libremente al añorar su presencia, el estruendo de su voz, la fuerza de su abrazo y la risa en sus ojos.

Serena quería gritar. Prefería la furia a las lágrimas, pero se había vaciado de todo odio. Solo sentía lástima, un dolor profundo e indeleble que estremecía su corazón como el bebé que llevaba se estremecía en su seno.

Era la impotencia, pensó, lo que debilitaba el cuerpo y volvía frágil el corazón. Ni el trabajo ni el mal genio ni el amor podían devolverle a su padre o borrar el dolor de los ojos de su madre. Los hombres luchaban y las mujeres lloraban.

—Te echo tanto de menos —murmuró—. Y tengo miedo. Ahora está el niño, ¿sabes? Tu nieto —se pasó la mano sobre la suave ondulación de su vientre—. No he podido hacer nada para salvarte, lo mismo que no puedo hacer nada para proteger a Brigham y a Coll. Ojalá... oh, papá, estoy esperando un bebé y una parte de mí todavía desea ser un hombre para poder empuñar una espada por ti —metió las manos en los bolsillos hasta que sus dedos se cerraron sobre el pañuelo que Brigham le había dado tantos meses atrás. Se lo llevó a la mejilla, como si fuera un talismán que le permitiera verlo con claridad—. ¿Está a salvo? Ni siquiera sabe que va a ser padre. Iría en su busca —notó cómo el bebé se removía—. Pero no puedo. No puedo protegerlo y luchar por él, pero puedo proteger y luchar por el niño.

—¿Rena?

Se volvió y vio a Malcolm de pie a corta distancia. La nieve caía en sábanas entre ellos, pero podía distinguir el temblor de sus labios y el brillo de lágrimas en sus ojos. Sin decir palabra, abrió los brazos.

Mientras Malcolm lloraba, lo abrazó, hallando consuelo en consolarlo. Había sido tan valiente, recordó, agarrando a su madre del brazo, tan erguido, mientras el párroco decía las últimas palabras sobre la tumba de su padre. Aquel día había sido un hombre. En aquellos momentos, era un niño.

—Odio a los ingleses —dijo con voz ahogada contra su chal.

—Lo sé. Madre diría que no es cristiano, pero a veces pienso que hay un momento para odiar lo mismo que hay un momento para amar. Y hay un momento, cariño, para olvidar.

—Fue un fiero guerrero.

—Sí —Serena sonrió mientras lo apartaba para estudiar su rostro surcado de lágrimas—. ¿No crees, Malcolm, que un fiero guerrero preferiría morir luchando por lo que cree?

—Se han retirado —dijo Malcolm con amargura, y a Serena le pareció ver a Coll en sus ojos.

—Sí —la carta que había recibido de Brigham explicaba la maniobra, su descontento y la creciente disensión en las filas—. No entiendo las estrategias de los generales, Malcolm, pero sé que tanto si el príncipe vence como si es derrotado, nada volverá a ser lo mismo.

—Quiero ir a Inverness y unirme a ellos.

—Malcolm...

—Tengo la espada de nuestro padre —la interrumpió, sus ojos nublados por la pasión—. Puedo usarla. La usaré para vengarlo y defender al príncipe. No soy un niño.

Serena volvió a mirarlo. El niño que había corrido llorando a sus brazos era nuevamente un hombre. Su cabeza le rozaba el hombro y se erguía con la espalda recta, la mandíbula apretada y la mano en torno a la empuñadura de la espada. Podía ir, comprendió Serena con un estremecimiento de pánico.

—No, no eres un niño y creo que podrías blandir la espada de nuestro padre como un hombre. No te detendré si tu corazón te impulsa a ir, pero te pediría que pensaras en nuestra madre, en Gwen y en Maggie.

—Tú puedes cuidar de ellos.

—Sí, lo intentaría, pero cada día que pasa el niño que llevo en mi seno crece todavía más —Serena tomó su mano. La notó rígida y fría y sorprendentemente fuerte—. Y tengo miedo. No puedo decirselo a mamá, ni a los demás, pero tengo miedo. Cuando mi vientre abulte lo mismo que el de Maggie, ¿cómo podré protegerlos si aparecen los ingleses? No te pido que no luches, Malcolm, ni te digo que seas un niño. Pero sí te pido que seas un hombre y luches aquí.

Indeciso, Malcolm se volvió para contemplar la tumba de su padre. La nieve la cubría como una suave manta blanca.

—Padre habría querido que me quedara.

El alivio la embargó, pero se limitó a tocarle el hombro.

—Sí. No es una deshonra quedarse atrás, no cuando es lo correcto.

—Cuesta.

—Lo sé. Créeme, Malcolm, lo sé. Pero hay cosas que podemos hacer —murmuró, pensando en voz alta—. Cuando pare de nevar. Si las tropas del príncipe están en Inverness, tan cerca de aquí, los ingleses no andarán muy lejos. No podemos luchar en Glenroe, somos demasiado pocos, y casi todos mujeres y niños.

—¿Crees que los ingleses vendrán hasta aquí? —preguntó, medio ansioso medio aterrorizado.

—Empiezo a creerlo. ¿No recibimos noticias de que habían entablado una batalla en Moy Hall?

—Pero los ingleses fueron derrotados —le recordó Malcolm.

—Aun así, está demasiado cerca. Si no podemos defendernos, al menos podemos protegernos. Buscaremos un lugar en las montañas y lo acondicionaremos. Llevaremos comida, provisiones, mantas, armas. Haremos planes, Malcolm, como los guerreros.

—Conozco un lugar, una cueva.

—Mañana mismo me llevarás hasta allí.

Capítulo 14

Con el viento frío de abril, los tambores repicaban y sonaban las gaitas. En Inverness, el ejército se preparaba para la batalla. Apenas a veinte kilómetros de distancia, Cumberland había fijado su campamento.

—No me gusta el terreno —una vez más, Murray hablaba como consejero de Carlos, pero la brecha que había creado entre ellos la retirada no se había cerrado del todo—. El páramo de Drumossie es adecuado para las tácticas del ejército inglés, pero no para el nuestro. Alteza... —tal vez porque sabía que Carlos todavía debía perdonarle por su anterior desliz, Murray escogió las palabras con cautela—. Es como si ese páramo amplio y desnudo estuviera diseñado para las maniobras de la infantería de Cumberland, y os digo que no podría haber un campo de batalla peor para los escoceses de las Highlands.

—¿Volvemos a retirarnos? —intervino O'Sullivan. Era tan leal como Murray, e igual de valiente como soldado, pero carecía del sentido común militar del inglés—. ¿Acaso no hemos demostrado combatir con fiereza y arrojo, igual que Su Alteza ha demostrado ser un astuto general derrotando una y otra vez a los ingleses?

—No se trata solamente de una diferencia en número —Murray dio la espalda a O'Sullivan y apeló al príncipe—. El terreno en sí es el arma más terrible. Si volvemos a retroceder al norte, cruzando el río...

—Nos enfrentaremos a Cumberland —Carlos, con ojos fríos, las manos limpiamente entrelazadas, observó a sus hombres de máxima confianza—. No volveremos a huir. Ya hemos esperado durante el invierno —y bien sabía que la espera había desalentado a sus hombres. Tal vez fuera eso más que los halagos de O'Sullivan o su propia impaciencia lo que lo persuadió—. No seguiremos esperando. El intendente general O'Sullivan ha escogido el terreno y lucharemos.

A primera hora del amanecer, Coll y Brigham, montados a caballo, escrutaron el páramo de Drumossie. Era extenso y desnudo, cubierto en aquellos momentos por una capa de escarcha y una ligera neblina. Al norte, al otro lado del río Nairn, el terreno se quebraba y ondulaba. Aquél habría sido el lugar donde Murray habría preferido luchar. Y allí, pensó Brigham, habrían tenido alguna posibilidad de triunfar.

Pero el príncipe solo tenía oídos para O'Sullivan y ya no había marcha atrás.

—Es el fin —dijo Brigham en voz baja—. Para bien o para mal —en el este, el sol intentaba colarse por entre las densas nubes. Hostigando su montura, Brigham cabalgó por el campamento—. ¡En pie! —gritó—. ¿Dormiréis hasta despertar degollados? ¿No oís los tambores ingleses llamando a las armas?

Levantándose a duras penas, los hombres empezaron a reunirse en sus clanes. La artillería estaba cargada. Las pocas raciones que quedaban se dividieron entre las tropas, pero solo dejaban los estómagos inquietos y vacíos. Con picas y hachas, pistolas y guadañas, se congregaron bajo el estandarte. Eran cinco mil, hambrientos y mal equipados, impulsados únicamente por la causa que todavía los mantenía unidos.

Carlos, con el porte de un príncipe con su gabán escocés y gorra con escarapela, pasó revista a las tropas.

Al otro lado del páramo, observaron cómo avanzaba el enemigo. Repartidos en tres columnas, se colocaron lenta pero fluidamente en línea. Igual que Carlos, el duque, con su cuerpo rechoncho envuelto en una casaca roja y una escarapela negra prendida a su tricornio, cabalgó delante de sus tropas animando a sus hombres.

Se oyó el sonido de los tambores y las gaitas, y el aullido vacío del viento que arrojaba aguanieve sobre los rostros de los jacobitas. Los primeros disparos salieron de los cañones escoceses. Recibieron respuesta, y devastadora.

Cuando el primer cañón explotó cerca de Culloeden House, Maggie se arqueó con la primera contracción. Se sucedían rápida e intensamente. Su cuerpo, debilitado tras la larga noche de parto, sufría de forma atroz un dolor que su mente ya no registraba. Una y otra vez llamaba a Coll.

—Pobrecilla —la señora Drummond llevó agua fresca y sábanas al dormitorio—. Es tan menuda.

—Vamos, querida —Fiona humedeció el rostro sudoroso de Maggie—. Señora Drummond, eche más leña al fuego, por favor. Queremos que haga calor cuando venga el bebé.

—Ya casi no queda.

Fiona se limitó a asentir.

—Usaremos el resto. ¿Gwen?

—El bebé está mal colocado —Gwen se estiró un momento para mitigar el dolor de su espalda—. Maggie es tan diminuta...

Serena, apretando los dedos de Maggie, posó su mano libre sobre el niño que crecía en su seno.

—¿Podrás salvarlos a los dos?

—Si Dios quiere —Gwen se secó el sudor del rostro con la manga de su vestido.

—Lady MacGregor, le diré a Parkins que vaya a buscar más leña —la cara amplia de la señora Drummond se arrugó con consternación cuando oyó el siguiente aullido de dolor de Maggie. Había tenido hijos y dos habían muerto al nacer—. Un hombre tiene que servir para algo más que para plantar una semilla en una mujer.

Demasiado cansada para desaprobear su comentario, Fiona asintió.

—Coll —gimió Maggie, moviendo la cabeza de lado a lado. Sus ojos se posaron en Serena—. ¿Rena?

—Sí, cariño, estoy aquí. Todos estamos aquí.

—Coll, quiero a Coll.

—Lo sé, lo sé —Serena besó la mano inerte de Maggie—. Pronto volverá —su propio bebé se removió, y se preguntó si dentro de unos meses ella misma se vería confinada en una cama, llamando a Brigham con cada oleada de dolor aun sabiendo que no estaría allí para contestarle—. Gwen dice que tienes que descansar entre las contracciones, recobrar las fuerzas.

—Eso intento. ¿Tardará mucho? —débilmente volvió la cabeza hacia Gwen—. Dime la verdad, por favor, ¿le pasa algo malo al bebé?

Por una fracción de segundo, Gwen se debatió entre la verdad o la mentira. Pero aunque todavía era joven, ya había comprobado que las mujeres se enfrentaban mejor a la verdad, por aterradora que fuera.

—Está mal colocado, Maggie. Sé lo que debo hacer, pero no será un parto fácil.

—¿Voy a morir? —la pregunta de Maggie no revelaba desesperación, solo una necesidad de saber la verdad. Por difícil que fuera, Gwen ya había tomado la decisión. Si debía elegir, salvaría a Maggie y perdería al niño. Antes de que pudiera hablar, sobrevino la siguiente contracción, haciendo que Maggie, agotada como estaba, se incorporara de dolor.

—Dios mío, mi bebé, no dejes que muera el bebé. Júralo. Júramelo.

—Nadie va a morir —Serena apretó su mano con fuerza, tanta que mitigó el otro dolor e hizo que Maggie se calmara—. Nadie va a morir —repitió—. Porque vas a luchar. Cuando sientas dolor gritarás si hace falta, pero no tirarás la toalla. Los MacGregor no tiran la toalla.

Las balas de cañón de la artillería del gobierno abrieron enormes agujeros en las líneas jacobitas. Sus propios cañones respondían de forma ineficaz mientras los hombres caían como ciervos fulminados. El viento azotaba sus rostros con humo y aguanieve mientras soportaban una muerte miserable.

—Válgame Dios, ¿por qué no dan la orden de atacar? —Coll, con el rostro ennegrecido por el humo, contemplaba con ojos desesperados la carnicería—. ¿Van a permitir que nos muramos aquí sin ni siquiera levantar la espada?

Brigham giró en redondo y galopó hacia el ala derecha, atravesando el humo y el fuego.

—En el nombre de Dios —gritó al llegar frente al príncipe—, denos la orden de atacar. Morimos como perros.

—¿Qué estás diciendo? Estamos esperando a que Cumberland ataque.

—Alteza, no puede ver los estragos que los cañones han causado en las primeras filas. Si espera a Cumberland, esperará en vano. No nos atacará mientras su artillería pueda matarnos desde lejos. La nuestra no tiene tanto alcance y, cielos, estamos muriendo.

Carlos empezó a despacharlo, porque realmente su posición era tal que no tenía una visión clara de la potencia asesina de la artillería de Cumberland, pero, en aquel momento, el propio Murray cabalgó hasta el príncipe con la misma petición.

—Da la orden —accedió Carlos.

El centro de la línea avanzó primero, corriendo como ciervos salvajes por el páramo para abalanzarse sobre los dragones blandiendo espadas y guadañas. Quedaría escrito que los escoceses atacaron como lobos sedientos de sangre, temerarios de espíritu. Pero solo eran hombres, y muchos cayeron bajo bayonetas y dagas.

El ataque de los escoceses continuó, pero el terreno mismo, como se había predicho, favoreció a los ingleses. Una andanada de disparos quebró la línea ofensiva. Aun así, por un instante, pareció que su fuerza combinada podía arrasarlo las filas de Cumberland. La primera línea de defensa cayó, pero la segunda se mantuvo, abriendo un fuego devastador sobre los escoceses que corrían al asalto. Cayeron unos sobre otros de tal modo que los hombres que todavía seguían en pie se vieron obligados a trepar sobre los cuerpos de sus camaradas. Los cañones seguían disparando, arrojando metralla, botes llenos de clavos, balas de plomo y trozos de acero, como si de una lluvia abominable se tratara.

La metralla golpeó el escudo de Brigham, clavándose en su hombro y brazo mientras se abría paso entre los muertos y heridos y atravesaba las líneas del duque. Vio a James MacGregor, el impetuoso hijo de Rob Roy, conduciendo a sus hombres a través de la pared viviente de tropas inglesas, y a Murray, que lo había precedido, sombrero y peluca perdidos durante la batalla. Solo

entonces la confusión reinante empezó a disiparse.

Cierto, su ala derecha había traspasado las líneas inglesas, pero en el resto del campo, los jacobitas estaban en las últimas. En un intento desesperado, Brigham dio media vuelta, decidido a traspasar de nuevo las líneas y reunir cuantos hombres pudiera.

Vio a Coll, con los pies plantados en el suelo, la espada y el puñal silbando con fiereza mientras luchaba contra tres dragones. Sin vacilación, acudió en su ayuda. La herida que había recibido rezumaba sangre, y la daga se escurría de su mano. El humo los envolvía, asfixiándolos, mientras el aguanieve seguía cayendo.

Solo había peleas pequeñas y esporádicas en el área que los rodeaba. Los jacobitas seguían luchando salvajemente pero se veían obligados a retroceder por el páramo, que ya estaba cubierto con muertos y heridos. La pared de hombres del ala derecha que había arremetido con fuerza contra los ingleses se había quebrado, permitiendo que la caballería de casacas rojas se abalanzara y amenazara a los hombres en retirada.

Pero la derrota general apenas significaba nada en aquellos momentos para Coll y Brigham, que luchaban espalda contra espalda en su guerra personal. Coll recibió un golpe en el muslo, pero apenas sintió el corte mientras seguía castigando con su arma. Detrás de él, Brigham giró y hundió su espada en el enemigo. Tras su pequeña victoria personal, los dos hombres dieron media vuelta e iniciaron la retirada por el páramo.

—Dios mío, nos han destruido —jadeante y sangrando, Coll contempló la carnicería. Era una imagen que un hombre nunca olvidaría, un reflejo del infierno envuelto en humo y apestando a sangre—. Debían de ser unos diez mil.

Al entrar en un claro de aire limpio, vio a un dragón mutilando brutalmente el cuerpo de un escocés ya muerto. Con un rugido de león, Coll se abalanzó sobre él.

—Ya basta. Cielos —Brigham lo arrastró con él—. No podemos hacer nada más salvo morir. La causa está perdida, Coll. La rebelión ha terminado —pero Coll actuaba como un demente, empuñando la espada dispuesto a usarla contra el primer hombre que se cruzara en su camino—. Piensa. Glenroe está cerca, demasiado cerca. Tenemos que volver, sacar de allí a la familia.

—Maggie —solo junto al lecho de muerte de su padre Coll había sentido tantas ganas de llorar—. Sí, tienes razón.

Echaron a andar otra vez, con las espadas alerta. De tanto en cuando todavía se oía una andanada de disparos y los gritos. Casi habían alcanzado las colinas cuando, al volver la cabeza, Brigham vio a un dragón herido levantando su mosquete y apuntando con mano inestable.

Solo tuvo tiempo para apartar a Coll de la línea de fuego. Brigham sintió el metal hundiéndose en su cuerpo, y un dolor horrible y abrasador.

Cayó al borde del páramo de Drumossie, en el lugar que más tarde se conocería como Culloden.

Entumecida, al borde del agotamiento, Serena salió con ímpetu de la casa para inspirar aire fresco y puro. Había guerras que solo las mujeres conocían, y ella había participado en una de ellas. Habían transcurrido dos noches en la lucha desesperada por traer al hijo de Maggie al mundo. Había habido sangre y sudor y dolor como nunca lo había imaginado. El bebé había nacido con los pies por delante, dejando a su madre debatiéndose entre la vida y la muerte.

Ya casi estaba anocheciendo y Gwen había dicho que Maggie viviría. Serena no hacía más que recordar los primeros llantos débiles del bebé. Maggie también los había oído antes de desmayarse de agotamiento y pérdida de sangre.

—Oh, Brigham —susurró con voz desgarrada, y envolvió los brazos en torno a su vientre abultado—. Te necesito.

—¿Serena?

Se volvió, entornando los ojos para vislumbrar la figura que salía cojeando de las sombras.

—¿Rob? ¿Rob MacGregor? —luego lo vio con claridad, con su jubón manchado de sangre, el pelo apelmazado de suciedad y sudor y los ojos frenéticos—. ¿Qué te ha pasado? Dios mío —se acercó a él al tiempo que el joven caía a sus pies.

—La batalla. Los ingleses. Nos han matado, Serena.

—Brigham —tiró de su camisa desgarrada—. Brigham, ¿dónde está? ¿Está a salvo? Ten piedad y dime dónde está.

—No lo sé. Han muerto tantos —lloró sobre sus faldas, destrozado. Rob había sido un joven idealista, aficionado a los chalecos llamativos y a las chicas bonitas—. Mi padre, mis hermanos, todos han muerto. Los vi caer. Y al viejo MacLean también, y al joven David Mackintosh. Asesinados —el horror se reflejaba en sus ojos al levantar el rostro—. Incluso cuando corríamos nos mataron como a cerdos.

—¿Viste a Brigham? —le dijo con desesperación, zarandeándolo mientras sollozaba contra ella—. Y a Coll. ¿Los viste?

—Sí, los vi, pero había humo, tanto humo, y no dejaban de disparar. Incluso cuando todo terminó siguieron matando... a niños, a mujeres. Había un granjero y su hijo arando. Los dragones se precipitaron sobre ellos, clavando sus puñales. Yo estaba escondido y vi a los heridos sobre el campo. Había cuerpos a lo largo de la carretera, cientos de ellos. Ni siquiera pudimos enterrar a nuestros muertos.

—¿Cuándo? ¿Cuándo fue la batalla?

—Ayer —con un sollozo ahogado, Rob se frotó los ojos—. Ayer.

Estaba a salvo. Debía creer que Brigham estaba a salvo. ¿Cómo iba a moverse, a actuar, si creía que había muerto? Seguía vivo, se dijo mientras se ponía lentamente en pie. Contempló la casa, donde ya se habían encendido las lámparas para el atardecer. Tenía que proteger a su familia.

—¿Vendrán hasta aquí, Rob?

—Nos están persiguiendo como a animales —recobrando la serenidad, el joven escupió al suelo—. Mi vergüenza es que no maté a una docena más antes de huir.

—A veces hay que huir para volver a luchar —Serena lo recordó como lo había conocido y supo que nunca volvería a ser el mismo—. ¿Y tu madre?

—Todavía no la he visto. No sé qué voy a decirle.

—Dile que sus hombres murieron con arrojo al servicio del verdadero rey, y luego llévala a ella y a las demás mujeres a las montañas —contempló el camino donde las sombras acechaban sobre la fina escarcha—. Esta vez, cuando los ingleses vengan a arrasarnos, no habrá mujeres que violar.

Dentro de la casa, buscó a Fiona. El terror que sentía por Brigham estaba reprimido en un rincón de su mente. Por su propia cordura, y por el bien de su familia, no lo liberaría.

Estaba vivo. Volvería.

—Mamá, tenemos que hablar.

—¿Maggie? —dijo Fiona de inmediato—. ¿El bebé?

—No, están bien —volvió la cabeza y miró a la señora Drummond, luego a Parkins. Gwen entró por la puerta—. Tenemos que hablar. Todos. ¿Dónde está Malcolm?

—En los establos, milady —le dijo Parkins—. Ocupándose de los caballos.

Asintiendo, Serena condujo a su madre hasta una silla.

—¿Hay té, señora Drummond? ¿Suficiente para todos?

—Sí —en silencio, la mujer sirvió las tazas, luego Gwen y ella se sentaron.

—Hay noticias —dijo Serena, y empezó a hablar.

Al alba, cargaron todo lo que podían llevarse. Parkins colocó a Maggie con la mayor suavidad posible en la litera que había improvisado. Ella contuvo los gemidos, y aunque lo intentó, estaba demasiado débil para sostener al bebé. El viaje a las montañas transcurrió lentamente y casi en silencio, con Malcolm a la cabeza.

Llegaron a la cueva dos horas más tarde. Malcolm y Serena ya habían dispuesto leña y turba para el fuego días antes. Tenían mantas y provisiones de la cocina, medicinas y leche recién ordeñada aquella mañana. Serena dejó la espada de su abuelo a la entrada de la cueva y comprobó las pistolas y la munición.

Gwen se ocupaba de Maggie mientras Fiona calmaba al bebé al que ya llamaban pequeño Ian.

—¿Sabes disparar, Parkins? —preguntó Serena.

—Sí, lady Ashburn, llegado un momento de necesidad.

A pesar del agotamiento, sonrió. Había utilizado el mismo tono de voz que si le hubiera preguntado si sabía limpiar una mancha de vino de una chorrera.

—Entonces, tal vez quieras quedarte con esta pistola.

—Muy bien, milady —la aceptó con una ligera inclinación.

—Eres más de lo que parece, Parkins —Serena pensó en la forma competente en la que había improvisado la litera y en cómo había transportado el invento y su frágil carga por el agreste camino—. Empiezo a comprender por qué lord Ashburn te mantiene a su lado. ¿Llevas mucho tiempo con él?

—Hace muchos años que estoy al servicio de los Langston, milady —cuando Serena se limitó a asentir y a mirar hacia la entrada de la cueva, el criado se suavizó—. Volverá con nosotros, milady.

Las lágrimas amenazaron con inundar sus ojos, pero solo una consiguió escapar antes de reprimirlas.

—Nuestro primer hijo será un niño, Parkins. ¿Cuál era el nombre de pila de su padre?

—Daniel, milady.

—Daniel —acertó a sonreír otra vez—. Lo llamaremos Daniel, y será el próximo conde de Ashburn... Y un día caminará por el bosque de Glenroe.

—¿Querrá descansar ahora, lady Ashburn? El viaje la ha agotado más de lo que piensa.

—Sí, enseguida —se volvió para asegurarse de que los demás estaban ocupados—. Cuando Brigham y mi hermano regresen, no sabrán dónde encontrarnos. Será necesario que uno de nosotros

baje cada varias horas y espere su llegada. Malcolm, tú y yo haremos turnos.

—No, milady.

Serena abrió la boca, la cerró, luego la volvió a abrir.

—¿No?

—No, milady, mi conciencia no me permite consentirle que viaje otra vez. Mi señor no lo toleraría.

—Tu señor no tiene nada que decir en esto. Tanto él como Coll necesitarán que alguien los guíe hasta aquí.

—Y así será. Malcolm y yo nos encargaremos de ello. Usted y las demás mujeres se quedarán aquí.

Su rostro, pálido y magullado por la fatiga, adoptó una expresión obstinada.

—No voy a quedarme de brazos cruzados en esta maldita cueva esperando a ser de utilidad a mi marido.

Parkins se limitó a cubrirla con la manta.

—Me temo que debo insistir, lady Ashburn. Milord me lo exigirá.

Serena frunció el ceño.

—Me pregunto por qué lord Ashburn no te habrá echado hace años.

—Sí, milady —dijo Parkins en tono suave—. Él mismo lo ha dicho muchas veces. Le traeré una taza de leche.

Serena se despertó con el nombre de Brigham en los labios y el corazón desbocado. Estaba vivo, se dijo, y puso una mano sobre su vientre como si quisiera comunicar a su hijo que su padre estaba a salvo.

Casi de inmediato oyó el llanto del recién nacido. A duras penas se levantó para dirigirse a la parte de atrás de la cueva. Con la ayuda de Fiona, Maggie sostenía al pequeño Ian junto a su pecho mientras el bebé mamaba con fuerza.

La voz de Maggie era débil y sus mejillas pálidas, pero sonrió dulcemente.

—Cada hora se hace más fuerte —murmuró, y levantó una mano para acariciar su suave cabeza—. Pronto tú también tendrás el tuyo.

—Es hermoso —con un pequeño suspiro, Serena se sentó a su lado—. Dios fue bueno al concederle tu belleza y no la de su padre.

Maggie rio, cómodamente apoyada en el brazo de Fiona.

—No sabía que pudiera amar a nadie tanto como a Coll. Ahora lo sé.

—Sé que el viaje te ha resultado difícil. ¿Cómo te sientes?

—Débil. Odio sentirme débil e indefensa.

Serena le acarició la mejilla.

—Un hombre no se enamora de una mula de carga, ¿sabes?

En aquella ocasión la risa de Maggie fue un poco más fuerte.

—Si alguna chica emplea esa treta con mi pequeño Ian, le arrancaré los ojos —Maggie cerró los suyos—. Estoy tan cansada.

—Duerme —murmuró Fiona—. Cuando el bebé termine de mamar, nos ocuparemos de él. Y

Serena —añadió con voz firme—, tú debes comer. Por ti y por el bebé.

—Sí, pero... —se quedó callada mientras miraba a su alrededor—. ¿Dónde está Malcolm?

—Con Parkins. Se fueron poco después de que te quedaras conmigo. Han ido a buscar más provisiones.

Frunciendo el ceño, Serena empezó a aceptar el cuenco que la señora Drummond le ofrecía.

—No te preocupes por ellos, muchacha, mi Parkins sabe lo que hace.

—Sí, y es un buen hombre, señora Drummond. Digno de confianza.

Un rubor revelador resplandeció en las mejillas de la viuda.

—Vamos a casarnos.

—Me alegro por usted —se quedó inmóvil, con los dedos tensos alrededor del cuenco—. ¿Habéis oído eso? —susurró, y dejó la comida en el suelo.

—No oigo nada —dijo Fiona, pero tenía el corazón en la garganta.

—Alguien viene. Quedaos en el fondo de la cueva. Encargaos de que Ian no haga ruido.

Serena avanzó en silencio hacia la entrada. El hielo corría por sus venas, congelando su miedo y fortaleciendo su resolución. Mataría si no le quedaba más remedio, y mataría bien.

Con mano firme, tomó la pistola y la espada. A su espalda, la señora Drummond asió un cuchillo de cocina. A medida que los pasos se acercaban, no había duda de que verían la cueva. Empuñando las dos armas, Serena salió al exterior preparada para la batalla. El sol cayó sobre ella, deslumbrándola, pero entornó los ojos al tiempo que levantaba la pistola.

—Ya veo que sigues siendo una gata salvaje.

Brigham, sostenido por Coll y Parkins, acertó a sonreír mientras lo transportaban por el terreno irregular. El sol iluminó su chaqueta y pantalones manchados de sangre.

—Santo cielo —dejando las armas en el suelo, Serena corrió hacia él.

El rostro de Serena osciló ante sus ojos mientras Brigham luchaba por volver a hablar. Solo pudo pronunciar su nombre antes de que la oscuridad se cerniera sobre él y mitigara el dolor.

Capítulo 15

—¿Es muy grave? —Serena se arrodilló en el suelo de la cueva junto a Brigham mientras Gwen examinaba sus heridas. El pánico volvía a invadirla y tenía la boca seca como el polvo.

Sin decir palabra, Gwen hurgaba en el costado de Brigham, donde se había alojado la bala. A pocos pasos de distancia, Fiona vendaba el corte de la pierna de Coll mientras él contemplaba con admiración a su hijo.

—La bala iba dirigida a mí —Coll se aferraba a la mano de Maggie. El fuego que sentía en la pierna era tenue, casi un dolor somnoliento, comparado con el agotamiento. Estaba vivo, junto a su amada esposa y a su hijo recién nacido, mientras su mejor amigo yacía herido por haberle salvado la vida—. Se colocó en su trayectoria, dispuesto a recibirla. Estábamos adentrándonos en las colinas. Habíamos perdido, todo se había perdido. Pensé... al principio pensé que había muerto.

—Lo has traído —Serena levantó la vista, sujetando un paño empapado de sangre.

—Sí —Coll volvió la cabeza hacia los cabellos de su esposa. Solo quería oler su dulzura y no la peste a muerte y batalla.

—Hay que sacar la bala enseguida —Gwen presionó un paño contra la herida mientras todos los ojos se volvían hacia ella—. Debemos buscar a un médico.

—No hay ningún médico —Serena sintió emerger la histeria en su interior y la controló. ¿Acaso lo había recuperado solo para ver cómo moría?—. Si buscáramos uno nos delataríamos ante los ingleses.

—Conozco el riesgo —empezó a decir Gwen.

—Lo matarían —Serena habló con rotundidad—. Como noble inglés, serían doblemente severos. Sanarían su herida solo para mantenerlo vivo para su ejecución. Debes sacársela tú.

—Nunca he hecho nada parecido —Gwen cerró una mano sobre el brazo de Serena—. Carezco de la habilidad y del conocimiento. Lo mataría en mi intento por salvarlo.

El pánico creció. Bajo sus manos, Brigham gimio y se removió.

—Será mejor que muera con nosotros, aquí —contempló a Brigham con mirada lúgubre—. Si tú no lo intentas, lo haré yo.

—Milady —Parkins dio un paso adelante y habló con voz tan inexpresiva como siempre—. Yo sacaré la bala, con la ayuda de la señorita MacGregor.

—¿Tú? ¿Tú? —Serena soltó una carcajada amarga—. No estamos hablando de almidonar encaje.

—Ya lo he hecho en una ocasión, milady. Una vez más que usted. Y lord Ashburn es mi señor —dijo en tono rígido—. Yo me ocuparé de él. Habrá que sujetarlo —Parkins volvió la mirada a Coll.

—Yo lo sujetaré —Serena se inclinó sobre el cuerpo de Brigham, como si quisiera protegerlo—. Y que Dios te ayude con el cuchillo.

Encendieron un fuego y giraron la hoja sobre las llamas hasta que la punta se puso roja. Cuando Brigham volvió en sí, Gwen le llevó un cuenco de medicina mezclada con sirope de amapolas a los labios. El sudor se deslizaba por su rostro pese a la diligencia con la que Serena le enjugaba la piel con un paño fresco.

Luego Serena se inclinó sobre Brigham, sujetando con fuerza sus brazos, y levantó el rostro para mirar a Parkins.

—Sé que tendrás que hacerle daño, pero, por lo que más quieras, actúa rápido.

El ayuda de cámara se había quitado la chaqueta y remangado la camisa, exponiendo a la luz unos brazos enjutos pero fibrosos. Serena cerró los ojos por un momento. Estaba confiando su amor, su vida, a un hombre que apenas sabía hacer otra cosa más que sacar brillo a las botas. Al mirarlo otra vez, estudió el rostro del criado. Digno de confianza. Lo había dicho ella misma. Leal, más que leal, comprendió. Como un hombre podía amar a otro, Parkins amaba a Brigham. Con una oración, le hizo un gesto para que empezara. Y observó cómo el cuchillo cortaba la carne de su marido.

Aunque estaba aturrido por la droga, Brigham se puso rígido. Serena empleó toda su fuerza para mantenerlo tumbado mientras murmuraba tonterías, palabras de afecto, promesas. Observó cómo el cuchillo se hundía aún más e ignoró las náuseas en su estómago.

A medida que el dolor del cuchillo vencía al desmayo y a la droga, Brigham empezó a resistirse. Coll intentó ocupar el puesto de Serena, pero ella lo echó y reunió toda su fortaleza.

En la cueva solo se oía la respiración entrecortada de Brigham y el suave crepitar del fuego. Pero el aire estaba cargado de mudas oraciones, recitadas con una unidad que les confería la fuerza de una novena. Serena contempló cómo la sangre de su marido manchaba el suelo de la cueva y su rostro adquiría un color ceniciento. En sus oraciones, suplicó poder tomar parte de su dolor para que no tuviera que padecerlo él.

—La tengo —el sudor se deslizaba por el rostro de Parkins mientras hurgaba en el costado de su señor. Rezaba para que se desmayara y escapara al dolor, pero su delgada mano era firme. Lentamente, aterrado ante la posibilidad de causar más daño, empezó a conducir la bala al exterior—. Manténgalo inmóvil, milady.

—Saca la maldita bala —lanzó una mirada furiosa a Parkins mientras Brigham gemía y forcejeaba bajo sus manos—. Está sufriendo.

Observó con respiración agonizante cómo el ayuda de cámara conseguía extraer el trozo de metal de la carne de Brigham. Antes de que Parkins pudiera exhalar el aire que había estado conteniendo, Gwen se estaba haciendo cargo de la situación.

—Debemos cortar la hemorragia. Si pierde mucha más sangre morirá —con eficacia empezó a taponar la herida—. Mamá, ¿puedes ocuparte del brazo y el hombro? No son heridas graves, pero no tienen buen aspecto. Señora Drummond, mis medicinas.

Cuando Brigham volvió a quedarse inconsciente, Serena se incorporó. Los brazos y la espalda le temblaban de la presión. Con cuidado, pensando en el niño, hizo un esfuerzo por relajarse.

—Parkins...

—¿Sí, milady? —Parkins se había bajado las mangas y enjugado el sudor y volvía a ser el criado impenetrable y formal.

—Gracias.

Serena le dio un apretón en la mano y aquello le hizo ruborizarse levemente.

—Siempre a su disposición, milady —repuso Parkins con una inclinación.

Serena veló a Brigham durante la noche, incapaz de dormir aunque Gwen se lo suplicara. El fuego ardía en su cuerpo, con tanta intensidad a veces que temía que lo devorara. En ocasiones hablaba, frases esporádicas sin sentido que indicaban que estaba reviviendo la batalla. Serena comprendió con más claridad lo atroz que había sido la matanza. En una ocasión habló a su abuela, contándole con

desesperación cómo los cañones ingleses habían destruido sus sueños. Llamó a Serena, y por un tiempo se tranquilizaba con sus murmullos y caricias frescas en la frente. Luego volvía a despertarse, delirante, convencido de que los ingleses la habían encontrado.

Durante tres días Brigham emergió y se sumió de nuevo en la inconsciencia, a menudo con delirios. No percibía el pequeño mundo que había sido concebido en la cueva, ni las idas y venidas de sus moradores. Oía voces, pero no tenía fuerzas para comprender ni responder. En una ocasión, al abrir los ojos, estaba oscuro y creyó oír el sollozo callado de una mujer. En otra ocasión, oyó el llanto débil de un bebé.

Al término de los tres días se sumió en un sueño profundo, tan apacible como la muerte.

Despertar fue casi como nacer. Se sentía confuso, indefenso, con dolores. La luz lo cegaba, aunque era tenue al fondo de la cueva. Lentamente cerró los ojos y con la paciencia de los débiles trató de identificar los murmullos de voces que llegaban a sus oídos.

Coll. Gwen. Malcolm. El alivio se apoderó de él casi con la misma fuerza que el delirio. Si estaban allí, sanos y salvos, Serena estaría con ellos. Abrió de nuevo los ojos, parpadeando por la luz. Estaba reuniendo fuerzas para hablar cuando oyó un ruido a su lado.

Estaba allí, sentada con las piernas dobladas y la espalda contra la pared de la cueva. El pelo le caía hacia delante como una cortina, casi ocultando su rostro. Sintió una oleada de amor que casi lo dejó sin fuerzas.

—Rena —murmuró, y extendió la mano para tocarla. Ella se despertó al instante. Las emociones surcaron su rostro mientras se acercaba para pasarle las manos por la frente. Estaba fresco, increíblemente fresco.

—Brigham —acercó los labios a los suyos—. Has vuelto a mí.

Quería contarle tantas cosas, saber tantas cosas. Al principio Brigham solo tenía fuerzas para mantenerse despierto durante una hora. El recuerdo de la batalla era vivido, pero, gracias a Dios, lo ocurrido tras su caída era apenas un borrón. Recordaba que lo habían arrastrado, levantado, sostenido. Le habían dado agua fresca, y en una ocasión había vuelto en sí cuando Coll y él habían tropezado y caído sobre seis cuerpos.

Gradualmente, por insistencia suya, los vacíos se llenaron con el relato de lo ocurrido. Escuchó con semblante lúgubre, y la furia y el desagrado por las atrocidades de Cumberland solo eran mitigados por la alegría de tener a Serena y a su hijo aún no nacido junto a él.

—Aquí no estaremos seguros mucho más tiempo —Brigham estaba sentado contra la pared de la cueva, con el rostro todavía pálido a la luz tenue. Habían transcurrido dos días desde que superara la fiebre—. Tenemos que avanzar lo antes posible, hacia la costa.

—Todavía no estás fuerte —Serena sostenía su mano. En parte quería quedarse al abrigo de aquella luz y olvidar que había un mundo exterior.

Como respuesta, Brigham se llevó su mano a los labios. Pero su mirada era dura y firme. Prefería morir antes que ver que su esposa daba a luz en una cueva.

—Creo que podríamos pedir ayuda a mis parientes de Skye —miró a Gwen—. ¿Cuándo estarán Maggie y el niño en condiciones de viajar?

—Dentro de un día o dos, pero tú...

—Estaré preparado.

—Estarás preparado cuando nosotras te lo digamos —intervino Serena.

Un rastro de su antigua arrogancia llameó en los ojos de Brigham.

—Te has vuelto muy despótica desde la última vez que te vi, milady.

Serena sonrió y le rozó los labios con los suyos.

—Siempre he sido una tirana, Sassenach. Ahora descansa —lo urgió mientras lo cubría con una manta—. Cuando recuperes tus fuerzas iremos a donde tú digas.

Brigham la miró con intensidad y su sonrisa vaciló.

—Tal vez tenga que recordarte esa promesa, Rena.

—Descansa —la atenuación que impregnaba la voz de Brigham le producía dolor. Había vuelto a ella a pocos pasos de la muerte. No se arriesgaría a perderlo otra vez—. Tal vez Coll y Malcolm traigan carne —se tumbó junto a él, acariciándole la frente mientras se quedaba dormido, preguntándose por qué sus hermanos tardaban tanto.

Habían visto el humo desde las colinas. Tumbados sobre el suelo, Coll y Malcolm contemplaban lo que quedaba de Glenroe. Los ingleses habían vuelto, trayendo su odio y su fuego. Las casas de los cultivadores aparecían en ruinas, sus techos de paja consumidos. La casa de los MacGregor estaba ardiendo y las llamas oscilaban y se elevaban por las ventanas rotas.

—Malditos sean —murmuró Coll una y otra vez mientras golpeaba la roca con el puño—. Malditos sean todos.

—¿Por qué queman nuestras casas? —Malcolm se avergonzaba de las lágrimas y se apresuró a secárselas—. ¿Qué necesidad tienen de destruir nuestros hogares? Los establos —dijo de repente, y se habría incorporado si Coll no lo hubiese retenido.

—Ya se habrán llevado los caballos.

Malcolm arrimó el rostro a la roca, desgarrado entre lágrimas de niño y furia de hombre.

—¿Se irán ahora y nos dejarán?

Coll recordó la carnicería que rodeaba el campo de batalla.

—Creo que nos perseguirán hasta las montañas. Debemos volver a la cueva.

Serena yacía en silencio, escuchando los reconfortantes sonidos domésticos. El pequeño Ian estaba mamando otra vez, y Maggie le tarareaba una nana. La señora Drummond y Parkins murmuraban mientras preparaban la comida, fluidamente, como si estuvieran chismorreando en la cocina. Junto a Maggie, Fiona trabajaba con el huso, preparando apaciblemente el hilo con el que tejería una manta para su nieto. Gwen removía sus jarras y frascos de medicina.

Por fin estaban todos juntos, a salvo. Un día, cuando los ingleses se cansaran de asolar Escocia y volvieran a cruzar la frontera, regresarían a Glenroe. Allí, de alguna manera, haría feliz a Brigham, le haría olvidar la vida rutilante que había llevado en Londres. Construirían su propia casa cerca del lago.

Sonriendo, Serena se apartó para dejar dormir a Brigham. Se le ocurrió asomarse y ver si podía divisar a sus hermanos volviendo con más provisiones, pero justo cuando se levantaba oyó que alguien se movía junto a la entrada de la cueva. Las palabras de saludo estuvieron a punto de brotar

de sus labios pero las reprimió. Ni Coll ni Malcolm tendrían necesidad de entrar con tanta cautela. Con una mano que sentía repentinamente fría, tomó la pistola.

Una sombra bloqueó la luz que se filtraba al interior. Luego vio con un vuelco angustioso de su corazón el brillo del metal y el rojo de una casaca enemiga. El soldado se enderezó, con la espada levantada, mientras evaluaba su hallazgo. Serena se dio cuenta de que tenía la cara y la ropa manchada de tierra y cenizas. Había una expresión de triunfo en sus ojos y un brillo inconfundible cuando divisó a Gwen.

Sin decir palabra, y sin misericordia, avanzó hacia Parkins. Serena levantó la pistola y disparó. El soldado se tambaleó hacia atrás, y la sorpresa se reflejó en su rostro antes de desplomarse. Pensando únicamente en defender lo que era suyo, Serena empuñó la espada de su abuelo.

Otro soldado irrumpió en la cueva. Justo cuando levantaba la espada, sintió una mano cerrándose sobre la suya. Brigham estaba a su lado. El soldado, enseñando los dientes, arremetió con la bayoneta de su fusil. Se oyó otro disparo y el inglés cayó al suelo. Parkins estaba de pie, protegiendo a la señora Drummond con su delgado cuerpo, con la pistola humeante en la mano.

—Recárgala —ordenó Brigham, colocando a Serena detrás de él al tiempo que otro dragón entraba en la cueva. El casaca roja no avanzó, sino que se mantuvo rígido por un instante antes de caer hacia delante. Había una flecha oscilando en su espalda.

Respirando entre dientes, Brigham se apresuró a salir de la cueva. Había dos más. Coll estaba luchando con uno, espada contra espada, mientras maniobraba desesperadamente para proteger a Malcolm con su cuerpo. El otro dragón arremetió contra el chico, que sostenía un arco vacío como única defensa.

Con un grito, Brigham se abalanzó contra él. El dolor estalló de nuevo en su costado, casi cegándolo. El dragón se volvió, pero levantó de nuevo la espada sobre la cabeza de Malcolm.

Serena disparó la pistola recién cargada desde la entrada de la cueva y hundió una bala en su corazón.

Todo terminó en cuestión de minutos. Cinco dragones yacían muertos, pero la cueva había dejado de ser su santuario.

Avanzaron al atardecer, en dirección oeste. Dos de los caballos que los dragones habían atado con un ronzal eran de Malcolm. Hicieron turnos montando y caminando. Cuando era posible, se refugiaban en chozas de barro o entre el ganado. La hospitalidad escocesa permanecía inalterable. Las personas que encontraron a su paso les ponían al corriente de los acontecimientos. A Cumberland se le conocía ya como el Carnicero. La persecución era intolerable y buscaban al príncipe sin piedad por los páramos.

Avanzaban lentamente, cada día enfrentándose a nuevos peligros. Habían ordenado a las tropas que recorrieran la comarca hasta encontrar a Carlos, y ya era junio cuando lograron embarcar hacia la isla de Skye, donde fueron acogidos por los MacDonald del clan de Sleat.

—Este lugar es tan hermoso como me lo describió —murmuró Brigham mientras contemplaba la bahía de Uig junto a Serena—. Mi abuela me contaba cómo corría de niña por la hierba y observaba las idas y venidas de los barcos.

—Sí que es hermoso —la brisa acariciaba su rostro con suavidad—. Todo es hermoso ahora que

estamos juntos y a salvo.

¿Por cuánto tiempo?, se preguntó Brigham. También había tropas allí. Habían puesto patrullas en el puerto, y corrían rumores de que el príncipe no andaba muy lejos. De ser ciertos, los ingleses le estarían pisando los talones. Tendrían que ingeniar la manera de llevarlo de vuelta a Francia o a Italia. Pero lo más importante, y personal, era mantener a salvo a Serena y al niño.

Apenas había pensado en otra cosa durante los días de su recuperación y las noches que habían viajado como parias por las colinas de Escocia. Ya no podía regresar a Londres y darle a Serena lo que era legítimamente suyo como lady Ashburn. Y tampoco podía, aunque Serena todavía había de aceptarlo, regresar a Glenroe durante varios años.

—Siéntate a mi lado, Serena.

Ella rio un poco mientras la ayudaba a acomodar lo que se había convertido en un cuerpo voluminoso.

—No podré volver a mirar a la cara a una vaca.

—Nunca has estado tan hermosa.

—Mientes —sonrió y volvió la cara para darle un beso—. Pero con la verdad no te habría besado —con un pequeño gemido de incomodidad, se llevó la mano al vientre.

—¿Te encuentras mal?

—No, desde que estamos aquí, cada día me siento mejor —era cierto, espiritualmente. No quería que supiera lo molesta que empezaba a encontrarse físicamente. Aquella misma mañana el dolor de espalda, y la presión, casi la habían retenido en la cama—. La familia de tu abuela ha sido tan amable con nosotros.

—Lo sé, ¿pero te das cuenta de lo que les ocurrirá a los MacDonald si me encuentran aquí?

Era una actitud cobarde, pero Serena no quería pensarlo.

—No te encontrarán.

—No puedo vivir huyendo, Rena, y tampoco puedo seguir poniendo en peligro la vida de amigos y extraños.

Serena jugó nerviosamente con la hierba. Era tan verde y su olor tan dulce.

—Lo sé, ¿pero qué elección tenemos? Todavía persiguen al príncipe. Sé que te preocupas por él.

—Sí, pero también me preocupo por ti y por nuestro hijo —cuando Serena empezó a tranquilizarlo, Brigham tomó sus manos—. Nunca olvidaré el último día en la cueva, cuando te viste obligada a defenderme, a matar por mí y por tu familia.

—Hice lo que era necesario, lo que tú habrías hecho. Durante meses me he sentido inútil porque no podía luchar en la guerra. Aquel día, eso cambió.

Quizás una mujer no se una a una rebelión ni combata en el campo de batalla, pero puede proteger a los que ama.

—Nunca te he amado tanto como ese día, cuando te vi empuñando la espada y la pistola —le besó las manos y luego la miró con intensidad a los ojos—. ¿Puedes comprender que quería darte belleza, no una vida de miedo y persecución? Quería darte lo que era mío, pero ya no lo es.

—Brigham...

—No, espera. Debo preguntarte algo. Dijiste que me acompañarías donde yo quisiera. ¿Lo harás?

Serena notó una punzada de dolor pero asintió.

—Sí.

—¿Dejarías Escocia, Rena, y viajarías conmigo al Nuevo Mundo? No puedo darte lo que una vez te prometí, pero no seremos pobres. Parkins ha custodiado el oro que traje de Londres en mi primer viaje —hizo una pausa—. Aun así, tendré que dejar atrás muchas de las cosas que quería para ti. Ahora solo serás la señora Langston y la tierra y sus gentes serán desconocidas para los dos. Sé lo que te estoy pidiendo que abandones, pero tal vez algún día podamos volver.

—Calla —abrumada, le rodeó con los brazos—. ¿No sabes que te acompañaría al mismo infierno si me lo pidieras?

—No es eso lo que te pido, pero sé qué promesas estoy rompiendo y a qué vas a renunciar.

—Solo me prometiste amarme y ya lo haces —movió la cabeza antes de que él pudiera hablar—. Debes escucharme. Los días que pasé en Holyrood contigo fueron hermosos, pero solo porque estábamos juntos. El título no significa nada para mí, ni los bailes o los vestidos —con una carcajada débil, se apartó—. Nunca seré una aristócrata, Brigham.

Brigham entornó los ojos, estudiándola con atención.

—Tu vida sería más fácil como lady Ashburn.

—Y tendría que fingir ser una dama cuando en realidad desearía ponerme pantalones y cabalgar al galope.

—Entonces, ¿no te importaría ir a América con apenas un cofre de oro y un sueño?

Serena le rodeó el rostro con las manos.

—Inglaterra era tuya y Escocia mía. Las hemos perdido. Juntos encontraremos nuestro hogar.

—Te amo, Rena, más que a mi vida.

—Brigham, el niño...

—Será feliz. Lo juro.

—Antes de lo que imaginas —consiguió decir. Al ver su expresión soltó una carcajada, luego hizo una mueca de dolor—. Vaya, creo que es tan impaciente como yo. Necesito a Gwen, Brigham, y a mi madre.

—Pero dijiste que todavía faltaban unas semanas.

—No es lo que yo diga —se llevó la mano al vientre mientras se endurecía con otra contracción—. Es lo que diga él.

Serena contuvo el aliento, luego soltó una risita cuando Brigham la levantó torpemente en brazos.

—Brigham, no hace falta. Te romperás la espalda.

En aquel momento era como una pluma para él.

—Señora mía —dijo con un ápice de burla—. Ten un poco de fe.

Epílogo

A últimos de junio, catorce meses después de que hubiese alzado su estandarte, el príncipe Carlos desembarcó cerca de Mugston House en la isla de Skye. Iba disfrazado como la doncella de Flora MacDonald, una joven que arriesgaba su vida viajando con él para ponerlo a salvo.

Había escapado a la captura de milagro, pero no había perdido ni su ambición ni su espíritu de lucha. Y tampoco su aire romántico. Le dejó a Flora un mechón de su pelo y expresó su deseo de volver a encontrarla algún día... en la corte de Londres.

Brigham lo vio fugazmente. Hablaron como lo habían hecho en el pasado, con fluidez y mutuo respeto. Carlos no le pidió, aunque había albergado esa esperanza, que lo acompañara en su viaje a Francia.

—Lo echarás de menos —dijo Serena, de pie en su dormitorio de Mugston House.

—Lo echaré de menos como hombre, y lamentaré la pérdida de lo que podría haber sido —la rodeó con sus brazos, apretando su cuerpo nuevamente esbelto contra el suyo—. Fue él y su causa lo que me trajeron a ti. No ganamos, Rena, pero solo tengo que mirarte a ti, y a mi hijo, para saber que tampoco perdimos —con el brazo en torno a su cintura, se volvió para contemplar al niño que habían bautizado con el nombre de Daniel—. Es como dijo tu padre, amor mío. No ha sido en balde.

Acercó sus labios a los suyos, profundizando el beso, saboreando la pasión, el amor y la confianza.

—¿Estás lista?

Serena asintió y tomó su capa de viaje.

—Ojalá madre y Coll y Maggie vinieran con nosotros.

—Tienen que quedarse, lo mismo que nosotros tenemos que irnos —esperó mientras su esposa levantaba al niño en brazos—. Pero tendrás a Gwen y a Malcolm.

—Lo sé. Solo espero...

—Volverá a haber un MacGregor en Glenroe, Serena. Regresaremos.

Serena lo miró. El sol entraba a raudales por la ventana, a su espalda. Estaba como lo había visto por primera vez, moreno, increíblemente apuesto, un tanto intrépido. Sonrió.

—Y volverá a haber un Langston en Ashburn Manor. Daniel regresará, o sus hijos. Allí tendrán su hogar, y en las Highlands.

Brigham tomó el estuche que contenía la pequeña pastora de Miessen. Algún día se la daría a su hijo. Se había inclinado para besar otra vez a Serena cuando alguien llamó a la puerta.

—Disculpe, milord.

—¿Qué ocurre, Parkins?

—Perderemos la marea.

—Está bien —le señaló las demás maletas—. Y Parkins, ¿debo recordarte que a partir de ahora has de dirigirte a mí como señor Langston?

Parkins levantó el equipaje con sus delgados brazos. Le había pedido el favor a su señora y él y la nueva señora Parkins iban a viajar a América.

—No, milord —dijo en tono amable, y salió del dormitorio.

Mientras Brigham maldecía, Serena rio alegremente y caminó hacia el umbral con el bebé.

—Siempre serás lord Ashburn, Sassenach —le tendió una mano—. Ven. Nos vamos a casa.

Miedo al amor

Capítulo 1

Su apellido era MacGregor. Se aferraba a aquel hecho con la misma fuerza que agarraba las riendas de su montura. El dolor era insoportable y le atenazaba el brazo como si tuviera una docena de diablos bailándole encima. Abrasador, como un hierro de marcar, a pesar del viento y del temporal de nieve de aquel frío día de diciembre.

Ya no podía dirigir a su yegua. Se limitaba a dejarla cabalgar, confiando que el animal encontrara el camino a través de los zigzagueantes senderos realizados por los indios, los ciervos o el hombre blanco. Estaba a solas con el aroma de la nieve y de los pinos, el sordo golpeteo de los cascos de su montura contra el suelo y la suave luz de las primeras luces del atardecer. Un mundo al que los remolinos del viento entre los árboles había hecho callar. Su instinto le decía que estaba lejos de Boston en aquellos momentos, a gran distancia de las multitudes, los cálidos hogares y el mundo civilizado. Podría ser que estuviera a salvo. La nieve cubriría las huellas de su yegua y el rastro de su propia sangre.

Sin embargo, estar a salvo no era suficiente para él. Jamás lo había sido. Estaba decidido a seguir con vida por una razón de peso. Un hombre muerto no era capaz de luchar y él había jurado por todo lo que fuera sagrado que lucharía hasta que fuera libre.

Temblando a pesar de las pesadas pieles con las que se había cubierto y con los dientes castañeteándole por el frío que provenía del interior tanto como del exterior, se inclinó para hablarle a su montura en gaélico. Tenía la piel cubierta de sudor por el dolor de la herida, pero la sangre era como el hielo que se había formado sobre las ramas desnudas de los árboles que lo rodeaban. Veía perfectamente cómo la yegua exhalaba el aire que respiraba en blancos chorros a medida que iban avanzando por la nieve cada vez más profunda. Entonces, rezó como sólo un hombre que siente cómo se le sale la sangre del cuerpo puede rezar. Para conservar la vida.

Aún le quedaba una batalla por pelear. Sería un maldito si moría antes de poder levantar su espada y entablar combate.

La yegua relinchó compasivamente al sentir que él se le desmoronaba sobre el cuello. Aparte del aroma de la sangre, el animal presintió que la situación era delicada. Sacudió la cabeza y, dejándose llevar por su propio instinto de supervivencia, se dirigió hacia el oeste.

El dolor que él sentía era como un sueño, que flotaba en su mente y nadaba por su cuerpo. Pensó que, si al menos pudiera despertarse, el dolor desaparecería. Igual que los sueños. Tenía otros, más violentos y vívidos. Luchar contra los británicos por todo lo que le habían robado. Recuperar su nombre y sus tierras. Luchar por todo lo que los MacGregor habían poseído con orgullo, sudor y sangre. Por todo lo que habían perdido.

Él había nacido durante la guerra. Parecía justo y adecuado que muriera también en guerra. Sin embargo, su hora no había llegado todavía. Se animó con ese pensamiento. Su hora no había llegado todavía. La lucha acababa de comenzar.

Forzó una imagen en su pensamiento, una imagen grandiosa. Hombres ataviados con plumas y ante, con los rostros ennegrecidos por el corcho quemado y la grasa embarcando en los barcos Dartmouth, Eleanor y Beaver. Hombres corrientes, según recordaba, comerciantes, artesanos y estudiantes. A algunos los espoleaba el alcohol y a otros lo que sentían que era correcto. Cómo levantaban y hacían pedazos las cajas del detestado y maldito té. El modo tan satisfactorio en el que

las cajas rotas se sumergían en las frías aguas del puerto de Boston en Griffin Wharf. Recordaba perfectamente cómo las destrozadas cajas habían salido a flote cubiertas de barro con la marea baja como si se tratara de montones de heno.

«Una taza de té bien grande para los peces», pensó. Sí. Aquellos hombres estaban borrachos pero contaban con un propósito. Estaban decididos. Unidos. Iban a necesitar todas aquellas cualidades para pelear y ganar una guerra que muchos no comprendían que ya había comenzado.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde aquella gloriosa noche? ¿Un día? ¿Dos? Había tenido muy mala suerte al encontrarse con dos soldados británicos muy borrachos y algo nerviosos justo cuando rompía el alba. Ellos lo conocían. Su rostro, su nombre, su política era muy conocida en la ciudad de Boston. No había hecho nada para granjearse las simpatías de las milicias británicas.

Tal vez sólo habían tenido la intención de acosarle y reírse un poco de él. Tal vez no habían tenido intención alguna de hacer buena su promesa de arrestarlo. Sin embargo, cuando uno de ellos desenfundó su espada, la de MacGregor prácticamente le había saltado de la vaina a la mano. La lucha había sido breve... y estúpida. Por fin lo podía admitir. Aún no estaba del todo seguro de si había matado o si había herido al impetuoso soldado. Sin embargo, su compañero llevaba la venganza escrita en los ojos cuando sacó su arma.

Aunque MacGregor se dio mucha prisa en montar, la bala del mosquete se le incrustó dolorosamente en el hombro.

La sentía en aquellos momentos palpitándole contra el músculo. Aunque el resto de su cuerpo, afortunadamente, no sentía nada, notaba perfectamente aquel doloroso y minúsculo punto de calor. Entonces, la mente también dejó de sentir.

Se despertó dolorosamente. Estaba tumbado sobre la manta de nieve, boca arriba, para que pudiera ver perfectamente los remolinos de copos blancos contra el cielo gris. Se había caído de su yegua, pero no estaba lo suficientemente cerca de la muerte como para poder escapar de un hecho tan deshonesto. Con esfuerzo, se puso de rodillas y vio que la yegua estaba esperando pacientemente a su lado, mirándolo con una cierta sorpresa.

—Confío en que me guardes el secreto, muchacha.

El débil sonido de su propia voz le provocó la primera oleada de miedo. Apretó los dientes, agarró las riendas y se levantó temblorosamente.

—Un refugio...

Trató de subirse a su montura, pero comprendió enseguida que jamás encontraría la fuerza suficiente para poder montar. Se agarró con fuerza a la yegua y chasqueó la lengua. Entonces, permitió que el animal arrastrara su cansado cuerpo.

Paso a paso, se enfrentó a la necesidad de desmoronarse y dejar que el frío terminara con él. Se decía que la muerte por congelación no resultaba dolorosa. Era como quedarse dormido. Como un sueño frío e indoloro.

¿Cómo diablos podía saberlo nadie a menos que hubieran quedado con vida para contarlo? Se rió de sus propios pensamientos, pero la carcajada se transformó en una tos que lo debilitó profundamente.

El tiempo, las distancias, la situación... Eran conceptos completamente perdidos para él. Trató de pensar en su familia. Sus padres, sus hermanos y sus hermanas en Escocia. La adorada Escocia, donde luchaban para mantener vivas las esperanzas. Sus tíos y sus primos en Virginia, donde

trabajaban para conseguir el derecho de empezar una nueva vida en una nueva tierra. Él, por su parte, estaba atrapado entre aquellos dos mundos, preso de su amor por lo viejo y de su fascinación por lo nuevo.

Sin embargo, en las dos tierras había un enemigo común. Pensarlo le dio fuerzas. Los británicos. Malditos fueran. Ellos habían proscrito su apellido y masacrado a los suyos. En aquellos momentos, estaban lanzando sus avariciosas manos a través del océano para que el rey inglés, que estaba medio loco, pudiera imponer sus sangrientas leyes y recaudar sus sangrientos impuestos.

Tropezó y, durante un instante, estuvo a punto de soltar las riendas. Descansó durante un instante, apoyando la cabeza contra el cuello de su yegua con los ojos cerrados. El rostro de su padre se le apareció en el pensamiento. Tenía los ojos brillantes de orgullo.

—Hazte un lugar en el mundo, hijo —le había dicho—. Jamás olvides que eres un MacGregor.

No. No lo olvidaría nunca.

Muy cansado, abrió los ojos. A través de la tormenta de nieve, vio la silueta de una casa. Se frotó los cansados ojos con la mano que le quedaba libre. La forma aún era visible. Real.

—Bien, muchacha —dijo, apoyándose pesadamente contra la yegua—. Tal vez, después de todo, éste no vaya a ser el día de nuestra muerte.

Paso a paso, se dirigió hacia la casa. Resultó ser un granero muy grande, bien construido con troncos de pino.

Abrió el pestillo y entró. Se vio envuelto por el olor y el bendito calor que desprendían los animales.

Estaba muy oscuro. Instintivamente, se acercó a un montón de heno que había en el establo de una vaca. La bovina dama se opuso a su presencia con un nervioso mugido.

Aquéel fue el último sonido que él escuchó.

Alanna se puso la capa de lana. El fuego en la chimenea de la cocina ardía alegremente y olía a madera de manzanos. No era nada importante, pero a ella le agradó aquel detalle. Se había levantado muy contenta. Se imaginó que había sido por la nieve, a pesar de que su padre se había levantado de su cama maldiciéndola. A Alanna le encantaba la pureza de la nieve y el modo en el que se aferraba a las ramas de los árboles.

La tormenta ya estaba pasando y tenía trabajo que hacer. Tenía que ocuparse de los animales, recoger los huevos, reparar los arneses y cortar leña. Sin embargo, durante un instante, miró por la pequeña ventana y disfrutó de lo que veía.

Si su padre la sorprendía de aquella manera, le sacudiría la cabeza y diría que era una soñadora. Lo diría lamentándose de ello. La madre de Alanna también había sido una soñadora, pero había fallecido antes de que su sueño de tener una casa, tierras y abundancia se hiciera por completo realidad.

Cyrus Murphy no era mal hombre. Jamás lo había sido. Se había hecho así por la muerte. Demasiadas muertes lo habían convertido en un hombre duro y picajoso. Dos niños pequeños y, más tarde, la adorada madre de éstos. Después, otro hijo, el guapo y joven Rory, perdido en la guerra contra los franceses.

También el propio esposo de Alanna, el dulce Michael Flynn, muerto de un modo menos dramático, pero muerto al fin y al cabo.

Alanna no pensaba en Michael a menudo. Después de todo, había estado tres meses casada y llevaba ya tres años de viuda. Sin embargo, Michael había sido un buen hombre y ella lamentaba profundamente que no hubieran podido tener la oportunidad de fundar una familia.

Sin embargo, aquél no era día para lamentarse. Se colocó la capucha de su capa y salió al exterior. Aquél era día para nuevas promesas, para nuevos comienzos. La Navidad se acercaba a pasos agigantados y estaba decidida a que todos disfrutaran profundamente.

Se había pasado horas frente a la rueca y el telar. Tenía ya hechos bufandas, mitones y gorros nuevos para sus hermanos. Azul para Johnny y rojo para Brian. Para su padre, había pintado una miniatura de él y le había pagado buenos peniques al platero del pueblo para que le pusiera marco.

Sabía que sus regalos agradarían a todos, al igual que la comida que había planeado para el festín de Navidad. Aquello era lo único que le importaba: mantener unida, segura y feliz a su familia.

Vio que la puerta del granero estaba abierta. Con un gesto de enojo fue y la cerró tras franquearla. Menos mal que había sido ella la que la había encontrado así en vez de su padre. Si no, su hermano Brian se habría llevado una buena reprimenda por parte de su progenitor.

Al entrar en el granero, se quitó automáticamente la capucha y extendió la mano para agarrar los cubos de madera que colgaban detrás de la puerta. Como aún había poca luz, tomó la lámpara y la encendió cuidadosamente.

Cuando hubiera terminado de ordeñar a las ovejas, Brian y Johnny irían a alimentar a los animales y a limpiar los pesebres. Entonces, ella recogería los huevos y les prepararía a los hombres un buen desayuno.

Alanna empezó a canturrear mientras caminaba por el amplio pasillo que había en el centro del granero. Al ver una yegua junto a los establos de las vacas, se detuvo en seco.

—Dios Santo —dijo, llevándose una mano al corazón.

La yegua relinchó suavemente a modo de saludo.

Si había una montura, debía de haber un jinete por alguna parte. Con veinte años, Alanna carecía de la ingenuidad o de la juventud necesarias para creer que todos los viajeros son personas amistosas que no desean hacer mal alguno a una mujer indefensa. Podría haberse dado la vuelta y haber echado a correr o llamar a gritos a su padre y a sus hermanos, pero, aunque llevaba el apellido de Michael Flynn, había nacido siendo una Murphy. Y los Murphy protegían a los suyos.

—Espero que me dé su nombre y su ocupación —dijo. Sólo le respondió la yegua. Cuando estuvo lo suficientemente cerca del animal, le tocó suavemente la nariz—. ¿Qué clase de amo tienes que te deja aquí, completamente empapada y ensillada? —añadió. Entonces, enfadada por la situación del caballo, dejó los cubos sobre el suelo y levantó la voz—. Muy bien, salga usted. Está usted en la tierra de los Murphy.

Las vacas comenzaron a mugir.

Con una mano en la cadera, Alanna miró a su alrededor.

—Nadie le niega refugio de la tormenta —añadió—. Ni un desayuno decente, pero le aseguro que tendré una conversación muy seria con usted por haber dejado a su montura de esta manera.

Al ver que nadie respondía, sintió que se despertaba su ira. Tras lanzar una maldición, comenzó a quitarle ella misma la silla de montar a la yegua. Mientras lo hacía, estuvo a punto de tropezarse con un par de botas.

«Unas botas muy buenas», pensó. Salían de uno de los pesebres de las vacas y, a pesar de ser

muy buenas, estaban empapadas de agua y barro. Alanna se acercó un poco más para ver que las botas estaban unidas a un par de largas y musculosas piernas enfundadas en ante.

En su vida había visto unas piernas tan largas. Mordiéndose el labio, observó cómo los pantalones de montar se ceñían gloriosamente a aquellas masculinas extremidades. Tras acercarse un poco más, vio esbeltas caderas, estrecha cintura y un torso cubierto con un grueso chaquetón y una capa de piel.

No recordaba haber visto jamás una figura de un hombre más guapo. Dado que él había escogido su establo para dormir, le pareció que tenía todo el derecho del mundo a mirarlo a placer. Se dio cuenta de que era un hombre corpulento, mucho más alto que ninguno de sus hermanos. Se acercó un poco más para ver el resto.

Tenía el cabello rojizo. No llevaba barba, pero ésta le estaba empezando a cubrir la barbilla y el contorno de la hermosa boca. Con apreciación femenina, decidió que, efectivamente, era muy hermosa. Un rostro fuerte y huesudo, con cierto aire aristocrático, de rasgos acerados y alta frente. Se trataba de la clase de rostro por el que una mujer se volvería loca. De ello estaba segura. Sin embargo, a ella no le interesaban esa clase de asuntos. Quería que aquel hombre se levantara y se marchara para que ella pudiera ordeñar a las vacas.

—Señor... —dijo, golpeándole suavemente la bota con la punta de la suya. No hubo respuesta. Se colocó las manos en las caderas y decidió que aquel hombre estaba completamente borracho. ¿Qué otra cosa podría hacer que un hombre permaneciera completamente dormido como si estuviera muerto?

—Despiértese, necio. No puedo ordeñar a las vacas.

Le dio una buena patada en la pierna y, en aquella ocasión, obtuvo un leve gruñido como respuesta.

—Muy bien, usted lo ha querido...

Se inclinó para zarandearle a su gusto. Estaba preparada para encontrarse con el olor del alcohol, pero, en vez de eso, notó el aroma acre de la sangre.

Rápidamente se olvidó de su ira y se arrodilló para retirarle la piel de los hombros. Al ver la enorme mancha de sangre que le cubría toda la pechera, contuvo la respiración. Cuando trató de tomarle el pulso, los dedos se le mancharon de sangre.

—Bueno, veo que sigue usted vivo —murmuró—. Con la voluntad de Dios y un poco de suerte, conseguiremos que siga siendo así.

Antes de que ella pudiera levantarse para llamar a sus hermanos, el hombre le agarró con fuerza una muñeca y abrió los ojos. Alanna vio que eran verdes con un poco de azul. Como el mar. Sin embargo, aquellos ojos estaban llenos de dolor. La compasión hizo que se acercara un poco más a él para ofrecerle su consuelo.

Entonces, la mano tiró más de ella y le hizo perder el equilibrio hasta que quedó tumbada prácticamente encima de él. Su grito de indignación se vio ahogado por los labios de aquel desconocido. El beso fue breve, pero sorprendentemente firme. Cuando volvió a dejar caer la cabeza, el desconocido le dedicó una rápida y descarada sonrisa.

—Bueno, al menos sé que no estoy muerto. Labios como esos no tienen lugar en el infierno.

En lo que se refería a los piropos, Alanna los había recibido mucho mejores. Sin embargo, antes de que pudiera decirselo a aquel desconocido, él se desmayó.

Capítulo 2

Andaba a la deriva en medio de un mar turbulento que era dolor, alivio y más dolor. El whisky le calentaba el estómago y le aturdió los sentidos, pero, a pesar de todo, recordaba un profundo dolor, un cuchillo caliente hundiéndosele en la carne. Maldiciones cayendo sobre él. Una mano cálida agarrándole la suya para reconfortarle. Maravillosos trapos frescos sobre la febril frente. Un odioso líquido que le caía por la garganta.

Gritó. ¿Había gritado de verdad? ¿Había acudido alguien con suaves manos, voz dulce y aroma a lavanda para tranquilizarlo? ¿Había habido música, la voz de una mujer, suave y encantadora? ¿Cantaba en gaélico? ¿Escocia? ¿Estaba en Escocia? No. Cuando la voz volvió a hablarle, notó que carecía del familiar acento. Sin embargo, sí parecía tener la suave cadencia de la vieja Irlanda.

El barco. ¿Se había perdido el barco y lo había llevado al sur en vez de transportarlo a su casa? Recordaba un barco, pero no estaba en un puerto. Los hombres se reían. Los rostros estaban ennegrecidos y blandían hachas. El té. El maldito té.

Lo recordó todo y se sintió mucho más tranquilo. Recordó también que le habían disparado, no entonces sino más tarde. Al alba. Un estúpido error.

Entonces, vio nieve y dolor. Se había despertado con una mujer. Una mujer muy hermosa. ¿Qué más podía pedir un hombre que despertarse con una hermosa mujer, tanto si estaba vivo como si estaba muerto? Aquel pensamiento le hizo sonreír. Abrió los ojos. En lo que se refería a los sueños, aquél tenía sus virtudes.

Entonces, la vio sentada trabajando en un telar junto a una ventana. El sol le relucía en el cabello, que era tan negro como el ala de los cuervos que habitan en los bosques. Llevaba un sencillo vestido de lana de color azul oscuro con un pequeño delantal encima. Tenía el cuerpo esbelto y las manos gráciles mientras trabajaba en el telar. Con un rítmico movimiento iba realizando un dibujo en rojo sobre la lana verde.

Mientras trabajaba no dejaba de cantar. Reconoció inmediatamente su voz. Era la misma que lo había reconfortado cuando estaba inconsciente. Le veía sólo el perfil. Piel blanca y una boca rosada y generosa, con la huella de un hoyuelo al lado, acompañados de una pequeña nariz que se levantaba sólo un poco en la punta.

Observarla le proporcionaba una profunda sensación de paz tal que sintió la tentación de cerrar los ojos y volverse a quedar dormido una vez más. Sin embargo, quería verla. Además, necesitaba que ella le dijera dónde estaba.

En el momento en el que él se movió, Alanna levantó la cabeza y se volvió hacia él. Ian pudo ver sus ojos en aquellos momento. Eran azules como dos zafiros, profundos y maravillosos. Mientras la observaba tratando de encontrar la fuerza para hablar, ella se levantó, se alisó la falda y se dirigió hacia él.

La mano que le colocó sobre la frente estaba fría y le resultaba muy familiar. Rápida pero delicadamente a la vez, le comprobó el estado de la venda.

—Veo que ha decidido reunirse de nuevo con los vivos —le dijo mientras se acercaba a una mesa cercana y le servía algo en una copa de alpaca.

—Usted podría responder a eso mucho mejor que yo —consiguió responder Ian.

Ella se echó a reír mientras le llevaba la copa a los labios. El olor de su contenido le resultaba a él muy familiar y también muy desagradable.

—¿Qué diablos es esto?

—Lo que usted necesita —replicó ella vertiéndole el líquido despiadadamente por el garganta. Cuando él la miró con desaprobación, la mujer se echó a reír—. Usted me lo ha escupido suficientes veces como para no correr riesgos.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Se refiere a que cuánto tiempo lleva con nosotros? Dos días. Hoy es veinte de diciembre.

—¿Y mi montura?

—La yegua está bien —respondió Alanna contenta de que hubiera preguntado por su yegua—. Le vendría bien dormir un poco más. Yo le prepararé un poco de sopa para que se fortalezca un poco, señor...

—MacGregor —respondió él—. Ian MacGregor.

—Descanse entonces, señor MacGregor.

Antes de que pudiera retirarse, la mano de Ian agarró la de la mujer. Sin poder evitarlo, pensó en lo pequeña que ésta era.

—¿Cuál es su nombre?

—Alanna Flynn —contestó ella. Estaba pensando que la mano de aquel desconocido no era tan ruda como la de su padre o la de sus hermanos, pero sí muy fuerte—. Es usted bienvenido para permanecer en esta casa hasta que se encuentre bien para marcharse.

—Gracias.

Ian mantuvo la mano de aquella mujer en la suya, jugando con los pequeños dedos de un modo que a ella le habría parecido digno de un seductor... si no acabara de tener una fiebre muy alta. Recordó que él la había besado cuando se estaba desangrando en el establo y, con mucho cuidado, retiró la mano. El hombre sonrió. No había otro modo de describir la rápida curva que se le dibujó en los labios.

—Estoy en deuda con usted, señorita Flynn.

—En eso tiene razón —afirmó ella—. Por cierto, es señora Flynn.

Ian no fue capaz de recordar que hubiera sufrido alguna vez una desilusión mayor que aquella. No le importaba flirtear con mujeres casadas si ellas se mostraban dispuestas, pero jamás habría considerado pasar de unas cuantas sonrisas y unos cuantos susurros con la mujer de otro hombre. Decidió que era una pena que Alanna Flynn estuviera casada. Una pena.

—Le estoy muy agradecido a usted, señora Flynn, y también a su esposo.

—Puede darle usted su gratitud a mi padre —replicó ella, suavizando las palabras con una sonrisa que le profundizó aún más el hoyuelo que tenía en la mejilla—. Esta casa le pertenece a él y regresará muy pronto.

Lo observó atentamente, con las manos en las caderas. Tenía mejor color, aunque Dios sabía que le vendría bien un buen recorte de aquella melena tan larga que llevaba. Además, tampoco le haría daño un buen afeitado. A pesar de todo aquello, era un hombre muy guapo. Y como era una mujer de los pies a la cabeza, había reconocido la luz que se le iluminaba a él en los ojos cada vez que la miraba. Por eso, decidió ponerse en guardia.

—Si no va a dormir, es mejor que coma un poco. Iré a por esa sopa.

Alanna lo dejó para dirigirse a la cocina. Cuando se quedó a solas, Ian permaneció tumbado y empezó a examinar la estancia en la que se encontraba. Evidentemente, el padre de Alanna Flynn había sabido ganarse la vida. Los cristales de las ventanas eran de buena calidad y las paredes estaban encaladas. Todo estaba muy limpio. Además de una chimenea de buen tamaño, había un telar al lado de una ventana y una ruca un poco más allá. Los muebles no tenían ni una mota de polvo y estaban decorados con unos cuantos cojines de punto de cruz. Notó el aroma de manzanas asadas y de carnes adobadas. Efectivamente, aquél era un hogar muy cómodo en medio de unas tierras completamente salvajes. Un hombre tenía que respetar a otro que había alcanzado un logro semejante. Un hombre debía luchar para mantener lo que había conseguido y había cosas por las que merecía la pena luchar. Incluso morir. Sus tierras. Su apellido. Su esposa. Su libertad. Por todas aquellas cosas, Ian estaba más que dispuesto a levantar su espada. Cuando trató de incorporarse, la acogedora sala empezó a dar vueltas a su alrededor.

—¿Acaso no es esto propio de un hombre? —exclamó Alanna al entrar en la estancia con un bol de sopa—. Acaba usted de deshacer todo mi trabajo. Estése quieto. Está usted tan débil como un bebé y dos veces más inquieto.

—Señora Flynn...

—Coma primero y hable después.

En defensa propia, Ian se tragó la primera cucharada de sopa que ella le metió en la boca.

—La sopa está muy buena, señora, pero puedo alimentarme yo solo.

—Y, además, derramarla por las sábanas limpias. No, gracias. Necesita usted reponer fuerzas. Perdió mucha sangre antes de llegar a esta casa... y más aún cuando se le sacó la bala —añadió. No había dejado de darle cucharadas de sopa y la mano no le temblaba. El corazón sí.

Al notar el aroma a hierbas y la propia fragancia de lavanda que exhalaba aquella mujer, Ian decidió que permitir que lo alimentaran tenía sus ventajas.

—Si no hubiera hecho tanto frío —prosiguió ella—, se habría desangrado mucho más rápidamente y habría muerto usted en el bosque.

—En ese caso, debo estarle agradecido a la naturaleza aparte de a usted por salvarme la vida.

—Se dice que el Señor se mueve por caminos misteriosos. Aparentemente, Él consideró adecuado mantenerlo a usted con vida a pesar de que usted se había esforzado tanto porque lo mataran.

—Además, me ha puesto en manos de una vecina —comentó él, con una encantadora sonrisa—. Jamás he estado en Irlanda, pero me han contado que es una tierra muy hermosa.

—Eso dice mi padre. Yo nací aquí.

—Pero tiene acento irlandés.

—Y usted escocés.

—Hace cinco años que abandoné Escocia —dijo, con una cierta tristeza—. He vivido en Boston un tiempo. Estuve estudiando allí y tengo amigos en esa ciudad.

—Ha estudiado —dijo ella. Ya había reconocido que era una persona con estudios por su modo de hablar y le envidiaba por ello.

—Sí. En Harvard.

—Entiendo —replicó Alanna. Por eso le envidió aún más. Si su madre hubiera seguido con vida... Desgraciadamente, su madre había muerto y Alanna sólo había tenido un libro para aprender a leer y

a escribir—. Ahora está usted muy lejos de Boston. A un día de camino. ¿No tiene usted familiares o amigos que se preocupen por su paradero?

—No. Nadie...

Quería acariciarla. Sabía que estaba mal y que iba contra su código de honor, pero se moría de ganas por comprobar si la mejilla de aquella mujer era tan suave como parecía. Si su cabello sería tan pesado y espeso al tacto. Si su boca sería tan dulce...

Ella levantó las pestañas y sus ojos, fríos y claros, se encontraron con los de él. Durante un instante, Ian comprobó cómo ella le recorría el rostro con la mirada y recordó. Ya había saboreado aquellos labios en una ocasión.

A pesar de sus mejores intenciones, se los miró. Se detuvo en ellos. Cuando ella se tensó, levantó los ojos. En ellos no había disculpa alguna.

—Debo pedirle disculpas, señora Flynn —dijo, de todos modos—. Cuando usted me encontró en el establo, no era yo.

—Pues se recuperó muy rápidamente —le espetó ella.

—En ese caso, razón de más para pedirle perdón. Espero que su marido no me rete a duelo.

—No creo que haya muchas posibilidades de que eso ocurra. Hace tres años que murió.

Ian levantó la mirada rápidamente, pero ella se limitó a meterle otra cucharada de sopa en la boca. A pesar de que Dios pudiera acabar con su vida en aquel mismo instante, no podía decir que se lamentara de haberse enterado de aquel detalle. Flynn se había encontrado con su Hacedor y, después de todo, él ni siquiera lo había conocido. ¿Qué mejor modo de pasar un par de días que recuperándose en el regazo de una joven viuda?

Alanna olió el deseo del mismo modo que un perro de caza huele a los ciervos. Se levantó y se apartó inmediatamente.

—Ahora, es mejor que descanse.

—Me siento como si llevara semanas descansando —replicó él. Era tan hermosa, tan llena de curvas y de hermosos colores. Trató de esbozar su sonrisa más seductora—. ¿Le supondría a usted mucha molestia ayudarme a sentarme en una silla? Si pudiera sentarme, e incluso mirar por la ventana, me sentiría mejor.

Alanna dudó, pero no porque tuviera miedo de no poder moverlo sola. Se consideraba tan fuerte como un toro, pero no confiaba en el brillo que acababa de verle a aquel desconocido en los ojos.

—Muy bien, pero tendrá que apoyarse en mí e ir muy despacio.

—Encantado.

Ian agarró la mano que ella le ofrecía y se la llevó a los labios. Antes de que ella pudiera apartarla, le dio la vuelta y le rozó la palma de la mano con la boca de un modo que ningún otro hombre lo había hecho nunca con Alanna. Ella sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Tiene usted el color de unas joyas que vi en una ocasión en el cuello de la reina de Francia. Eran zafiros —murmuró.

Alanna no se movió. No podía. Jamás en toda su vida la había mirado un hombre de aquel modo. Sintió que un profundo calor se apoderaba de ella, desde el nudo que se le había formado en el vientre hasta los pechos, que de repente se le habían puesto erectos, para luego seguirle por la garganta hasta llegarle al rostro. Cuando él sonrió, decidió apartar bruscamente la mano.

—Es usted un canalla, señor MacGregor.

—Podría ser, señora Flynn, pero eso no hace que mis palabras sean menos ciertas. Es usted muy hermosa. Igual que su nombre. Alanna.

Ella sabía bien que no debía dejarse llevar por los halagos de un desconocido. Sin embargo, el centro de la palma de la mano aún le ardía.

—Ése es mi nombre, pero usted tendrá que esperar a que yo le dé permiso para utilizarlo —le espetó. No sin cierto alivio, escuchó un cierto revuelo en el exterior. Notó que Ian se había dado cuenta también de la llegada de los caballos y que se tensaba—. Deben de ser mi padre y mis hermanos. Si aún le apetece sentarse al lado de la ventana ellos le ayudarán.

Con eso, se dirigió hacia la puerta. Todos estarían hambrientos y tendrían frío, Se comerían de un bocado los pasteles de carne y las tartas de manzana que ella había preparado sin pensar en el tiempo ni el cuidado que ella habría tenido que emplear para realizarlo. Su padre se sentiría más preocupado por lo que ella no había hecho que por lo que sí había realizado. Johnny pensaría en el tiempo que tardaría en poder marcharse al pueblo para poder cortejar a la joven Mary Wyeth. Brian metería la nariz en uno de los libros que tanto amaba y que leía junto al fuego hasta que se quedaba dormido.

Los tres entraron en la estancia, llevando con ellos el frío y la nieve del exterior.

Al notar que, efectivamente, se trataba de la familia de Alanna, Ian se relajó. Tal vez había sido un estúpido al pensar que los soldados británicos podrían haber seguido sus huellas a través de la nieve, pero no era un hombre que soliera bajar la guardia. Vio a tres hombres, o mejor dicho, a dos hombres y a un muchacho. El de más edad era poco más alto que Alanna, pero de fuerte constitución. Tenía el rostro enrojecido y endurecido por los años y los ojos de un color azul más pálido que los de su hija. Se quitó la gorra de trabajo y dejó al descubierto un cabello ralo y canoso.

El hijo mayor se parecía mucho a él, con más altura y menos peso. En su rostro, se notaba una paciencia y una tranquilidad de la que su padre carecía.

El joven se parecía a su hermano, pero se notaba perfectamente en su rostro que aún era un niño.

—Nuestro huésped se ha despertado —anunció ella.

Los tres hombres se volvieron para mirar a Ian.

—Ian MacGregor, le presento a mi padre, Cyrus Murphy, y a mis hermanos John y Brian.

—MacGregor —rugió el padre—. Qué apellido más raro.

A pesar del dolor, Ian se tensó y se incorporó todo lo que le fue posible.

—Un apellido del que estoy muy orgulloso.

—Un hombre debería estar siempre muy orgulloso de su apellido —replicó Cyrus sin dejar de observar a Ian—. Es lo único que tiene al nacer. Me alegro de que hayas decidido seguir con vida porque el suelo está helado y no podríamos haberte enterrado hasta la primavera.

—A mí también me alegra bastante.

Satisfecho con la respuesta, Cyrus asintió.

—Ahora iremos a lavarnos para cenar.

—Johnny —le dijo Alanna a su hermano mayor—, ¿te importaría ayudar al señor MacGregor a levantarse de la cama antes de que te vayas a cenar?

Johnny miró a Ian y sonrió.

—Estás como un toro, MacGregor. Nos costó una barbaridad meterte en la casa. Échame una mano, Brian.

—Gracias.

Ian lanzó un gruñido al levantar los dos brazos sobre los hombros de los Murphy. Tras maldecir a sus débiles piernas, se juró que, al día siguiente, conseguiría levantarse y andar por su propio pie. Sin embargo, cuando por fin lo levantaron y lo sentaron en la silla, estaba sudando por el esfuerzo.

—Para ser un hombre que acaba de escapar a la muerte, no lo estás haciendo nada mal —le dijo Johnny. Comprendía muy bien las frustraciones de cualquier hombre enfermo.

—Me siento como si me hubiera bebido una caja de grog y luego me hubiera marchado en un barco en medio de una tormenta.

—Sí —dijo Johnny golpeándole el hombro que tenía bueno con una fuerte palmada—. No te preocupes. Alanna te curará —añadió. Con eso, se marchó para lavarse y cenar.

—¿Señor MacGregor? —le preguntó Brian, mucho más tímido que su hermano mayor—. Es usted demasiado joven para haber luchado con los Cuarenta y Cinco. He leído todo lo ocurrido. La rebelión de los Estuardo, sobre el príncipe heredero y las batallas, pero creo que es usted demasiado joven para haber participado en ellas.

—Yo nací en el 46 —respondió Ian—. Durante la batalla de Culloden. Mi padre luchó en esa revuelta y mi abuelo murió en ella.

—En ese caso, usted me podría contar muchas más cosas de las que soy capaz de encontrar en los libros —susurró el muchacho, muy impresionado.

—Sí —dijo Ian, con una sonrisa—. Podría contarte mucho más...

—Brian —los interrumpió Alanna—, el señor MacGregor necesita descansar y tú tienes que comer.

—Tal vez, si usted no está demasiado cansado, podríamos charlar después de cenar.

—Me encantaría... —replicó Ian, sin prestar atención a las miradas de advertencia que Alanna le estaba lanzando.

Ella esperó hasta que Brian no pudo oírla. Cuando tomó la palabra, la furia que había en su voz sorprendió profundamente a Ian.

—No voy a consentir que le llene usted la cabeza con la gloria de la guerra, de las batallas y de las buenas causas.

—A mí me parece que es lo suficientemente mayor para decidir sobre lo que quiere hablar.

—Aún es un muchacho y resulta muy fácil llenarle la cabeza de tonterías. No pienso consentir que en mi casa se hable de guerra —afirmó ella, mirándole directamente a los ojos.

—Muy pronto, en todas las casas habrá mucho más que conversaciones sobre la guerra —le advirtió Ian—. Es una tontería que un hombre, o una mujer, no se prepare al respecto.

Alanna palideció, pero mantuvo la cabeza alta.

—En esta casa no habrá guerra alguna —reiteró. Entonces, se marchó corriendo a la cocina.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Ian se despertó muy temprano con la suave luz invernal y el agradable aroma a pan recién hecho. Durante un instante, permaneció tumbado, sin moverse, disfrutando de los sonidos y de los aromas de la mañana. A sus espaldas, el fuego ardía en la chimenea, proporcionando calor y agradable luz a la estancia. La voz de Alanna se escuchaba desde la cocina. En aquella ocasión estaba cantando en inglés y, durante unos instantes, Ian se sintió completamente atrapado con el sonido de su voz como para prestar atención a la letra de la tonada. Cuando consiguió centrarse en lo que la canción decía, se sorprendió primero y luego se echó a reír.

Se trataba de una canción algo subida de tono, más propia de un marinero o de un borracho que de una joven viuda. Eso sólo podía significar que la hermosa Alanna tenía buen sentido del humor. Por este hecho, ella le gustó aún más, aunque dudaba que su lengua hubiera pronunciado tan despreocupadamente la letra de la canción si hubiera sabido que tenía espectadores.

Con mucho cuidado, Ian sacó las piernas del camastro. Tardó algún tiempo en ponerse de pie y, cuando lo consiguió, se sintió algo mareado, débil y muy furioso. Agotado como un anciano, tuvo que apoyarse contra la pared. Cuando logró recuperar el aliento, intentó dar un paso al frente. La sala empezó a dar vueltas a su alrededor, pero él apretó los dientes hasta que consiguió que ésta se detuviera. El brazo le dolía mucho. Concentrándose en el dolor, fue capaz de dar otro paso, y otro más. Agradeció que nadie estuviera allí para contemplar su tedioso y agotador progreso.

Resultaba deprimente que una pequeña bala de mosquete pudiera tumbar a un MacGregor. El hecho de que aquella pequeña bala hubiera sido inglesa lo empujó a seguir andando. Parecía que las piernas se le iban a doblar en cualquier instante y el sudor le cubría la frente y la nuca. Sin embargo, en su corazón latía un fiero orgullo. Si tenía la oportunidad de volver a luchar, lo haría sin dudarlo. Y no podría luchar hasta que no fuera capaz de andar.

Cuando llegó por fin a la puerta de la cocina, completamente agotado por el esfuerzo, Alanna estaba cantando un villancico. Parecía no tener problema alguno en entonar cancioncillas sobre mujeres bien dotadas para pasar luego a anunciar la llegada de los ángeles.

En realidad, a Ian no le importaba lo que cantara. Mientras estuvo observándola y escuchándola, supo con igual certeza que un MacGregor siempre viviría en las Tierras Altas que la voz de Alanna lo acompañaría hasta la tumba. Jamás la olvidaría. La rica entonación de notas le hizo imaginársela con el cabello suelto y extendido sobre una almohada.

Su almohada. Se sobresaltó al comprender que era allí precisamente donde quería tenerla. El deseo era tan fuerte que le pareció sentir los sedosos mechones entre los dedos.

En aquellos momentos, la mayor parte de aquellos rizos negros quedaban ocultos bajo un tocado blanco, que debería haberle dado un aspecto respetable y virginal. Sin embargo, algunos de esos rizos se escapaban por la delicada nuca muy seductoramente. A Ian no le resultó difícil imaginarse lo que sentiría al tocarla con los dedos de la misma manera. Sentir el calor de su piel y los movimientos de su cuerpo contra el de él.

¿Sería tan ágil en la cama como lo era ante los fogones? Decidió que tal vez no estaba tan débil como había pensado si cada vez que veía a aquella mujer la sangre empezaba a hervirle y su pensamiento empezaba a seguir un camino en particular. Si no hubiera temido caerse de bruces y quedar en ridículo, habría cruzado la cocina y la habría obligado a darse la vuelta para poder apretarla

a placer contra su cuerpo y robarle un beso. En vez de eso, decidió que era mejor esperar a que las piernas se le fortalecieran un poco más.

Alanna no dejaba de amasar mientras los bollos de pan se iban haciendo. Él podía ver perfectamente cómo sus pequeñas y capaces manos apretaban, estiraban y moldeaban la masa paciente e incansablemente. Mientras la observaba su mente rebelde se llenó de unos pensamientos tan lujuriosos que no pudo evitar que un gruñido se le escapara de los labios.

Alanna se dio la vuelta rápidamente con las manos aún hundidas en la bola de masa. Lo primero que pensó la avergonzó, dado que, cuando lo vio ocupando el umbral de la puerta, con la camisa abierta, se preguntó cómo podría conseguir que volviera a besarle la mano una vez más. Asqueada consigo misma, dejó la masa sobre la tabla y echó a correr hacia él. Ian estaba muy pálido y había empezado a temblar. Por experiencia previa, Alanna sabía que si se le caía al suelo, le costaría mucho trabajo volver a meterlo en la cama.

—Venga, señor MacGregor, apóyese sobre mí —sugirió ella. Dado que la silla de la cocina estaba cerca y que el peso de Ian resultaba más que considerable, decidió que lo mejor era conducirlo hasta ella para que se sentara—. Idiota —añadió, con más humor que verdadero enfado—. Como todos los hombres. Espero que no se haya vuelto a abrir la herida porque acabo de fregar el suelo y no me gustaría tener que volver a hacerlo.

—Sí, señora.

La respuesta fue bastante débil, pero no se le ocurrió otra cosa. El aroma de Alanna le nublaba el cerebro y el rostro de la joven viuda estaba tan cerca del suyo que le podría haber contado todas y cada una de las negras pestañas.

—Sólo tenía usted que llamar —dijo ella, tras comprobar que la venda seguía seca. Tal y como podría haber hecho por uno de sus hermanos, empezó a abrocharle la camisa. Ian tuvo que contener otro gruñido.

—Tenía que poner a prueba mis piernas —susurró. La sangre se le había calentado hasta lo imposible. Como resultado, tenía la voz algo ronca—. No podré levantarme si me paso el día tumbado.

—Se levantará usted cuando yo le diga y no antes —le espetó ella.

Entonces, se apartó de él y empezó a preparar algo en una copa de alpaca. Al notar el olor, Ian hizo un gesto de dolor.

—No pienso tomar más de ese brebaje.

—Se lo tomará y dará las gracias —replicó Alanna, dejando la copa sobre la mesa con un golpe seco—, si quiere volver a tener algo en el estómago.

Ian la miró de un modo que sabía que arrebataba a hombres hechos y derechos. Alanna se limitó a colocarse las manos sobre las caderas y a devolverle la mirada. Ian entornó la mirada. Ella también.

—Está usted enfadada porque anoche estuve hablando con Brian.

—Si hubiera estado usted descansando en vez de hablar de la gloria de la guerra, no se sentiría tan débil e irritado esta mañana —replicó ella, levantando la barbilla con un gesto de altivez.

—No me siento ni irritable ni débil.

Cuando ella lanzó un bufido de burla, Ian deseó fervientemente tener las fuerzas necesarias para levantarse. A continuación, la habría besado hasta que suspirara de deseo por él y le habría enseñado de qué pasta estaba hecho un MacGregor.

—Si me siento irritable —admitió, entre dientes—, es porque estoy a punto de morirme de hambre.

Alanna sonrió, encantada de haberse salido con la suya.

—Podrá desayunar después de que haya vaciado esa copa. No antes —dijo.

Con un revuelo de faldas, regresó a su tarea de hacer pan.

Mientras ella estaba de espaldas, Ian miró a su alrededor para buscar un sitio en el que verter el asqueroso líquido. Cuando no vio ninguno, se cruzó de brazos y frunció el ceño. Alanna sonrió. No había crecido en una casa llena de hombres sin aprender nada. Sabía perfectamente lo que Ian estaba pensando en aquellos momentos. Era un hombre testarudo, pero ella también.

Comenzó a canturrear.

Ian ya no estaba pensando en besarla sino más bien en estrangularla. Estaba allí sentado, muerto de hambre, con el delicioso aroma del pan envolviéndolo por todas partes. Lo único que aquella mujer le había dado era una taza de maloliente medicina.

Sin dejar de cantar, Alanna colocó la masa en un bol para que levantara y la tapó con un trapo limpio. Sin prestar atención alguna a Ian, comprobó el horno y decidió que aquellas barras ya estaban hechas. Cuando las sacó para que se enfriaran, el aroma a pan recién hecho inundó la cocina.

Ian decidió que tenía su orgullo, pero, ¿de qué le servía a un hombre el orgullo si se moría de hambre? Mientras levantaba la taza y se la tomaba de un trago, decidió que Alanna Flynn pagaría por lo que estaba haciendo.

Ella se aseguró que de Ian no la viera cuando sonrió. Sin decir ni una palabra, calentó una sartén y, en pocos minutos, le colocó delante un plato lleno de huevos y una buena rebanada del pan recién hecho. Añadió también un poco de mantequilla y una taza de humeante café.

Mientras él comía, se mantuvo ocupada fregando la sartén y fregando la mesa para que no quedara ni un trozo de masa por ninguna parte. Era una mujer que disfrutaba de la soledad de sus mañanas y que se enorgullecía de su dominio de la cocina y de los cientos de tareas que ésta suponía. No obstante, no lamentaba la presencia de Ian en la cocina aunque sabía muy bien que él no dejaba de observarla con sus ojos verdes como el mar. De hecho, le parecía natural e incluso familiar que él estuviera sentado a su mesa saboreando su comida.

No. No le molestaba su presencia, pero tampoco podía relajarse con ella. El silencio que se extendía entre ambos ya no estaba teñido por la ira de ninguna de las dos partes. Estaba teñido de otra cosa, algo que ponía a Alanna muy nerviosa y que provocaba que el corazón le golpeará con fuerza contra las costillas.

Como necesitaba romper aquella situación, se volvió para mirarlo. Efectivamente, Ian la estaba observando, no con ira sino con... interés. En realidad, esta palabra no llegaba a definir por completo lo que se reflejaba en los ojos del escocés, pero era la más segura. Y Alanna necesitaba sentirse segura en aquellos momentos.

—Un caballero me daría las gracias por el desayuno.

Él realizó un gesto con la boca que parecía indicar que sólo se comportaba como un caballero cuando quería hacerlo.

—Por supuesto que le estoy muy agradecido, señora Flynn. Muy sinceramente. Me pregunto si podría suplicarle otra taza de café.

Las palabras que pronunció eran muy adecuadas, pero Alanna no se fiaba de la mirada que

reflejaban sus ojos. Mientras tomaba la taza para volver a llenársela, se mantuvo a cierta distancia.

—El té sería mucho mejor para usted —comentó—, pero en esta casa no lo tomamos.

—¿Cómo protesta?

—Sí. No tomaremos ese maldito brebaje hasta que el rey se atenga a razones. Otros realizan protestas más alocadas y peligrosas.

—¿Cómo cuáles?

—Johnny se ha enterado de que los Hijos de la Libertad destruyeron el cargamento de té que portaban tres barcos en el puerto de Boston. Se disfrazaron de indios y abordaron los barcos. Antes de que terminara la noche, habían arrojado todo el cargamento al mar.

—¿Y cree usted que eso es una locura?

—Ciertamente es arriesgado —comentó ella—. Incluso heroico, en especial a los ojos de Brian. Sin embargo, es una tontería porque con eso sólo van a conseguir que el rey imponga medidas aún más duras —añadió dejándole la taza sobre la mesa.

—Entonces, ¿cree usted que es mejor no hacer nada cuando la injusticia se reparte con mano tan generosa? ¿Que es mejor permanecer sentado como un perro y aceptar la patada?

Alanna se ruborizó.

—Ningún rey vive para siempre.

—Ah, claro. En ese caso, es mejor que esperemos hasta que el loco de Jorge la palme en vez de pelear ahora por lo que es justo.

—En esta casa, ya hemos sufrido bastante con las guerras.

—Hasta que todo esté solucionado, habrá más.

—¿Solucionado? —replicó ella—. ¿Solucionado con plumas en el cabello y destrozando cajas de té? ¿Solucionado como quedó todo arreglado para las esposas y las madres de los que lucharon en Lexington? ¿Por qué? ¿Para conseguir más tumbas y más lágrimas?

—Por la libertad. Por la justicia.

—Palabras —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Las palabras no mueren. Los hombres sí.

—Los hombres deben morir, tanto si es de vejez como a punta de espada. ¿De verdad cree usted que es mejor plegarse al yugo inglés una y otra vez hasta que se nos rompan las espaldas? ¿O acaso deberíamos mantenernos erguidos y luchar por lo que nos pertenece por derecho?

Alanna sintió que el miedo se apoderaba de ella al ver cómo le brillaban los ojos al hablar.

—Habla usted como un rebelde, MacGregor.

—Como un verdadero norteamericano. Como un Hijo de la Libertad.

—Me lo tendría que haber imaginado —murmuró ella. Le quitó el plato y lo apartó. Entonces, sin poder evitarlo, se volvió de espaldas—. ¿Mereció la pena arriesgar la vida por arrojar ese té al mar?

—Se trató más bien de un error de cálculo y nada que realmente esté relacionado con nuestra pequeña fiesta.

—Fiesta... ¡Qué propio de un hombre es hacer broma de una insurrección!

—¡Y qué propio de una mujer es retorcerse las manos ante la perspectiva de la lucha!

Alanna se dio la vuelta y lo miró.

—Yo no me retuerzo las manos —dijo—. Y ciertamente no derramaría ni una lágrima por los que son de su calaña.

—Estoy seguro de que me echará de menos cuando me haya marchado.

—Ni hablar. Ahora, regrese a la cama.

—Dudo que tenga la fuerza suficiente para conseguirlo y o solo.

Alanna lanzó un suspiro, pero se acercó a él para ofrecerle su ayuda. Ian le agarró un hombro y, con un rápido movimiento, la sentó sobre su regazo. Ella le maldijo con una habilidad que Ian se vio obligado a admirar.

—Quieta —le dijo—, aparte de las diferencias de opinión en la política, me parece que es usted muy bonita, Alanna. Acabo de descubrir que hace mucho tiempo que no tengo a una mujer entre los brazos.

—Hijo de... —susurró ella. Entonces, le golpeó con fuerza.

Ian hizo un gesto de dolor al notar que se resentía su brazo herido.

—Estoy seguro de que mi padre se sentiría ofendido por esas palabras, amor mío.

—Yo no soy eso para usted, canalla.

—Sigue así y me vas a abrir la herida, por lo que tendrás sangre por todo el suelo que acabas de limpiar.

—Nada me daría más placer.

Muy contento, él sonrió y le agarró la barbilla con la mano.

—Para ser una mujer que tiene una opinión tan definida sobre los males de la guerra, veo que te gusta demasiado la sangre.

Alanna lo maldijo hasta que se quedó sin aliento. Su hermano John no le había dicho más que la verdad cuando afirmó que Ian era fuerte como un toro. Por mucho que se esforzaba por soltarse de él, no podía conseguirlo.

—Que te zurzan. A ti y a todos los tuyos.

Ian había tenido la intención de hacerle pagar por haberle hecho beber la desagradable medicina que ella le había preparado. Sólo se la había sentado en el regazo para incomodarla. Entonces, cuando la tenía ya sentada y ella no dejaba de moverse, se le había ocurrido que podía disfrutar un poco de aquella situación. Un beso. Un único beso robado. Después de todo, ella ya estaba furiosa.

De hecho, mientras le cubría la boca con la suya, Ian se estaba riendo. Se moría de ganas por escuchar la nueva andanada de insultos que ella le lanzaría cuando hubiera terminado. Sin embargo, las risas murieron inmediatamente. El cuerpo de Alanna dejó de resistirse.

Ian trató de recordarse que sería un único beso, pero la cabeza empezó a darle vueltas. Descubrió que se sentía mareado y débil, como se había sentido cuando se levantó por primera vez de la cama.

Aquello no tenía nada que ver con la herida del hombro. Sin embargo, notaba cierto dolor, una dulce molestia que se le iba extendiendo por todo su ser. Se preguntó si se le habría concedido no sólo el derecho de volver a pelear, sino también el de recibir el don de un beso tan perfecto.

Alanna no se resistió. Su corazón de mujer le decía que debía hacerlo, pero aquel mismo corazón le había hecho comprender que no debía. Su cuerpo, rígido por la sorpresa inicial, se había rendido.

Los labios de Ian eran fríos y suaves contra los de ella mientras que el nacimiento de la barba le arañaba la piel. Se oyó suspirar al separar los labios y luego saboreó los de él con la lengua. Le colocó una mano sobre la mejilla y le acarició dulcemente el rostro. Ian, por su parte, le agarró el cabello con pasión.

Durante un instante, él profundizó el beso y la llevó más allá de lo que tan sólo había podido soñar hasta entonces. Alanna saboreó la riqueza de la boca de Ian y, de repente, escuchó una

maldición al notar que él se apartaba bruscamente.

Sólo pudo mirarla. Le molestaba profundamente no ser capaz de hacer nada más. Le había quitado el tocado para que el cabello se le derramara como una lluvia negra sobre los hombros. Ella tenía los ojos tan grandes, tan azules contra el suave rubor que cubría su rostro que Ian se temió que pudiera ahogarse en ellos.

Aquella mujer sería capaz de hacerle olvidar el deber, el honor y la justicia. Aquella mujer sería capaz de ponerlo de rodillas sólo para conseguir que ella le dedicara una palabra amable. Era un MacGregor. No podía olvidarse de ello. Jamás se pondría de rodillas.

—Le pido perdón, señora —dijo, con voz extremadamente cortés y fría—. Mi comportamiento ha sido inexcusable.

Con cuidado, ella se puso de pie y examinó el suelo para buscar su tocado. Cuando lo halló, se irguió tan recta como un huso y lo miró.

—Le pido una vez más, señor MacGregor, que regrese a su cama.

Alanna no movió ni un músculo hasta que él se hubo marchado. Entonces se secó una lágrima y regresó a sus quehaceres. No pensaría en lo ocurrido. No pensaría en él.

Entonces, pagó todas sus frustraciones con la masa de pan.

Capítulo 4

La Navidad siempre le había proporcionado a Alanna una profunda alegría. Realizar los preparativos de las celebraciones era un placer para ella. Además, siempre había hecho hincapié en el perdón de las afrentas, tanto si eran pequeñas como de importancia, y se dejaba llevar por el espíritu de la generosidad. Estaba deseando ponerse su mejor vestido y dirigirse al pueblo para escuchar misa.

Sin embargo, a medida que aquella Navidad en particular se iba acercando, se sentía deprimida e irritable a la vez. A menudo se sorprendía respondiendo de mala manera a sus hermanos y mostrándose impaciente con su padre. Se puso a llorar porque se le quemó un pastel y salió hecha una fiera de la casa cuando Johnny se puso a bromear al respecto.

Sentada sobre una piedra junto al arroyo helado, apoyó la barbilla entre las manos y se puso a pensar. No era justo que hiciera pagar a su familia su mal humor. No habían hecho nada para merecerlo. Ella había escogido el camino más fácil al enfrentarse a ellos, cuando en realidad con quien quería hacerlo era con Ian MacGregor. Dio una patada a la nieve helada.

Efectivamente, él había mantenido las distancias en los dos últimos días. Qué cobarde. Había conseguido ponerse de pie y salir al granero como la comadreja que era. Su padre le estaba muy agradecido por la ayuda que le estaba prestando con los animales, pero Alanna conocía la verdadera razón que había empujado a MacGregor a limpiar establos y a reparar arneses.

Tenía miedo de Alanna. Ella sonrió. Sí. Efectivamente, tenía miedo de que ella desatara la ira del infierno sobre su cabeza. Y debería hacerlo. ¿Qué clase de hombre era capaz de besar a una mujer hasta dejarla sorda y muda a todo menos a él... y luego excusarse cortésmente como si le hubiera pisado un pie sin querer?

No había tenido derecho alguno a besarla... y mucho menos a no prestar atención a lo que ocurrió cuando lo hubo hecho.

Alanna le había salvado la vida y él se había atrevido a recompensarle haciendo que ella lo deseara como ninguna mujer virtuosa debía desear a un hombre que no fuera su esposo. Sin embargo, Alanna lo deseaba y lo hacía de un modo muy diferente a la tranquilidad y la comodidad con la que había deseado a Michael Flynn.

Por supuesto, todo aquello era una locura. Era un rebelde. Esa clase de hombres hacen historia... y convierten en viudas a sus esposas. Lo único que Alanna deseaba era poder llevar una vida tranquila, tener hijos y una casa propia de la que ocuparse. Quería tener un hombre que regresara a casa todas las noches para dormir a su lado a lo largo de toda una vida. Un hombre que se contentara con sentarse al lado del fuego y charlar con ella sobre el día que había pasado.

Ian MacGregor no era esa clase de hombre. No. Había reconocido en él el mismo fuego que había visto en los ojos de Rory. Esa clase de hombre nacía para luchar y nada ni nadie podía convencerlos de lo contrario. Estaban los marcados por el destino antes incluso del nacimiento para luchar y morir en el campo de batalla. Ése había sido el caso de Rory, su hermano mayor, el hermano al que más había querido. Igual que Ian MacGregor, un hombre al que sólo hacía días que conocía y al que jamás podría amar.

Mientras estaba allí, pensando, una sombra se irguió sobre ella. Se tensó y se dio la vuelta. Al ver que se trataba de su hermano menor, Brian, consiguió esbozar una sonrisa.

—No te preocupes. No corres peligro —bromeó—. Ya no estoy de humor para arrojar a nadie al

arroyo.

—El pastel no estaba mal si se cortaban las partes quemadas.

Ella entornó los ojos lo suficiente como para hacer que Brian sonriera.

—Podría ser que termines en el arroyo después de todo.

—Pues sólo te serviría para que te sintieras mal cuando me tuviera que meter en la cama con un resfriado y tú tuvieras que cuidar de mí con tus pócimas y medicinas. Mira, te he traído un regalo — dijo, mostrándole por fin la guirnalda de acebo que llevaba oculta en la espalda—. Se me había ocurrido que si le pones unas cintas podrías colgarla de la puerta por Navidad.

Alanna lo aceptó. Estaba muy mal hecha, pero no por ello dejaba de ser menos apreciada por Alanna. A Brian se le daba mucho mejor trabajar con la mente que con las manos.

—¿Me he portado como una fierecilla?

—Sí —respondió Brian, tras sentarse a su lado sobre la nieve—, pero sé que no puedes seguir de mal humor cuando la Navidad está ya a las puertas.

—No —admitió ella—. Supongo que no.

—Alanna, ¿crees que Ian se quedará con nosotros hasta el día de Navidad?

Ella cambió la sonrisa por un ceño fruncido.

—No lo sé. Parece estar recuperándose muy rápidamente.

—Papá dice que le ayuda mucho, aunque no sea granjero. Además, sabe tantas cosas... Imaginate. Ha ido a Harvard y ha leído muchos libros.

—Sí... Si tenemos una buena cosecha durante los próximos años, tú también irás a estudiar allí. Te lo prometo.

Brian guardó silencio. Deseaba aquello más que respirar, pero, en cierto modo, había aprendido a aceptar que jamás sería posible.

—Tener a Ian aquí es casi lo mismo. Sabe tantas cosas...

Alanna frunció los labios.

—Sí, estoy segura de ello.

—Me ha prestado un libro que llevaba en su silla de montar. Se trata del *Enrique V* de Shakespeare. Habla sobre el joven rey Harry y relata maravillosas batallas.

Batallas. Parecía que los hombres no pensaban en otra cosa desde el momento en el que sus madres los destetaban. Sin darse cuenta de que Alanna guardaba silencio al respecto, Brian siguió hablando.

—Resulta mejor aún escucharle. Me ha contado cómo su familia luchó en Escocia. Su tía se casó con un inglés, un jacobita. Los dos salieron huyendo a América cuando la rebelión fue aplastada. Tienen una plantación en Virginia y cultivan tabaco. Tiene otros tíos que también vinieron aquí, pero sus padres siguen viviendo en Escocia. En las Tierras Altas. Parece un lugar maravilloso, Alanna, con profundos acantilados y lagos sin fondo. Él nació en una casa en el bosque el mismo día que su padre estaba luchando contra los ingleses en Culloden.

Alanna se imaginó a una mujer luchando contra los dolores de parto y decidió que tanto los hombres como las mujeres entablaban sus propias batallas. Las mujeres luchaban por la vida y los hombres por la muerte.

—Después de la batalla —prosiguió Brian—, los ingleses masacraron a los supervivientes. Los heridos, los que se habían rendido e incluso a las personas que estaban trabajando en los campos

cercanos. Persiguieron a los rebeldes y los mataron donde los encontraron. A algunos los encerraron en un granero y los quemaron vivos.

—Dios Santo... —susurró ella, horrorizada.

—La familia de Ian vivió en una cueva mientras los ingleses registraban las colinas para encontrar a los rebeldes. La tía de Ian, la que tiene la plantación, mató a un soldado inglés. Le disparó cuando trató de asesinar a su esposo herido.

Alanna tragó saliva.

—Me parece que el señor MacGregor exagera un poco.

—No —afirmó Brian—. ¿Crees que llegaremos aquí a esos extremos cuando comience la rebelión?

—Aquí no habrá rebelión alguna —replicó ella—. Con el tiempo, el gobierno se hará más razonable y si Ian MacGregor te dice lo contrario...

—No se trata sólo de Ian. Hasta Johnny lo dice. Y los hombres del pueblo. Ian dice que la destrucción del té en Boston es sólo el inicio de una revolución que se hizo inevitable en el momento en el que Jorge III accedió al trono. Ian dice que ya ha llegado el momento de deshacernos de los británicos y convertirnos en lo que verdaderamente somos. Hombres libres.

—Ian dice... Ian dice... —repuso Alanna tras levantarse y sacudirse las faldas—. Creo que Ian habla demasiado. Llévame la guirnalda a casa, Brian. La colgaré en cuanto haya terminado.

Brian observó cómo se marchaba su hermana. Parecía que iba a haber al menos una explosión de cólera antes de que el negro estado de ánimo de su hermana se aliviara.

Ian disfrutaba trabajando en el establo. De hecho, disfrutaba pudiendo trabajar. El brazo y el hombro aún estaban algo rígidos, pero el dolor había pasado. Gracias a los santos, Alanna no había vuelto a darle ninguna de sus desagradables medicinas aquel día.

Alanna.

No quería pensar en ella. Para no hacerlo, decidió cepillar a su yegua para prepararla para el viaje que llevaba posponiendo dos días.

Se recordó que debía marcharse. Se había recuperado lo suficiente para poder realizar viajes cortos. Como sabía que podría resultar poco recomendable regresar a Boston, al menos durante una temporada, decidió marcharse a Virginia para pasar unas cuantas semanas con sus tíos y primos. Podría realizar el viaje poco a poco.

La carta que le había entregado a Brian para que la llevara al pueblo, debería estar ya camino de Escocia. Así, su familia sabría que se encontraba bien... y que no podría reunirse con ellos para pasar las Navidades.

Sabía que su madre lloraría un poco. Aunque tenía otros hijos y nietos, se sentiría muy triste de que su primogénito estuviera ausente cuando toda la familia se reuniera para compartir la comida de Navidad.

Se lo imaginó todo. Fuego en la chimenea, velas, deliciosos platos, risas y canciones. Sin poder evitarlo, se entristeció al saber que no iba a poder estar presente.

Sin embargo, aunque adoraba a su familia, sabía que su lugar estaba allí, al otro lado del mundo. Se recordó que allí había trabajo que hacer. Tenía que ponerse en contacto con ciertos hombres cuando

estuviera a salvo. Samuel Adams, John Avery y Paul Revere. Además, debía recibir noticias sobre el ambiente que se respiraba en Boston y en otras ciudades después de que la rebelión hubiera estallado.

No obstante, haraganeaba cuando debería haberse marchado ya. Soñaba despierto cuando debería haber estado planeando y conspirando. Había demostrado su sensatez manteniéndose alejado de Alanna, pero, en sus pensamientos, ella estaba siempre a su lado.

—¡Ahí estás!

Y allí estaba ella, resoplando con fuerza con las manos en las caderas. Se le había caído la capucha de la cabeza y llevaba el cabello suelto, que resaltaba como si fuera una mancha de tinta contra la tela gris de su capa.

—Efectivamente —dijo él—. Aquí estoy.

—¿Qué derecho tienes a llenarle la cabeza de tonterías a un muchacho? ¿Vas a colgarle un mosquete del hombro y a hacer que desafíe al primer inglés que se presente por aquí?

—Deduzco que estás hablando de Brian —comentó él, cuando ella se detuvo por fin para tomar aliento—. Sin embargo, si trato de deducir algo más, me pierdo.

—Ojalá te hubieras perdido por ahí antes de llegar a esta casa. Sólo me has reportado problemas desde el primer momento en el que me encontré contigo, tumbado sobre el heno, medio muerto. Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, podría haber ignorado mi deber cristiano y haber dejado que te desangraras hasta morir.

Ian sonrió sin poder evitarlo. Cuando trató de hablar, ella se lo impidió.

—En primer lugar, estuviste a punto de tumbarme sobre el heno contigo y me besaste a pesar de que tenías una bala en el hombro. Luego, casi en el mismo instante en el que abriste los ojos, me besas la mano y me dices que soy muy hermosa.

—Deberían azotarme por ello —replicó Ian, con una sonrisa—. Imagínate... Decirte a ti que eres hermosa.

—Los azotes son un castigo demasiado agradable para los de tu calaña —le espetó ella con un brusco movimiento de cabeza—. Luego, hace dos días, mientras te preparaba el desayuno, lo que es mucho más de lo que merece un hombre como tú...

—Es cierto.

—Cállate hasta que haya terminado de hablar. Después de prepararte el desayuno, me sientas en tu regazo como si yo fuera una... una...

—¿Acaso te faltan las palabras?

—Una mujerzuela cualquiera —dijo por fin. Entonces, escupió sobre el suelo—. Y, como el bruto que eres, me retienes ahí contra mi voluntad y me besas...

—Y tú me besaste a mí... Y muy bien por cierto.

Alanna lanzó un bufido.

—¿Cómo te atreves?

—Resulta algo difícil responder esa pregunta a no ser que te muestres más concreta sobre a lo que te refieres. Si me preguntas cómo me atreví a besarte, tengo que confesarte que fue más bien una cuestión de no poder refrenarme. Tienes una boca que está hecha para los besos, Alanna.

Ella sintió que se acaloraba y empezó a pasear de arriba abajo para tranquilizarse.

—Pues lo superaste muy rápidamente.

Ian frunció el ceño. Alanna no se había enfadado porque él la hubiera besado sino porque había

dejado de hacerlo.

—Si lo que te preocupa es que sea capaz de contenerme, amor mío...

—No me llames así. Ni ahora ni nunca.

—Como desee, señora Flynn —comentó él, tras lanzar una carcajada—. En cuanto a lo que estaba diciendo...

—Te dije que esperaras hasta que yo hubiera terminado —le interrumpió ella—. ¿Dónde estaba?

—Estábamos hablando del beso —dijo Ian, dando un paso hacia ella, tenía los ojos muy brillantes—. ¿Quieres que te refresque la memoria?

—No te acerques a mí —le advirtió, tras tomar un rastrillo—. Simplemente he utilizado ese suceso para que sepas los problemas que has causado. Ahora, encima de todo lo demás, has empezado a contarle cosas a Brian para que se interese por esa revolución. No voy a tolerarlo, MacGregor. Mi hermano es sólo un muchacho.

—Si me hace preguntas, yo sólo puedo responderle con la verdad.

—Además de hacer que tus respuestas parezcan heroicas y románticas. No voy a permitir que se vea atrapado en las guerras que organizan los demás para perderlo como ocurrió con mi hermano Rory.

—No será una guerra que organizan los demás, Alanna —dijo él, teniendo mucho cuidado de mantenerse fuera del alcance del rastrillo que ella empuñaba—. Cuando llegue el momento, la organizaremos todos y seremos todos los que la ganaremos.

—Puedes ahorrarte tus palabras.

—Bien —afirmó. Con un rápido movimiento, agarró el palo del rastrillo y tiró de él hasta conseguir que Alanna estuviera contra su cuerpo—. Estoy cansado de hablar.

Aquella vez, cuando la besó, estaba preparado para las sensaciones que iba a experimentar, pero no por ello aquel beso resultó menos devastador o menos excitante. Ella tenía el rostro frío, por lo que Ian utilizó los labios para caldeárselo. Se los pasó una y otra vez por la piel hasta que consiguió que los dos empezaran a temblar. Entonces, le pasó una mano por el negro cabello hasta que se la colocó sobre la nuca. Con el otro brazo, la estrechó con fuerza contra su cuerpo.

—Por el amor de Dios, Alanna, bésame —murmuró contra la boca de la joven—. Si no lo haces, me volveré loco, aunque si me besas, perderé también la razón.

—Maldito seas entonces —dijo ella rodeándole con los brazos—. Lo haré.

Los labios de Alanna se mostraron tan hambrientos y la lengua tan aventurera como los de Ian. Ella apretó el cuerpo contra el de él y gozó con las sensaciones que estaba experimentando. Jamás olvidaría el aroma a heno y a los animales, las pequeñas motas de polvo que flotaban en los rayos de sol que penetraban a través de los huecos de los maderos. Tampoco dejaría de recordar nunca el cuerpo sólido y firme de Ian contra el de ella, el calor que emanaba de su boca ni los sonidos de su placer. Se acordaría de aquel momento de abandono porque sabía que aquello no podía durar.

—Suéltame —susurró.

—Dudo que pueda... —musitó él acurrucándose contra la dulce y fragante curva del cuello de Alanna.

—Debes hacerlo. No he venido aquí para esto.

Ian arrastró la boca hasta el oído de Alanna y sonrió al notar que ella se echaba a temblar.

—¿De verdad me habrías matado, Alanna?

—Sí.

Ian sonrió y comenzó a mordisquearle la oreja.

—Quieto —le ordenó ella, pero no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás como muestra de abandono y permitir que siguiera para siempre con lo que estaba haciendo—. Esto no está bien.

—Yo creo que sí —dijo él, con voz muy seria—. No sé cómo ni por qué, pero creo que está muy bien.

—Eso es imposible. Tú tienes tu guerra y yo tengo mi familia. No pienso entregarle mi corazón a un soldado. Ahí se acaba todo.

—Maldita sea, Alanna...

—Te pediré una cosa —anunció ella, separándose de él para no olvidarse de todo lo que esperaba conseguir para su vida futura—. Podrías considerarlo el regalo de Navidad que me haces tú a mí.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Ian. En aquellos momentos, habría sido capaz de concederle cualquier cosa, hasta su propia vida.

—Que te quedarás aquí hasta que pase la Navidad. Para Brian es muy importante. Sin embargo, no hablarás de guerras ni de revoluciones hasta que pase el día de Navidad.

—No me pides mucho.

—Para mí sí que lo es, muchísimo.

—En ese caso, considéralo concedido.

Alanna dio un paso atrás, pero, con un rápido movimiento, él le atrapó una mano entre las suyas y se la llevó a los labios para besársela.

—Gracias —dijo ella, retirando la mano con la misma rapidez que él se la había arrebatado—. Ahora, tengo cosas que hacer.

La voz de Ian hizo que detuviera el paso cuando se dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta.

—Alanna... está bien.

Ella se colocó la capucha sobre el cabello y salió corriendo.

Capítulo 5

La nieve que cayó el día de Nochebuena agradó profundamente a Alanna. En lo más profundo de su corazón, esperaba que la tormenta de nieve durara mucho tiempo para que Ian no pudiera viajar, tal y como sabía que tenía planeado para dos días después. Sabía que su esperanza era egoísta y estúpida, pero se aferraba profundamente a ella con el mismo entusiasmo que se enfundaba en su capa y su bufanda para ir al granero a ordeñar a las vacas.

Si él se quedaba, sabía que sufriría mucho. Si se marchaba, le rompería el corazón. Se permitió el lujo de un suspiro mientras observaba cómo caían los copos de nieve a su alrededor. Era mucho mejor que no pensara en él en absoluto y que se ocupara de sus responsabilidades.

Sus pasos eran el único sonido que se escuchaba en el patio. Las botas rompían la ligera capa de nieve que acababa de caer. Entonces, en medio de aquel profundo silencio, levantó el pestillo de la puerta del establo con un chasquido y la abrió.

Ya en el interior del granero, extendió la mano para agarrar los cubos. Entonces, notó que una mano le agarraba el hombro. Alanna lanzó un grito y se sobresaltó, dejando que los cubos cayeran al suelo.

—Le ruego que me perdone, señora Flynn —dijo Ian, con una sonrisa, mientras ella se cruzaba las manos sobre el corazón—. Parece que la he asustado.

Alanna lo hubiera maldecido si hubiera tenido un poco de aire en los pulmones. Ni por un momento hubiera podido mantener la cabeza erguida si él hubiera sabido que acababa de estar suspirando sobre su partida. En vez de eso, sacudió la cabeza y respiró profundamente.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Salí de la casa poco después que tú —explicó él—. La nieve debió de ocultarte que me estaba acercando a ti.

Y sus propias ensoñaciones. Alanna se sintió muy irritada de que él hubiera podido sorprenderla de aquella manera. Se agachó a recoger los cubos y él hizo lo mismo. Cuando los dos se golpearon la cabeza, ella lanzó una maldición.

—¿Qué diablos es lo que quieres, MacGregor? Aparte de darme un susto de muerte, claro está.

Mientras se frotaba la cabeza, Ian decidió que se mostraría paciente con ella. Aunque le costara.

—Quiero ayudarte a ordeñar las vacas.

—¿Por qué? —preguntó ella, atónita.

Ian exhaló un suspiro. Le iba a resultar muy difícil ser paciente si cada palabra que ella le dedicaba era una pregunta o una acusación.

—Porque, según he observado a lo largo de los últimos días, tienes demasiadas tareas.

—Puedo cuidar perfectamente de mi familia —replicó ella, con la voz llena de orgullo.

—No lo dudo —dijo él.

Entonces, le quitó algunos de los cubos.

—Te agradezco mucho tu oferta, pero...

—Sólo voy a ordeñar una maldita vaca, Alanna —replicó Ian, perdiendo por completo la paciencia—. ¿Acaso no puedes aceptar la ayuda de buen grado?

—Por supuesto.

Alanna se dio la vuelta y se dirigió al primer establo. No necesitaba la ayuda de Ian. Era

perfectamente capaz de realizar todas sus tareas. Le había molestado un poco que él le dijera que tenía mucho que hacer. Si en primavera tenía el doble de tareas... Era una mujer fuerte y capaz, no una muchacha débil y quejosa.

Seguramente, Ian estaba acostumbrado a las damas de la gran ciudad. Elegantes señoritas y señoras con el rostro empolvado, que suspiraban y se quejaban detrás de sus abanicos. Bien. Ella no era una dama con vestidos de seda y zapatos de cabritilla y no se avergonzaba de ello. Miró a Ian con desaprobación. Si creía que ella ansiaba estar sentada y ociosa en un salón, estaba muy equivocado.

Echó la cabeza hacia atrás con un gesto de altivez y comenzó a ordeñar a la primera vaca.

«Estúpida desagradecida», musitó Ian mientras él, con menos elegancia y delicadeza, comenzaba a ordeñar a la segunda. Sólo había querido ayudarla. Cualquier necio se daría cuenta de que las tareas que Alanna realizaba se extendían desde el amanecer hasta el ocaso. Si no estaba ordeñando, estaba haciendo pan. Si no estaba haciendo pan, estaba hilando. Si no estaba hilando, estaba fregando.

Las mujeres de la familia de Ian jamás habían sido damas de asueto, pero siempre habían contado con la ayuda de hijas, hermanas o primas para que les ayudaran. Con lo único con lo que Alanna podía contar era con tres hombres que, evidentemente, no se habían dado cuenta de todas las tareas que realizaba.

Bien. Pues iba a ayudarla costara lo que le costara conseguirlo.

Alanna terminó de llenar el cubo mucho antes que Ian y se puso de pie. Entonces, al ver que él no había terminado comenzó a golpear el suelo con impaciencia. Cuando él hubo terminado, Alanna trató de arrebatarle el cubo, pero no lo consiguió.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—Voy a llevarte el cubo —dijo él, tomando también el otro cubo.

—¿Y por qué si se puede saber?

—Porque pesa mucho —replicó él. Entonces, tras musitar algo sobre las mujeres testarudas y de cabeza hueca, se dirigió hacia la puerta.

—Si sigues meneando esos cubos de esa manera, MacGregor, vas a tener más leche en el suelo que en la tripa. Bien —añadió, al ver que él no se daba por aludido—, pues voy a recoger los huevos.

Los dos salieron en direcciones opuestas.

Cuando Alanna regresó a la cocina, Ian seguía allí, avivando el fuego.

—Si estás esperando para desayunar, tendrás que esperar un poco más.

—Yo te ayudaré.

—¿Ayudarme a qué?

—Con el desayuno.

Este comentario consiguió sacarla de quicio. Sin preocuparse de cuántos huevos pudiera romper, dejó la cesta con un golpe seco sobre la mesa.

—¿Acaso tienes algún problema con mi modo de cocinar, MacGregor?

—No —respondió, conteniendo la respiración.

—Mmm —susurró ella. Entonces, se dirigió al fogón para preparar el café. Al darse la vuelta, se chocó contra él—. Si vas a estar estorbándome en mi propia cocina, MacGregor, te pido que te hagas a un lado. No eres tan grande como para que no pueda darte un buen empujón para apartarte de mi camino.

—¿Eres siempre tan agradable por las mañanas?

En vez de dignificar aquella pregunta con una respuesta, Alanna agarró el jamón que acababa de sacar de la alacena y comenzó a cortarlo. Trató de no prestarle atención mientras empezaba a mezclar los huevos para preparar las tortitas, que era el plato que consideraba su especialidad. Antes de que terminara, le habría enseñado a Ian MacGregor un par de cosas sobre la cocina.

Ian guardó silencio. Cuando el resto de los Murphy se unieron a ellos en la cocina, el aroma que inundaba la estancia era tan apetitoso como espesa la tensión que flotaba en el aire y que se podía cortar con un cuchillo.

—Tortitas —dijo Johnny—. Menuda manera de empezar el día de Nochebuena.

—Pareces algo arrebollada, hija mía —comentó Cyrus, tras tomar asiento—. No te estarás poniendo enferma, ¿verdad?

—Es por el calor de la cocina —le espetó ella. Entonces, se mordió la lengua al ver el modo en el que la miraba su padre—. Ayer preparé compota de manzana para las tortitas.

Colocó el bol sobre la mesa y luego fue a buscar el café. Se sentía algo arrebollada porque Ian no le había quitado los ojos de encima en todo el rato. Sin pararse a pensar, extendió la mano para retirar la cafetera del fogón sin utilizar algo con lo que proteger el mango. Al sentir cómo el hierro de la cafetera le quemaba las yemas de los dedos, soltó un grito seguido de una maldición.

—No hay por qué meter al Señor en todo esto cuando lo único que ha pasado es que no has tenido cuidado alguno —dijo Cyrus, aunque se levantó para untarle a su hija mantequilla sobre los dedos—. Llevas unos días tan inquieta como una mosca, Alanna.

—No es nada. Siéntate y come con los demás, papá. Quiero que os marchéis todos de mi cocina para que pueda, terminar de preparar el pan y los pasteles.

—Espero que uno de los que vayas a preparar sea el de pasas —comentó Johnny mientras se servía un buen montón de compota en el plato—. Nadie lo hace mejor que tú, Alanna. Aunque lo quemes.

Ella consiguió echarse a reír y casi lo hizo de corazón. Sin embargo, cuando se sentó a la mesa para desayunar, tenía poco apetito.

Poco después, se alegró de que así hubiera sido. Aunque los hombres de su vida no habían parado de hablar durante todo el desayuno, no habían dejado nada para comer. Con alivio, vio cómo se preparaban para la jornada de trabajo que los esperaba. Tendría la cocina, y el resto de la casa, para ella sola. Sola. Así podría pensar en lo que sentía por Ian MacGregor.

Sin embargo, sólo hacía unos minutos que todos se habían marchado cuando él regresó con un cubo de agua.

—¿Y ahora qué quieres? —le preguntó.

—Te he traído el agua para que puedas fregar los platos —respondió. Antes de que ella pudiera hacerlo, vertió el agua sobre una cacerola que había sobre los fogones para que se calentara.

—Podría haber ido yo misma a por ella, pero gracias —dijo, para no resultar desagradecida.

—De nada —replicó él.

Entonces, se quitó el abrigo y lo colgó en una percha que había junto a la puerta.

—¿No te vas a marchar con los demás?

—Ellos son tres y tú estás sola.

—Eso es cierto. ¿Y qué?

—Hoy voy a ayudarte a ti.

Como sabía que ya le quedaba poca paciencia, Alanna respiró profundamente antes de contestar.

—Soy perfectamente capaz de...

—Más que capaz, por lo que he visto. Trabajas más que una mula.

—Creo que esa comparación es ridícula y muy poco halagadora. Ahora, márchate de mi cocina.

—Lo haré si lo haces tú.

—Yo tengo trabajo que hacer.

—Bien. Entonces, pongámonos manos a la obra.

—Me vas a estorbar.

—Te aseguro que no —dijo. Al ver que ella se disponía a protestar, le enmarcó el rostro entre las manos y le dio un beso—. Voy a quedarme contigo, Alanna —añadió—. No hay nada más que decir.

—¿Tú crees? —preguntó ella, con un hilo de voz.

—Sí.

—Muy bien —afirmó ella—. En ese caso, puedes ir a por las manzanas que tengo en la alacena del sótano. Tengo que preparar unos pasteles.

Utilizó el tiempo que él tardó en regresar para intentar arreglarse un poco. ¿Qué iba a ser de ella si perdía la cabeza y el resto de sus facultades por un beso? Sin embargo, no había sido un beso nada corriente, sobre todo cuando los labios de Ian eran los que realizaban el trabajo. Algo extraño debía de estar ocurriendo cuando unas veces ansiaba que él se quedara un poco más y otras lamentaba su presencia y deseaba que él se encontrara a miles de kilómetros de distancia. Un instante después, dejaba que la besara y esperaba que él volviera a hacerlo a la primera oportunidad que tuviera.

Alanna había nacido en las colonias, era una hija del Nuevo Mundo. Sin embargo, su sangre era irlandesa, lo suficiente para que palabras como «destino» le provocaran una cierta incomodidad.

Mientras comenzaba a lavar los platos, pensó si su destino estaría unido al de Ian MacGregor. Si era así, estaba metida en un buen lío.

Más tarde, al ver los torpes intentos por parte de Ian, se sentía completamente furiosa.

—Es fácil pelar una manzana. Sólo tienes que meter el cuchillo por debajo de la piel.

—Ya lo he hecho.

—Y te has llevado con ella la mayor parte de la pulpa. El tiempo y el cuidado hacen maravillas.

Ian, para perplejidad de Alanna, sonrió.

—Eso estoy pensando, señora Flynn. Eso precisamente es lo que estoy pensando.

—Vuelve a intentado —le dijo, mientras ella volvía a dedicarse a la masa—. Además, espero que vayas a limpiar todas las pieles de manzana que has tirado al suelo.

—Sí, señora Flynn.

—¿Estas tratando de hacerme perder la paciencia, MacGregor? —le preguntó ella, con el rodillo de cocina en la mano.

Ian se fijó en el utensilio de cocina.

—No, mientras tengas esto entre las manos, amor mío.

—Te he dicho varias veces que no me llames así.

—Es cierto.

Ian observó cómo ella volvía a concentrarse en la masa de los pasteles. Resultaba un placer observarla. Manos rápidas, dedos ágiles... Incluso en la cocina sus movimientos tenían una elegancia que hacía que el corazón le palpitara con fuerza. ¿Quién habría pensado que tendría que sufrir un

disparo, estar a punto de desangrarse y luego terminar desmayándose en el establo de una vaca para enamorarse?

A pesar de las constantes críticas de Alanna y su tendencia a sobresaltarse cuando él se acercaba demasiado, no recordaba un día de toda su vida en el que hubiera disfrutado más. No quería que lo de pelar manzanas terminara siendo un hábito, pero era una manera muy sencilla de estar cerca de ella, de poder absorber el dulce aroma a lavanda que emanaba de ella y que se mezclaba seductoramente con los aromas de la canela, del jengibre y del clavo.

A decir verdad, aunque estaba más a gusto en reuniones políticas o con una espada en la mano que en la cocina, había sido sincero en su intención de aliviar la injusta y pesada carga de responsabilidades con las que Alanna tenía que cargar todos los días.

De hecho, a ella no parecía importarle. Más bien parecía contenta de trabajar incansablemente hora tras hora. Ian quería demostrarle que había mucho más. Se la imaginó montando a caballo a su lado a través de los campos de la plantación de sus tíos. En verano, cuando el verdor de los campos pudiera recordarle a una Irlanda que jamás había visto. Quería llevarla a Escocia, a la gloria de las Tierras Altas, para que pudiera tumbarse con él sobre el brezo morado al lado de un lago y escuchar el rumor del viento entre los pinos.

Quería regalarle un vestido de seda y joyas que hicieran juego con sus ojos. Eran nociones románticas y sentimentales, lo sabía, pero sabía que habría empezado a tartamudear si hubiera tratado de expresarlas con palabras.

De lo que estaba seguro era de lo que quería darle... si podía encontrar el modo en el que ella pudiera aceptar.

Alanna sintió que él la estaba mirando como si se tratara de una caricia en la espalda. Por supuesto, habría preferido los dedos, dado que al menos se podría haber deshecho de ellos. Se esforzó por no prestarle atención y cubrió la primera tarta, cortó los bordes y la dejó a un lado.

—Si sigues mirándome en vez de prestar atención a lo que estás haciendo, te vas a cortar un dedo.

—El cabello se te está escapando otra vez del tocado, señora Flynn.

Ella trató de recogerse todo, pero sólo consiguió soltárselo aún más.

—Creo que no me gusta el tono de voz que empleas cuando me llamas señora Flynn.

Ian se limitó a sonreír y dejó a un lado la manzana que acababa de pelar.

—¿Y cómo crees que debería llamarte entonces? Te opones a que te diga «amor mío», aunque este apelativo te va a la perfección. Levantas la nariz hasta tocar el techo cuando te llamo Alanna... sin tu permiso. Y ahora estás a punto de sufrir una explosión de ira porque, muy respetuosamente, te estoy llamando señora Flynn.

—¿Respetuosamente, dices? ¡Ja! Vas a ir al infierno por mentir, Ian MacGregor —afirmó, agitando sin parar el rodillo—. Cuando utilizas mi nombre, no hay ni un gramo de respeto en tu voz, porque lo pronuncias con una sonrisa en los labios y un cierto brillo en los ojos. Si crees que no sé lo que significa ese brillo, estás muy equivocado. Otros hombres han intentado lo mismo y se han llevado unos buenos porrazos por haberlo hecho.

—Me alegra escucharlo... señora Flynn.

Alanna realizó un sonido que sólo podía describirse como el de una tetera que empieza a echar vapor a toda velocidad por la espita.

—No quiero que me llares de ninguna manera. Jamás comprenderé por qué me puse de parte de

Brian y te pedí que te quedaras a pasar las Navidades con nosotros. El buen Dios sabe que no te quiero en esta casa, ocupando mi espacio en mi cocina, dándome otra boca que alimentar, agarrándome e imponiéndome tus atenciones poco bienvenidas a cada paso.

Ian se apoyó contra la mesa.

—Vas a ir al infierno por mentir, amor mío.

En un acto reflejo, Alanna le lanzó el rodillo de amasar a la cabeza. Lamentó haberlo hecho inmediatamente. Sin embargo, se arrepintió aún más cuando él agarró el utensilio en el aire justo antes de que pudiera golpearle en la cabeza.

Si le hubiera golpeado, se habría disculpado profusamente y le habría curado el hematoma. El hecho de que hubiera fallado cambiaba completamente la situación.

—Eres un maldito escocés. Hijo de Satanás. Que Dios te maldiga a ti y a todos los MacGregor desde ahora hasta el Juicio Final.

Como había fallado con el rodillo, agarró lo más cercano que tenía a mano. Afortunadamente, la pesada bandeja de horno estaba vacía. Ian consiguió evitar que le golpearla la cabeza con el rodillo.

—Alanna...

—No me llames así —le espetó ella levantando una taza de alpaca que le arrojó sin pensar. Aquella vez, Ian no fue tan rápido y la taza le golpeó en el pecho.

—Amor mío...

El sonido que ella lanzó al escuchar aquella palabra habría provocado que incluso un escocés curtido en el campo de batalla se echara a temblar. El plato que le lanzó a continuación le dio en la espinilla. Ian estaba dando saltos sobre la pierna que le quedaba sana y riéndose a carcajadas cuando ella alcanzó su siguiente arma.

—¡Ya basta!

Riéndose a carcajadas, Ian la agarró y dio dos veces la vuelta con ella en brazos, incluso cuando ella le golpeó en la cabeza con el plato.

—Maldito escocés testarudo...

—Sí, y gracias a Dios por ello. Si no lo fuera, tú ya me habrías mandado a la tumba con tantos golpes en la cabeza —dijo. Entonces, le agarró delicadamente la cintura—. Cásate conmigo, señora Flynn. El destino dice que tu apellido debe ser MacGregor.

Capítulo 6

Resultaba difícil saber quién de los dos se había sorprendido más. Ian no había planeado pedirle matrimonio. Sabía que estaba enamorado y este hecho le divertía y sorprendía a la vez. Sin embargo, hasta aquel momento, su corazón no le había comunicado a su cerebro que deseaba casarse con Alanna. Casarse con Alanna. Menuda broma. Para los dos.

Las palabras de Ian aún resonaban en la cabeza de la joven. Estaba segura de no haber malinterpretado lo que él le había pedido. Por supuesto, era algo imposible. Una locura. Sólo hacía días que se conocían, pero habían sido más que suficientes para que ella estuviera segura de que Ian MacGregor jamás sería el compañero con el que siempre había soñado. A su lado, jamás habría tranquilas noches junto al fuego, sino batallas, peleas, causas y demás líos.

Sin embargo... Lo amaba de un modo que jamás había imaginado. Salvaje, arriesgada, peligrosamente... A su lado la vida sería... Ni siquiera podía imaginárselo. Se colocó una mano en la frente para tranquilizarse. Necesitaba un momento para pensar y recuperar la compostura. Después de todo, cuando un hombre le pide a una mujer que se case con él, lo mínimo que puede hacer es...

Entonces, se dio cuenta de que él aún seguía con ella en brazos, dando vueltas y riéndose como un loco. Se estaba riendo.

Alanna entornó los ojos. Se estaba riendo a su costa, arrojándola por los aires como si fuera un saco de patatas y divirtiéndose como un loco. Que se casara con él. Idiota.

Le rodeó los hombros con un brazo para poder incorporarse y, entonces, le dio un buen puñetazo en la nariz.

Ian gritó y la dejó en el suelo tan de repente que ella estuvo a punto de caerse. Sin embargo, recuperó rápidamente el equilibrio y, tras colocarse las manos en las caderas, lo miró con desaprobación.

Con mucho cuidado, él se tocó la nariz con la mano y vio que le estaba sangrando. Aquella mujer tenía un buen gancho de derechas. Sin dejar de observarla, se sacó un pañuelo del bolsillo.

—¿Significa eso que sí?

—¡Fuera de aquí! —rugió ella con la voz llena de ira—. Fuera mi casa, maldito hijo de Satanás —añadió, sin poder contener las lágrimas—. Si yo fuera hombre, te mataría aquí mismo y me pondría a bailar sobre tu cadáver.

—Ah... Veo que necesitas tiempo para pensártelo. Lo comprendo perfectamente.

Alanna se quedó sin palabras al oír aquella frase. Como única respuesta, lanzó un bufido.

—Hablaré con tu padre —ofreció él, cortésmente.

Alanna se puso a gritar como una posesa y agarró el cuchillo de trincar.

—Te mataré... Te juro sobre la tumba de mi madre que voy a matarte...

—Mi querida señora Flynn —dijo él con cautela, tras agarrarle la muñeca con una mano—, sé que algunas veces las mujeres se sienten abrumadas por una proposición de matrimonio, pero esto... —añadió. Entonces, se dio cuenta de que Alanna tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué es lo que ocurre? —susurró, secándole las lágrimas con los pulgares—. Alanna, amor mío, prefiero que me apañales a que te pongas a llorar.

Cuando él le soltó la mano galantemente, ella arrojó el cuchillo.

—Oh, déjame a solas, ¿quieres? Vete. ¿Cómo te atreves a insultarme de este modo? Maldigo el

día en el que salvé tu miserable vida.

—¿Insultarte? ¿Cómo?

—¿Cómo? Te estás riendo de mí —gritó ella. Tras las lágrimas, los ojos le ardían como si fueran soles azules—. Hablando del matrimonio como si fuera una broma. Supongo que crees que porque no tengo ropa ni sombreros elegantes, carezco también de sentimientos.

—¿Qué tienen los sombreros que ver con todo esto?

—Supongo que las elegantes damas de Boston se limitan a sonreír indulgentemente y a golpearte la mano con sus abanicos cuando tratas de seducirlas, pero yo hablo del matrimonio muy en serio y no voy a tolerar que te rías en mi cara al mismo tiempo que me hablas de ello.

—Dios bendito... —susurró. ¿Quién habría dicho que él, un hombre con reputación de ser hábil con las damas, pudiera estropear tanto las cosas cuando más importaba?—. He sido un estúpido, Alanna. Te ruego que me escuches.

—Has sido y eres un estúpido. Ahora, quítame las manos de encima.

—Yo sólo quiero explicarme... —musitó, estrechándola más contra su cuerpo.

Antes de que pudiera hacerlo, Cyrus Murphy abrió la puerta y entró en la cocina. Tras contemplar el caos que había sobre el suelo, observó que su hija quería zafarse de Ian y, tranquilamente, se llevó la mano al cuchillo de caza que llevaba en el cinto.

—Suelta a mi hija, MacGregor, y prepárate a morir.

—Padre —susurró ella, muy asustada. Sólo se le ocurrió colocarse delante de Ian—. No lo hagas...

—Apártate, muchacha. Los Murphy protegen a los suyos.

—No es lo que parece...

—Déjanos, Alanna —dijo Ian, con voz tranquila—. Quiero hablar con tu padre.

—De eso nada —afirmó Alanna.

Tal vez ella habría sido capaz de derramar la sangre de Ian y lo había hecho, si se contaba el puñetazo en la nariz. Sin embargo, no pensaba consentir que su padre lo matara después de haberse pasado dos días con sus noches tratando de mantenerlo con vida.

—Hemos discutido, padre. Puedo ocuparme de este asunto yo sola. Estaba...

—Estaba pidiéndole matrimonio a su hija —dijo Ian, terminando la frase por ella.

—Maldito mentiroso. No hablabas en serio. No hacías más que reírte mientras me pedías matrimonio. No toleraré que me insultes. No soportaré...

—Pero guardarás silencio —le espetó Ian. Cyrus levantó una ceja en señal de aprobación cuando vio que Alanna se calmaba—. Hablaba completamente en serio. Si me estaba riendo, era de mí mismo por haber sido tan estúpido como para enamorarme de una fiera testaruda y malhablada que prefiere apuñalarme a dedicarme una sonrisa.

—¿Fiera? ¿Fiera dices?

—Sí, fiera —afirmó Ian—. Eso es precisamente lo que he dicho y eso es exactamente lo que eres. Y también una...

—Ya basta —dijo Cyrus—. Dios Santo, vaya pareja —añadió. Entonces, de mala gana, volvió a meterse el cuchillo en el cinto—. Ponte el abrigo, MacGregor, y ven conmigo. Alanna, tú termina de hacer tus pasteles.

—Pero padre, yo...

—Haz lo que te he dicho, muchacha —le espetó Cyrus. Entonces, le indicó a Ian la puerta con un movimiento de cabeza—. Con tantos gritos y peleas, a uno le resulta difícil recordar que hoy es Nochebuena. Tengo una tarea que hacer, MacGregor. Vas a venir conmigo para que puedas explicarte.

—Está bien. Iré con usted.

Los dos hombres salieron al exterior y comenzaron a caminar sobre la nieve que no había dejado de caer. Ian no se había molestado en abrocharse el abrigo y, como no llevaba guantes, se metió las manos en los bolsillos.

—Espera aquí —le dijo Cyrus, antes de entrar en una pequeña cabaña. Cuando salió, llevaba un hacha en la mano. Inmediatamente, notó la mirada alarmada de Ian—. Te aseguro que no voy a utilizar esta hacha contigo. Todavía. A Alanna le gusta mucho la Navidad, como le ocurría a su madre —añadió, mientras los dos hombres se encaminaban hacia el bosque—. Querrá un árbol de Navidad... Además, necesita tiempo para que se calme su ira.

—¿Acaso se le calma alguna vez?

—Tú eres el que está pensando en atarse a ella. ¿Por qué?

—Si se me ocurriera una buena razón, se la daría, señor. Le he pedido a su hija que se case conmigo y ella me ha dado un puñetazo en la nariz —explicó tocándose el aún dolorido apéndice—. Dios Santo, Murphy. Estoy medio loco y completamente enamorado de su hija... lo que viene a ser lo mismo. Conseguiré que sea mi esposa.

Cyrus se detuvo delante de un abeto, lo estudió durante un instante y lo desechó. Entonces, siguió andando.

—Eso ya lo veremos.

—No soy un hombre pobre —dijo Ian—. Los malditos ingleses no nos lo arrebataron todo y he realizado buenas inversiones. Yo cuidaré bien de su hija.

—Tal vez sí y tal vez no. Tengo que decirte que acepté a Michael Flynn y él no tenía más que unos cuantos acres de tierra rocosa y dos vacas.

—Conmigo no tendrá que trabajar de sol a sol.

—A Alanna no le importa trabajar. Se enorgullece de ello —le explicó Cyrus. Se detuvo delante de otro árbol. En aquella ocasión asintió y le entregó el hacha a Ian—. Este vale. Cuando un hombre se siente presa de la frustración no hay nada como ponerse con un hacha para sacársela de dentro.

Ian separó las piernas, apoyó bien los pies y se puso manos a la obra.

—Sé que ella siente algo por mí —afirmó.

—Podría ser —dijo Cyrus mientras se encendía una pipa—. Tiene por costumbre gritar y pegar a los que más quiere.

—En ese caso, debe adorarme —comentó Ian, sin dejar de golpear el tronco del árbol con el hacha—. Voy a conseguirla, Murphy. Con o sin su bendición de padre.

—De eso estoy completamente seguro. Es una mujer adulta y puede tomar perfectamente sus propias decisiones. Dime una cosa, MacGregor. ¿Te vas a enfrentar a los ingleses con tanta pasión como derrochas con mi hija?

—Sí.

—En ese caso, permíteme que te advierta que no podrás ganar a los dos. Alanna se niega a creer que vaya a haber una guerra.

—¿Y usted? —le preguntó Ian, tras hacer una pausa.

—Yo no siento lealtad alguna por los británicos ni por su rey —dijo Cyrus, aspirando profundamente su pipa—. Aunque la tuviera, sé perfectamente lo que va a ocurrir. Tal vez tarde un año o dos o más, pero la batalla comenzará y será larga y sangrienta. Cuando empiece, mis hijos estarán en peligro —suspiró—. No quiero tu guerra, Ian MacGregor, pero llegará un momento en el que un hombre tendrá que defender lo que es suyo.

—Ya ha comenzado, Murphy. Ni temerla ni desealarla va a cambiar la historia.

Cyrus estudió el rostro de Ian mientras el árbol caía sobre la nieve. Comprobó que era un hombre fuerte, con un rostro y un cuerpo que cualquier mujer encontraría lo suficientemente atractivo. Sin embargo, el espíritu inquieto y rebelde de Ian le preocupaba.

—Te voy a pedir una sola cosa. ¿Te contentarás con sentarte a esperar lo que el destino tenga a bien traerte o irás en su busca?

—Los MacGregor no se sientan a esperar las cosas en las que creen. Como tampoco esperan para ir a luchar por ellas.

Cyrus asintió y le ayudó a levantar el árbol caído.

—En lo que se refiere a Alanna, no me interpondré en tu camino. Puedes hacerlo tú solo.

Alanna salió al porche en el momento en el que escuchó la voz de Ian.

—Padre, quiero... Oh —dijo, al ver que su padre e Ian llevaban entre los dos un enorme abeto—. Habéis cortado un árbol de Navidad.

—¿Acaso creías que se me iba a olvidar? —replicó Cyrus quitándose la gorra para metérsela en el bolsillo—. ¿Cómo iba a poder olvidarme si tú no me ibas a dejar de gruñir en todo el día?

—Gracias —susurró ella. Entonces, con una mezcla de alegría y alivio, acudió a besarle en la mejilla—. Es muy bonito.

—Supongo que querrás empezar a colgarle cintas y Dios sabe qué más cosas encima.

—Tengo la caja de los adornos de mamá en mi habitación. Iré a por ella después de cenar.

—Yo tengo otras tareas de las que ocuparme. Puedes decirle a MacGregor dónde quieres que te lo ponga —comentó el padre, antes de volver a marcharse.

Alanna se aclaró la garganta.

—Si no te importa, me gustaría que lo colocaras al lado de la ventana que da a la parte delantera de la casa.

Ian lo arrastró, poniéndolo de pie sobre las tablas de madera que Cyrus le había clavado al tronco. El único sonido que se escuchaba era el de las agujas del árbol y el del crepitar del fuego.

—Gracias —dijo ella—. Ahora, puedes marcharte para ocuparte de tus asuntos.

Antes de que Alanna pudiera marcharse de nuevo a la cocina, Ian le agarró la mano.

—Tu padre me ha dado permiso para casarme contigo, Alanna.

Ella trató de zafarse de él, pero no lo consiguió.

—No soy mujer de nadie, MacGregor.

—Te aseguro que serás mía, señora Flynn.

Aunque Ian era mucho más alto que ella, Alanna consiguió dar la impresión de que lo miraba por encima del hombro.

—Preferiría casarme con una mofeta rabiosa.

Decidido a hacerlo bien en aquella ocasión, Ian se llevó la rígida mano de Alanna a los labios.

—Te amo, Alanna.

—No... Te suplico que no digas eso.

—Te lo digo cada vez que respiro. Y lo haré hasta que deje de respirar.

Sin saber qué decir, Alanna lo miró a los ojos, unos ojos verdes que ya turbaban sus noches. Podía resistirse a la arrogancia de Ian, pero aquella sencilla y casi humilde declaración de devoción la había dejado sin defensas.

—Ian, por favor...

Él se sintió más animado porque Alanna, por fin, lo había llamado por su nombre de pila. La mirada que ella tenía en los ojos no podía ser malinterpretada.

—No puedes decirme que te soy indiferente...

Incapaz de resistirse, ella le tocó el rostro con una mano.

—No. No te lo voy a decir. Debes de saber muy bien lo que siento cada vez que te miro.

—Estamos hechos el uno para el otro —afirmó Ian. Sin dejar de mirarla, le tomó una mano y se la llevó a los labios—. Desde el momento en el que te vi, inclinada sobre mí en el establo, supe lo que sentía por ti.

—Ha ocurrido todo tan pronto... tan rápido...

—Te aseguro que te haré feliz, Alanna. Puedes elegir la casa que quieras en Boston.

—¿En Boston?

—Al menos durante un tiempo deberíamos vivir allí. Tengo trabajo del que ocuparme. Más tarde, podríamos ir a Escocia y tú podrías visitar la tierra de tus antepasados.

—¿Trabajo? ¿A qué trabajo te refieres?

Ian bajó los ojos.

—Te di mi palabra de que no hablaría de ello hasta después de Navidad.

—Sí, es cierto —dijo ella. Sintió que el corazón se le detenía y se le helaba en el pecho. Después de un momento de silencio, suspiró y observó las manos unidas de ambos—. Tengo unos pasteles en el horno. Debo sacarlos.

—¿Es eso lo único que tienes que decir?

Alanna miró al árbol que él tenía a sus espaldas. Aún no estaba decorado, pero prometía mucho.

—Necesito tiempo —dijo—. Te daré mi respuesta mañana, día de Navidad.

—Sólo hay una respuesta que yo vaya a aceptar.

Esas palabras la hicieron sonreír.

—Y también hay sólo una que yo vaya a darte.

Capítulo 7

La estancia estaba inundada del aroma del abeto y el de la madera quemada de la chimenea. Sobre la mesa que había cerca del hogar, Alanna había colocado la posesión más preciada de su madre, una ponchera de cristal. Como había sido costumbre desde que Alanna tenía uso de razón, su padre preparó el ponche de Navidad con una generosa porción de whisky irlandés. Ella observó cómo el líquido color ámbar reflejaba la luz del fuego y la llama de las velas que ya estaban encendidas sobre el árbol.

Se había prometido que aquella noche y que el día de Navidad serían sólo para disfrutar. Fuera lo que fuera lo que su padre e Ian habían hablado aquella mañana, los había convertido en uña y carne. Alanna se dio cuenta de que Cyrus le daba una copa de ponche a Ian antes de servirse una a sí mismo y tomársela con avidez. Sin que Alanna pudiera oponerse, el joven Brian probó un poco de ponche por primera vez.

Alanna decidió que todos dormirían muy bien aquella noche. Estaba a punto de tomarse ella su copa cuando escuchó el sonido de una carreta.

—Ahí está Johnny —gruñó ella—. Y por su bien espero que tenga una buena excusa para no haber venido a cenar.

—Cortejar a Mary —susurró Brian.

—Puede ser, pero...

Se quedó sin palabras al ver que Johnny entraba con Mary Wyeth del brazo. Automáticamente, Alanna miró a su alrededor y se sintió muy aliviada de que todo estuviera perfecto para recibir visitas.

—Mary, me alegro mucho de verte —dijo Alanna inmediatamente, acercándose a la joven para darle un beso en la mejilla. Mary era una joven más baja y regordeta que Alanna, de cabello rubio y sonrosadas mejillas, unas mejillas que parecían más ruborizadas que de costumbre.

—Feliz Navidad —susurró la muchacha. Era muy tímida, pero aquella noche se sonrojó más que de costumbre—. ¡Qué bonito árbol!

—Acércate al fuego. Supongo que tendrás frío. Deja que te ayude con la capa y el chal —comentó Alanna. Entonces, lanzó a su hermano una mirada de exasperación—. Johnny, tráele a Mary una copa de ponche y algunas de las galletas que preparé esta mañana.

—Sí —dijo Johnny—. Tenemos que brindar —anunció. Entonces, se pasó un tiempo más que considerable aclarándose la garganta—. Por mi futura esposa —añadió. Entonces, agarró la mano de Mary con la suya—. Mary ha aceptado casarse conmigo esta misma tarde.

—Oh... Enhorabuena —afirmó Alanna, acercándose a Mary para abrazarla—, aunque no sé cómo vas a poder soportar a mi hermano.

Cyrus, al que siempre le costaba expresar sus sentimientos, le dio a Mary un beso en la mejilla y a su hijo una fuerte palmada en la espalda.

—En ese caso, propongo un brindis por mi nueva hija —dijo—. Nos has hecho un magnífico regalo de Navidad, John.

—Necesitamos música —le pidió Alanna a Brian. Éste asintió y fue corriendo a por su flauta—. Una canción alegre, Brian, por favor. La pareja de prometidos debería tener el honor del primer baile.

Brian asintió de nuevo y comenzó a tocar. Cuando Ian se acercó a Alanna y le colocó la mano

sobre el hombro, ella levantó la mano y le tocó suavemente la muñeca.

—¿Te gusta la idea del matrimonio, señora Flynn?

—Sí —respondió ella, mirando a su hermano muy emocionada—. Mary lo hará muy feliz, Construirán juntos un buen hogar y una buena familia. Eso es lo único que yo quiero para él.

—¿Y para ti?

Alanna se volvió para mirarle a los ojos.

—Jamás he querido otra cosa.

—Si me respondes ahora —susurró él inclinándose hacia ella—, podríamos celebrar dos compromisos el día de Nochebuena.

—No —replicó Alanna, sintiendo que se le rompía un poco el corazón—. Ésta es la noche de Johnny.

Entonces, se echó a reír cuando su hermano le agarró por ambas manos y la sacó a bailar. En el exterior, la nieve caía mansamente, pero en el interior de la casa, la música y las risas lo llenaban todo. Alanna pensó en lo contenta que se pondría su madre si pudiera ver a toda su familia unida y alegre en la noche más especial de todas. Pensó también en Rory, el hermoso Rory, que habría bailado más que nadie y habría entonado una hermosa canción con su timbrada voz de tenor.

—Que seas muy feliz —le dijo a Johnny—. Que estés siempre a salvo. Te quiero mucho, hermano.

—Eso ya lo sé —replicó. Entonces, se dio cuenta de que su padre estaba tratando de enseñar a Mary a bailar una danza irlandesa. Estuvo a punto de soltar una carcajada—. Eh, Ian, quítame a esta mujer de las manos. Un hombre tiene que descansar de vez en cuando.

—Nadie puede bailar mejor que un irlandés —le dijo Ian a Alanna cuando le tomó la mano—. ... A menos que sea un escocés.

—¿De verdad?

Con una sonrisa y un rápido movimiento de cabeza, Alanna se puso manos a la obra para demostrarle que estaba equivocado.

Las celebraciones del día de Navidad comenzaron al alba. A la luz del árbol y del fuego, todos intercambiaron regalos. Alanna se puso muy contenta al ver la felicidad que se reflejaba en el rostro de Ian cuando le entregó la bufanda que le había tejido. Cuando él se marchara, se llevaría una parte de ella.

Alanna sintió una profunda ternura cuando vio que él tenía regalos para toda la familia. Una pipa nueva para su padre, una brida para el caballo favorito de Johnny y un libro de poesía para Brian.

Más tarde, se puso al lado de Alanna cuando acudieron para celebrar la misa a la iglesia del pueblo. Aunque ella escuchó la historia del nacimiento del Salvador con la misma devoción que siempre, habría estado ciega si no se hubiera dado cuenta de las miradas de envidia y curiosidad que le lanzaban el resto de las mujeres. No se opuso a que Ian le tomara la mano entre las suyas.

—Hoy estás muy hermosa, Alanna —le dijo él en el exterior de la iglesia, cuando todos los feligreses se habían reunido para desearse feliz Navidad.

Alanna le dedicó una sugerente sonrisa, aunque sabía que los cotilleos sobre aquel instante durarían semanas. Sabía perfectamente que estaba muy hermosa con el traje azul oscuro con su toque

de encaje en puños y cuello.

—Tú tampoco estás mal, MacGregor —replicó ella. Era la primera vez que lo veía tan bien vestido, con blanco encaje en los puños, brillantes botones en el jubón y un tricornio sobre la rojiza cabellera. Atesoraría con devoción aquel recuerdo—. Además, hace un día precioso.

—Creo que va a nevar más tarde —comentó Ian, mirando al cielo.

—¿Qué puede haber mejor que nieve el día de Navidad? Sin embargo, hace mucho viento. Creo que es mejor que regresemos a casa. Tengo que ocuparme del pavo.

Ian le ofreció su brazo.

—Permíteme que te acompañe a tu carruaje, señora Flynn.

—Es muy amable de su parte, señor MacGregor.

Ian no podía recordar un día más perfecto. Aunque ella aún tenía tareas de las que ocuparse, se las arregló para pasar todo el tiempo que pudo al lado de Alanna. Una parte de él deseaba que los Murphy estuvieran lejos aquella noche para que él pudiera estar a solas con Alanna, pero se animó a ser paciente. No tenía duda alguna de cuál iba a ser la respuesta. Alanna no podría mirarle del modo en el que lo hacía, ni besarle de aquella manera si no estuviera locamente enamorada de él. Se le ocurrió raptarla, montarla en su yegua y marcharse muy lejos con ella, pero, por una vez, decidió hacer las cosas bien.

Si ella quería que se casaran en la iglesia del pueblo, lo harían. Entonces, Ian alquilaría, o mejor compraría, un carruaje azul con los adornos en plata para que pudieran viajar en él a Virginia. Allí, la presentaría a sus tíos y primos.

De algún modo, conseguiría viajar a Escocia. Así, Alanna podría conocer a sus padres, a sus hermanos y a sus hermanas. Se volverían a casar de nuevo allí, en la tierra que lo vio nacer.

Se lo podía imaginar todo perfectamente. Se instalarían en Boston, donde él le compraría una bonita casa. Juntos, comenzarían una familia mientras él luchaba, con voz y con la espada, por la independencia de su país de adopción.

Al llegar la noche, los dos se tumbarían juntos en una enorme cama de plumas y Alanna entrelazaría sus esbeltos miembros con los de él.

Le parecía que, desde que la conoció, no podía imaginarse la vida sin ella.

Efectivamente, aquella noche nevó, aunque muy mansamente. Cuando terminaron de cenar, Ian se sentía medio loco de impaciencia.

En vez de reunirse con los hombres al lado del fuego, agarró la capa de Alanna y la cubrió con ella.

—Necesito un momento a solas contigo —le dijo.

—Pero no he terminado...

—El resto puede esperar. Necesito hablar contigo en privado.

Alanna no pudo negarse. Se puso la capa que él le había llevado y cuando salieron al exterior, Ian la tomó en brazos y la condujo con largos pasos al establo.

—No hay necesidad de que hagas esto —señaló—. Puedo ir andando.

—Te mojarás el vestido —susurró él, besándola dulcemente—. Y me gusta mucho.

Cuando llegaron al interior del establo, Ian la dejó en el suelo y cerró la puerta. Entonces,

encendió una lámpara. Alanna se cruzó las manos en la cintura. Sabía perfectamente para qué la había llevado allí.

—Ian...

—No, espera —dijo él. Se acercó a ella y le colocó suavemente las manos sobre los hombros—. ¿No te has parado a pensar por qué no te di ningún regalo a ti esta mañana?

—Ya me lo diste. Acordamos...

—¿Y acaso creíste que yo no tendría nada más para ti? En estas Navidades, que son las primeras para nosotros, el regalo debe ser especial.

—Ian, no hay necesidad...

—Claro que la hay —afirmó él. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña caja—. Envié a un muchacho del pueblo a Boston para que fuera a recoger esto a mis aposentos. Ábrelo —añadió, tras colocarle la cajita en la mano.

El cerebro la empujaba a negarse, pero el corazón... el corazón no podía. Abrió la caja y en el interior vio un anillo. Contuvo el aliento. Era de oro, con la forma de la cabeza de un león y una corona.

—Es el símbolo de mi clan. Mi abuelo paterno ordenó que lo hicieran para su esposa. Antes de que ella muriera, se lo entregó a mi padre para que lo guardara para mí. Cuando me marché de Escocia, él me dijo que esperaba que encontrara una mujer tan fuerte, tan inteligente y tan leal como había sido mi abuela para poder entregárselo.

Alanna sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Oh, Ian. No... no puedo...

—No hay ninguna otra mujer que pueda llevarlo —afirmó. Lo sacó de la caja y se lo puso en el dedo. Parecía hecho para Alanna, porque le encajaba perfectamente en el dedo—. No hay ninguna otra mujer a la que yo pueda amar —añadió llevándose el anillo a los labios—. Con este anillo te entrego mi corazón.

—Te amo —susurró ella, mientras sentía que su mundo se desgarraba en dos—. Siempre te amaré...

Ya habría tiempo para lamentaciones, para el dolor y las lágrimas. Sin embargo, aquella noche, Alanna le daría un regalo más.

Suavemente, le quitó el abrigo de los hombros. A continuación, comenzó a desabrocharle el jubón.

Ian le detuvo inmediatamente las manos.

—Alanna...

—No soy una virginal doncella, sino una mujer hecha y derecha y te pido que me tomes como tal. Necesito que me ames, Ian. Esta noche, la noche del día de Navidad —murmuró. Le capturó las manos entre las suyas y se las besó—. Y yo necesito amarte a ti...

Nunca antes se había sentido Ian tan torpe. Sus manos parecían demasiado grandes, demasiado rudas. Se juró que, aunque no consiguiera nada más en su vida, la amaría dulcemente y le mostraría lo que estaba escrito en su corazón.

Con mucha suavidad, la tumbó sobre el heno. No se trataba de la cama de plumas que había deseado para ella, pero a Alanna no pareció importarle. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Con una exclamación de incredulidad, Ian se tumbó sobre ella.

Aquello fue mucho más de lo que Alanna había soñado. Ian no dejaba de acariciarla, de besarla,

hasta conseguir que ella se olvidara de sus penas. Cuando él le desabrochó el vestido, se lo bajó para dejarle los hombros al descubierto, para besárselos y maravillarse con la suave blancura de su piel. Sintió que los fuertes dedos de Alanna le apartaban el jubón, le desabrochaban la camisa y le acariciaban suavemente el torso.

Con mucho cuidado la desnudó, besándola y acariciándola para darle todo el placer que pudiera imaginar. Con cada caricia, con cada beso, la respuesta de Alanna era mayor. Ian oyó que la respiración se le aceleraba y que le mordisqueaba suavemente la piel. El suave aroma a lavanda se mezclaba con el del heno. La piel relucía bajo la luz de la lámpara. Los suspiros de placer se mezclaban con las palabras de amor.

Alanna estaba temblando, pero no de frío sino de pasión. Trató de pronunciar el nombre de Ian, pero sólo consiguió clavarle las uñas en los anchos hombros. ¿De dónde provenía aquel deseo que flotaba en su interior? ¿Dónde iba a terminar? Asombrada y desesperada se arqueó contra Ian mientras las manos de él recorrían como el relámpago puntos de placer que ella ni siquiera había sabido que poseía.

Tenía la boca sobre la de él, ávida y sedienta, cuando Ian se dispuso a hundirse en ella. Ian ahogó el grito de placer con sus labios y su propio gruñido de satisfacción. Estaba dentro de ella. Ante aquella sensación tan gloriosa, Alanna abrió los ojos y vio el rostro de Ian por encima del de ella.

—Ahora somos uno solo —dijo él, con voz profunda y llena de pasión—. Ahora eres mía.

Bajó la boca para besarla mientras los dos se entregaban el uno al otro el regalo de sus propios cuerpos.

Capítulo 8

Durmieron abrazados y cubiertos por la capa de Alanna. Sus cuerpos estaban muy cálidos y plenos por haberse amado.

Ian murmuró el nombre de Alanna.

Ella se despertó.

Era más de medianoche. Su tiempo se había terminado. Sin embargo, decidió robar un poco más. Estudió ávidamente el rostro de Ian mientras dormía y se aprendió cada ángulo, cada rasgo a pesar de que ya sabía que aquella cara estaba ya grabada en su pensamiento y en su corazón.

«Un último beso», se dijo mientras rozaba los labios con los de él. Un último instante.

Cuando ella se apartó, Ian se rebulló y trató de agarrarla.

—No te puedes escapar tan fácilmente, señora Flynn.

—Está a punto de amanecer. No podemos seguir aquí.

—Muy bien —dijo él. Se incorporó mientras Alanna comenzaba a vestirse—. Supongo que, dadas las circunstancias, tu padre podría sacar el cuchillo otra vez si me encontrara desnudo entre el heno con su hija —añadió. Mientras se vestía, deseó encontrar las palabras con las que pudiera decirle a Alanna lo mucho que había significado esa noche para él. Lo que el amor de ella suponía en su vida. Sin poder evitarlo, se levantó para poder besarle la nuca—. Tienes paja en el cabello, amor mío.

Alanna se apartó y se lo quitó.

—He perdido las horquillas.

—Me gusta que lo llesves suelto —susurró él, acariciándoselo—. Me gusta mucho suelto.

—Necesito mi tocado.

—Si así lo quieres —dijo él. Inmediatamente, la ayudó a buscarlo—. En verdad no recuerdo unas Navidades mejores. Creía que habían sido las de cuando tenía ocho años y me regalaron un potro. Aunque la cosa está muy reñida, tú le ganas al potro.

—Me alegra saberlo, MacGregor —dijo ella, consiguiendo esbozar una sonrisa—. Ahora, tengo que ir a preparar el desayuno.

—Bien. Mientras comemos podremos decirle a tu padre y a tus hermanos que nos vamos a casar.

—No.

—No hay razón para esperar, Alanna.

—No —reiteró ella—. No voy a casarme contigo.

Durante un instante, Ian la miró con incredulidad y, entonces, se echó a reír.

—¿Qué tontería es ésta?

—No se trata de ninguna tontería. No me voy a casar contigo.

—¡Claro que te vas a casar conmigo! —exclamó él—. En lo que se refiere a esto, no voy a tolerar juegos.

—No se trata de un juego, Ian —explicó ella, con pasmosa tranquilidad—. No quiero casarme contigo.

—Estás mintiendo. Me estás mintiendo descaradamente. No es posible que me amaras como lo has hecho a lo largo de toda la noche y que no quieras pertenecerme.

—Te amo, pero no voy a casarme contigo —afirmó Alanna, con los ojos tan secos que le dolían

—. Mis sentimientos no han cambiado, como tampoco lo han hecho los tuyos. Tienes que comprenderme, Ian. Soy una mujer sencilla con esperanzas sencillas. Tú harás tu guerra y no te contentarás hasta que no termine. Lucharás en esa guerra aunque dure un año o diez. Yo no puedo perder a otro ser al que amo cuando ya he perdido a tantos. No aceptaré tu apellido y te daré mi corazón sólo para verte morir.

—¿Estás tratando de negociar conmigo? —le preguntó Ian alejándose de ella—. ¿Me estás diciendo que no piensas compartir mi vida a menos que yo me contente con no prestar atención alguna a todo lo que creo? ¿Que, para tenerte a mi lado, debo darle la espalda a mi país, a mi honor y a mi conciencia?

—No. No estoy tratando de negociar nada, Ian. Te doy la libertad de corazón y sin arrepentirme de lo que ha pasado entre nosotros. No puedo vivir en el mundo que tú quieres y tú no puedes vivir en el mío. Lo único que te pido es que me des la misma libertad que yo te doy a ti.

—Maldita sea, no pienso hacer eso. ¿Cómo puedes pensar que una diferencia en política podría evitar que te llevara conmigo? —le preguntó Ian acercándose de nuevo a ella y agarrándola por el brazo—. Tú me perteneces.

—No se trata sólo de una diferencia en política, sino de las esperanzas y los sueños que los dos tenemos. Yo no te pido que sacrifiques nada, Ian, pero tampoco voy a sacrificar los míos. No quiero vivir mi vida a tu lado —dijo, dando un paso atrás—. No pienso hacerlo. No hay nada que puedas hacer o decir para cambiar esta situación. Si de verdad me quieres, no lo intentes. Tus heridas han curado ya, MacGregor —le dijo mientras se ponía la capa—. Creo que ha llegado la hora de que te marches. No te volveré a ver.

Con eso, se dio la vuelta y se marchó.

Una hora más tarde, desde la seguridad de su dormitorio oyó que Ian se marchaba. Fue entonces, y sólo entonces, cuando se permitió tumbarse en la cama y echarse a llorar. Cuando las lágrimas humedecieron el anillo de oro que llevaba en la mano, se dio cuenta de que no se lo había devuelto a Ian. Y que él no se lo había pedido.

Ian tardó tres semanas en llegar a Virginia y una semana más antes de que pudiera hablar más de unas cuantas frases estereotipadas con nadie. En la biblioteca de su tío, se relajaba lo suficiente como para charlar de los acontecimientos ocurridos en Boston y en otras partes de las colonias y la reacción del Parlamento. Aunque Brigham Langston, el cuarto conde de Ashburn, llevaba casi treinta años viviendo en América, aún seguía teniendo contactos en Inglaterra. Igual que había peleado por defender sus convicciones en la rebelión de los Estuardo, estaba dispuesto a hacer lo mismo en su país de adopción por la libertad y la justicia.

—Muy bien, basta ya de secretos y de confabulaciones por esta noche —dijo su tía, Serena MacGregor Langston tras entrar en la biblioteca. Seguía teniendo el cabello de un rojo muy vivo, tal y como había sido en su juventud. Las pocas canas que tenía no preocupaban a una mujer que sentía que se las había ganado.

Ian se levantó para saludar a su tía mientras que su tío se mantenía apoyado contra la chimenea. Por su parte, ella sonrió a su hijo mayor, Daniel, quien le sirvió un coñac y le dio un beso al entregarle la copa.

—Ya sabes que siempre agradecemos tu deliciosa compañía, mamá.

—Hablas como tu padre —replicó la dama—. Sabes muy bien que deseas que me vaya al diablo. Creo que tendré que recordarte que ya he luchado en una rebelión. ¿No es así, Sassenach?

Brigham sonrió. Serena se había referido a él con el término poco halagador con el que los escoceses se refirieron a los ingleses desde el primer instante en el que ambos se conocieron.

—¿Acaso he tratado yo alguna vez de cambiarte?

—No eres la clase de hombre que se esfuerza en realizar algo cuando sabe que va a fracasar en su empeño —dijo ella mientras le besaba en los labios—. Ian, estás perdiendo peso —añadió, refiriéndose a su sobrino. Serena había decidido que ya le había dado a Ian tiempo más que suficiente para pensar en lo que le estuviera preocupando—. ¿Acaso tienes queja de nuestra cocinera?

—Como siempre, los platos que sirves en tu mesa, tía Serena, son magníficos.

—Ah —susurró ella, tras dar un sorbo de su coñac—. Tu prima Fiona me ha dicho que aún no has querido salir a montar con ella. Espero que mi hija pequeña no haya hecho nada para molestarte.

—No. Simplemente he estado... algo distraído últimamente. Seguramente saldré a montar con ella mañana o pasado mañana.

—Bien —replicó ella. Decidió esperar hasta que estuvieran solos para entrar a matar—. Brig a Amanda le gustaría que la ayudaras a escoger un poni adecuado para el joven Colin. Yo creía haber educado bien a mi hija mayor, pero, aparentemente, ella cree que tú tienes mejor ojo para los caballos que su mamá. Daniel, tu hermano está en los establos, hijo. Me ha pedido que envíe a por ti.

—El muchacho no piensa más que en los caballos —comentó Brigham—. Se parece a Malcolm.

—Te recuerdo que a mi hermano pequeño le ha ido muy bien con los caballos.

—No tienes que recordármelo —le dijo Brigham a su esposa.

—Yo iré —anunció Daniel—. Como conozco bien a Kit, me imaginó que se le habrá ocurrido algo sobre la cría de caballos.

—Ah, Brig Parkins está muy alterado por algo, según creo por el estado de tu chaqueta de montar. Lo he dejado en tu vestidor.

—Siempre está muy alterado —musitó Brigham, refiriéndose a su ayuda de cámara de muchos años—. Iré a ver si puedo calmarlo.

—Tú no me vas a dejar sola, ¿verdad, Ian? —dijo Serena tomando asiento. Se sentía muy satisfecha de haber conseguido deshacerse de su marido y su hijo para quedarse a solas con su sobrino—. No hemos tenido muchas oportunidades de hablar desde que has llegado. Toma un poco más de coñac y hazme compañía durante un rato. Me gustaría que me hablaras de tus aventuras en Boston.

Como iba descalza, tal y como le había gustado siempre, subió los pies hasta colocarlos sobre el sofá y los cubrió con la falda de su vestido. A pesar de la postura, consiguió tener un aspecto elegante y joven a la vez. Y a pesar del mal genio de Ian, no le quedó más remedio que sonreír a su tía.

—Tía Serena, eres muy hermosa.

—Estás tratando de distraerme, Ian. Lo sé todo sobre tus escarceos con el té y, de MacGregor a MacGregor, te doy la enhorabuena —dijo Serena, levantando su copa para hacer un brindis—. Sé que los ingleses ya han empezado a gruñir un poco. ¿Crees que se van a atragantar por fin con su maldito té? —le preguntó. Entonces, levantó la mano para evitar que él respondiera—. No, no me hables de eso. En primer lugar, me gustaría que me hablaras sobre ti.

—¿Sobre mí? —repitió Ian encogiéndose de hombros—. No merece la pena fingir que no conoces todas mis actividades y mi alianza con Sam Adams y los Hijos de la Libertad. Nuestros planes avanzan lentamente, pero avanzan.

—Me refería a un nivel más personal, Ian —dijo ella inclinándose para tocarle cariñosamente la mano—. Eres el hijo primogénito de mi hermano y mi propio ahijado. Te ayudé a venir a este mundo y sé perfectamente que te preocupa algo que no tiene nada que ver con la política o la revolución.

—Y, al mismo tiempo, tiene que verlo todo con esos dos temas.

—Háblame de ella.

—Yo no he mencionado a ninguna «ella».

—Las has mencionado mil veces con tu silencio —comentó Serena con una sonrisa. No apartó la mano de la de él—. No sirve de nada tratar de ocultarme este tipo de cosas, muchacho. Somos de la misma sangre. ¿Cómo se llama?

—Alanna. Maldita sea...

Con una carcajada, Serena volvió a reclinarse en su asiento.

—Me gusta eso. Cuéntame.

Ian lo hizo, a pesar de que no había tenido intención alguna de hacerlo. En poco más de treinta minutos, le había contado a Serena todo lo que le había acontecido con Alanna desde el momento en el que la conoció.

—Te quiere mucho —murmuró Serena.

Ian, que en el transcurso de su relato se había levantado para pasear por la biblioteca al tiempo que hablaba, se encontraba en aquellos momentos frente a la chimenea.

—¿Qué clase de amor es ése que aparta a un hombre del objeto de su deseo y lo deja con medio corazón?

—Un amor muy profundo y temeroso —respondió Serena levantándose también—. Lo comprendo perfectamente, más de lo que puedo hacerte entender.

—No puedo cambiar lo que soy.

—No, no puedes —suspiró Serena. Entonces, le tomó las manos y lo condujo de nuevo al sofá, donde los dos volvieron a tomar asiento—. Ni yo tampoco. Somos hijos de Escocia, mi amor. Espíritus de las Tierras Altas. Somos rebeldes desde la cuna, guerreros desde el principio de los tiempos. Sin embargo, cuando peleamos lo hacemos no sólo por lo que es nuestro por derecho. Por nuestras tierras, por nuestros hogares y por nuestra gente.

—Ella no lo comprende.

—Bueno, a mí me parece que lo comprende demasiado bien. Tal vez no pueda aceptarlo. ¿Y por qué tú, un MacGregor, accediste a dejarla cuando ella te lo pidió? ¿Por qué no luchaste por ella?

—Porque es una fierecilla testaruda que no escucha razones.

—Ah —dijo Serena, con una sonrisa en los labios. A ella también la habían llamado testaruda una y otra vez a lo largo de su vida. Sabía que había sido el orgullo lo que había enviado a su sobrino a Virginia para que pudiera lamerse sus heridas y el orgullo era algo que también comprendía muy bien—. ¿Y tú la amas?

—Si pudiera me olvidaría de ella. Tal vez debería regresar para asesinarla...

—Dudo que haya que llegar a eso —comentó Serena. Se puso de pie y le dio una palmada en la espalda—. Quédate con nosotros un tiempo, Ian. Y confía en mí si te digo que todo saldrá bien.

Ahora debo subir para rescatar a tu tío de las garras de Parkins.

Serena se marchó y dejó a Ian contemplando el fuego. Sin embargo, lo que él no sabía era que su tía, en vez de irse a buscar a Brigham, se fue a su salón privado para escribir una carta.

—No puedo ir —dijo Alanna, con el rostro sonrojado y los ojos brillantes. Tenía la carta en la mano y estaba delante de su padre.

—Claro que puedes y lo vas a hacer —insistió Cyrus—. Lady Langston te ha invitado a su hogar para darte las gracias por haber salvado la vida a su sobrino —añadió. Mordió la pipa con fuerza y rezó para no estar cometiendo un error—. Tu madre quería que fueras.

—El viaje es demasiado largo y, dentro de uno o dos meses, tendré que ponerme a hacer jabón, a plantar y a cardar la lana. Tengo demasiadas cosas que hacer como para realizar un viaje semejante. Además... además no tengo nada adecuado que ponerme.

—Irás a representar a esta casa. Jamás se podrá decir que un Murphy se ha acobardado ante la perspectiva de conocer a gente noble.

—Yo no me estoy acobardando.

—Estás muerta de miedo, muchacha, y eso me hace palidecer de vergüenza. Lady Langston desea conocerte. Yo tengo primos que lucharon aliados de los de su clan en la rebelión de los Estuardo. Un Murphy vale tanto como un MacGregor, más si tenemos que elegir. Yo no pude darte los estudios que tu madre siempre deseó para ti...

—Papá...

—Ella me dará la espalda cuando me reúna con ella en el más allá si no te empujo a que hagas esto. Es mi deseo que veas el mundo más allá de estas piedras y de este bosque antes de que mi vida termine. Por lo tanto, vas a hacer esto por mí y por tu madre, si es que no lo quieres hacer por ti misma.

Alanna empezó a dudar, tal y como Cyrus se había imaginado que ocurriría.

—Pero... Si Ian está allí...

—Ella no dice que esté, ¿verdad?

—Bueno, no, pero...

—En ese caso, lo más probable es que no esté. Seguramente ya se habrá marchado para seguir con su rebelión.

—Sí, seguramente... —susurró Alanna mirando con tristeza la carta que tenía en la mano. Empezó a preguntarse cómo sería Virginia—. ¿Y quién se encargará de cocinar? ¿Quién hará la colada y ordeñará a las vacas? No puedo...

—No somos unos inútiles, hija. Además, ahora que se ha casado con Johnny, Mary nos podrá echar una mano. Y la viuda Jenkins siempre está dispuesta a echar una mano.

—Sí, pero no nos podemos permitir...

—No somos pobres tampoco —le espetó su padre—. Ahora, ve a escribir a Lady Langston. Dile que aceptas encantada su invitación para ir a visitarla... A menos que tengas miedo de conocerla, claro está.

—Por supuesto que no tengo miedo —afirmó ella—. Iré.

Con eso, empezó a subir la escalera para dirigirse a su habitación a buscar pluma y papel.

—Sí, claro que irás —murmuró Cyrus cuando escuchó que la puerta se cerraba—, pero ¿regresarás?

Capítulo 9

Alanna estaba convencida de que el corazón iba a saltársele del pecho de lo rápido y fuerte que le latía en su interior. Nunca antes había montado en un carruaje tan lujoso, tirado por un par de caballos tan hermosos. Aparte de un conductor vestido con librea, tenía lacayos y una doncella para que la acompañaran.

Aunque había viajado en barco desde Boston a Richmond, también con un acompañante que los Langston habían enviado para que la guiara, iba a realizar el resto del viaje por carretera hasta llegar a la plantación de sus anfitriones. Le habían puesto el nombre de Glenroe, por un bosque de las Tierras Altas.

¡Qué emoción había sentido al ver cómo el viento henchía las velas del barco! Tenía su propio camarote y una doncella para que se ocupara de sus necesidades. Desgraciadamente, la muchacha se había puesto enferma por el meneo constante del barco y la propia Alanna había tenido que ocuparse de sus necesidades. Sin embargo, no le había importado en absoluto. Había podido pasear con total libertad por las cubiertas, observando el océano y la costa en la lejanía y admirando la enormidad y la belleza de un país que, en realidad, jamás había visto.

Era muy hermoso. Aunque le gustaba mucho su granja, el bosque y las rocas de su Massachussets natal, descubrió que la tierra era incluso más gloriosa con aquella variedad. Cuando había abandonado su hogar aún había nieve en el suelo. Sin embargo, allí, más al sur, los árboles ya estaban empezando a brotar, por lo que Alanna se había dejado la capa sin abrochar para poder disfrutar del aire fresco a través de la ventana del carruaje. En los campos ya había terneros y potros recién nacidos poniendo a prueba sus patas o alimentándose. En otros, se veían muchos esclavos negros ocupándose de la plantación de primavera y eso que sólo era el mes de marzo.

Marzo... Habían pasado tres meses desde la partida de Ian. Con un gesto automático, levantó la mano para tocar el contorno del anillo que llevaba colgado de un cordel debajo del vestido. Por supuesto, debía devolverlo. Se lo entregaría a la tía de Ian, dado que él ya no estaría en la plantación. Le contaría la verdad a medias para no tener que explicar en todo detalle lo ocurrido entre ambos.

Decidió no preocuparse de aquel detalle por el momento. Con las manos en el regazo, estudió los hermosos campos de Virginia. Aquel viaje le parecía una verdadera aventura, una aventura que jamás volvería a vivir. Debía recordar todos los detalles posibles para contárselos a Brian.

De todos modos, atesoraría los recuerdos. Iba a visitar a la familia de Ian, personas que lo habían conocido desde pequeño. Durante las pocas semanas que iba a permanecer en la plantación, volvería a sentirse cerca de él. Por última vez. Entonces, regresaría a la granja, con su familia y se sentiría completamente feliz. No había más remedio.

Por fin, el carruaje pasó por debajo de una puerta de piedra en la que, en un letrero de hierro forjado, se leía la palabra *Glenroe*. La pobre doncella, más cansada del viaje que Alanna, se removió en su asiento.

—Podrá ver la casa muy pronto, señorita —dijo la muchacha, agradecida de que las semanas de viaje estuvieran a punto de llegar a su fin—. Es la casa más bonita de toda Virginia.

Con el corazón latándole con fuerza, Alanna empezó a jugar con el borde del vestido que había estado cosiendo durante tres noches. A continuación, se colocó bien las cintas del sombrero y se alisó la falda.

El largo sendero de entrada estaba alineado con robles. Hasta donde alcanzaba la vista, los campos se extendían a ambos lados. Entonces, sobre una suave colina, apareció la casa.

Alanna se quedó sin palabras. Era una majestuosa estructura blanca con una docena de columnas que adornaban la fachada principal como si fueran esbeltas damas. Unos balcones que parecían de encaje adornaban las ventanas del primer y segundo piso. El porche rodeaba por completo la casa y había flores por todas partes.

Alanna entrelazó las manos con tal firmeza que los nudillos se le quedaron tan blancos como la casa. ¿Qué estaba haciendo ella allí, en un lugar como aquél? ¿Qué podría tener ella que decirle a una persona que viviera en un lugar semejante? La distancia que separaba su mundo del de Ian se acrecentaba más con cada paso que daban los caballos del carruaje.

Antes de que éste se detuviera, Alanna vio que salía una mujer de la casa. Iba elegantemente ataviada con un traje verde pálido. El cabello rojo iba recogido de un modo muy sencillo sobre la nuca de la mujer y relucía bajo la luz del sol. Alanna casi no había descendido del carruaje cuando la mujer se acercó a darle la bienvenida.

—Señora Flynn. Es usted tan hermosa como esperaba —dijo la mujer, que hablaba con un acento muy parecido al de Ian—. Si me lo permites, te llamaré Alanna, dado que me parece que ya somos amigas —añadió, tomándola inmediatamente entre sus brazos—. Yo me llamo Serena y soy la tía de Ian. Bienvenida a Glenroe.

—Lady Langston —susurró Alanna, sintiéndose muy intimidada, a pesar de que Serena no hacía más que reír mientras la acompañaba a los escalones del porche.

—No. Aquí no utilizamos títulos a menos que nos puedan servir de algo. Espero que el viaje haya ido bien.

—Sí. Le doy las gracias por su generosidad por pedirme que viniera y abrirme de par en par las puertas de su casa.

—Soy yo quien te está agradecida. Ian es tan querido para mí como mis propios hijos. Entra. Te acompañaré a tu habitación. Estoy segura de que querrás refrescarte un poco antes de conocer al resto de la familia a la hora del té. Por supuesto, nosotros no tomamos ese maldito líquido —explicó Serena, mientras conducía a Alanna a través del vestíbulo hasta una imponente escalera doble.

—No, por supuesto que no —susurró Alanna.

Serena la agarró del brazo y la acompañó escaleras arriba. En aquel momento, se escuchó un grito y una maldición desde algún lugar de la casa.

—Son mis dos hijos pequeños —comentó Serena, sin preocuparse en absoluto—. No hacen más que pelearse.

—¿Cuántos hijos tiene usted, lady Langston?

—Seis. Payne y Ross son los que nunca dejan de pelearse. Son gemelos. Unas veces no hacen más que pegarse y otras juran defenderse el uno al otro hasta la muerte —explicó. En aquellos momentos avanzaban por un pasillo cuyo suelo estaba cubierto de una gruesa moqueta—. Espero que te sientas cómoda aquí —añadió, un segundo antes de abrir una puerta—. Si necesitas algo, sólo tienes que pedirlo.

Alanna pensó qué diablos iba ella a necesitar. El dormitorio era al menos tres veces más grande que el que ocupaba en su casa. Alguien había colocado flores frescas en varios jarrones. Flores en marzo.

La cama era lo suficientemente grande para tres personas y estaba cubierta por una colcha de seda azul y esponjosos cojines. Había un armario de madera tallada, un elegante tocador con un espejo de plata y una mesita con una silla de brocado. Los enormes ventanales estaban completamente abiertos. Antes de que Alanna pudiera hablar, una doncella entró en el cuarto con una jarra de agua caliente.

—Tu salón está por aquí —dijo Serena—. Y ésta es Hattie —añadió, sonriendo a la doncella negra—. Ella se ocupará de tus necesidades mientras estés con nosotros. Hattie, vas a cuidar muy bien de la señora Flynn, ¿verdad?

—Sí, señora —respondió Hattie, con una radiante sonrisa.

—Muy bien. ¿Puedo hacer algo más por ti, Alanna?

—Oh, no... Ya ha hecho usted más que suficiente.

Serena sonrió.

—En ese caso, te dejaré para que descanses un poco. Hattie te acompañará cuando estés lista.

Cuando la puerta se cerró tras la indomable lady Langston, Alanna se sentó en el borde de la cama y se preguntó cómo iba a poder soportar todo aquello.

Como estaba demasiado nerviosa para permanecer todo el tiempo en sus habitaciones, permitió que Hattie la ayudara a cambiarse de ropa. La doncella demostró ser muy hábil a la hora de peinarle el cabello y, con ágiles dedos, se lo cepilló y se lo rizó hasta que la negra melena de Alanna quedó recogida en hermosos rizos sobre el hombro izquierdo.

Alanna estaba terminándose de poner los pendientes de granate de su madre y tratando de armarse de valor para bajar a conocer al resto de la familia cuando escuchó gritos y golpes al otro lado de su puerta. Muy intrigada, la abrió un poco y se encontró con dos muchachos rodando por la alfombra del pasillo.

—Espero que tengan un buen día, caballeros —les dijo.

Los muchachos, idénticos el uno al otro, con el cabello negro y los ojos de color topacio, dejaron de pelearse para observarla. Entonces, se levantaron inmediatamente y realizaron una reverencia al unísono.

—¿Quién es usted? —preguntó el que tenía el labio partido.

—Me llamo Alanna Flynn. Vosotros debéis de ser Payne y Ross.

—Sí —dijo el que tenía un ojo morado—. Yo soy Payne, el mayor, así que le daré la bienvenida a Glenroe.

—Y yo también —añadió Ross, tras darle un codazo a su hermano en las costillas.

—Os doy las gracias a ambos. Estaba a punto de bajar para reunirme con vuestra madre. Tal vez vosotros podríais acompañarme.

—Estará en el salón. Es hora de tomar el té —dijo Ross, ofreciéndole el brazo a Alanna.

—Por supuesto, en esta casa no bebemos ese maldito brebaje —afirmó Payne, ofreciéndole también el suyo. Alanna aceptó los de ambos—. Aunque los ingleses nos obligaran a tomarlo, nosotros se lo escupiríamos a la cara.

—Por supuesto —comentó Alanna, con una sonrisa.

Cuando el trío entró en el salón, Serena se puso de pie.

—Ah, Alanna. Veo que ya conoces a mis dos jóvenes monstruos —comentó, fijándose al mismo tiempo en el ojo morado y en el labio partido de sus hijos—. Si queréis tomar vosotros dos un poco de pastel, os tendréis que lavar primero.

Mientras los muchachos se marchaban, Serena se dispuso a presentar a Alanna al resto de los presentes en la sala. Había un muchacho de unos dieciocho años al que llamó Kit. Éste se parecía mucho a su madre. Una joven, más o menos de la edad de Brian, tenía por el contrario el cabello rubio y preciosos hoyuelos en el rostro.

—Kit y Fiona te acompañarán a los establos a la más mínima oportunidad —le advirtió Serena—. Mi hija Amanda vendrá a cenar esta noche con su familia. Viven en una plantación cercana —añadió. Sirvió la primera taza de café y se la entregó a Alanna—. No esperaremos a Brigham y a los otros. Se han marchado para supervisar la siembra y sólo Dios sabe cuándo van a regresar.

—Mamá dice que tú vives en una granja de Massachussets —comentó Fiona.

—Sí —respondió Alanna, relajándose un poco más—. Cuando me marché de allí, aún había nieve en el suelo. Nuestra época de siembra empieza mucho más tarde que aquí.

La conversación fluía agradablemente cuando los gemelos regresaron. Aparentemente, volvían a ser amigos. Con los brazos entrelazados, se acercaron a su madre y le dieron un beso.

—Es demasiado tarde —les dijo Serena—. Ya me he enterado de lo del jarrón —añadió mientras les servía dos tazas de chocolate—. Menos mal que ha sido uno de los más feos. Ahora, sentaos y tened cuidado de no derramar esto sobre la alfombra.

Alanna estaba disfrutando de la compañía y de su segunda taza de café cuando se escuchó en el vestíbulo un estruendo de carcajadas masculinas.

—¡Papá! —exclamaron los gemelos al mismo tiempo.

Entonces, echaron a correr hacia la puerta. Serena contempló la mancha de chocolate que dejaron sobre la alfombra y suspiró.

Brigham entró en el salón revolviendo el cabello de los dos niños que lo flanqueaban.

—Bueno, ¿qué travesuras habéis hecho hoy? —les preguntó.

Alanna observó cómo miraba a su esposa. Había diversión en su mirada y algo más, mucho más profundo y verdadero, que prendió una ligera chispa de envidia en el pecho de Alanna. A continuación, el caballero inglés la miró a ella.

—Alanna —anunció Serena—, éste es mi esposo, Brigham.

—Encantado de conocerte por fin —dijo Brigham tomándole una mano entre las suyas—. Te debemos mucho...

Alanna se sonrojó. Aunque aquel caballero tenía la edad suficiente para ser su padre, emanaba un magnetismo que aceleraba los latidos del corazón de cualquier mujer.

—Y yo debo darle las gracias por su hospitalidad, lord Langston.

—No. Lo único que debes hacer es disfrutarla —replicó Brigham. Entonces, lanzó a su esposa una mirada algo extraña y algo enojada, o por lo menos eso le pareció a Alanna—. Espero que te sientas cómoda y feliz durante tu estancia en esta casa.

—¿Y cómo no iba a ser así? Tiene usted una casa magnífica y una familia maravillosa.

Brigham se dispuso a hablar otra vez, pero su esposa se lo impidió.

—¿Una taza de café, Brig? —le preguntó, cuando en realidad ya se la había servido y se la estaba ofreciendo con un gesto de advertencia en el rostro. Evidentemente, Brigham no parecía estar de acuerdo con los planes de su esposa—. Debes de tener sed después de tu trabajo. ¿Y los demás?

—Venían detrás de mí. Han ido un momento a la biblioteca.

Brigham estaba aún hablando cuando dos hombres entraron en el salón. Alanna reparó sólo

vagamente en el que era el vivo retrato de Brigham, pero más joven. Sus asombrados ojos no podían apartarse de Ian. Sólo podía verlo a él, vestido con pantalones de trabajo, chaqueta de montar y el cabello revuelto. Él también se había quedado completamente sorprendido. Una docena de expresiones le cruzaron el rostro, igual que le ocurrió a Alanna. Entonces, sonrió, aunque parecía nervioso.

—Ah, señora Flynn... Qué sorpresa más inesperada.

—Yo... yo... —tartamudeó Alanna mirando a su alrededor como si estuviera buscando un lugar en el que poder esconderse. Sin embargo, Serena ya se había levantado para tomarle de la mano. Apretó los dedos de Alanna con firmeza.

—Alanna ha sido tan amable como para aceptar mi invitación. Queríamos darle las gracias en persona por haber cuidado de ti y haberte mantenido con vida para que puedas seguir dándonos la lata, Ian.

—Entiendo —susurró él—. Eres muy lista, ¿verdad, tía Serena?

—Sí. Creo que lo soy.

—Bien, señora Flynn, dado que está usted aquí, tendré que darle la bienvenida a Glenroe.

—Yo... Les ruego que me perdonen —musitó ella. Sabiendo que iba a echarse a llorar, esquivó a Ian y salió corriendo del salón.

—Muy cortés de tu parte —le recriminó Serena a Ian. Entonces, se marchó a buscar a su invitada.

Encontró a Alanna sacando sus ropas del armario.

—¿Qué es esto?

—Debo marcharme, lady Langston. No sabía que... Le doy las gracias por su hospitalidad, pero debo marcharme inmediatamente a mi casa.

—Tonterías —dijo Serena. Entonces, la agarró firmemente por los hombros y la condujo hasta la cama—. Ahora, siéntate y tranquilízate. Sé que te ha sorprendido ver a Ian, pero...

Se interrumpió al ver que Alanna se cubría el rostro con las manos y se echaba a llorar.

—Venga, venga... Se portó mal contigo, ¿verdad? Los hombres son así, pero eso sólo significa que nosotras debemos ser aún peores.

—No, no... Fue todo culpa mía...

—Tanto si lo fue como si no, eso no es algo que una mujer deba admitir. Dado que los hombres tienen la ventaja de la fuerza, nosotros debemos utilizar nuestros cerebros, que de todos modos son mucho mejores... Quería ver por mí misma si tú lo querías tanto como sé que él te quiere a ti. Ahora lo sé.

—Ian me odia. ¿Quién podría culparle por ello? Sin embargo, es lo mejor... Es mucho mejor así.

—¿Acaso te da miedo?

—Sí.

—¿Y los sentimientos que tienes hacia él también te asustan?

—Sí. No quiero tenerlos, milady. No puedo tenerlos. Él no va a cambiar. No estará contento hasta que no lo maten o lo cuelguen por traición.

—Los MacGregor no mueren fácilmente. ¿Tienes un pañuelo? Yo jamás encuentro uno cuando más lo necesito.

Alanna sorbió por la nariz y asintió. Entonces, sacó el suyo.

—Le pido disculpas, milady, por haber causado esta escena.

—Oh, a mí me gustan mucho las escenas y las causo siempre que es posible —bromeó. Entonces, esperó a que Alanna se tranquilizara un poco—. Te voy a contar la historia de una joven que amó a quien no debía. Estaba enamorada de un hombre que parecía completamente equivocado para ella. Se enamoró de él en tiempos de guerra y rebelión, cuando había muerte por todas partes. Ella lo rechazó una y otra vez porque pensó que era lo mejor.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó Alanna, secándose los ojos.

—Bueno, él era tan testarudo como ella, por lo que se casaron y tuvieron seis hijos. Y dos nietos —comentó, con una sonrisa—. Te aseguro que no me he arrepentido jamás.

—Pero esto es diferente.

—El amor siempre es el mismo. Y siempre es diferente. Yo también tenía miedo.

—¿Usted?

—Sí. Cuanto más amaba a Brigham, más miedo tenía y más nos castigaba a ambos negando mis sentimientos. ¿Quieres hablarme de los tuyos? A menudo ayuda hablar con otra mujer.

—Perdí a mi hermano en la guerra contra los franceses —explicó—. Yo sólo era una niña, pero lo recuerdo perfectamente. Era inteligente, guapo y, como Ian, no podía pensar en otra cosa que en defender y luchar por su tierra, por sus creencias. Murió por ellas. Al cabo del año, mi madre murió también. Tenía el corazón roto y jamás consiguió superarlo. He visto cómo mi padre no lograba superar sus muertes, año tras año...

—No hay pérdida mayor que la de los seres queridos. Mi padre murió en combate hace veintiocho años y aún puedo ver su rostro. Poco después, dejé a mi madre en Escocia. Murió antes de que naciera Amanda, pero aún vive en mi corazón —confesó. Entonces, tomó las manos de Alanna entre las suyas—. Cuando aplastaron la rebelión, mi hermano Coll me trajo a Brigham. Le habían disparado y estaba a punto de morir. En mi vientre yo llevaba a nuestro primer hijo. Nos estábamos ocultando de los ingleses en una cueva. Brigham estaba entre la vida y la muerte.

—¿Cómo pudo soportarlo?

—¿Y cómo no iba a poder? A menudo él dice que yo le devolví la vida para poder regañarle constantemente —dijo Serena, con una sonrisa—. Puede que sea cierto, pero te aseguro que conozco tu mismo miedo, Alanna. Cuando llegue la revolución, mis hijos lucharán. Se me hiela la sangre al pensar que podría perderlos. Sin embargo, si yo fuera un hombre, tomaría la espada y me uniría a ellos.

—Es usted más valiente que yo...

—No lo creo. Si tu familia estuviera amenazada, ¿te esconderías en un rincón o te levantarías en armas para protegerlos?

—Moriría por protegerlos, pero...

—Sí. Ese momento llegará y, muy pronto, cuando los hombres de las colonias se den cuenta de que son sólo uno. Como un clan. Nosotros lucharemos para protegernos los unos a los otros. Ian lo sabe. ¿Acaso no es ésa la razón de que estés enamorada de él?

—Sí...

—Si niegas ese amor, ¿crees que serás más feliz que si le abres las puertas y lo disfrutas el tiempo que Dios os conceda juntos?

—No... Sé que jamás podré ser feliz sin él. Sin embargo, llevo toda la vida soñando que me

casaría con un hombre fuerte y tranquilo, que se contentara con trabajar conmigo y criar a nuestra familia. Con Ian, sólo habría confusión, peticiones y riesgos. Jamás conocería un instante de paz a su lado.

—Tienes razón. Ahora, Alanna, te pido que te mires el interior de tu corazón y te hagas una única pregunta. Si pudieras hacerlo, ¿lo cambiarías?

Alanna se dispuso a decir que sí, pero su corazón, más sincero que su cabeza, ofreció otra respuesta.

—No. Santo Dios... ¿cómo he podido ser tan tonta como para no darme cuenta de que lo amo por lo que es y no por lo que a mí me gustaría que fuera?

Serena asintió muy satisfecha.

—La vida tiene sus riesgos, Alanna. Hay personas que los aceptan y siguen viviendo. Otros, se esconden y permanecen en un único lugar. ¿De qué clase eres tú?

—No lo sé, milady...

—Serena.

—No lo sé, Serena —se corrigió ella, con una sonrisa—. Me pregunto si le hubiera rechazado si hubiera podido hablar contigo antes.

Serena se echó a reír.

—Ya tienes algo en lo que pensar. Ahora descansa y dale tiempo a ese muchacho.

—Él no querrá hablar conmigo —musitó—, pero yo le obligaré a hacerlo —añadió, con decisión.

—Estoy segura de ello —afirmó Serena con una carcajada—. Y lo harás muy bien.

Capítulo 10

Ian no fue a cenar ni apareció para desayunar a la mañana siguiente. Esto habría desanimado a la mayoría de las mujeres, pero para Alanna representaba exactamente el desafío que necesitaba para superar sus propios miedos.

Además, estaban los Langston. Resultaba imposible encontrarse con aquella familia tan encantadora y no darse cuenta de lo que el amor, la determinación y la confianza eran capaces de conseguir. Fueran cuales fueran las dificultades con las que se encontraban, Serena y Brigham se habían construido una vida juntos. Los dos habían perdido sus hogares, sus países y las personas a las que amaban, pero habían resurgido de sus propias cenizas.

¿Podía ella negarse la oportunidad de estar con Ian? Por supuesto, él no abandonaría sus ideales, pero Alanna había empezado a convencerse de que era demasiado testarudo como para morir. Si terminaba perdiéndolo, ¿no merecería la pena haber pasado un año, un mes o un día entre sus brazos?

Esto sería precisamente lo que le diría... si lograba encontrarlo. Se disculparía y le pediría una segunda oportunidad.

Sin embargo, a medida que el día fue pasando, su irritación fue sustituyendo a la penitencia. Se disculparía, claro que sí. Aunque después de haberle dado una buena patada en las espinillas.

Fueron los gemelos los que le dieron la primera pista sobre dónde encontrarlo.

—Lo has estropeado tú —dijo Payne cuando los dos muchachos aparecieron peleándose por el jardín.

—¡Ja! Fuiste tú. Si hubieras mantenido la boca cerrada, podríamos habernos ido con él, pero eres tan estúpido...

—Basta ya, chicos —dijo Serena—. Pelearos si queréis, pero aquí no. No voy a dejar que me estropeéis los macizos de flores.

—Todo es culpa suya —declararon los dos al unísono.

Alanna sonrió.

—Yo sólo quería ir a pescar —se quejó Ross—. E Ian me habría llevado si éste no hubiera empezado a quejarse...

—A pescar —dijo Alanna, esperanzada—. ¿Ian ha ido a pescar?

—Cuando está enfadado, siempre se va al río. Yo habría podido convencerlo de que nos llevara a nosotros también si Ross no hubiera empezado a protestar. Ian se montó en su yegua y se marchó sin nosotros.

—Yo no quiero ir a pescar —afirmó Ross—. Quiero jugar al volante...

—Soy yo el que quiere jugar al volante —gritó Payne.

Entonces, echó a correr para poder llegar el primero.

—Tengo una buena yegua en los establos. Me la regaló mi hermano Malcolm, que conoce muy bien los caballos —sugirió Serena, sin dejar de cortar flores—. ¿Te apetece montar, Alanna?

—Sí. En casa no tengo mucho tiempo para hacerlo.

—Entonces, deberías aprovechar ahora —comentó Serena, con una alegre sonrisa—. Dile a Jem, el mozo de establos, que yo he dicho que te ensille a Prancer. Creo que te gustaría dirigirte hacia el sur. Justo detrás de los establos hay un sendero que conduce hasta allí. El río está muy bonito en esta época del año...

—Gracias —dijo. Entonces, hizo ademán de salir corriendo, pero se detuvo en seco—. Yo... no tengo vestido de montar.

—Hattie se encargará de ello. En mi baúl tengo uno de Amanda. Creo que te sentará bien.

—Gracias —repitió Alanna, antes de darle un fuerte abrazo a Serena—. Gracias.

Al cabo de treinta minutos, Alanna cabalgaba sobre su montura.

Efectivamente, Ian había lanzado un sedal al agua, pero sólo era una excusa para sentarse y pensar. Había pensado brevemente en estrangular a su tía por meterse donde no debía, pero antes de tener oportunidad de hacerlo, ella había irrumpido en su habitación y le había leído la cartilla de tal manera que a él no le había quedado otra cosa que defenderse.

Sí. Se había mostrado muy grosero con una invitada. Intencionadamente. Si no pareciera que estaba huyendo, ensillaría a su yegua inmediatamente y se marcharía a Boston, pero no pensaba huir una segunda vez. En aquella ocasión sería Alanna la que se marchara.

¿Por qué había tenido que estar tan hermosa con aquel vestido azul y el sol reflejándosele en el cabello? ¿Y qué le importaba a él el aspecto que tuviera? Ya no la quería. No necesitaba una fierecilla de lengua afilada en su vida. Tenía demasiadas cosas de las que ocuparse.

Dios Santo... prácticamente le había suplicado que lo aceptara. Eso le hería profundamente el orgullo. Y ella, la muy desvergonzada, se había tumbado con él sobre el heno y le había hecho creer que le importaba. Ian se había mostrado muy cariñoso con ella, muy cuidadoso... nunca antes le había abierto su corazón a ninguna mujer de aquella manera. Para nada.

Esperaba que encontrara a un pobre infeliz que se dejara mangonear por ella. Si Ian descubría que así había sido, mataría a ese hombre con sus propias manos.

Escuchó el sonido de los cascos de un caballo y lanzó una maldición. Si esos mocosos habían ido allí para irrumpir en su soledad, los enviaría de vuelta a la casa inmediatamente. Recogió el sedal, se puso de pie y se preparó para gritarles a sus sobrinos que se marcharan por donde habían ido hasta allí.

Sin embargo, el jinete que salió a caballo de entre los árboles era Alanna. Iba muy deprisa, demasiado para la tranquilidad de Ian. Bajo el sombrero de montar, llevaba el cabello suelto, volando tras ella. Detuvo su montura y la ató. La yegua, acostumbrada a mujeres alocadas, no se movió.

Cuando pudo recuperar el aliento, Ian le lanzó una mirada asesina.

—Has conseguido asustar a todos los peces que hay en quince kilómetros a la redonda. ¿Cómo puedes tener tan poco sentido común de montar sobre terreno desconocido a esa velocidad?

—La yegua conocía bien el camino —replicó ella. Permaneció sentada sobre la yegua, esperando que él la ayudara a desmontar. Cuando vio que Ian no se movía, lanzó una maldición y se bajó como pudo—. Has cambiado muy poco, MacGregor. Tus modales son tan pésimos como siempre.

—¿Has venido desde Virginia para decirme eso?

Alanna se aseguró de que las riendas de la yegua estaban bien atadas antes de volverse de nuevo para mirarlo.

—He venido porque tu tía, muy amablemente, me invitó a que lo hiciera. Si hubiera sabido que tú ibas a estar por aquí, no lo habría hecho. Verte es lo único que me ha estropeado el viaje porque, si te soy sincera, jamás comprenderé cómo un hombre como tú puede estar emparentado con unas

personas tan agradables. Mi mejor deseo sería que tú... —se interrumpió y trató de recordar lo que la había llevado hasta allí—. Bueno, no he venido hasta aquí para pelearme contigo.

—Pues menos mal —dijo él. Se dio la vuelta para recoger su sedal—. Te has bajado tú sola de tu montura, señora Flynn. Supongo que podrás volver a subirte para marcharte de aquí.

—He venido para hablar contigo.

—Ya has dicho mucho más de lo que yo deseaba escuchar. Ahora, móntate en tu yegua y márchate antes de que yo pierda la paciencia.

—Ian, yo sólo quiero...

—Maldita seas —gritó, tras arrojar el sedal—. ¿Qué derecho tenías a venir aquí? ¿A presentarte ante mí para hacerme sufrir? Me hiciste creer que sentías algo por mí, que lo que había ocurrido entre nosotros significaba algo para ti, cuando lo único que querías era un buen revolcón en el heno.

Alanna palideció. Inmediatamente después, la ira hizo que se ruborizara por completo.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? Te mataré por eso, MacGregor —exclamó, abalanzándose sobre él—. Y Dios será mi testigo.

Ian trató de protegerse de las uñas y de los dientes de Alanna como pudo, pero perdió el equilibrio y cayó con ella en el río.

El remojón no la detuvo. Siguió lanzando puñetazos, escupiéndole y arañándole como una posesa.

—Estate quieta, mujer, por el amor de Dios. Nos vas a ahogar a los dos —le advirtió él. Como se estaba atragantando y tratando de evitar que los dos volvieran a hundirse, no vio el golpe que ella se disponía a propinarle hasta que los oídos empezaron a zumbarle.

—Dios, si fueras un hombre...

—No dejes que eso te detenga, maldita comadreja —dijo ella, tratando de lanzarle otro golpe. Falló y cayó de bruces sobre el agua.

Sin dejar de maldecir, Ian la arrastró hacia la orilla, agotados y sin aliento.

—En cuanto tenga fuerzas para incorporarme, voy a matar a esta mujer —dijo Ian mirando al cielo.

—Te odio —le espetó ella sin dejar de escupir agua del río—. Maldigo el día en el que naciste y el día en el que te consentí que me pusieras las manos encima.

Alanna consiguió sentarse por fin y se quitó el empapado sombrero de los ojos. Ian la maldijo por ser tan hermosa, aun estando completamente empapada.

—Si no recuerdo mal, tú me pediste que te las pusiera encima, señora.

—Así es, para desgracia mía —replicó ella, antes de arrojarle el sombrero a la cabeza—. Es una pena que ese revolcón en el heno no fuera algo más memorable.

—¿Cómo dices? ¿Es que no lo fue?

—De hecho, no. En realidad, se me había olvidado por completo hasta que tú lo mencionaste —le espetó ella. Con la poca dignidad que aún le quedaba en el cuerpo, empezó a levantarse. Ian no tardó en tumbarla de nuevo.

—En ese caso, deja que te refresque la memoria.

La besó con dureza. Ella respondió mordiéndole con fuerza los labios. Ian la maldijo y, entonces, le agarró el cabello con una mano y volvió a besarla.

Alanna se peleó consigo misma y contra él. Como niños pequeños, comenzaron a rodar por la

orilla del río, tratando de hacerse daño mutuamente por cuitas nuevas y viejas.

De repente, ella lanzó un gemido de sumisión y de gozo a la vez. Le rodeó con los brazos y abrió la boca para recibir ávidamente la de él. Toda la fuerza de su amor estalló cuando volvieron a besarse y avivaron un fuego que ya ardía con fuerza.

Con frenesí, se desabrocharon mutuamente botones y apartaron las ropas mojadas para dejar que el sol les secase los cuerpos desnudos.

Ian no se mostró cariñoso con ella. Alanna tampoco lo deseaba. La frustración y la necesidad que habían acumulado aquellos meses se desató en un arrebato de pasión que los envolvió por completo bajo el cielo de primavera.

Alanna le enredó los dedos en el cabello y le obligó a besarla. Mientras estaban allí tumbados, Ian pudo absorber a placer el aroma que llevaba semanas turbándolo. Acarició la maravillosa piel de Alanna a placer, tal y como había soñado que lo haría noche tras noche.

Cuando ella se arqueó contra el cuerpo de Ian, acicateando sin piedad el fuego que ardía entre ambos, él se hundió en ella. Alanna pronunció el nombre de él mientras Ian enterraba el rostro en la negra melena de ella. Ian estaba tumbado encima, dejando que Alanna le rodeara por completo con sus largas extremidades. Juntos, cabalgaron hacia un final que los dos deseaban profundamente hasta que, por fin, se tensaron primero para quedar después completamente inmóviles.

Ian se incorporó sobre un codo y con una mano enmarcó el rostro de Alanna. Ella vio que la ira había vuelto a reflejarse en los ojos.

—Esta vez no te doy elección, Alanna. Quieras o no, nos vamos a casar.

—Ian, he venido aquí para decirte...

—No me importa en absoluto lo que hayas venido a decirme. Puedes odiarme y maldecirme hasta que llegue el fin del mundo, pero serás mía. Eres mía. Y te juro por Dios que me aceptarás como soy.

—Si me dejaras hablar...

—No pienso volver a dejarte marchar. Te prometo que haré todo lo que pueda para que seas feliz, menos abandonar mi propia conciencia. Eso no lo puedo hacer. No lo haré ni siquiera por ti.

—Ni te he pedido que lo hagas ni te lo pediré nunca. Sólo quiero decirte...

—Maldita sea... ¿qué es eso que llevas colgado del cuello y que me está haciendo un agujero en el pecho?

Rebuscó entre la ropa y vio que se trataba del anillo de los MacGregor, que Alanna llevaba colgado de un cordón alrededor del cuello. Lentamente, cerró la mano con él en su interior y miró a Alanna.

—¿Por qué... ? ¿Por qué llevas esto?

—Estaba tratando de explicarme.

—Explicate ahora. Tú dirás.

—Iba a devolvértelo, pero no pude hacerlo. Me parecía mal llevarlo en el dedo y por eso me lo colgué de un cordel y lo coloqué al lado de mi corazón, donde también te tengo a ti. No, maldita sea, déjame terminar, Ian —le espetó al ver que él abría la boca para hablar—. Creo que me di cuenta de que me había equivocado esa misma mañana, cuando escuché cómo te marchabas a lomos de tu yegua. Comprendí también que tú tenías razón.

Ian esbozó una sonrisa.

—Me ha entrado agua del río en los oídos, señora Flynn. ¿Te importaría repetir lo que has dicho?

—Lo he dicho una vez y no voy a repetirlo. No quería amarte porque cuando uno ama tanto, tiene miedo. Perdí a Rory en la guerra, a mi madre de pena y al pobre Michael Flynn de unas fiebres. Por mucho que ellos significaran para mí, sé que tú significas mucho más.

Ian la besó dulcemente.

—No dejes que te interrumpa.

—Creía que quería un hogar tranquilo y una familia. Un esposo que se contentara con trabajar a mi lado y con sentarse frente al fuego todas las noches, pero parece que lo que había deseado desde el principio era un hombre que jamás se contentara, que no se pudiera sentar más frente al fuego después de un par de noches. Uno que se enfrentara a todas las injusticias o que muriera intentándolo. De un hombre que me hiciera sentirme orgullosa por estar a su lado.

—No hace falta que me digas todo esto —murmuró Ian. Entonces, apoyó la frente sobre la de ella—. Sólo quiero que me digas que me amas.

—Te amo, Ian MacGregor. Ahora y siempre.

—Juro que te daré esa casa, esa familia y que me sentaré contigo frente al fuego siempre que pueda.

—Y yo te prometo luchar a tu lado cuando sea necesario.

Ian cortó el cordel y liberó el anillo. Sin dejar de mirarla a los ojos, se lo colocó en el dedo.

—No vuelvas a quitártelo nunca más.

—No lo haré. Desde este momento, soy una MacGregor.

Epílogo

Boston, Nochebuena de 1774

Ninguna clase de razonamiento pudo evitar que Ian entrara en el dormitorio en el que su esposa estaba sufriendo los dolores de su primer parto. A pesar de que contemplar aquella escena heló su corazón de hombre, permaneció firme. Ni siquiera su tía Gwen, con toda su capacidad de persuasión, pudo convencerle de lo contrario.

—También es mi hijo —dijo—, y no pienso dejar a Alanna hasta que haya nacido —añadió, rezando al mismo tiempo para que no le faltara valor para cumplir su palabra—. No se trata de que no confié en tus habilidades, tía Gwen. Después de todo, yo no estaría aquí sin ellas.

—No sirve de nada, Gwen —intervino Serena, riendo—. Es testarudo, como buen MacGregor.

—En ese caso, dale la mano cuando le duela mucho. Ya no queda mucho.

Alanna consiguió sonreír cuando Ian se acercó a ella. Jamás se habría imaginado que se tardaría tanto en traer al mundo a una criatura tan pequeña. Agradeció profundamente que Ian estuviera a su lado y la presencia de Gwen, que había traído al mundo a docenas de bebés. El esposo de Gwen, que era médico, habría asistido también al parto, pero había sido requerido por una emergencia.

—Descuidas a nuestros invitados —le dijo Alanna mientras descansaba entre contracciones.

—Se pueden entretener solos perfectamente —le aseguró Serena.

—No lo dudo...

Alanna cerró los ojos y dejó que Gwen le limpiara la frente con un trapo húmedo. Le agradaba profundamente que toda la familia estuviera allí, tanto los Murphy como los Langston. Ella debería haber ejercido de anfitriona en su primera Navidad en la casa que Ian y ella habían comprado cerca del río, pero el bebé había decidido anticiparse tres semanas.

Cuando llegó la siguiente contracción, apretó la mano de Ian y se tensó.

—Relájate... Relájate... Cuida la respiración —le recomendó Gwen—. Buena chica...

Las contracciones eran cada vez más frecuentes y más fuertes. Su hijo nacería en Navidad y sería un regalo de un valor incalculable para ambos en la noche más sagrada del año.

Aunque el dolor pasó, Alanna mantuvo los ojos cerrados para poder escuchar mejor la tranquilizadora voz de Ian.

Era un buen hombre y un estupendo esposo. Ciertamente, su vida no era muy tranquila porque él había conseguido arrastrarla a ella y hacer que compartiera sus ambiciones. Podría ser también que las semillas de la rebeldía hubieran estado siempre dentro de ella. Fuera como fuera, estaba completamente de acuerdo con Ian y se enorgullecía de que él buscara su consejo. Como él, pensaba que era cruel e injusto tener que pagar el té que había sido destruido para escapar a la pena.

Pensó en la luna de miel que pasaron en Escocia. Allí, ella pudo conocer a la familia de Ian y pasear por los bosques de la infancia de su esposo. Decidieron que regresarían algún día con su bebé, para mostrarle a él o a ella el lugar donde estaban las raíces de su padre. Y también a Irlanda. Su hijo no olvidaría nunca de dónde venía y, mientras lo recordara, podría elegir su propia vida, su propio lugar donde vivir. Con sus esfuerzos, le habían dado a su hijo aquel derecho.

—Ya viene —dijo Gwen con una sonrisa—. Vas a ser papá muy pronto, Ian.

—El nacimiento de nuestro hijo —jadeó Alanna, tratando de centrarse en Ian—. Y pronto, el

nacimiento de una nación.

A pesar de que Ian tenía miedo por ella, se echó a reír.

—Te estás haciendo más radical que yo, señora MacGregor.

—Yo no hago nada a medias. Santo Dios... —susurró apretando la mano de su esposo—. No hay duda de que será digno hijo de su padre.

—O hija de su madre —murmuró Ian mirando con desesperación a Gwen—. ¿Cuánto falta? Está sufriendo mucho.

—Pronto...

Gwen hizo un gesto de impaciencia cuando alguien llamó a la puerta.

—No te preocupes —dijo Serena—. Yo me desharé de quien sea —añadió. Le sorprendió encontrarse con su esposo en el umbral—. Brig, el bebé no ha llegado aún. No tengo tiempo para ti en estos momentos.

—Lo tendrás. Acabo de recibir un mensaje que llevo mucho tiempo esperando. Un mensaje de Londres.

—Malditos mensajes de Londres —musitó Serena, al escuchar que Alanna gritaba de dolor.

—Tío, ese mensaje puede esperar.

—Ian, tú tienes que escuchar esto también, precisamente esta noche.

—En ese caso, di lo que tengas que decir y márchate —le espetó su esposa.

—El mes pasado el Parlamento debatió una petición. La ley de Proscritos ha sido abolida. El apellido MacGregor está libre.

Serena sintió que se le caía de los hombros un peso que llevaba transportando sobre ellos toda una vida.

—Gwen, Gwen... ¿Has oído eso?

—Sí, claro que lo he oído y doy las gracias a Dios por ello, pero en este momento tengo muchas cosas entre manos.

Serena agarró a su marido y lo arrastró hasta la cama.

—Dado que estás aquí —le dijo—, tú también vas a ayudar.

A los pocos minutos, se escuchó el repicar de campanas anunciando la medianoche y el nacimiento de una nueva Navidad. Al mismo tiempo, el llanto de un niño anunció el nacimiento de una nueva vida.

—Un niño —dijo Gwen con el pequeño entre las manos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Alanna. Agotada, se había recostado contra los fuertes brazos de Brigham—. ¿Se encuentra bien?

—Es perfecto —le aseguró Serena, secándose las lágrimas—. Podrás tomarlo en brazos dentro de un momento.

—Te amo —susurró Ian tras llevarse la mano de su esposa a los labios—. Gracias por el regalo más grande que un hombre puede recibir.

—Pues entonces —le dijo Gwen—. Toma a tu hijo.

—Dios Santo... —musitó Ian, al verlo—. Es tan pequeño...

—Ya crecerá —comentó Serena. Entonces, miró a su esposo y sonrió—. Siempre crecen —añadió. Rodeó a su hermana con un brazo mientras Ian le entregaba el bebé a Alanna.

—Oh, es tan hermoso... —murmuró. Entonces, miró a Ian—. Las pasadas Navidades nuestro

regalo fuimos el uno para el otro. Estas Navidades, recibimos un hijo —añadió. Acarició suavemente la cabeza del pequeño—. Me muero de ganas por ver lo que nos van a deparar los años.

—Creo que es mejor que os dejemos solos —sugirió Brigham. Entonces, agarró a su esposa y a su cuñada de la mano—. Nosotros vamos a contárselo a los demás.

—Sí, contárselo a todos —afirmó Ian poniéndose de pie. Como comprendió su intención, Alanna le entregó al bebé una vez más—. Decidles que hoy, día de Navidad, ha nacido un Murphy MacGregor —pidió. Entonces, besó a su hijo y lo levantó para que los demás lo vieran. El bebé empezó a llorar con fuerza—. Un MacGregor que dirá su nombre con orgullo a todos lo que lo puedan escuchar. Que vivirá en un país libre. Contárselo a todos.

—Sí, contárselo —les pidió Alanna tomando de la mano a Ian—, en nombre de los dos.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirla... Así nació su primer libro: Fuego irlandés. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de Mystery Writers of America y del Crime League of America. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista Kirkus Reviews, «la novela romántica con Suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.